Slavoj Žižek presenta a

TROTSKY

TERRORISMO Y COMUNISMO

akal

AKAL REVOLUCIONES **2**

Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original
Terrorism and Communism

© Verso, 2007

© de la introducción, Slavoj Žižek

© Ediciones Akal, S. A., 2009
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2888-8
Depósito legal: M-21.518-2009

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Pinto (Madrid)

Trotsky

Terrorismo y comunismo:
réplica a Karl Kautsky

Prólogo de
Slavoj Žižek

Prefacio de
H. N. Brailsford

Traducción del prólogo y las notas de
Alfredo Brotons Muñoz

Traducción de la obra de Trotsky
Equipo editorial

akal

Prólogo

Terrorismo y comunismo, de Trotsky, o Desesperación y utopía en el turbulento año de 1920

por Slavoj Žižek

Karl Kraus, el crítico y cronista cultural vienés al que, entre otras cosas, se debe la famosa afirmación de que el psicoanálisis es la enfermedad misma que trata de curar, conoció a Trotsky durante la temporada que éste pasó en Viena antes de la Primera Guerra Mundial. Una de las leyendas que sobre Kraus circulan es la de que, a comienzos de los años veinte, cuando le contaron que Trotsky había salvado la Revolución de Octubre mediante la organización del Ejército Rojo, exclamó: «¡Quién lo iba a decir de Herr Bronstein del Café Central!». Esta observación se basa en la transubstanciación al estilo de la famosa anécdota de Zhuangzi y la mariposa: no fue Trotsky, el gran revolucionario, quien, en su exilio en Viena, pasó tiempo en el Café Central; fue el amable y locuaz Herr Bronstein del Café Central quien luego se convirtió en el temido Trotsky, azote de los contrarrevolucionarios.

Hay otras figuras de «Herr Bronstein» que suponen una parecida transubstanciación mistificadora de Trotsky y que,

por consiguiente, dificultan la adecuada comprensión de su importancia. En primer lugar está la aburguesada imagen de Trotsky popularizada por los mismos trotskistas actuales: Trotsky el libertario antiburocrático del Termidor estalinista, partidario de la autoorganización de los trabajadores, defensor del psicoanálisis y del arte moderno, amigo del surrealismo, etc. (y en este «etc.» debería incluirse la breve aventura amorosa con Frida Kahlo). Ésta es la domesticada figura que hace que a uno no le sorprenda que algunos *neocons* de Bush sean ex trotskistas (ejemplar resulta en este sentido el destino de la *Partisan Review:* fundada en los años treinta como la voz de los intelectuales y artistas comunistas, luego convertida en trotskista, más tarde en el órgano de los liberales partidarios de la Guerra Fría, ahora apoya a Bush en la Guerra contra el Terror). Este Trotski casi le hace a uno simpatizar con la sabiduría antitrotskista de Stalin.

Los críticos de Trotsky inventaron otra figura de «Herr Bronstein»: Trotsky el «judío errante» de la «revolución permanente», que no podía encontrar paz en el rutinario proceso posrevolucionario de la (re)construcción de un nuevo orden. Nada tiene de extraño que, en los años treinta, incluso muchos conservadores tuvieran una opinión favorable tanto sobre la contrarrevolución cultural estalinista como sobre la expulsión de Trotsky: ambas cosas se consideraban un abandono del anterior espíritu revolucionario judío-internacional y el retorno a las raíces rusas. Incluso un crítico del bolchevismo como Nikolái Berdiáyev expresó en los años cuarenta, poco antes de morir, cierta simpatía por Stalin, y sopesó la posibilidad de regresar a la URSS. En este sentido, Trotsky aparece como una especie de Che Guevara ruso en contraposición con Fidel: Fidel, el auténtico líder, la autoridad suprema del Estado, frente al Che, el eterno rebelde revolucionario incapaz de resignarse a simplemente go-

bernar un Estado. ¿No se parece esto a una Unión Soviética en la que Trotsky no habría sido rechazado como el architraidor? Imagínese que, a mediados de los años veinte, Trotsky hubiera emigrado y renunciado a la ciudadanía soviética a fin de instigar la revolución permanente en todo el mundo, y hubiera muerto poco después: Stalin lo habría elevado diligentemente a los altares...

Todo esto es lo que hace tan importante a *Terrorismo y comunismo,* la respuesta de Trotsky a los maliciosos ataques de Karl Kautsky a los bolcheviques: pone en su lugar a ambas figuras. Kautsky, hoy merecidamente olvidado, fue en los años veinte la *éminence grise* del Partido Socialdemócrata Alemán, con mucho el partido socialdemócrata más fuerte del mundo, y el guardián de la ortodoxia marxista contra el revisionismo de Bernstein y el extremismo izquierdista. *Terrorismo y comunismo* presenta a un Trotsky que sabía cómo ser duro, cómo ejercer el terror, y a un Trotsky totalmente dispuesto a aceptar la tarea de reconstruir la vida cotidiana.

Hay, sin embargo, una tercera figura de «Herr Bronstein» que guarda relación directa precisamente con *Terrorismo y comunismo:* Trotsky el precursor de Stalin que, en 1920, ya abogaba por un régimen de partido único, la militarización del trabajo... Nada tiene de extraño que de *Terrorismo y comunismo* renieguen incluso muchos trotskistas, desde Isaac Deutscher hasta Ernest Mandel (que lo calificó como «el peor libro» de Trotsky, su recaída en la dictadura antidemocrática). En *Terrorismo y comunismo* hay pasajes que en efecto parecen apuntar a los estalinistas años treinta con su espíritu de movilización industrial total a fin de sacar a Rusia del atraso. Tras la muerte de Stalin, entre sus papeles privados se encontró un ejemplar muy leído de *Terrorismo y comunismo,* lleno de notas manuscritas que revelan la aprobación entusiasta de Stalin: ¿qué más se necesita como prueba?

Ésta es la razón por la que *Terrorismo y comunismo* es un libro clave, su texto «sintomático» que bajo ningún concepto debería ser cortésmente pasado por alto, sino tenido muy en cuenta. Dejamos a las *canailles* de la sabiduría cínica el dudoso placer de regodearse en las ilusiones (desde la perspectiva actual) demasiado evidentes del libro, comenzando por la confianza de Trotsky en la inminente revolución en Europa occidental. No se olvide que esta creencia era compartida por todos los bolcheviques, Lenin incluido, que veían la supervivencia de su poder no en la creación de un espacio para la «construcción del socialismo en un solo país», sino en la apertura de un respiradero que les permitiera sobrevivir hasta que la revolución en Europa occidental aliviara la presión[1]. El problema crucial es otro: para Trotsky la batalla había de ganarse en el mismo terreno «estalinista» del terror y la movilización industrial: *aquí* es donde ha de demostrarse una mínima pero crucial diferencia entre Trotsky y Stalin.

¿Por qué el comunismo de guerra?

Comencemos por el momento histórico en que se escribió el libro: 1920, en la última fase de la guerra civil, cuando Rusia había sido «saqueada, debilitada, agotada [y estaba] desmoronándose», para citar la propia descripción, rotunda y honesta, de Trotsky. Las enfermedades, el hambre y el frío asolaban el país; las vidas de los trabajadores habían empeo-

[1] Otra limitación teórica específica la constituye el hecho de que Trotsky, lo mismo que Lenin, sigue oponiendo el temprano Kautsky «bueno» (marxista ortodoxo) al posterior renegado «malo», sin ver cómo todas las semillas de su regresión se encuentran ya en su «ortodoxia» previa.

rado, no mejorado; las promesas de la revolución estaban más lejos que nunca de su cumplimiento: esto es, una vez más, admitido cándidamente por Trotsky en un discurso pronunciado con motivo del tercer aniversario de la Revolución de Octubre:

> Nos lanzamos a esta lucha con magníficos ideales, con magnífico entusiasmo, y a muchas personas les parecía que la tierra prometida de la fraternidad comunista, el florecimiento, no sólo de la vida material sino de la espiritual, estaba mucho más cerca de lo que en realidad ha resultado... La tierra prometida –el nuevo reino de la justicia, la libertad, el contento y la elevación cultural– estaba tan próxima que podía tocarse... Si hace tres años se nos hubiese dado la oportunidad de ver el futuro, no habríamos creído a nuestros ojos. No habríamos creído que tres años después de la revolución proletaria la vida en esta tierra nos sería tan dura...[2].

Ésa es la grandeza de los bolcheviques: en este punto de total desencanto, cuando su posición era «trágica en grado máximo», ni se retiraron ni se rindieron, sino que *persistieron*. ¿No fue, sin embargo, demasiado alto el precio que pagaron por esta persistencia, por su exitosa supervivencia? Ésta es la versión dominante de lo ocurrido en el aciago año de 1920, compartida por historiadores anticomunistas fanáti-

[2] L. Trotsky, *Sochineniya,* Moscú, Gosizdat, 1925, vol. 17, pp. 480-485. No cabe sino admirar la honestidad sin fisuras de Trotsky en esta evaluación, que llegó a la plena admisión del vital papel desempeñado por la economía sumergida en la supervivencia del Estado soviético: a propósito de la construcción ilegal de casas *(samogonka),* escribió que es «la manifestación de necesidades locales contra el centralismo que no las satisface... Hablo de la producción a medias o cabalmente del estraperlo que se da en provincias y desempeña un enorme papel económico, pues lo contrario supondrá la ruina del país».

cos, «revisionistas» de la nueva generación e incluso por algunos antiguos trotskistas (como Deutscher): Rusia fue «un teatro del absurdo» en el que la deprimente realidad se presentaba «como si fuera lo que se suponía que era, tal como los líderes comunistas la imaginaban»[3]. ¿Y cómo se imaginaban la realidad los líderes comunistas? Básicamente *alucinaban:* su reacción ante la absoluta catástrofe social fue una extraña euforia milenarista, esto es, veían en la catástrofe la oportunidad de un «atajo al comunismo». «Víctimas de un verdadero delirio ideológico, metamorfosearon el más colosal descalabro económico del siglo en un comunismo realmente existente, el radiante futuro *hic et nunc*»[4]. Por ejemplo, las requisas de grano por la fuerza «el Partido, con Lenin a la cabeza, las consideró, no meramente como socialismo, sino incluso como comunismo»[5]. De manera que los bolcheviques «propendieron a ver los rasgos esenciales del comunismo plenamente en vigor como encarnados en la economía de guerra de 1919-1920»[6]. El siguiente paso lógico a partir de aquí es, por supuesto, identificar la economía de guerra con los campos de concentración de Stalin:

> Una década después, Stalin, que en 1920-1921 había apoyado la política «liberal» de Lenin, iba a adoptar las ideas de Trotsky en todo salvo el nombre. Ni Stalin ni Trotsky, ni sus respectivos partidarios, admitieron entonces el hecho... Lo que

[3] V. N. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922,* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1994, p. 270.
[4] M. Malia, *Sóviet Tragedy: A History of Socialism in Russia,* Nueva York, Free Press, 1995, p. 130.
[5] Robert Conquest, *Harvest of Sorrow: Sóviet Collectivization and the Terror-Famine,* Nueva York, Oxford University Press, 1986, p. 48.
[6] I. Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky 1879-1921,* Londres, Verso, 2003, p. 489.

> no era sino una más de las múltiples facetas del pensamiento experimental de Trotsky iba a convertirse en el alfa y omega de Stalin[7].

El camino que lleva de Trotsky a Stalin es, por consiguiente, el camino del origen accidental a la repetición que lo elevó a la categoría de necesidad. Es como si el accidente histórico de la devastación producida por la guerra civil hubiera tocado algo que se hallaba en el «inconsciente» bolchevique desde el mismo comienzo y que sirvió como «el residuo del día» que le hizo cobrar vida: la «fantasía burocrática de imponer el comunismo por decreto». Nada tiene, pues, de extraño que, incluso una vez desaparecido (con el fin de la guerra civil) el pretexto accidental, los bolcheviques no pudieran resistir la tentación de perseverar en las mismas fórmulas: el terror político (la represión implacable de toda oposición), la militarización del trabajo, la regulación total de la producción por la planificación estatal centralizada. Orlando Figes formuló sucintamente la conclusión: «La perversión estaba implícita en el sistema desde el comienzo»[8]. Veamos algunas de las formulaciones más duras de Trotsky:

> El trabajo obligatorio sería imposible sin la aplicación –en alguna medida– de los métodos de militarización del trabajo... Si es imposible una organización sistemática de la economía pública sin el trabajo obligatorio, éste, en cambio, es irrealizable sin la abolición de la ficción de la libertad de trabajo y su sustitución por el principio de la obligación, que completa la realidad de la coerción... Pues no puede haber en Rusia otro me-

[7] *Ibid.,* pp. 515-516.
[8] O. Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924,* Londres, Jonathan Cape, 1996, pp. 722-723.

> dio para llegar al socialismo que una dirección autoritaria de las fuerzas y los recursos económicos del país y un reparto centralizado de la fuerza de trabajo, conforme al plan general del gobierno. El Estado proletario se considera con derecho a enviar a todo trabajador adonde su trabajo sea necesario.

Para añadir el insulto a la injuria, por decirlo así, Trotsky llega a presagiar la infame tesis estalinista según la cual, en la transición del capitalismo al socialismo, el Estado «se extingue» con el fortalecimiento de sus órganos, específicamente sus órganos de coerción:

> No puede haber presión en el régimen socialista... la coerción es opuesta al socialismo... en el régimen socialista el sentimiento del deber, el hábito del trabajo, el atractivo del trabajo, etc., serán suficientes. Esto es evidente. Basta con ampliar esta verdad indiscutible. Lo cierto es que en el régimen socialista no habrá instrumento de presión ni Estado. El Estado se disolverá en la comuna de producción y consumo. Con todo, el socialismo, en su proceso, atraviesa una fase de la más alta estatización. Precisamente en ese periodo nos encontramos nosotros. Así como la lámpara, antes de extinguirse, brilla con una luz más viva, el Estado, antes de desaparecer, reviste la forma de dictadura del proletariado; es decir, del más despiadado gobierno, de un gobierno que abraza imperiosamente la vida de todos los ciudadanos.

La puesta en práctica de semejantes fantasías destructivas no pudo por menos de terminar en un círculo vicioso de violencia que se alimentaba a sí misma: «Claro signo de su carácter utópico, el comunismo de guerra siguió ignorando la realidad hasta que llegó a un punto muerto y no se pudo mantener a sí mismo más que mediante el incremen-

to constante de las dosis de violencia»[9]. Al término de la guerra civil, a los bolcheviques les costó todo un año recobrar la sensatez y afrontar la catástrofe de una manera pragmática y eficaz: dar marcha atrás e introducir la NPE (la «Nueva Política Económica», que respetaba las relaciones básicas de mercado, pagando a los campesinos un precio justo por sus productos, y permitía la industria y los servicios privados a pequeña escala). La situación económica mejoró muy rápidamente: en el plazo de un par de meses se acabó con el hambre y el caos, las tiendas se llenaron de bienes de consumo y el país reanudó un funcionamiento (más o menos) normal[10].

Sin embargo, una lectura detenida de *Terrorismo y comunismo* no tarda en revelar la falsedad del supuesto «delirio» bolchevique: Trotsky hace una y otra vez hincapié en que la militarización del trabajo venía «dictada por una situación de miedo: un miedo natural, defensivo frente a la ruina del país». Aquí no hay un alucinado «atajo al comunismo», sino sólo la plena consciencia de que el comunismo de guerra era «el régimen de una fortaleza bloqueada con una economía desorganizada y unos recursos agotados»: «el trabajo forzoso impedía que las masas murieran de frío y hambre. Los tiempos duros requieren de medidas duras, y los bolcheviques no nos arredramos cuando el destino de la

[9] Deutscher, *The Prophet Armed,* pp. 490-491.

[10] A pesar de que, incluso aquí, no debería olvidarse un hecho crucial: el aparato del Estado soviético que todos conocemos y amamos *no* hundía sus raíces en el comunismo de guerra, sino que es hijo totalmente legítimo de la NPE. El razonamiento de la elite del partido fue: puesto que estamos abandonando el control directo de la economía, deberíamos asegurarnos de que esto no nos costará poder real; de manera que, para contrarrestar las fuerzas del mercado liberadas, necesitamos un fuerte aparato estatal capaz de cortar el paso y aplastar al enemigo.

revolución y del país pende de un hilo». En su soberbio análisis, Lars T. Lih demuestra además cómo, cuando, en este momento de devastación total, los bolcheviques hablaban de «transición» y «plan central», esto no debería confundirse con los posteriores «plan central» y «transición al socialismo» en la Unión Soviética: la transición no es la del capitalismo al socialismo, sino de la total devastación bélica a un mínimo funcionamiento normal de la sociedad; y, en consecuencia, el «plan» es simplemente el plan de cómo lograr esto, cómo hacer que las cosas vuelvan a ponerse en marcha[11]. Como prueba, considérense las cuatro etapas del «plan» que Trotsky describe en el libro. La primera nos lo dice todo:

> Ante todo, es necesario garantizar a la clase obrera la posibilidad de vivir, aunque sea en las condiciones más penosas, y para ello, de conservar los centros industriales y salvar las ciudades. Éste es el punto de partida. Si no queremos que el campo absorba a la ciudad y la agricultura a la industria, si no queremos «hacer campesino» a todo el país, tenemos que mantener, aunque sólo sea en un nivel mínimo, nuestros transportes, y asegurar a las ciudades el pan, combustible y materias primas, y al ganado forraje. Sin esto, no hay progreso posible. Por consiguiente, la obra más urgente del plan es mejorar el estado de los transportes, o, por lo menos, evitar su desorganización ulterior, y crear reservas de los artículos más necesarios, de primeras materias y de combustibles. Todo el periodo siguiente se dedicará a la centralización y tensión de la mano de obra para la solución de estos problemas esenciales, condición previa del desenvolvimiento económico ulterior.

[11] Véase L. T. Lih, «"Our Position Is in the Highest Degree Tragic": Bolshevik "Euphoria" in 1920», en *History and Revolution: Refuting Revisionism*, M. Haynes y J. Wolfreys (eds.), Londres y Nueva York, Verso, 2007.

De hecho, como el mismo Trotsky dijo de manera clara y sin ambigüedad: «Aquí no ha habido socialismo ni habría sido posible que lo hubiera». El comunismo de guerra, con su militarización del trabajo, fue un desesperado recurso a corto plazo para crear cuanto antes las condiciones de su propia abolición; lo cual efectivamente ocurrió un año después con la introducción de la NPE. Por eso es también por lo que el típico reproche crítico a los bolcheviques, «¿Por qué no introdujisteis la NPE inmediatamente después de la guerra civil? ¿Por qué esperar todo un año desastroso?», yerra el tiro: para que la NPE pudiera aplicarse, la sociedad –el transporte, la producción industrial (para dar algo a los campesinos a cambio de alimentos), una moneda estable, etc.– debía funcionar mínimamente; y estas condiciones las creó el comunismo de guerra. El paso del comunismo de guerra a la NPE no fue, por consiguiente, un cambio del terror ideológico ciego a la realidad al pragmatismo de sentido común; ambas cosas formaban parte de una estrategia coherente para sacar al país de la ciénaga: una vez cumplida su tarea, el comunismo de guerra fue abandonado.

Sin embargo, en opinión de los críticos de los bolcheviques, la militarización del trabajo no es más que un aspecto de un problema más fundamental, el de «la democracia frente a la dictadura». Aquí, de hecho, el contraste parece que no pudo ser más claro: por un lado, está el reconocimiento abierto por parte de Trotsky de que la dictadura del proletariado significa la dictadura del partido:

> Más de una vez se nos ha acusado de haber practicado la dictadura del partido en lugar de la dictadura de los sóviets. Y, sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a equivocarse, que la dictadura de los sóviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido. Gracias a la claridad de sus ideas teó-

> ricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los sóviets la posibilidad de transformarse de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de domino del trabajo. En esta «sustitución» del poder de la clase obrera por el poder del partido no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe en ello ninguna sustitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase trabajadora.

Por otro lado, está la defensa por parte de Kautsky de la democracia multipartidista con todos sus ingredientes, incluida la libertad de prensa; él concebía efectivamente la victoria del socialismo como la victoria parlamentaria del Partido Socialdemócrata, y llegó a sugerir que la forma política apropiada para el paso del capitalismo al socialismo era la coalición parlamentaria de los partidos progresistas burgueses y socialistas. (Uno está tentado a llevar al extremo esta lógica y sugerir que, para Kautsky, la única revolución aceptable habría sido la celebración de un referéndum y la obtención de al menos el 51 por 100 de votantes favorables...) Nada tiene de extraño que, a comienzos de los años veinte, en su oposición a la dictadura bolchevique Kautsky prefigurara a Ernst Nolte en la descripción de los fascistas como «terroristas copiones», los «adversarios fraternales» de los bolcheviques, y en la afirmación de que el bolchevismo había sido la escuela de las técnicas represivas del fascismo: «El fascismo no es otra cosa que el duplicado del bolchevismo; Mussolini simplemente remeda a Lenin»[12].

Otro aspecto de esta diferencia fundamental es la diferente valoración del papel de los «sóviets» (consejos) como

[12] Citado en M. Salvadori, *Karl Kautsky, and the Socialist Revolution,* Londres, Verso, 1979, p. 290.

la autoorganización directa de la clase trabajadora: para Kautsky los sóviets eran, «en relación con las organizaciones partidistas y profesionales de países más desarrollados, no una forma superior de organización, sino primordialmente y sobre todo un recurso de urgencia *[Notbehelf],* dada la ausencia de organizaciones políticas», mientras que para Trotsky eran superiores, no sólo al aparato estatal parlamentario, sino en último término al partido mismo:

> Si el partido y los sindicatos han sido organismos destinados a preparar la revolución, los sóviets son el arma de esta revolución. Después del triunfo de ésta, los sóviets se convierten en órganos del poder. El papel del partido y de los sindicatos, sin disminuir de importancia, se modifica esencialmente.

Este aspecto constituye la clave del verdadero debate: no se trata simplemente de democracia frente a dictadura, sino de la «dictadura» de clase inscrita en la forma misma de la dictadura parlamentaria: de esto es de lo que Trotsky habla en su contestación:

> La dictadura es indispensable porque no se trata del cambio de un carácter privado, sino de la existencia misma de la burguesía. Sobre esta base no es posible acuerdo alguno. Únicamente puede decidir la fuerza. Naturalmente, el poder único del proletariado no excluye la posibilidad de acuerdos parciales o de grandes concesiones, sobre todo en contra de la pequeña burguesía y del campesinado. Pero el proletariado sólo puede fijar esos acuerdos después de apoderarse del aparato material del poder y asegurarse la posibilidad de decidir libremente las concesiones que tiene que hacer o rechazar, en interés de la causa socialista.

La verdadera cuestión no es, por consiguiente, quién ostenta directamente el poder, una coalición de agentes políticos o la «dictadura» de un solo agente, sino cómo se estructura el verdadero terreno en el que tiene lugar todo el proceso político: ¿es el proceso de representación parlamentaria con partidos que «reflejan» las opiniones de los votantes, o una autoorganización más directa de las clases obreras, lo que se basaba en un papel mucho más activo de los participantes en el proceso político? El reproche básico de Trotsky a la democracia parlamentaria no es que otorgue demasiado poder a masas no educadas sino, paradójicamente, que *pasiviza demasiado a las masas y cede la iniciativa al aparato de poder estatal (a diferencia de lo que sucede con los «sóviets», donde las clases obreras se movilizan a sí mismas y ejercen su poder directamente)*.

Un reproche típico deriva de lo siguiente: ¿por qué, pues, llamar a esto «dictadura»? ¿Por qué no «verdadera democracia» o incluso simplemente el «poder del proletariado»? Aquí «dictadura» no significa lo opuesto a democracia, sino el mismo modo subyacente de funcionamiento de la democracia: desde el mismo comienzo, la tesis sobre la «dictadura del proletario» implicaba en el presupuesto de que es lo opuesto de otra(s) forma(s) de dictadura, pues el de la dictadura es todo el terreno del poder estatal. Cuando Lenin y Trotsky definen la democracia liberal como una forma de dictadura burguesa, no se basan en una concepción simplista de cómo la democracia es realmente manipulada, una mera fachada, en cómo alguna camarilla secreta detenta realmente el poder y controla las cosas de tal modo que, cuando se viera amenazada con perder el poder en elecciones democráticas, esta camarilla mostraría su verdadero rostro y asumiría el poder directo. Lo que querían decir era que la *forma* misma del Estado burgués-democrático encarna una lógica «burguesa».

En otras palabras, el término «dictadura» debería emplearse en el preciso sentido en que la democracia también es una forma de dictadura, esto es, algo así como una determinación puramente *formal*. Son muchos los que gustan de señalar la puesta en cuestión de sí misma como signo constitutivo de la democracia, cómo la democracia siempre permite, nos solicita incluso, la puesta en cuestión de sus propios rasgos. Sin embargo, esta autorreferencialidad tiene que detenerse en algún punto: ni siquiera las elecciones más «libres» pueden poner en cuestión los procedimientos legales que las legitiman y organizan, el aparato estatal que garantiza (por la fuerza, si es necesario) el proceso electoral, etc. En este aspecto institucional, el Estado es una presencia masiva que no puede explicarse en términos de la representación de intereses: la ilusión democrática es que sí puede; Alain Badiou conceptualizó este exceso como el exceso de la representación del Estado más allá de lo que representa. También puede formularse en términos benjaminianos: mientras que la democracia puede eliminar más o menos la violencia constituida, sigue teniendo que basarse continuamente en la violencia constitutiva.

Esta crítica de la democracia parlamentaria puede parecer algo perteneciente a otra era, a la era de las ilusiones frustradas; ¿no merece, sin embargo, una nueva consideración desde la perspectiva de hoy en día, cuando la queja por la indiferencia y la pasividad de la mayoría de los votantes, por la progresiva pérdida de fuerza del proceso democrático, va ganando terreno incluso en los países democráticos occidentales? La visión que Trotsky tiene de cómo la democracia parlamentaria es el medio de pasivizar la mayoría está asimismo a la base de la crítica de la confianza de Kautsky en que las elecciones parlamentarias funcionen como el «espejo» fiel de las opiniones de las personas: en periodos de re-

lativa estabilidad podría considerarse que «las elecciones parlamentarias expresaban suficientemente la correlación de fuerzas. La guerra imperialista, rompiendo el equilibrio de la sociedad burguesa, ha revelado la insuficiencia radical de los antiguos criterios». En eso consiste el error de Kautsky: él enseña a los trabajadores «a tener por verdadera la imagen que de él da el espejo distorsionado de la democracia, hecho pedazos por la bota del imperialismo». La «hipnótica sugestión de la legalidad pacífica» perdió su encanto en el caos de la guerra y la crisis mundiales: en tiempos tan inestables, la propia estabilidad psicológica de enormes masas se desintegra, como reacción a acontecimientos traumáticos a gran escala, la mayoría puede pasar en cuestión de días de un extremo a otro, las oscilaciones son tan fuertes y rápidas que el «reflejo» democrático puede su eficacia:

> Basta un impulso decisivo –de derecha o izquierda– para dar al proletariado –durante un periodo más o menos largo– una u otra orientación. Lo hemos visto en 1914, cuando la presión de los Gobiernos imperialistas y de los partidos socialpatriotas unidos rompió instantáneamente el equilibrio de la clase obrera, lanzándose en la vía del imperialismo.

En tiempos tan dinámicos en los que la situación está «abierta» y es sumamente inestable, el papel de los comunistas no es «reflejar» pasivamente la opinión de la mayoría, sino instigar a las clases obreras a movilizar sus fuerzas y, por tanto, a *crear* una nueva mayoría:

> Mientras que el régimen parlamentario, hasta en la época de su desarrollo «pacífico» y seguro, no refleja más que groseramente el estado de espíritu del país y en los días de tempestades revolucionarias pierde por completo la facultad de seguir

> la lucha y la evolución de la convivencia política, el régimen de los sóviets establece un contacto infinitamente más estrecho, más orgánico, más honrado, con la mayoría de los trabajadores. Su característica más importante *no es reflejar estáticamente la mayoría, sino formularla dinámicamente*.

Esta última cuestión se basa en la crucial premisa filosófica que hace profundamente problemática la clásica teoría materialista-dialéctica del conocimiento como «reflejo» (propagada por Lenin mismo en su *Materialismo y empiriocriticismo*). Lo que Trotsky encuentra de malo en la preocupación de Kautsky por que la clase obrera rusa tomara el poder «demasiado pronto» es que esta inquietud implica la visión positivista de la historia como un proceso «objetivo» que predetermina las coordenadas posibles de las intervenciones políticas; con este horizonte, es inimaginable que una intervención política radical cambie estas mismas coordenadas «objetivas» y por tanto, de alguna manera, *cree* las condiciones para su propio éxito:

> Un argumento constantemente repetido en la crítica al régimen soviético, y sobre todo en las críticas que se hacen de la transición revolucionaria al régimen de los sóviets en otros países, es el referente a la correlación de fuerzas. El régimen soviético en Rusia es utópico porque no se corresponde con la «correlación de fuerzas». La atrasada Rusia no puede emprender obras que serían, si acaso, «propias de la avanzada Alemania». Hasta para el proletariado alemán sería, por otra parte, una locura conquistar el poder político, porque, en este momento, tal cosa significaría romper la «correlación de fuerzas».

Hay algo más que oportunismo en esta obsesión con la «correlación de fuerzas» (el oportunismo encapsulado por

Trotsky en una estupenda observación de sus primeros días en Viena: «Después de una pequeña charla confidencial con el director general de Seguridad, el político socialdemócrata austriaco sabía siempre exactamente, en los buenos tiempos, si la "correlación de fuerzas" permitía celebrar en Viena, el día Primero de Mayo, una manifestación pacífica». Trotsky es aquí fiel a Lenin, el cual, en sus escritos de 1917, reservaba su extraordinariamente acerba ironía a los empeñados en la infinita búsqueda de alguna clase de «garantía» para la revolución; esta garantía adopta dos formas principales: o bien la reificada noción de la necesidad social (uno no debería arriesgarse a la revolución demasiado pronto; uno tiene que esperar al momento adecuado, cuando la situación esté «madura» según las leyes del desarrollo histórico: «es demasiado pronto para la revolución socialista, la clase trabajadora aún no está madura») o la legitimidad normativa («democrática»; «la mayoría de la población no está de nuestro lado, así que la revolución no sería realmente democrática»): es como si, antes de que el agente revolucionario se arriesgue a la toma del poder del Estado, debiera recibir el permiso de alguna figura del gran Otro (organizar un referéndum que asegurara de que la revolución cuenta con el apoyo de la mayoría). Con Lenin, como con Lacan, la revolución *ne s'autorise que d'elle-même:* uno debe asumir la responsabilidad del *acto* revolucionario sin ninguna cobertura del gran Otro; el temor a tomar el poder «prematuramente», la búsqueda de la garantía, es el miedo al abismo del acto. Ahí reside la dimensión última de lo que Lenin incesantemente denuncia como «oportunismo», y su apuesta es que el «oportunismo» es una posición en sí misma, inherentemente, falsa, que enmascara el miedo a la realización del acto con la pantalla protectora de los hechos, leyes o normas «objetivos». La respuesta de Lenin no es la referencia a un conjunto di-

ferente de «hechos objetivos», sino la repetición del argumento formulado una década antes por Rosa Luxemburgo contra Kautsky: quienes esperan la llegada de las condiciones objetivas de la revolución esperarán para siempre; esa misma posición del observador objetivo (y no del agente comprometido) constituye el principal obstáculo de la revolución. El contraargumento de Lenin frente a la crítica formal-democrática del segundo paso es que esta opción «democrática pura» es ella misma utópica: en las concretas circunstancias rusas, el Estado burgués-democrático no tiene ninguna oportunidad de supervivencia. La única manera «realista» de proteger los verdaderos logros de la revolución de febrero (la libertad de organización y de prensa, por ejemplo) es avanzar hacia la revolución socialista; de lo contrario, la reacción zarista ganaría.

De Lenin a Stalin

Toda la historia de la Unión Soviética puede comprenderse como homóloga de la famosa imagen freudiana de Roma, una ciudad cuya historia se encuentra depositada en su presente bajo el disfraz de las diferentes capas de los restos arqueológicos, con cada uno de los niveles tapando al precedente, como (otro modelo) los siete estratos de Troya, de manera que la historia, en su regresión hacia épocas cada vez más antiguas, procede como el arqueólogo, que descubre nuevas capas perforando cada vez a mayor profundidad en el suelo. ¿No era la historia (ideológica oficial) de la Unión Soviética la misma acumulación de exclusiones, de conversión de personas en no personas, de reescritura retroactiva de la historia? Con toda lógica, la «desestalinización» se vio marcada por el proceso opuesto de «rehabilitación», de ad-

misión de «errores» en las políticas anteriores del partido. La gradual «rehabilitación» de los demonizados ex líderes de los bolcheviques podía, por consiguiente, servir como quizá el más sensible indicio de lo lejos (y en qué dirección) iba la «desestalinización» de la Unión Soviética. Los primeros en ser rehabilitados fueron los líderes militares veteranos muertos en 1937 (Tujachevski entre otros); el último en ser rehabilitado, ya en la era de Gorbachov, justo antes del desmoronamiento del régimen soviético, fue Bujarin. Por supuesto, esta última rehabilitación fue un claro signo de giro hacia el capitalismo: el Bujarin rehabilitado fue el que, en los años veinte, abogó por el pacto entre los obreros y los campesinos (propietarios de la tierra), lanzó el famoso eslogan «Enriqueceos» y se opuso a la colectivización forzosa. Significativamente, sin embargo, hubo una figura *nunca* rehabilitada, una figura excluida por los comunistas tanto como por los anticomunistas nacionalistas rusos: Trotsky, el «judío errante» de la revolución, el verdadero anti-Stalin, el archienemigo, que oponía la «revolución permanente» a la idea de la «construcción del socialismo en un solo país»[13]. Recuérdese uno de los documentos más trágicos de la historia soviética, la carta dirigida desde el corredor de la muerte por Nikolái Bujarin a Stalin el 10 de diciembre de 1937; esto es lo que Bujarin le ofrece a Stalin a cambio de su vida:

> Si se me perdona la vida, me gustaría pedir (aunque primero tendría que hablarlo con mi esposa) lo siguiente: exiliarme en América. Desencadenaría una guerra a muerte con-

[13] Aun hoy en día, Negri, en un libro que contiene buenas palabras incluso para Stalin, me denigra en una nota al pie de su último libro como «Žižek el esloveno ahora convertido en más o menos trotskista»; véase A. Negri, *Goodbye Mister Socialism,* París, Éditions du Seuil, 2007, p. 61.

> tra Trotsky, me ganaría para la causa amplios segmentos de la intelectualidad vacilante. Podrías enviar conmigo a un oficial de seguridad experto y, para mayor seguridad, podrías retener a mi esposa aquí durante seis meses hasta que yo haya probado que estoy realmente rompiéndoles las narices a Trotsky y compañía[14].

Uno se siente tentado aquí a establecer un paralelismo con la distinción freudiana entre la represión primaria (básica) y secundaria en el inconsciente: la exclusión de Trotsky equivalía a algo así como la «represión primaria» del Estado soviético, a algo que nunca puede readmitirse mediante la «rehabilitación», pues todo el orden se basaba en este gesto negativo de exclusión. Trotsky es aquel para el que no hay lugar ni en el socialismo realmente existente anterior a 1990 ni en el capitalismo realmente existente posterior a 1990, en el que ni siquiera los nostálgicos del comunismo saben qué hacer con la revolución permanente de Trotsky: tal vez el significante «Trotsky» sea la designación más apropiada para lo que vale la pena redimir del legado leninista. Uno debería recordar aquí «El *Hiperión* de Hölderlin», un extraño pero crucial ensayo corto escrito por Lukács en 1935 en el que Lukács elogia la aprobación del Termidor napoleónico por parte de Hegel frente a la intransigente fidelidad de Hölderlin a la utopía revolucionaria heroica:

> Hegel se reconcilia con la época postermidoriana y la conclusión del periodo revolucionario del desarrollo burgués, y construye su filosofía precisamente sobre la base de un re-

[14] J. Arch Getty y O. V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Distinction of the Bolsheviks,* New Haven, CT, y Londres, Yale University Press, 1999, p. 249.

> conocimiento de esta nueva inflexión en la historia universal. Hölderlin no concierta ningún compromiso con la realidad postermidoriana; él sigue fiel al viejo ideal revolucionario de renovación de la democracia de la «polis», y se estrella contra una realidad, en la cual no caben sus ideales, ni siquiera en el plano de la poesía y el pensamiento[15].

Lukács se refiere aquí a la noción marxista según la cual el periodo heroico de la Revolución francesa constituyó el necesario estallido entusiasta seguido por la fase antiheroica de las relaciones de mercado: la verdadera función social de la revolución era el establecimiento de las condiciones para el prosaico reino de la economía burguesa, y el verdadero heroísmo reside no en la ciega adhesión al entusiasmo revolucionario de primera hora, sino en el reconocimiento de «la rosa en la cruz del presente», como Hegel gustaba de parafrasear a Lutero, esto es, en el abandono de la posición del Alma Bella y la aceptación plena del presente como el único dominio posible de la auténtica libertad. Es, por consiguiente, este «compromiso» con la realidad social lo que posibilitó el crucial paso adelante filosófico de Hegel, el de la superación de la noción protofascista de la comunidad «orgánica» en su manuscrito *System der Sittlichkeit* y la puesta en marcha del análisis dialéctico de los antagonismos de la sociedad civil burguesa. (Aquí reside la paradoja propiamente hablando dialéctica del empeño protofascista en el retorno a una comunidad «orgánica» premoderna: lejos de ser simplemente «reaccionario», el «socialismo feudal» fascista es una especie de solución de compromiso, un intento sucedáneo de construir el socialismo dentro de los límites del capitalismo mismo.)

---

[15] G. Lukács, «Hölderlin's *Hyperion*», en *Goethe and His Age,* Londres, Allen & Unwin, 1968, p. 137.

Es evidente que este análisis de Lukács es profundamente alegórico: se escribió un par de meses después de que Trotsky formulara su tesis del estalinismo como el Termidor de la Revolución de Octubre. El texto de Lukács, por tanto, ha de leerse como respuesta a Trotsky: acepta la caracterización que del régimen de Stalin hace Trotsky como «termidoriano», y le da un giro positivo: en lugar de lamentar la pérdida de energía utópica, uno debería aceptar con resignación heroica sus consecuencias como el único auténtico espacio para el progreso social... Para Marx, por supuesto, el aleccionador «día después» que sigue a la embriaguez revolucionaria señala la limitación original del proyecto revolucionario «burgués», la falsedad de su promesa de libertad universal: la «verdad» de los derechos humanos universales son los derechos del comercio y la propiedad privada. Si leemos la aprobación de Lukács del Termidor estalinista, implica (tal vez contra su intención consciente) una perspectiva pesimista absolutamente antimarxista: la misma revolución proletaria se caracteriza asimismo por la brecha entre su ilusoria afirmación universal de la libertad y el subsiguiente despertar en las nuevas relaciones de dominación y explotación, lo cual significa que el proyecto comunista de realizar la «auténtica libertad» fracasó necesariamente... ¿o qué?

Los historiadores que tratan de demostrar la continuidad entre la política de Lenin y el estalinismo tienden a concentrar su atención sobre la figura de Feliks Dzerzhinski, el fundador de la *Cheka* (más tarde GPU, NKVD, KGB...), la policía secreta bolchevique: por lo general, se lo presenta como lo que Deleuze habría llamado el «oscuro precursor» del estalinismo. En el entramado del desarrollo preestalinista de la Unión Soviética en los primeros diez años tras la Revolución de Octubre, Dzerzhinski tiene que ser «leído al revés», como un viajero en el tiempo que regresara del futuro esta-

linista una década posterior. Tal lectura adquiere con frecuencia dimensiones verdaderamente fantasmagóricas, como en aquellos historiadores que hacen hincapié en la fría mirada vacía de Dzerzhinski, supuestamente una expresión corporal de su mente implacable, privada de toda calidez y compasión humanas. Nada tiene, pues, de extraño que Occidente recibiera con gran sorpresa la noticia de que el Gobierno de Putin en Rusia había decidido devolver la estatua de Dzerzhinsky a la plaza situada ante el infame palacio Lubyanka, sede del odiado KGB... Sin embargo, a quienes se aferran a esta imagen recibida les aguardan algunas sorpresas. *The Philosophy Steamer,* un libro de Lesley Chamberlain sobre la expulsión de la Unión Soviética en 1921 del grupo de intelectuales no marxistas más significados, una obra que insiste precisamente en el camino recto (si no la continuidad directa) que une el leninismo y el estalinismo, tiene como apéndice unas breves notas biográficas sobre todos los personajes implicados. La entrada sobre Dzerzhinski reza:

> FELIKS DZERZHINSKI (1877-1926) Jefe de origen polaco de la *Cheka*, más tarde el GPU, supervisó la expulsión. Dzerzhinski pasó un cuarto de su vida –once años– en prisiones zaristas y el exilio en Siberia, incluidos tres años de trabajos forzados. «Su identificación con los desfavorecidos y los oprimidos y la defensa de éstos» (Leggett)[16] fue incuestionable. Dzerzhinski sigue siendo una figura enigmática[17].

Hay muchos otros detalles que arrojan una luz inesperada sobre esta figura emblemática; sin embargo, de lo que primor-

[16] La referencia es a G. Leggett, *The Cheka. Lenin's Political Police,* Oxford, Oxford University Press, 1981.
[17] L. Chamberlain, *The Philosophy Steamer,* Londres, Atlantic Books, 2006, pp. 315-316.

dialmente se trata no es de hacer hincapié en lo mucho más «suaves», «humanos», que eran los bolcheviques de primera hora. Uno no debería de ningún modo pasar por alto la dureza de su Gobierno. La cuestión es otra: precisamente cuando recurrieron al terror (y con frecuencia eso sucedía abiertamente, llamando a la bestia por su nombre, el «Terror Rojo»), este terror era de un tipo diferente del terror estalinista. Por supuesto, no pocos historiadores, aunque predispuestos a aceptar esto, insistirían, no obstante, en que había una necesidad más profunda que llevaba del primero al segundo modo de terror: ¿no es el paso de la implacable pureza revolucionaria al terror corrupto un tópico de las historias de las revoluciones? Sin duda, a los bolcheviques de primera hora les habría sorprendido en qué se había convertido la Unión Soviética en los años treinta (cuando muchos de ellos fueron, y lo fueron también implacablemente, exterminados en las grandes purgas); sin embargo, su tragedia fue su incapacidad para percibir en el terror estalinista el resultado final de sus propios actos. Lo que necesitaban era su propia versión del viejo dicho oriental «tatvam asi» («eso eres tú»)... Este famoso proverbio –que, para decirlo claramente, no puede despreciarse como anticomunismo barato, tiene su propia lógica coherente, y sí reconoce una grandeza trágica en la vieja guardia bolchevique– es lo que uno debería, no obstante, problematizar. Aquí es donde la izquierda debería proponer su propia alternativa a las derechistas historias «y si» ahora de moda: la alternativa a la eterna pregunta de izquierdas «¿Y si Lenin hubiese sobrevivido diez años más con su salud intacta y conseguido deponer a Stalin?» no es tan clara como puede parecer (uno podría decir, básicamente, *nada;* es decir, nada realmente diferente: el mismo estalinismo, simplemente con excepción de sus peores excesos), a pesar de los mismos buenos argumentos en favor de cierta clase de continuidad (¿no predijo ya la propia Rosa Luxemburgo en 1918 el ascenso del estalinismo burocrático?).

Lo que aquí sugerimos es que, aunque está claro que el estalinismo fue fruto de las condiciones iniciales de la Revolución de Octubre y su consecuencia inmediata, no debería descartarse a priori la posibilidad de que, si Lenin hubiese conservado la salud durante un par de años y depuesto a Stalin, el desenlace habría sido enteramente diferente: no, por supuesto, la utopía del «socialismo democrático», sino algo sustancialmente diferente del «socialismo en un solo país» estalinista, resultado de una serie mucho más «pragmática» e improvisada de decisiones políticas y económicas tomadas con plena consciencia de sus propias limitaciones. La desesperada lucha final de Lenin contra el renacido nacionalismo ruso, su apoyo a los «nacionalismos» georgianos, su visión de una federación mucho más descentralizada, etcétera, no eran compromisos simplemente tácticos: implicaban una visión del Estado y de la sociedad completamente incompatible con la perspectiva estalinista. Dos años antes de morir, cuando quedó claro que no había ninguna revolución paneuropea inmediata y que la idea de la construcción del socialismo en un solo país era absurda, Lenin veía así la situación:

> ¿Y si lo totalmente desesperado de la situación, al multiplicar por diez los esfuerzos de los trabajadores y los campesinos, nos ofreciera la oportunidad de crear los requisitos fundamentales de la civilización de una manera diferente a como en los países de Europa occidental?[18].

Debería tomarse nota de cómo Lenin emplea aquí un término casi neutral, «crear los requisitos fundamentales de la civilización», además de cómo emplea el mismo lenguaje de la desesperación que Trotsky. Para decirlo de nuevo en tér-

[18] V. I. Lenin, *Collected Works*, vol. 33, Moscú, Progress Publishers, 1966, p. 479.

minos deleuzianos, el momento de Lenin es el «oscuro precursor», el evanescente mediador, el objeto desplazado nunca en su propio lugar, entre las dos series, la inicial serie marxista «ortodoxa» de la revolución en los países más desarrollados, y la nueva serie «ortodoxa» del «socialismo en un sólo país» estalinista, y luego de la identificación maoísta de las naciones del Tercer Mundo con el nuevo proletariado mundial. El paso de Lenin al estalinismo es aquí claro y fácil de determinar: Lenin percibía la situación como desesperada, inesperada, pero como que tenía que ser explotada creativamente al servicio de nuevas elecciones políticas; con la noción de «socialismo en un solo país», Stalin renormalizó la situación en un nuevo decurso del desarrollo lineal en «etapas». Es decir, aunque era plenamente consciente de que había ocurrido una «anomalía» (la revolución en un país sin las premisas necesarias para el desarrollo de una sociedad socialista), Lenin rechazaba la conclusión evolucionista vulgar de que la revolución había tenido lugar «demasiado pronto», de modo que sólo se podría dar un paso atrás hacia el desarrollo de la moderna sociedad capitalista democrática, que luego crearía lentamente las condiciones para una nueva revolución socialista. Lo que Lenin propone aquí es efectivamente una teoría implícita de la «historia alternante»: bajo el dominio «prematuro» de la fuerza del futuro, el mismo proceso histórico «necesario» (de la civilización moderna) puede (re)iniciarse de un modo diferente.

Es con respecto al terror político como uno puede situar la brecha que separa la era de Lenin del estalinismo: en tiempos de Lenin, el terror se admitía abiertamente (Trotsky a veces incluso se ufanaba, casi chulescamente, de la naturaleza no democrática del régimen bolchevique y el terror empleado por éste), mientras que en tiempos de Stalin el estatus simbólico del terror cambió radicalmente: el terror se convirtió en el im-

preciso y públicamente no reconocido complemento obsceno del discurso oficial público. Es significativo que el clímax del terror (1936-1937) se produjera al entrar en vigor la nueva constitución en 1936: esta constitución se suponía que pondría fin al estado de emergencia y marcaría el retorno a la normalidad: la suspensión de los derechos civiles de estratos enteros de la población (gulags, ex capitalismo) se revocó, se universalizó el derecho de voto, y así suma y sigue. La idea clave de esta constitución era que ahora, tras la estabilización del orden socialista y la aniquilación de las clases enemigas, la Unión Soviética ya no era una sociedad de clases: el sujeto del Estado ya no eran las clases trabajadoras (obreros y campesinos), sino «el Pueblo». Sin embargo, esto no significa que la constitución soviética fuera una simple hipocresía que ocultara la realidad social; la posibilidad del terror está inscrita en su mismo núcleo: puesto que ahora se proclamaba que la guerra de clases había acabado y la Unión Soviética se concebía como el país del Pueblo sin clases, quienes todavía se oponían (o se suponía que se oponían) al régimen ya no eran meros enemigos de clase en un conflicto que desgarraba el cuerpo social, sino enemigos del Pueblo, insectos, escoria sin valor que había de ser excluida de la misma humanidad.

Esta diferencia puede también formularse en términos del estatus de la prohibición: en el «Terror Rojo» de primera hora, la prohibición se admitía y anunciaba abiertamente, mientras que bajo el estalinismo la prohibición misma estaba prohibida; se tenía que fingir y actuar como si no hubiera terror, como si la vida hubiera vuelto a la normalidad. La diferencia, por insignificante que pueda parecer, es crucial, pues lo cambia todo: de la primitiva «dictadura» bolchevique, que era abierta y transparente en su mismo ejercicio de la violencia (por eso también admitía abiertamente su carácter temporal, su estatus excepcional), pasamos a la

dictadura estalinista, basada en su autonegación y, por consiguiente, en una mistificación básica.

En eso estriba la importancia de Trotsky. Aunque el trotskismo funciona a menudo como una especie de obstáculo teórico-político que impide el análisis autocrítico radical que la izquierda contemporánea necesita, la figura de Trotsky sigue siendo crucial en la medida en que representa un elemento que perturba la alternativa «o socialismo democrático (social) o totalitarismo estalinista»: lo que encontramos en Trotsky, en sus escritos y en su práctica revolucionaria en los primeros años de la Unión Soviética, es terror revolucionario, el gobierno del partido, etc., pero *de un modo diferente* al del estalinismo. Por mor de la misma fidelidad a los logros reales de Trotsky, uno debería disipar los mitos populares de un Trotsky amable y democrático. Y, una vez más, la conclusión de que, «aunque Trotsky hubiese ganado, básicamente el resultado habría sido el mismo» (o, más aún, la afirmación de que Trotsky se hallaba en el origen del estalinismo, esto es, que a partir de finales de los años veinte Stalin se limitó a aplicar y desarrollar medidas previamente previstas por Trotsky en los años del comunismo de guerra) es errónea: la historia está abierta, no se puede decir lo que habría pasado de haber ganado Trotsky. El problema es otro: que la estrategia y la actitud de Trotsky a mediados de los años veinte hicieron *imposible que su orientación ganara* en la lucha por el poder estatal.

En los diarios de Georgi Dimitrov[19] encontramos un testimonio excepcional de cómo Stalin era plenamente consciente de lo que le llevó al poder y del inesperado giro dado a su famoso eslogan «las personas (los cuadros) son nuestra mayor riqueza». Cuando, en el curso de una cena celebrada en noviembre de 1937, Dimitrov elogió la «gran suerte» de

[19] G. Dimitroff, *Tagebücher 1933-1943,* Berlín, Aufbau Verlag, 2000.

los trabajadores internacionales por tener como líder a un genio tan grande como Stalin, Stalin respondió: «*No estoy de acuerdo*. Incluso se expresó de un modo no marxista... *Lo decisivo* son los cuadros intermedios». Un párrafo antes lo expresa de una manera aún más clara:

> ¿Por qué vencimos a Trotsky y los demás? Es bien sabido que, después de Lenin, Trotsky era la figura más popular de nuestro país... Pero nosotros contábamos con el apoyo de los cuadros intermedios, y ellos explicaron nuestra visión de la situación a las masas... Trotsky no prestó atención a estos cuadros.

Aquí desvela Stalin el secreto de su ascensión al poder: en su calidad de secretario general más bien anónimo, nombró a decenas de miles de cuadros, los cuales pasaron a deberle a él el ascenso... Por eso es por lo que Stalin no deseaba todavía que Lenin muriera a comienzos de 1922 y rechazó la petición de éste de que se le suministrara veneno para poner fin a su vida tras el ataque que lo había postrado: si Lenin hubiese fallecido a comienzos de 1922, la cuestión sucesoria no se habría resuelto a favor de Stalin, pues en cuanto secretario general Stalin todavía no había penetrado lo bastante en el aparato del partido con sus nombramientos: necesitaba un año o dos más para, cuando Lenin realmente muriera, poder contar con el apoyo de miles de cuadros de nivel medio nombrados por él a fin de triunfar sobre los grandes nombres de la «aristocracia» bolchevique.

El fervor utópico de 1920

Lo hasta ahora dicho no es, sin embargo, sino el primer paso; para comprender adecuadamente el turbulento año de

1920, deberíamos dar dos más. En primer lugar, en el nivel de un análisis histórico detallado debería refutarse la tesis dominante de la locura dogmática, del sueño utópico del atajo al comunismo, de la conversión de la catástrofe en una bendición disfrazada. Es, no obstante, crucial que este paso se complemente con pleno reconocimiento del fervor utópico que sostenía a los bolcheviques: la desesperación y la verdadera utopía van de la mano, la única manera de sobrevivir al catastrófico periodo de la guerra civil, a la desintegración social, al hambre y al frío es movilizando «locas» energías utópicas. ¿No constituye ésta una de las lecciones básicas de los muy difamados movimientos «milenaristas», entre los que la revuelta de los campesinos alemanes en el siglo XVI y su líder Thomas Münzer resultan ejemplares? La misma catástrofe ha de leerse en clave apocalíptica, como un signo de que «el final de los tiempos está próximo», de que un nuevo Comienzo está a la vuelta de la esquina. Una atmósfera apocalíptica auténticamente pauliana como ésa es claramente discernible en pasajes como el siguiente:

> Lo que sí exige la Tercera Internacional a sus partidarios es que reconozcan, no de palabra, sino de obra, que la humanidad civilizada ha entrado en un periodo revolucionario, que todos los países capitalistas van camino de inmensas conmociones y de la guerra de clases franca, y que la misión de los representantes revolucionarios del proletariado consiste en preparar para esta guerra inevitable, muy próxima, la provisión de ideas necesaria y las organizaciones que han de servir de puntos de apoyo.

Tales arrebatos de apocalíptico fervor revolucionario deberían leerse también sobre el fondo de su expresión en poesía: recuérdese el poema más famoso sobre la Revolución

de Octubre, «Los doce», escrito por Aleksandr Blok en 1918, sobre doce guardias rojos de patrulla por la noche en una ciudad desolada. La atmósfera apocalíptica se hace claramente eco de la anterior vinculación simbolista establecida por Blok entre catástrofe y utopía:

> Para derrotar a la burguesía
> encenderemos una hoguera,
> una hoguera universal, y la maceraremos
> en sangre…
> ¡El buen Dios nos bendiga!
>
> Tú, burguesía, ¡vuela como una flecha!
> Beberé tu sangre,
> tu cálida sangre, por amor,
> por el amor de unos ojos oscuros.

El famoso final identifica directamente a los doce guardias rojos con los apóstoles conducidos por Cristo.

> Allá van con aire majestuoso...
> «¿Quién los acompaña? ¡Salid! He dicho
> ¡salid!» Es el viento y la bandera
> roja ondeando alegremente sobre sus cabezas.
>
> ¡Crac, crac, crac! Pero sólo el eco
> responde desde los aleros...
> La tormenta rompe sus junturas, la nieve
> se ríe atrozmente en las narices del torbellino...
>
> ¡Crac, crac, crac!
> ¡Crac, crac, crac!
> ... Así avanzan con aire majestuoso...

> Tras ellos se arrastra el perro hambriento
> y envueltas en nieve cruda las cabezas
> portan una bandera roja como la sangre…,
> con paso suave cuando la tormenta arrecia,
> invulnerables cuando las balas silban…,
> tocados con una corona de perlas de nieve,
> una florida diadema de hielo,
> a su frente marcha Jesucristo.

En un magnífico ensayo sobre *Chevengur,* la gran utopía campesina escrita por Platónov en 1927 y 1928 (justo antes de la colectivización forzosa), Fredric Jameson describe los dos momentos del proceso revolucionario. Comienza con el gesto de negatividad radical:

> el primer momento de reducción del mundo, de destrucción de los ídolos y de hundimiento de un viejo mundo en la violencia y el dolor es él mismo la precondición para la reconstrucción de algo diferente. Es necesario un primer momento de inmanencia, la pizarra en blanco de la absoluta inmanencia o ignorancia campesina, antes de que puedan surgir sensaciones y sentimientos nuevos y nunca soñados[20].

Viene luego la segunda fase, la invención de una nueva vida: no sólo la construcción de la nueva realidad social en la que se realizarían nuestros sueños utópicos, sino la (re)construcción de estos mismos sueños:

> un proceso que sería demasiado simple y equívoco llamar reconstrucción o construcción utópica, pues de hecho implica

[20] F. Jameson, *The Seeds of Time,* Nueva York, Columbia University Press, 1994, p. 89. [ed. cast.: *Las semillas del tiempo,* Barcelona, Trotta, 2000, p. 85].

> el mismo esfuerzo por encontrar una manera de comenzar a imaginar la utopía por la que habría que comenzar. Quizá en un tipo de lenguaje psicoanalítico más occidental... podríamos pensar en una nueva puesta en marcha del proceso utópico como una especie de desear, de aprender a desear, la invención del deseo llamado utopía en primer lugar, junto con nuevas reglas para fantasear o soñar tal cosa: un conjunto de protocolos narrativos sin ningún precedente en nuestras instituciones literarias previas[21].

La referencia al psicoanálisis es crucial y muy precisa: en una revolución radical, las personas no sólo realizarían sus viejos sueños (emancipatorios, etc.); más bien tienen que reinventar sus mismos modos de soñar. Es aquí donde adquiere todo su peso la vinculación con la Revolución de Octubre y la vanguardia artística: lo que compartían era la idea de construir un nuevo hombre, de reconstruirlo literariamente..., o, como Trotsky mismo dijo:

> ¿Qué es el hombre? No es en absoluto un ser acabado y armonioso. No, sigue siendo una criatura sumamente extraña. El hombre, en cuanto animal, no ha evolucionado siguiendo un plan, sino espontáneamente, y ha acumulado muchas contradicciones. La pregunta por cómo educar y regular, por cómo mejorar y completar la construcción física y espiritual del hombre, es un problema colosal que no puede comprenderse más que sobre la base del socialismo... Producir una nueva «versión, mejorada», del hombre: ésa es la tarea futura del comunismo. Y para eso primero hemos de descubrirlo todo sobre el hombre, su anatomía, su fisiología y aquella parte de su fisiología que llamamos su psicología. El hombre debe mirarse a sí mis-

[21] *Ibid.,* p. 90; ed. cast.: p. 86.

> mo y verse a sí mismo como una materia prima o, en el mejor de los casos, un producto semimanufacturado, y decir: «Por fin, mi querido *homo sapiens,* trabajaré contigo»[22].

Fue contra esta amenaza de modernización total contra lo que reaccionó la política cultural estalinista con su gran paso de comienzos y mediados de los años treinta del igualitarismo proletario a la plena afirmación de la herencia rusa. En la esfera cultural, figuras como Pushkin y Chaikovski fueron elevados muy por encima de la modernidad; las normas estéticas tradicionales de la belleza se vieron reafirmadas; la homosexualidad fue proscrita, la promiscuidad sexual condenada, y el matrimonio proclamado como la célula elemental de la nueva sociedad. Aquél puso fin al breve matrimonio de conveniencia entre el poder soviético y la modernidad artística y científica: la nueva política cultural no sólo demandaba un retorno a formas artísticas que fueran atractivas para grandes multitudes, sino también –por cínico que pueda sonar– el retorno a las elementales formas tradicionales de moralidad. En los juicios públicos estalinistas, las víctimas eran hechas responsables, condenadas, obligadas a confesar...; en una palabra, por obsceno que pueda sonar, eran tratadas como sujetos éticos autónomos, no como objetos de la biopolítica.

¿Deberíamos, pues, extraer la conclusión de que, a su pesar, uno debería aprobar el estalinismo como defensa contra una amenaza mucho peor? ¿Y si aplicáramos aquí también el lema de Lacan *«le père ou pire»* y nos arriesgáramos a *elegir lo peor*? ¿Y si el resultado efectivo de escoger la persecución con todas sus consecuencias del sueño biopolítico hubiera sido algo impredecible que hubiese estremecido las

[22] Citado en O. Figes, *Natasha's Dance,* Londres, Allen Lane, 2001, p. 447.

coordenadas mismas de este sueño? Lo que aquí estaba en juego era algo de máxima importancia: nadie era más consciente de ello que el propio Trotsky, como deja claro el sueño con Lenin muerto que tuvo la noche del 25 de junio de 1935:

> Anoche, o más bien esta madrugada, he soñado que mantenía una conversación con Lenin. A juzgar por el entorno, se producía a bordo de un barco, en la cubierta de tercera clase. Lenin estaba tumbado en una litera; yo estaba junto a él, no estoy muy seguro si de pie o sentado. Él me estaba preguntado ansiosamente por mi enfermedad. «Pareces haber acumulado fatiga nerviosa, debes descansar...» Yo respondí que siempre me había recuperado rápidamente de la fatiga, gracias a mi innata *Schwungkraft,* pero que esta vez el problema parecía afectar a procesos más profundos... «Entonces deberías consultar muy seriamente (hizo hincapié en la palabra) a los médicos (varios nombres)...» Yo respondí que ya había consultado a muchos y comencé a hablarle de mi viaje a Berlín; pero al mirar a Lenin recordé que estaba muerto. Inmediatamente traté de apartar este pensamiento, para poner fin a la conversación. Una vez hube acabado de contarle mi viaje terapéutico a Berlín en 1926, iba a añadir: «Eso fue después de que hubieras fallecido»; pero me corregí a mí mismo y dije: «Después de que enfermaras...»[23].

En su interpretación de este sueño, Lacan[24] se concentra en la evidente vinculación con el sueño de Freud en que se le aparece su padre, un padre que no sabe que está muerto.

---

[23] L. Trotsky, *Diary in Exile 1935,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1976, pp. 145-146.

[24] Lacan analiza este sueño en el seminario VI sobre *Le désir et son interpretation,* sesión del 7 de enero de 1959 (inédito).

¿Qué significa, pues, que Lenin no sepa que está muerto? Hay dos modos radicalmente opuestos de leer el sueño de Trotsky. Según la primera lectura, la figura terriblemente ridícula del Lenin no muerto

> no sabe que el gigantesco experimento social que creó en solitario y que nosotros llamamos comunismo soviético ha llegado a un final. Aunque muerto, Lenin permanece lleno de energía y los improperios que recibe de los vivos –que fue el origen del terror estalinista, que tenía una personalidad agresiva y llena de odio, que era un autoritario enamorado del poder y del totalitarismo, e incluso que fue el redescubridor del mercado con su NPE (lo peor de todo)– no sirven para concederle la muerte, ni siquiera por segunda vez. ¿Cómo es, cómo puede ser, que todavía piense que está vivo? Si consideramos nuestra propia posición, que sin duda sería la de Trotsky en el sueño, ¿cuál es nuestro propio desconocimiento, cuál es la muerte de la que Lenin nos protege?[25].

El Lenin muerto que no sabe que está muerto representa, por consiguiente, nuestra propia obstinada negativa a renunciar a los grandiosos proyectos utópicos y a aceptar las limitaciones de nuestra situación: no hay ningún gran Otro, Lenin era mortal y cometía errores lo mismo que todos los demás, de manera que es hora de que le dejemos morir, de que pongamos a descansar a este obsceno fantasma que habita nuestro imaginario político, y de que enfoquemos nuestros problemas de un modo no ideológico y pragmático. Pero hay otro sentido en el que Lenin sigue vivo: está vivo en la

[25] F. Jameson, «Lenin and Revisionism», en *Lenin Reloaded,* serie SIC, vol. 7, S. Budgen, S. Kouvelakis y S. Žižek (eds.), Durham, Duke University Press, 2007, p. 59.

medida en que encarna lo que Badiou llama la «eterna Idea» de la emancipación universal, la inmortal lucha por la justicia con la que no hay insultos ni catástrofes que consigan acabar. Aquí debería recordarse las sublimes palabras de Hegel sobre la Revolución francesa en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal:*

> Se ha dicho que la Revolución francesa resultó de la filosofía, y no sin razón se ha llamado a la filosofía «la sabiduría del mundo» *[Weltweisheit];* pues no es solamente la verdad en y para sí, como la pura esencia de las cosas, sino también la verdad en su forma viva en cuanto se manifiesta en los asuntos del mundo. No deberíamos, por tanto, contradecir la afirmación de que la revolución recibió su primer impulso de la filosofía... Nunca desde que el sol está en el firmamento y los planetas giran en torno a él se había visto que la existencia del hombre se centrara en su cabeza, esto es, su pensamiento, y que, inspirado por éste, construyera el mundo de la realidad... Hasta ahora ningún hombre se había atrevido a reconocer el principio de que el pensamiento debía gobernar la realidad espiritual. Éste fue, por consiguiente, un glorioso amanecer mental. Todo ser pensante compartió el júbilo de esta época. En esa época, las mentes humanas eran agitadas por emociones de un noble carácter; un entusiasmo espiritual estremeció al mundo, como si por primera vez se hubiera realizado la reconciliación entre lo divino y lo secular[26].

Esto, por supuesto, no impidió a Hegel analizar fríamente la necesidad interna de que esta explosión de libertad abstracta se convirtiera en lo opuesto a ella, el terror revolu-

[26] G. W. F. Hegel, *Lectures in the Philosophy of World History,* Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 263.

cionario autodestructivo; sin embargo, nunca debería olvidarse que la crítica de Hegel es inmanente y acepta el principio básico de la Revolución francesa (y su complemento clave, la Revolución haitiana). Y uno debería hacer exactamente lo mismo a propósito de la Revolución de Octubre (y, más tarde, la Revolución china): fue, como Badiou señaló, el primer caso en toda la historia de la humanidad de revuelta exitosa de los pobres explorados: eran los miembros de nivel cero de la nueva sociedad, ellos marcaron la pauta. Contra todos los órdenes jerárquicos, la universalidad igualitaria llegó directamente al poder. La revolución se estabilizó en un nuevo orden social, se creó un nuevo mundo que sobrevivió milagrosamente, en medio de una presión y un aislamiento económicos y militares inconcebibles. Éste fue efectivamente «un glorioso amanecer mental. Todo ser pensante compartió el júbilo de esta época».

Esta diferencia es lo que en último término distingue a Stalin y Trotsky. En Stalin, «Lenin vive para siempre» como un obsceno espíritu que «no sabe que está muerto», artificialmente mantenido con vida como un instrumento de poder. En Trotsky, el Lenin muerto continúa vivo como Joe Hill: vive allí donde hay personas que siguen luchando por la misma Idea.

Otra bibliografía seleccionada

Otros textos relevantes de Trotsky*

Social Democracy and the Wars of Intervention in Russia, 1918-1921. Between Red and White, Londres, New Park Publications, 1975.
My Life. An Attempt at an Autobiography, Harmondsworth, Penguin Books, 1975.
The History of the Russian Revolution, Londres, Pluto Press, 1977.
The Military Writings of Leon Trotsky: How the Revolution Armed, Londres, New Park Publications, 1981.

Textos relevantes de Kautsky

The Class Struggle (Erfurt Program), Chicago, Charles H. Kerr & Co., 1910.
The Dictatorship of the Proletariat, Mánchester, National Labour Press, 1918.
Terrorism and Communism: A Combination to the National History of Revolution, Mánchester, National Labour Press, 1919.

* Muchos de estos textos están disponibles en formato digital en el Marxist Internet Archive, www.marxism.org.

Social Democracy versus Communism, Nueva York, Rand School Press, 1946.

Respuestas a Kautsky de otros líderes bolcheviques

LENIN, V. I., «The Proletarian Revolution and the Renegade Kautsky» (1918), en *Collected Works*, vol. 28, Moscú, Progress Publishers, 1974.
RADEK, K., *Dictatorship and Terrorism*, Detroit MI, Marxist Educational Society, 1921.

Obras generales

DEUTSCHER, I., *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*, Londres y Nueva York, Verso, 2003.
LIH, L. T., «Bolshevik *Razverstka* and War Communism», *Slavic Review* 45, 4 (1986), pp. 673-688.
—, «The Mistery of the *ABC*», *Slavic Review* 56, 1 (1997), pp. 50-72.
—, «"Our Position is in the Highest Degree Tragic": Bolshevik "Euphoria" in 1920», en M. Haynes y J. Wolfreys (eds.), *History and Revolution: Refuting Revisionism*, Londres y Nueva York, Verso, 2007.
MALLE, S., *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
SALVADORI, M., *Karl Kautsky and the Socialista Revolution, 1880-1938*, Londres, New Left Books, 1979.
SERGE, V., *Year One of the Russian Revolution*, Londres, Bookmarks y Pluto Press, 1992.

Glosario de nombres

Abrámovich, Rafael (1881-1963) Figura puntera de los bundistas y mencheviques. Se opuso a la entrada de los bundistas en el Partido Comunista y, en el exilio, fue redactor del periódico menchevique *Sotsialistícheski Vestnik*. Autor de gran cantidad de obras, entre ellas *La Revolución soviética, 1917-1939* (1962).

Adler, Friedrich (1879-1960) Hijo primogénito de Victor Adler. Fue líder de la izquierda del Partido y se opuso a la Primera Guerra Mundial. Condenado a muerte, fue amnistiado en 1917. Desempeñó un papel activo en la «Internacional Segunda y Media» –situada entre la Segunda Internacional y la Internacional Comunista–, fundada en Viena en 1921, y luego se convirtió en secretario de la rebautizada como Segunda Internacional desde 1924 hasta 1939. En 1940 emigró a Estados Unidos, y murió en Zúrich en 1960.

Adler, Max (1873-1918) Junto con Otto Bauer y Rudolf Hilferding, uno de los teóricos punteros del austromarxismo. Estudioso del derecho, Adler estaba filosóficamente influido por el neokantismo; situado en la izquierda del Partido Socialdemócrata Austríaco, abogó por una combinación de consejos de trabajadores y democracia parlamentaria.

Adler, Victor (1852-1918) Fundador y presidente (1889-1918) del Partido Socialdemócrata Austríaco, diputado en el Reichstag austríaco entre 1905 y 1918; ejerció influencia en la Segunda Internacional. Se asoció con la derecha de su partido y apoyó la entrada en la Primera Guerra Mundial. En octubre de 1918 formó parte del Gobierno como secretario de Estado para Asuntos Exteriores, y murió al mes siguiente.

Alekséyev, Mijaíl Vasílievich (1857-1918) Líder de las fuerzas contrarrevolucionarias «blancas» en 1917-1918.

Arakchéyev, conde Alekséi Andréyevich (1769-1834) General ruso que sirvió bajo los zares Pablo I y Alejandro I, periodo durante el cual desempeñó los cargos de ministro de la Guerra, jefe del Departamento de Guerra del Consejo de Estado de la Rusia Imperial y jefe de la Cancillería Imperial. Se hizo famoso por su implacable despotismo en la institución de colonias militar-agrícolas que produjeron un gran sufrimiento entre los soldados. Tras la coronación de Nicolás I en 1825, fue cesado y desterrado a Nóvgorod.

Arnould, Arthur (1833-1895) Novelista (bajo el pseudónimo de A. Matthey) que tomó parte en la Comuna de París. Autor de dos obras importantes sobre la Comuna: *L'État et la Révolution* (1877) y la *Histoire populaire et parlamentaire de la Commune de Paris* (1878).

Austerlitz, Friedrich (1862-1931) Redactor jefe del diario del Partido Socialdemócrata Austríaco, *Arbeiter-Zeitung*. Autor de numerosos artículos favorables a la guerra en 1914, en 1916 se convirtió al pacifismo.

Bauer, Otto (1881-1938) Figura puntera entre los socialdemócratas austríacos y uno de los principales teóricos del austromarxismo. Especialmente conocido por su libro sobre la cuestión nacional, publicado en 1907 *(Die Sozialdemo-*

kratie und die Nationalitätenfrage). Fundador de *Der Kampf,* periódico teórico de los socialdemócratas austríacos en 1907, entre 1907 y 1914 fue secretario de los diputados del partido. A la muerte de Victor Adler en 1918, se convirtió en líder del Partido Socialdemócrata Austríaco. Desde noviembre de 1918 hasta julio de 1919, Bauer estuvo al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Obligado a exiliarse en 1934, organizó la resistencia primero desde Brno (Checoslovaquia) y luego desde París (Francia). Continuó con su obra literaria y teórica hasta su muerte en París.

Bernstein, Eduard (1850-1932) Líder de la socialdemocracia alemana. Fue uno de los más renombrados teóricos de la tendencia «revisionista», que abogaba por una especie de socialismo evolutivo o reformismo.

Bernsteinismo *Véase* Bernstein.

Bethmann-Hollweg, Theobald von (1856-1921) Canciller del Imperio Alemán desde 1909 hasta 1917.

Blanqui, Louis-Auguste (1805-1881) Activista y líder revolucionario francés, especialmente conocido por sus ideas sobre el papel de las minorías activas en la insurrección.

Brest-Litovsk, Tratado de Negociaciones de paz entre Rusia y Alemania iniciadas en Brest-Litovsk el 3 de diciembre de 1917. Pese a los términos muy desfavorables para los bolcheviques, incluidas grandes pérdidas de territorio, y la fuerte oposición en el interior del partido y por parte de los socialrevolucionarios de izquierdas, el tratado se firmó el 3 de marzo de 1918.

Cadetes Abreviatura de Partido de los Cadetes o Demócratas Constitucionales, el partido liberal de la burguesía rusa.

Chaikovski, Nikolái Vasílievich (1851-1926) Revolucionario ruso con raíces en el movimiento *narodnik.* Se opuso a la toma del poder por los bolcheviques y encabezó

el Gobierno «blanco» en Arjángelsk durante la guerra civil rusa.

Chernov, Viktor Mijáilovich (1876-1952) Fundador y más prominente líder del Partido Socialrevolucionario. Tras la Revolución de Febrero ocupó el Ministerio de Agricultura en el gobierno de Kerensky. Tras octubre de 1917 se convirtió en miembro de un Gobierno antibolchevique en Samara, antes de huir a Europa y luego a Estados Unidos.

Clemenceau, Georges (1841-1929) Destacado estadista francés, primer ministro en 1917 y principal inspirador del Tratado de Versalles.

Czernin, conde Ottokar (1872-1932) Ministro de Asuntos Exteriores del Imperio austrohúngaro que representó a Austria-Hungría en Brest-Litovsk.

Dan, Fiódor Ilich (1871-1947) Uno de los líderes mencheviques a partir de 1903, se alineó cada vez más con el ala derecha del movimiento. Apoyó la implicación de los mencheviques en el Gobierno provisional y la continuación de la guerra contra Alemania y Austria. Opuesto a la Revolución de Octubre, en 1922 fue expulsado de la URSS. Autor de *Los orígenes del bolchevismo* (1943).

David, Eduard (1863-1930) Uno de los miembros más destacados del ala revisionista en el Partido Socialdemócrata Alemán.

Denikin, Antón Ivánovich (1872-1947) Prominente general zarista que se convirtió en uno de los líderes de la contrarrevolución durante los años de la guerra civil. En el otoño de 1919 las tropas de Denkin encabezaron una marcha sobre Moscú que llegó a Orel. Tras la derrota de los «blancos», Denikin se marchó a Europa a escribir sus memorias.

Ebert, Friedrich (1871-1925) Socialdemócrata del ala derecha que fue canciller de Alemania en 1918 y el primer pre-

sidente de la República de Weimar en 1919. Desempeñó un papel importante en la lucha contrarrevolucionaria.

Entente Las Potencias de la Entente o la Triple Entente, los principales aliados durante la Primera Guerra Mundial, fueron Francia, Rusia, Gran Bretaña, Italia y Estados Unidos, contra las Potencias Centrales (Alemania, Austria-Hungría).

Erfurt, Programa de Adoptado por el Partido Socialdemócrata Alemán en Erfurt en 1891. Formulado bajo la guía de August Bebel y el tutelaje ideológico de Karl Kautsky, reemplazó al anterior Programa de Gotha. Kautsky también redactó el comentario oficial del SPD al programa, llamado *La lucha de clases,* que se convirtió en el *locus classicus* para la ortodoxia del «marxismo de la Segunda Internacional».

Galliffet, Gaston (1830-1909) Marqués y general francés que se distinguió por su brutalidad en la represión de la Comuna de París en 1871. Miles de partidarios de la Comuna murieron a tiros o como consecuencia de las torturas que se les infligieron por orden suya. En 1899-1900 el socialista Millerand formó parte del mismo gabinete que Galliffet.

Gambetta, Léon (1838-1882) Destacado estadista republicano francés que se opuso tanto al Imperio como a la Comuna. Fue primer ministro entre 1881 y 1882.

gambettistas *Véase* Gambetta.

Giolitti, Giovanni (1842-1928) Primer ministro de Italia en cinco ocasiones entre 1892 y 1921.

girondinos Nombre dado al ala derecha o moderada de la Convención durante la Revolución francesa (1792-1793), en cuanto opuestos a los jacobinos o montañeses.

Haase, Hugo (1863-1919) Socialdemócrata alemán, diputado en el Reichstag en 1897. Durante la Primera Gue-

rra Mundial encabezó la «oposición moderada» dentro del partido alemán. El 1 de marzo de 1917 accedió a la presidencia del Comité Central del Partido Socialista Independiente de Alemania. Durante el levantamiento espartaquista de enero de 1919 intentó desempeñar el papel de «pacificador». En octubre del mismo año fue asesinado en la escalinata del Reichstag.

Havas Agencia francesa de noticias.

Henderson, Arthur (1863-1935) Uno de los líderes del Partido Laborista Británico y miembro prominente de su ala derecha. Abogó por la guerra hasta el final durante la Primera Guerra Mundial. En 1929 ocupó el Ministerio de Asuntos Exteriores en el Gobierno de MacDonald. Luego se convirtió en defensor del desarme, y en 1934 le fue concedido el Premio Nobel de la Paz.

Hilferding, Rudolf (1877-1941) Tercera figura en importancia del austro-marxismo, especialmente conocida por su libro *El capitalismo financiero,* publicado en 1910. Formó parte de la oposición moderada a la Primera Guerra Mundial y tras la Revolución rusa apoyó la idea de combinar la democracia de los sóviets y parlamentaria. Cuando el Partido Socialdemócrata Independiente se partió en su Congreso de Halle en 1920, Hilferding se mantuvo en el ala derecha. En 1923 fue ministro del gabinete de Streseman. Tras el ascenso de los nazis, Hilferdin huyó, acabando en Francia, donde las autoridades de Vichy lo entregaron a las fuerzas de ocupación. Murió en prisión en 1941.

Independientes (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, *Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, o USPD) Fue fundado por socialdemócratas alemanes que habían votado contra la extensión de los créditos de guerra en diciembre de 1915 y finalmente ex-

pulsados en 1916. Oficialmente fundado en abril de 1917 en un congreso celebrado en Gotha, el USPD aumentó rápidamente su afiliación y su influencia tras la revolución de 1918 que derrocó al káiser. Los Independientes trataron de mantener una posición «centrista» entre las políticas contrarrevolucionarias del SPD y la estrategia apoyada por los espartaquistas y el Partido Comunista Alemán. Este intento acabó por fracasar en el Congreso de Halle de octubre de 1920, donde el partido se dividió sobre la cuestión de la adhesión a la Tercera Internacional. Una mayoría continuó la fusión del Partido Comunista, mientras que una amplia minoría continuó bajo la bandera del USPD y desempeñó un papel importante en la «Internacional Segunda y Media» de 1921. Finalmente, sin embargo, la mayor parte de esta sección resurgió en el SPD en 1924.

jacobinos Primero representando una tendencia moderada durante la Revolución francesa, en 1789 esta sociedad incluía un amplio espectro de figuras políticas. Mirabeau, La Fayette y Robespierre, entre otros. Tras la escisión de los elementos más moderados en 1791, el Club se desplazó cada vez más hacia posiciones republicanas. Los girondinos lo abandonaron tras las Masacres de Septiembre de 1792 y posteriormente se convirtió en un potente centro para los montañeses (véase más abajo). Cerrado tras el 9 de Termidor, fue reconstituido en varias ocasiones hasta su disolución definitiva en 1799.

Jaurès, Jean (1859-1914) Uno de los líderes más prominentes de la Segunda Internacial antes de 1914 y de los socialistas franceses. Renombrado como gran orador, en 1904 fundió el periódico *L'Humanité*. De pasado radical, en 1890 se sumó al movimiento obrero. Jaurès resultó decisivo en la formación de un bloque político en-

tre los radicales y los socialistas que apoyó a Millerand cuando éste entró en el gobierno burgués. A mediados de los años 1890, Jaurès comenzó a desempeñar un papel de gran importancia en la Segunda Internacional, donde prestó apoyo al ala derechista en casi todas las cuestiones. Como sincero opositor a la guerra, en los días previos a 1914 Jaurès dirigió contra la Primera Guerra Mundial una acerba campaña que acabó con su asesinato en julio de 1914.

Jaurèsismo *Véase* Jaurès.

Joffe, Adolph Abrámovich (1883-1927) Revolucionario comunista ruso y diplomático soviético. Asociado con Trotsky en los años 1920, ante el ascenso de Stalin se suicidó.

Jourde, François (1843-1893) Una de las figuras clave de la Comuna de París, con responsabilidades importantes en el Banco de Francia que le reportaron ciertas críticas a su excesiva prudencia. Tras la caída de la Comuna, fue deportado a Nueva Caledonia, de donde huyó en 1874 para pasar un periodo en diversas ciudades europeas. Regresó a Francia tras la amnistía de 1880.

Kaledin, Alexéi Maksímovich (1861-1918) General en jefe de la caballería rusa, que dirigió el movimiento «blanco» de los cosacos del Don en las primeras fases de la guerra civil rusa.

Kautsky, Karl (1854-1938) Nacido en el Imperio austrohúngaro, Kautsky se convirtió en el teórico más importante de la socialdemocracia alemana (se le solía llamar el «pope del marxismo»). Redactor fundador del periódico teórico del partido *Die Neue Zeit* (1883-1917). Kautsky fue un prolífico autor de libros, panfletos, documentos programáticos, artículos y reseñas sobre un enorme espectro de temas políticos, económicos, filosó-

ficos, históricos y sociológicos. Fue coautor del Programa de Erfurt y editó para su publicación las *Teorías de la plusvalía* de Marx. Originariamente asociado con una posición de izquierdas en el SPD y en la Segunda Internacional (su oposición al «revisionismo» de Bernstein tuvo una repercusión enorme), Kautsky se aproximó cada vez más a una posición que los críticos radicales consideraban «centrista». Durante la Primera Guerra Mundial, Kautsky votó a favor de los créditos de guerra, pero mantuvo una oposición pacifista y fue uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Independiente hasta 1919, cuando reingresó en el SPD. Fue hostil a la Revolución bolchevique y expuso sus críticas en innumerables textos, incluido *Terrorismo y comunismo,* al que Trotsky responde aquí. En 1924 Kautsky regresó a Viena hasta que fue obligado a exiliarse en Ámsterdam, ciudad en la que falleció en 1938.

Kérenski, Aleksandr (1881-1970) Primer ministro reformista de Rusia tras la revolución de febrero de 1917; derrocado por la insurrección de octubre.

Kolchak, Aleksandr Vasílievich (1874-1920) Almirante zarista que, tras el derrocamiento temporal del poder soviético en Siberia, se convirtió en gobernante títere apoyado por los aliados. En noviembre de 1918 los *atamanes* (jefes) cosacos le eligieron como comandante supremo. Tras la derrota de la contrarrevolución, los aliados le retiraron su apoyo y fue arrestado en el curso de un levantamiento en la provincia de Irkútsk. En febrero de 1920 fue ejecutado por orden del Comité Revolucionario de Irkútsk.

Kornílov, Lavr Geórgevich (1870-1918) Veterano general ruso que en julio-agosto de 1917 dirigió un intento de golpe de Estado contra el Gobierno provisional de Kérenski. El golpe fue derrotado por la movilización de ma-

sas de los bolcheviques y los trabajadores, que llevó a una mayor radicalización de la revolución.

Krasnov, Piotr Nikoláyevich (1869-1947) Uno de los líderes de los ejércitos contrarrevolucionarios «blancos» durante la guerra civil.

Kühlmann, Richard von (1873-1948) Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno imperial alemán que encabezó la representación alemana en las negociaciones de paz de Brest-Litovsk.

Labriola, Antonio (1843-1904) Filósofo marxista italiano conocido sobre todo por su obra *Ensayo sobre la concepción marxista de la historia*.

Lafargue, Paul (1842-1911) Periodista socialista, crítico literario, escritor político y activista francés principalmente conocido por su opúsculo *El derecho a ser perezoso.* Se casó con la hija de Marx Laura, con la que en 1991 se suicidó como parte de un pacto.

Lassalle, Ferdinand (1823-1864) Jurista alemán y líder del primer movimiento socialista alemán.

Lavrov, Piotr Lavrovich (1823-1900) Sociólogo y filósofo ruso que fue uno de los portavoces clave del narodismo (el socialismo de base campesina). Obligado a huir del zarismo a París en 1870, se adhirió a la Primera Internacional y participó en la Comuna de París, sobre la cual luego escribió un libro.

Liebknecht, Karl (1871-1919) Líder del movimiento laborista revolucionario alemán, fundador con Rosa Luxemburgo del Partido Comunista Alemán. Mucho antes de la Primera Guerra Mundial, adquirió renombre revolucionario por su lucha contra el militarismo. Fue condenado a 18 meses de prisión por escribir su panfleto *Militarismo y antimilitarismo.* El nombre de Liebknecht constituye un símbolo del internacionalismo revolucio-

nario y la oposición tenaz a la guerra imperialista debido al voto contra los créditos de guerra que en diciembre de 1914 emitió en el Reichstag contra los de guerra. Como miembro del comité revolucionario, encabezó el levantamiento de los obreros de Berlín en enero de 1919. Tras el aplastamiento de este levantamiento, fue arrestado por el gobierno de Scheidemann y el 15 de enero de 1919 asesinado, junto con Luxemburgo, por contrarrevolucionarios.

Lissagaray, Prosper-Olivier (1838-1901) Periodista socialista francés especialmente conocido por su clásica explicación histórica de la Comuna, *Historia de la Comuna de París de 1871* (1876), basada en entrevistas con supervivientes exiliados y fuentes documentales.

Lloyd George, David (1863-1945) Uno de los redactores del Tratado de Versalles, y primer ministro del Partido Liberal, 1916-1922. Tras una carrera inicial como reformista liberal, en 1908 adquirió prominencia como promotor de la jornada de ocho horas para los mineros, por más que condujo la guerra de manera implacable e hizo campaña contra la Revolución rusa. Tras la victoria de los bolcheviques en la guerra civil, se convirtió en abogado del restablecimiento de los vínculos económicos con la Unión Soviética.

Longuet, Jean (1876-1938) Abogado y socialista francés, y nieto de Karl Marx que en la Primera Guerra Mundial sostuvo una posición pacifista pero votó invariablemente a favor de los créditos de guerra. Fue fundador y redactor del periódico *Le Populaire.* En el Congreso de Estrasburgo de 1918, la mayoría del Partido Socialista francés se adhirió a las posiciones de Longuet. Tras el Congreso de Tours de 1920, donde los comunistas conquistaron la mayoría, abandonó el partido, se adhirió a

la «Internacional Segunda y Media» y más tarde se reintegró en la Segunda Internacional.

Loriot, Fernand (1870-1932) Veterano socialista francés. Durante los últimos años de la guerra de 1914-1918, lideró el ala extrema izquierda del Partido Socialista Francés, que apoyó la Izquierda de Zimmerwald. En 1920-1921 Loriot tomó parte activa en la escisión de los socialistas y la formación del Partido Comunista Francés, en uno de cuyos líderes se convirtió. Asistió al Tercer Congreso de la Internacional Comunista y fue elegido para el presídium. Unos años después abandonó el movimiento comunista para unir sus fuerzas con las de sindicalista revolucionario Pierre Monatte.

Ludendorff, Erich Friedrich Wilhelm (1865-1937) Oficial del ejército alemán, general de intendencia durante la Primera Guerra Mundial, vencedor en Lieja y, junto con Paul von Hindenburg, uno de los vencedores de la batalla de Tannenberg. Tras la guerra, apoyó durante un breve periodo a Adolf Hitler y al Partido Nazi.

Luzemburgo, Rosa (1871-1919) De nacionalidad polaca, Rosa Luxemburgo fue una de las grandes teóricas del ala izquierda de la socialdemocracia alemana, y luego de los espartaquistas y del Partido Comunista, y autora de una serie de libros clave, incluido *La acumulación de capital*. También participó en los movimientos revolucionarios polaco y ruso, y desde 1910 encabezó la oposición revolucionaria en el interior del SPD alemán. Durante la Primera Guerra Mundial fue encarcelada por su oposición al conflicto. En 1918, junto con Liebknecht, fundó el Partido Comunista Alemán. Fue asesinada en 1919.

MacMahon, Patrice-Maurice de (1808-1893) Duque de Magenta, mariscal de Francia y jefe del ejército «versa-

llés» que invadió y reprimió la Comuna de París. Fue presidente de la Primera República, de 1875 a 1879.

Mártov, Yuli (Y. Ó. Zederbaum) (1873-1923) Líder ideológico del menchevismo, comenzó su carrera en 1895 trabajando con Lenin en la Liga de San Petersburgo de Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora. Colaboró con Lenin en la fundación de *Iskra* y la revista teórica *Zarya*. El distanciamiento irrevocable con Lenin se inició en 1903. Durante el periodo de la Revolución de Octubre, Mártov ocupó una posición de izquierdas en las filas mencheviques y se mantuvo fiel al Segundo Congreso de los sóviets tras el abandono de los socialrevolucionarios de derechas y de los mencheviques. Cuando se le permitió emigrar, marchó a Berlín, donde fundó la publicación más importante de los mencheviques en el exilio *(Sotsialistícheski Vestnik)*.

mencheviques Ala reformista del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) desde 1903 hasta 1912, cuando ellos y los bolcheviques constituyeron partidos separados. Los mencheviques se opusieron a la Revolución de Octubre de 1917 y luego se escindieron en un ala derecha y un ala izquierda.

Miliukov, Pavel (1859-1943) Historiador ruso, líder de la burguesía liberal rusa y de su partido, los Cadetes (Demócratas Constitucionales). Tras la Revolución de Febrero de 1917, ocupó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno provisional y trató de continuar la política exterior del zarismo. Tras la Revolución de Octubre, emigró a Francia, donde fue redactor de un diario ruso.

Millerand, Alexandre (1859-1943) Socialista francés que colaboró con Jaurès. En 1899 entró en el Gobierno burgués de Waldeck-Rousseau junto con el marqués de Galliffet, lo cual constituyó la chispa que encendió una po-

lítica internacional en la izquierda. Su deriva derechista continuó cuando entre enero y septiembre de 1920 ocupó el puesto de primer ministro, y entre 1920 y 1924 el de presidente de Francia.

Mirbach, conde Wilhelm (1871-1918) Embajador alemán en la Rusia soviética tras la conclusión del Tratado de Brest-Litovsk. En el verano de 1918 fue asesinado por los Socialrevolucionarios de Izquierdas, que con ello esperaban reanudar la guerra con Alemania.

Monatte, Pierre (1881-1960) Uno de los líderes del Partido Comunista Francés, en el que ingresó hacia finales de 1922. Antes de la Primera Guerra Mundial, Monatte militó en las filas del sindicalismo revolucionario francés, que durante los años de la guerra constituyeron el núcleo de la oposición del movimiento obrero a la izquierda favorable a la guerra. Tras el final de la guerra, Monatte prosiguió su labor revolucionaria, pero no ingresó inmediatamente en el Partido Comunista. Expulsado del Partido Comunista a finales de 1924, fundó el periódico *La Révolution prolétarienne*.

montañeses Nombre dado a los diputados que se sentaban en los bancos superiores (la «Montaña») de la Asamblea Legislativa y luego de la Convención en Francia. Con frecuencia se emplea como sinónimo de «jacobinos». Diferían de los girondinos por el apoyo que no dejaron de procurar al movimiento popular y a la regulación de la economía, así como por su visión igualitaria de las relaciones sociales. Robespierre fue uno de sus más eminentes representantes.

Noske, Gustav (1868-1946) Funcionario sindicalista alemán y miembros del ala de extrema derecha del Partido Socialdemócrata. Durante los años de posguerra fue conocido como verdugo de la revolución, tan feroz fue la

represión que desató. Entre 1919 y 1920 ocupó el cargo de ministro de Defensa.

Partido Laborista Independiente Fundado en Gran Bretaña en 1893 bajo la presidencia de James Keir Hardie, elegido para el parlamento como laborista independiente por West Ham en las elecciones generales del año anterior. Robert Smillie, Tom Mann, John Bruce Glasier, Henry Hyde Champion, Ben Tillett, Philip Snowden y Edward Carpenter colaboraron también con el partido. El PLI desempeñó un papel de gran importancia en la formación del Comité de Representación Laborista en 1900, y cuando en 1906 se constituyó el Partido Laborista, el PLI se afilió a él, pero siguió estando a su izquierda. Se opuso a la Primera Guerra Mundial por razones pacifistas. El PLI se desafilió de la Segunda Internacional en agosto de 1920, pero su ala derecha se opuso a la adhesión a la Tercera Internacional. El PLI fue elemento clave de la «centrista» Internacional Segunda y Media entre 1921 y 1923.

Pilsudski, Józef Kelemens (1867-1935) En los inicios de su carrera fue perseguido por el Gobierno zarista como activista y líder revolucionario del Partido Socialista Polaco (PSP). Tras la Primera Guerra Mundial, cuando Polonia obtuvo la independencia, un golpe de Estado lo llevó a la jefatura del gobierno. Luego se convirtió en dictador (1926-1935) de la Segunda República Polaca, así como jefe de sus fuerzas armadas.

Plejánov, Georgi Valentínovich (1856-1918) Revolucionario ruso y teórico marxista puntero. Tras haber participado en la fundación del movimiento socialdemócrata en Rusia, Plejánov se alió con el ala menchevique y se opuso a la Revolución de Octubre.

Poincaré, Raymond (1860-1934) Estadista conservador francés que fue primer ministro de Francia en seis oca-

siones diferentes, así como presidente de Francia entre 1913 y 1920.

pood Unidad rusa de peso equivalente a 16,38 kilogramos.

Potresov, Aleksandr Nikoláyevich (1869-1934) Prominente menchevique del ala derecha.

Proudhon, Pierre-Joseph (1809-1865) Filósofo político mutualista francés de la tradición socialista, considerado uno de los primeros pensadores anarquistas punteros. Proudhon es sobre todo famoso por su afirmación de «La propiedad es un robo», en *¿Qué es la propiedad? Investigaciones acerca del principio del derecho y del gobierno,* su primera obra importante, publicada en 1840.

Proudhonismo *Véase* Proudhon.

Rada Asamblea de representantes de diversas organizaciones públicas en Ucrania, formada tras la Revolución de Febrero y que pretendía ser portavoz de la nación ucraniana. Tras octubre de 1917, la Rada apoyo la contrarrevolución «blanca». Tras ser disuelta por los bolcheviques en 1918, la Rada favoreció la ocupación alemana, que, una vez establecida, derrocó al Gobierno de la Rada y convirtió a Hetman Skoropadsky en gobernante único del país.

Radoslavov, Vasil (1854-1929) Destacado político liberal búlgaro que ocupó por dos veces el cargo de primer ministro, una de ellas a lo largo de la mayor parte de la Primera Guerra Mundial**.**

Renaudel, Pierre (1871-1935) Líder del ala extrema derecha, favorable a la guerra, del Partido Socialista Francés.

Renner, Karl (1870-1950) Figura destacada del ala moderada de los socialdemócratas austríacos y autor de una importante obra sobre sociología del derecho. Apoyó la guerra de 1914-1918. Tras el derrocamiento de la dinastía de los Habsburgo, ocupó el cargo de canciller en el Gobierno de coalición. Cuando la ola revolucionaria decreció,

Renner, junto con sus colegas, fue echado del Gobierno. En 1945 fue presidente de la Segunda República.

República Soviética Húngara Proclamada el 21 de marzo de 1919, cuando el Gobierno del conde Károlyi fue obligado a renunciar y entregar el poder al Partido Socialdemócrata. Éste propuso compartir el poder con los líderes del Partido Comunista Húngaro. Se constituyó un Consejo de Comisarios del Pueblo en el que entraron comunistas (Béla Kun, Tibot Szamuely, Eugen Varga y otros) y socialdemócratas. La Entente respondió a esta revolución con el bloqueo y una guerra en la que la República fue atacada por las tropas «blancas» de Rumanía y Checoslovaquia. Tras cuatro meses de combates, el ejército rumano tomó Budapest y proclamó la dictadura del almirante Horthy, que instauró un régimen de intensa represión.

Revisionismo Corriente del ala derecha de pensamiento en la socialdemocracia alemana que abogaba por una revisión de la ortodoxia teórica en favor de una visión más gradualista y pacífica.

Rigaut, Raoul (1846-1871) Blanquista y ateo militante francés que cumplió varias condenas de cárcel por delitos políticos. Durante la Comuna de París ocupó la jefatura del aparato de seguridad y policial y fue responsable de la toma de rehenes y de requisas en las iglesias. Murió luchando en el Barrio Latino contra los «versalleses».

Rodzianko, Mijaíl Vladímirovich (1859-1924) Uno de los fundadores y líderes del Partido Octubrista Ruso. Fue diputado en la Tercera Duma del Estado Ruso y elegido presidente tras la dimisión de Aleksandr Guchkov en 1911. Luego continuó como presidente de la Cuarta Duma del Estado hasta su disolución en febrero de 1917. Fue uno de los políticos clave durante la revolución rusa de octu-

bre. Presidió el Comité Provisional de la Duma del Estado y, entre otras cosas, dirigió las conversaciones de abdicación con el zar Nicolás II. En 1920 emigró a Yugoslavia, donde murió.

Rosmer, Alfred (1877-1964) Revolucionario francés que participó junto con Pierre Monatte en el movimiento sindicalista. En 1919-1920 rompió con el sindicalismo y en 1920 asistió al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, de cuyo presídium fue miembro. Defendió activamente la línea de la Internacional Comunista dentro del Partido Comunista Francés y fue uno de los líderes de su ala izquierda. Se unión a la Oposición de Izquierdas en los primeros días de su existencia, pero luego se distanció de ella al mismo tiempo que mantenía contactos con Trotsky. Fue autor de *Le mouvement ouvrier pendant la guerre* (1930) y de las memorias *El Moscú de Lenin* (1953).

Savinkov, Borís Viktórovich (1879-1925) Escritor y terrorista revolucionario ruso. En cuanto uno de los líderes de la Organización de Combate del Partido Socialista-Revolucionario, fue responsable de los más espectaculares asesinatos de oficiales imperiales en 1904 y 1905. Luego se convirtió en asistente ministro adjunto de la Guerra en el Gobierno provisional. Savinkov emigró en 1920, pero cuando en 1924 intentó regresar a Rusia, fue arrestado y murió en prisión, no se sabe si por mano propia o ajena.

sazhen Unidad rusa de medida equivalente a 2,13 metros.

Scheidemann, Philipp (1865-1939) Político del ala derecha socialdemócrata alemana que el 9 de noviembre de 1918 proclamó la República y fue el primer canciller de la República de Weimar. Tras la derrota de los espartaquistas en 1919, encabezó un gobierno de coalición del que dimitió como protesta por el Tratado de Versalles.

Segunda Internacional Fundada en 1889 como la organización internacional de los partidos socialistas y laboristas, con un buró permanente radicado en Bruselas. En 1914 casi todas las secciones de la Internacional apoyaron a sus respectivos Gobiernos en lugar de oponerse a la guerra. En 1920 se reorganizó en clara oposición a la Internacional Comunista, y en 1923 se fundió con la Internacional «Segunda y Media».

Seitz, Karl (1869-1950) Socialdemócrata moderado austríaco que fue primer presidente federal de Austria en 1918 y 1920, y presidente del partido. Elegido alcalde de Viena en 1923.

Skoropadsky, Pavló (1873-1945) Aristócrata ucraniano y general del Ejército Imperial ruso. Se convirtió en el líder conservador durante la infructuosa lucha de Ucrania por su independencia tras la Revolución rusa de 1917. Fue nombrado *hetman* (líder) del Gobierno de un «Estado Ucraniano» *(Ukrayinska Derzhava)* en abril de 1918 tras un golpe de Estado. Su sumamente reaccionario Gobierno y su periodo en el poder son conocidos como «el Hetmanato», que duró hasta diciembre de 1918.

Social revolucionarios (eseristas) Partido socialista campesino ruso. Escindidos en 1917, los eseristas de izquierda participaron durante un periodo en el Gobierno soviético, mientras que los eseristas de derecha se opusieron a la revolución.

Sombart, Werner (1863-1941) Destacado economista y sociólogo alemán, inicialmente asociado con la izquierda pero que se fue desplazando hacia posiciones derechistas. Famoso sobre todo por su obra *El capitalismo moderno* (1916).

Thiers, Louis-Adolphe (1797-1877) Político e historiador francés. Thiers fue primer ministro del rey Luis Felipe de Francia. Tras el derrocamiento del Segundo Im-

perio, ganó nuevamente prominencia como el líder francés que en 1871 reprimió la Comuna de París.

Tsereteli, Irakli (1881-1959) Uno de los más prominentes mencheviques del ala derecha de Georgia, diputado de la Segunda Duma. Tras la Revolución de Febrero, fue uno de los líderes de los llamados «defensistas revolucionarios» y entró como ministro de Correos y Telégrafos en el gobierno de coalición. Tras la Revolución de Octubre, Lenin ordenó el arresto de Tsereteli, de manera que permaneció en Georgia, donde obtuvo un escaño en el Parlamento de la República Democrática de Georgia (1918-1921). Tras la ocupación de Georgia por el Ejército Rojo, huyó a Francia y luego a Estados Unidos.

Tsypérovich, Grigori Vladimírovich (1872-1932) Destacado líder sindicalista ruso. Hijo de un sastre pobre, en su juventud se unió al movimiento socialdemócrata y pasó largos periodos en prisión y en el exilio, incluidos diez años en Srednekolymsk. Liberado en 1905, reingresó en el movimiento revolucionario del sur de Rusia (Odesa). Más tarde se licenció como economista en la Universidad de San Petersburgo, y luego pasó más de dos años en el extranjero. A su regreso a Rusia, tuvo una participación muy activa en el movimiento sindicalista, y escribió especialmente sobre cuestiones económicas en la prensa de los sindicatos. Tras Octubre, se convirtió en miembro del Consejo Central de los Sindicatos (VTsSPS) y luego trabajó en el Consejo de Sindicatos de Petrogrado. Desde julio hasta octubre de 1919 estuvo al frente del Consejo. Ese año ingresó en el partido bolchevique.

Tugan-Baranovsky, Mijaílo Ivánovich (1865-1919) Importante economista de Rusia, de origen ucraniano. Fue uno de los fundadores de la Academia Nacional de Cien-

cia de Ucrania, así como ministro de Hacienda de la República Popular de Ucrania.

Turati, Filippo (1857-1932) Abogado italiano y uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano. Líder del ala reformista, votó contra los créditos de guerra en la Primera Guerra Mundial, pero apoyó el programa del presidente Wilson. A la conclusión de la guerra, siguió oponiéndose a la Revolución rusa y a la Internacional Comunista. Tras la escisión del partido italiano en 1922, encabezó el Partido Reformista.

Uritski, Moiséi Solomónovich (1873-1918) Líder bolchevique de origen ucraniano que fue jefe de la *Cheka* de Petrogrado. Fue asesinado en 1918, un hecho que, junto con el intento de asesinato a Lenin, suele plantearse como el comienzo del Terror Rojo.

Vandervelde, Émile (1866-1938) Abogado y profesor universitario, líder del ala derecha del Partido Socialista Belga y ex líder de la Segunda Internacional. Se contó entre los primeros socialistas que formaron parte del Gabinete de Guerra, del que ocupó la presidencia. Como representante de Bélgica, firmó el Tratado de Versalles. En los años 1920 participó en varios gobiernos de coalición.

Vermorel, August-Jean-Marie (1841-1871) Periodista socialista francés que desempeñó un papel activo en la Comuna. Herido en las barricadas, fue llevado a Versalles, donde falleció.

versallés Término empleado para designar a las fuerzas contrarrevolucionarias que se congregaron en Versalles durante la Comuna y que la reprimieron de una manera terrible.

versta Unidad rusa de longitud, equivalente a 500 *sazhen* o 1,07 kilómetros.

Vollmar, Georg Heinrich von (1850-1922) Figura destacada del ala derecha de la socialdemocracia alemana. Ele-

gido para el Reichstag en 1881, ocupó su escaño hasta 1887, luego desde 1890 hasta 1918.

Wolff Agencia de noticias alemana.

Yudénich, Nikoláy Nikoláyvich (1862-1933) General del Ejército Imperial ruso durante la Primera Guerra Mundial y luego líder de la contrarrevolución en el noroeste de Rusia durante la guerra civil rusa.

Zinóviev, Grigori Yevséyevich (1883-1936) Líder bolchevique, jefe del Gobierno de Petrogrado y presidente de la Internacional Comunista.

Cronología

1917

Febrero	Huelga obrera y motín militar en Petrogrado. Creación del sóviet de Petrogrado.
Marzo	Abdicación de Nicolás II e instauración del Gobierno provisional encabezado por Lvov. Extensión de los sóviets. Disturbios campesinos contra los terratenientes. Los mencheviques y los socialrevolucionarios dan un apoyo condicional al Gobierno provisional.
Abril	Lenin regresa de Suiza y publica sus *Tesis de abril*. Una nota de Miliukov a los aliados provoca manifestaciones callejeras en Petrogrado. Miliukov y Guchkov abandonan el gabinete.
Mayo	Lvov forma una coalición ministerial que incluye a mencheviques y socialrevolucionarios.
Junio	Primer Congreso Panruso de los sóviets de Diputados Obreros y Militares. Ofensiva militar rusa en el frente oriental. Propuesta de concesión de una autonomía regional a Ucrania.
Julio	Dimisión de los ministros de los Cadetes. Manifestación armada de trabajadores y marineros en Petrogrado. Lenin huye. Kérenski pasa a presidir el Gobierno.

Agosto Conferencia de Estado en Moscú. Los alemanes toman Riga. El motín de Kornílov es reprimido.

Septiembre Los bolcheviques se apoderan del sóviet de Petrogrado. Conferencia Democrática en Petrogrado.

Octubre El Comité Central Bolchevique, convencido por Lenin, decide tomar el poder. Segundo Congreso de los sóviets; derrocamiento del Gobierno Provisional e instauración del Sovnarkom. Promulgación de decretos revolucionarios: sobre la paz, sobre la tierra, sobre la prensa. Arrestos de Cadetes y otros.

Noviembre Los socialrevolucionarios de izquierda forman definitivamente su propio partido. Elecciones a la Asamblea Constituyente. Alto el fuego en el frente oriental.

Diciembre Constitución de la Comisión Extraordinaria *(Cheka).* Los socialrevolucionarios de izquierda ingresan en el Sovnarkom. Nacionalización de los bancos. Fuerzas soviéticas invaden Ucrania y se anuncia el gobierno soviético de Ucrania.

1918

Enero Apertura y disolución de la Asamblea Constituyente. El Sovnarkom decide la formación del Ejército Rojo. Los bolcheviques discuten la propuesta de una paz por separado con las Potencias Centrales.

Febrero Aplicación de la Ley Básica sobre la Tierra.

Marzo Los bolcheviques se rebautizan como el Partido Comunista Ruso (Bolcheviques). Tratado de Brest-Litovsk: Rusia se retira de la Primera Guerra Mundial y renuncia a reivindicar el territorio de

Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia y Estonia. Los bolcheviques resultan derrotados en varios sóviets municipales rusos.

Abril — Los alemanes instauran el régimen títere de Skoropadsky en Ucrania.

Mayo — Revueltas de la Legión Checoslovaca.

Junio — Constitución de un gobierno socialrevolucionario en Samara. Campaña masiva de nacionalización industrial. Decreto sobre los comités de los pobres aldeanos.

Julio — Supresión del Partido de los Socialrevolucionarios de Izquierda. Fusilamiento de la familia Románov en los Urales.

Agosto — Intento de asesinar a Lenin.

Septiembre — Proclamación formal del Terror Rojo. El Ejército Rojo recupera Kazán.

Noviembre — Final de la Primera Guerra Mundial. La República Soviética Rusa declara nulo y vacío el Tratado de Brest-Litovsk. Kolchak es proclamado Gobernante Supremo en Omsk. Se anuncia la República Soviética de Estonia.

Diciembre — Abolición de los comités de pobres aldeanos. Kolchak toma Perm en los Urales. Proclamación de las Repúblicas Soviéticas de Letonia y Lituania. Petlyura toma el poder en Ucrania.

1919

Enero — Introducción del sistema del Politburó y el Orgburó en el Comité Central del Partido Bolchevique. El Ejército Rojo toma el este de Ucrania. Instauración de la República Soviética de Bielorrusia.

Febrero — Formalización del sistema de requisas de grano por cuotas de distribución. El Ejército Rojo toma Kiev.

Marzo	Primer Congreso de la Internacional Comunista. Octavo Congreso del Partido Comunista Ruso. En Hungría y Múnich se crean repúblicas soviéticas de corta vida. Restauración de la República Soviética de Ucrania.
Abril	Detención del avance de Kolchak.
Mayo	Inicio de la ofensiva de Denikin.
Agosto	El Ejército Rojo evacúa Ucrania.
Octubre	Yudénich avanza hacia Petrogrado. Denikin es derrotado. Luego Yudénich es derrotado.
Diciembre	El Ejército Rojo recupera Kiev.

1920

Enero	Los aliados ponen fin al bloqueo de la Rusia soviética. Se crean ejércitos obreros.
Febrero	Kolchak es ejecutado. La República Soviética Rusa reconoce la independencia del Estado de Estonia.
Abril	Intensificación de las hostilidades militares con Polonia. Creación de la República Soviética de Azerbayán.
Mayo	Pilsudki captura Kiev, pero en julio es obligado a retirarse.
Julio	La República Soviética Rusa reconoce la independencia del Estado de Lituania.
Agosto	La República Soviética Rusa reconoce la independencia del Estado de Letonia. Los polacos derrotan al Ejército Rojo en la batalla del Vístula.
Diciembre	Instauración de la República Soviética de Armenia.

1921

Febrero	El Politburó aprueba la aplicación de la Nueva Política Económica. Creación de la República Soviética de Georgia.

Marzo Motines de la guarnición naval de Kronstadt. El X Congreso del Partido Comunista confirma la Nueva Política Económica y prohíbe la Oposición Obrera y otras facciones en el partido.

Lev Trotsky
Terrorismo y comunismo: réplica a Karl Kautsky

Prefacio
por H. N. Brailsford

De los bolcheviques se ha dicho que son más interesantes que el bolchevismo. Para los partidarios de la interpretación económica de la historia, eso puede parecer una herejía. No obstante, en mi opinión, la personalidad, no meramente la de los líderes sino también la de su partido, es fundamental para explicar la gestación y supervivencia de la Revolución rusa. En Occidente nos resultan especímenes absolutamente extraños. Nosotros y nuestros padres llevamos tres cuartos de siglo conociendo a líderes y organizaciones socialistas. No han carecido de talento, ni siquiera de genio. El movimiento ha tenido en Marx a su gran teórico, a su orador en Jaurès, tácticos convincentes como Bebel, y ha influido sobre la literatura de Morris, Anatole France y Shaw. No ha producido, sin embargo, a ningún hombre de acción importante, y se dejó a los rusos el cumplimiento de la tarea sobre la que generaciones de socialistas occidentales se habían pasado la vida debatiendo. En este éxito ruso había una simplicidad y una franqueza casi bárbaras. Estos fueron los hombres que de verdad se creyeron las fórmulas de nuestros teóricos y las resoluciones de nuestros congresos. Lo que para nosotros se había convertido en una ortodoxia esterilizada y casi respetable sonó en sus oídos como una fanfa-

rria de trompetas que llamaba a la acción. A la generación mayor le ha resultado difícil perdonarles su sinceridad. El resto de nosotros quiere comprender el milagro.

La auténtica audacia de los bolcheviques estribaba en esto, en que llevaron a cabo una revolución proletaria precisamente en aquel país que, de todas las regiones del mundo civilizado, parecía la menos preparada para ello por su desarrollo económico. Rusia estaba desde luego preparada para una revuelta agraria, para el reparto de la tierra, incluso para el derrocamiento de la vieja clase gobernante. Pero cualquier revolución espontánea, basada en las masas de campesinos, habría sido individualista y no comunista. El atrevimiento de los bolcheviques era consecuencia de su creencia en que la mínima minoría de la clase trabajadora urbana podía, gracias a su concentración, su mayor inteligencia y su relativa capacidad de organización, dominar a la inerte masa campesina y conferir a su rebelión provocada por la escasez de tierras el carácter y la forma de una revolución proletaria constructiva. La enconada batalla que entre sí entablaron los partidos rusos desde marzo de 1917 hasta la derrota de Wrangel en noviembre de 1920 fue en realidad una lucha intestina entre ellos por el liderazgo de los campesinos. ¿Cuál de estos diversos grupos sería capaz de ganarse su confianza hasta el punto de inducirles no meramente a combatir, sino a aceptar la disciplina, militar y civil, necesaria para la victoria? Al comienzo, los bolcheviques tenían todo en contra. Casi todos vivían en las ciudades. Hablaban en términos de una doctrina extraña y muy alemana. Pocos de ellos, salvo Lenin, comprendían en absoluto los problemas de la vida rural. La clase terrateniente debía de conocer mejor a los campesinos. Sus principales rivales eran los socialrevolucionarios, un partido que, desde sus mismos inicios, había rendido culto al campesino ruso, lo había estudiado, idealizado y contado con él, y al que en 1917 parecía incluso haberse ganado para su cau-

sa. Muchas circunstancias explican el éxito de los bolcheviques, que una vez más en la historia dieron pruebas de la capacidad de la ciudad, incluso allí donde su población era relativamente minúscula, para la acción rápida y concentrada. También les favoreció la suerte de enfrentarse a oponentes que cometieron el supremo error de invocar la ayuda extranjera. Pero ninguna de estas ventajas habría servido de nada sin una inmensa superioridad de carácter. El temperamento eslavo, soñador, emocional, indisciplinado, mostró la peor de sus caras en la incorregible autoindulgencia de los más aristocráticos «blancos», mientras que una educación exclusivamente literaria y estética ha arruinado para acción a los «intelectuales» de los grupos moderados socialista y liberal. Los bolcheviques quizá sean un grupo menos culto, pero en su vida clandestina de conspiración han aprendido la sobriedad, la disciplina, la obediencia y la confianza mutua. Su rígida fe en el marxismo les otorga la capacidad para la acción propia de quienes creen sin criticar ni poner en cuestión el dogma. Su capacidad de liderazgo depende mucho menos de lo que la mayoría de los ingleses suponen de su implacabilidad y de su disposición a la práctica de las artes de la intimidación y la represión. Su principal activo es la confianza en sí mismos. Ante cualquier emergencia, siempre están seguros de que su plan es el único viable. Se presentan ante el resto de Rusia como un solo hombre. Nunca dudan ni se desesperan e, incluso cuando transigen, adoptan una actitud de truculencia. Su supervivencia en medio de la invasión, la hambruna, el bloqueo y el descalabro económico ha sido de principio a fin un triunfo de la voluntad inquebrantable y la fe fanática. Han espoleado a un pueblo perezoso y desmoralizado a la realización de notables hazañas militares y a aún más asombrosas proezas de resistencia. La hipnotización de una nación de esta manera es, tal vez, la gesta más formidable de la voluntad humana en los tiempos modernos.

Que se sepa, este libro es la expresión con mucho más típica del temperamento bolchevique producida por la revolución. Se trata de un ensayo de carácter polémico, no constructivo. Su optimismo, su osadía, incluso su insolencia, constituyen una verdadera expresión del movimiento. El nombre de su autor es mundialmente famoso. Todos podemos visualizar la poderosa cabeza, los rasgos extraordinariamente atractivos, la figura atlética del hombre. En conversación privada produce una impresión de decisión y firmeza. Su habla no es rápida o expansiva, pues todo lo que dice está precisamente calculado. Uno tiene la sensación de estar en presencia de una vitalidad desbordante pero disciplinada. El escenario es una oficina que, por su orden y puntualidad militares, desmiente la habitual negligencia de Rusia. Sobre la tribuna, sus maneras fueron mucho más tranquilas de lo que yo me esperaba. Habló con bastante lentitud, con una agradable voz de tenor, desplazándose de un lado a otro del estrado y escogiendo sus palabras, evidentemente ansioso por expresar sus pensamientos de modo convincente pero también exacto. Los destellos de ingenio y las frases llamativas fueron frecuentes, pero las maneras no eran desde luego las de un demagogo. El hombre, de hecho, es un aristócrata natural, y su tendencia, que Lenin, el aristócrata por nacimiento, corrige, es a la disciplina militar y la regimentación autoritaria.

Hoy en día no tiene nada de sorprendente el tono de autoridad que se percibe en la voz de Trotsky y se detecta en sus escritos, pues es el comandante en jefe de un formidable ejército que se lo debe todo a su talento para la organización. La audacia que constituye su genio la puso de manifiesto en Brest-Litovsk. Hasta ese momento había poco en su trayectoria que lo distinguiera de sus camaradas del submundo revolucionario: una carrera universitaria interrumpida por su encarcelamiento, el aprendizaje de la agitación

en Rusia, algunos años de exilio pasados en Viena, París y Nueva York, el timbre de honor que para él y para Chicherin supone haber sido «huéspedes» de una cárcel británica, un ingenio despierto, el don de una lengua mordaz, pero todavía no ni los sólidos logros ni la leyenda que producen seguridad. Sin embargo, este oscuro agitador, con la rémora para el desempeño de esa tarea que le suponía su origen judío, se enfrentó a los diplomáticos y soldados de los imperios centrales, inflamados como éstos estaban por la victoria y la insolencia que les es característica, los obligó a entablar un debate público, los dejó estupefactos hablando de primeros principios como si la derrota y la impotencia de Rusia carecieran de importancia, y verdaderamente se sirvió de las negociaciones para hacer llegar a los propios súbditos de sus oponentes sus llamamientos a la revuelta. En el desempeño de esta función mostró la gracia y la audacia de un «matador». Este irrepetible drama reveló la persistente creencia de los bolcheviques en el poder de los grandes retos, en el efecto magnético de la pura voluntad. Desde este episodio, sus servicios a la revolución han sido más sólidos, pero no menos brillantes. Él carecía de cualquier conocimiento o experiencia militar, pero asumió la tarea casi desesperada de crear un ejército. Con frecuencia se lo ha comparado con Carnot. Pero, salvo porque ambos habían perdido oficiales, había poco en común entre los ejércitos francés y ruso en las primeras fases de las dos revoluciones. Lo que había desmoralizado al ejército francés no era la derrota, ni se encontraba cansado como consecuencia de la inacción, ni había sido víctima de la propaganda destructiva. Trotsky tuvo que crear el Ejército Rojo desde sus cimientos. Impuso una disciplina firme, y sin embargo se las arregló para mantener el espíritu revolucionario. Abrumado por las inconcebibles dificultades provocadas por el estado ruinoso de las líneas

ferroviarias y las industrias desarboladas, se las ingenió, sin embargo, para poner en pie una máquina militar que derrotó a los ejércitos de Kolchak, Denikin y Wrangel, con la flor y nata de los viejos oficiales profesionales a su frente. En cuanto proeza organizativa en medio de dificultades enormes, su trabajo se cuenta entre los logros más notables de la revolución.

No corresponde a un prefacio anticipar el argumento de un libro, menos aún imponer opiniones personales. El fatigoso ensayo de Kautsky al que este libro da brillante réplica ha sido traducido al inglés y es ampliamente conocido. Los argumentos contra la posibilidad de democracia política en una sociedad capitalista difícilmente podrían formularse mejor que se hace en estas páginas, y la polémica contra los métodos puramente evolutivos es formidable. El lector inglés de hoy es consciente, sin embargo, de que la Revolución rusa no se ha detenido desde que Trotsky escribió. Hemos de comprender que, incluso a la vista de los mismos bolcheviques, en Rusia la evolución hacia el comunismo está sólo en sus primeras etapas. Los recientes acuerdos implican, en el mejor de los casos, un larguísimo periodo de transición, a través de la producción capitalista controlada, al socialismo. La experiencia ha demostrado que la revolución catastrófica y la toma del poder político no bastan por sí mismos para la construcción de una sociedad socialista. El desarrollo económico en esa dirección ya se ha visto efectivamente retardado, y Rusia, bajo la presión de la guerra civil, se ha retrotraído a un primitivo sistema rural de producción e intercambio. Todos los lectores tendrán presente la pregunta de si el peculiar temperamento de los bolcheviques los ha llevado a sobreestimar la importancia del poder político, a subestimar la resistencia inerte de la mayoría y a arriesgar demasiado en aras de la ilusión del mando. A esa

pregunta la historia aún no le ha dado la respuesta decisiva. La demoníaca voluntad que llevó a cabo la revolución y la defendió mediante la obtención de lo imposible puede, sin embargo, reivindicarse contra la sosa tendencia de las fuerzas impersonales.

Introducción

Este libro nos ha sido sugerido por el sabio libelo de Kautsky, publicado con el mismo título. Nuestro trabajo, comenzado en el momento en que más encarnizadas eran las luchas contra Denikin y Yudénich, ha sido interrumpido con frecuencia por los acontecimientos del frente. En los penosos días en que escribíamos sus primeros capítulos, toda la atención de la Rusia de los sóviets estaba concentrada en obras puramente militares. Importaba ante todo salvaguardar siquiera la posibilidad de una obra económica socialista. Apenas podíamos ocuparnos de la industria sino en lo que se refería a las necesidades del frente. Nos hallábamos en la obligación de descubrir las calumnias de Kautsky en las cuestiones económicas, haciendo resaltar su analogía con sus calumnias en materia política. Al empezar este trabajo –hace ya casi un año– podíamos refutar las afirmaciones de Kautsky sobre la incapacidad de los obreros rusos de imponerse una disciplina de trabajo y sufrir económicamente, señalando la alta disciplina y el heroísmo de estos obreros en los frentes de la guerra civil. Esta experiencia era suficiente para desmentir las calumnias burguesas. Pero hoy, a algunos meses de distancia, podemos citar además datos y hechos tomados de la vida económica de la Rusia de los sóviets.

Tan pronto como el esfuerzo militar se hubo aplacado un tanto, después de la derrota de Kolchak y de Yudénich, a poco de haber dado a Denikin los primeros golpes decisivos, concluida la paz con Estonia y entablado negociaciones con Lituania y Polonia, se hizo sentir en todo el país la necesidad de una vuelta a la vida económica. Y el solo hecho de que la atención y la energía del país se concentraran rápidamente en otra obra, profundamente distinta, es una prueba indiscutible de la poderosa vitalidad del régimen soviético. A pesar de todas las experiencias políticas, de todas las miserias, de todos los horrores físicos, las masas obreras rusas están muy lejos de la descomposición política, del desfallecimiento moral o de la apatía. Gracias a un régimen que, si les ha impuesto duras obligaciones, ha dado un sentido y un elevado fin a su vida, han conservado una notable elasticidad moral y la aptitud, sin par en la historia, de concentrar su atención y su voluntad en obras colectivas. Actualmente se está realizando en todos los ramos de la industria una campaña enérgica, encaminada a la institución de una disciplina rigurosa de trabajo y a la intensificación de la producción. Las organizaciones del partido y de los sindicatos, las administraciones de las fábricas y talleres rivalizan en esta campaña y cuentan con el concurso incondicional de la opinión pública de toda la clase obrera. Unos tras otros, los talleres deciden, por medio de las asambleas generales de trabajadores, la prolongación de la jornada de trabajo. Petrogrado y Moscú dan el ejemplo; y las provincias siguen a Petrogrado. Los «sábados» y «domingos comunistas» –es decir, el trabajo gratuito consentido voluntariamente en las horas de reposo– son cada vez más practicados por centenares de miles de trabajadores de los dos sexos. La intensidad y productividad del trabajo de los sábados y domingos comunistas son, en opinión de los especialistas y según el testimonio de los mismos, verdaderamente sorprendentes.

Las movilizaciones voluntarias del partido y de la Unión de Juventudes Comunistas para el trabajo, se realizan con tanto entusiasmo como hasta ahora para el frente. El voluntariado del trabajo completa, vivifica el trabajo obligatorio. Los Comités del Trabajo Obligatorio, creados recientemente, cubren todo el país. La participación de las poblaciones en el trabajo colectivo de las masas (limpieza de carreteras o caminos obstruidos por la nieve, reparación de las vías férreas, tala de árboles, preparación y transporte de madera combustible, simples trabajos de construcción, extracción de la pizarra y de la turba) reviste un carácter más serio y racional cada día. La movilización para el trabajo de las unidades militares, cada vez más frecuente, sería absolutamente imposible sin un verdadero ardor por el trabajo…

Vivimos, es cierto, en una terrible ruina económica, entre el agotamiento, la pobreza y el hambre. Pero esto no puede emplearse como argumento contra la República Soviética: todas las épocas de transición se han caracterizado por los mismos aspectos trágicos. En toda sociedad (feudal, capitalista) donde una clase domina, ésta no abandona buenamente la escena una vez terminada su función; es preciso separarla por una ruda lucha interior, que causa con frecuencia a los combatientes sufrimientos y privaciones mayores que aquellas contra las cuales se rebelan.

El paso de la economía feudal a la economía burguesa –cuyo significado era enorme para el progreso– es un calvario inusitado. Cualesquiera que hayan sido los sufrimientos de las masas sujetas al feudalismo, por penosas que sean las condiciones de existencia del proletariado bajo el capitalismo, nunca fueron tan terribles las calamidades experimentadas por los trabajadores como en la época en que la vieja sociedad feudal, deshecha por la violencia, cedía el puesto a un nuevo orden de cosas. La Revolución francesa del

siglo XVIII, que adquirió su inmensa amplitud gracias a la presión de las masas exasperadas por el sufrimiento, aumentó la miseria de éstas durante un largo periodo y en proporciones extraordinarias. ¿Podía ser de otro modo?

Los dramas de Palacio, que terminan con cambios realizados en las cumbres del poder, pueden ser breves y no tener casi influencia sobre la vida económica del país. Cosa distinta es una revolución que arrastra en su torbellino a millones de trabajadores. Cualquiera que sea la forma de una sociedad, siempre se basa en el trabajo. Arrancando a las masas del trabajo, lanzándolas a la lucha por un largo periodo, rompiendo la trama de la producción, la revolución descompone la economía, rebajando el nivel del desarrollo económico con relación al que tenía antes de empezar. Cuanto más profunda es la revolución social, más arrastra a las masas, y cuanto más larga, más deteriora el mecanismo de la producción y agota las reservas de la sociedad. No se puede deducir de esto sino una cosa que no tiene necesidad de ser demostrada: que la guerra civil es perjudicial para la economía. Pero convertirlo en censura contra la economía soviética, viene a ser lo mismo que imputar al recién nacido los dolores de la madre durante el parto. Se trata de abreviar la guerra civil, y esto sólo puede conseguirse por la firme resolución al actuar. Ahora bien, precisamente contra esa resolución revolucionaria está dirigido todo el libro de Kautsky.

Desde la publicación del libro que examinamos, han ocurrido, no sólo en Rusia, sino también en el mundo entero, especialmente en Europa, grandes acontecimientos; han tenido lugar procesos profundamente significativos, que destruyen los últimos reductos del kautskismo.

La guerra civil en Alemania reviste un carácter cada vez más encarnizado, la potencia aparente de la antigua organización socialdemócrata del partido y de los sindicatos, lejos

de facilitar el tránsito pacífico y «humanitario» al socialismo –lo que resultaría de la teoría actual de Kautsky–, ha sido, por el contrario, una de las principales causas de la prolongación de la lucha y de su encarnizamiento creciente. A medida que la socialdemocracia se ha hecho inerte y conservadora, y el proletariado, traicionado por ella, ha tenido que gastar fuerzas, sangre y vida, en sus ataques perseverantes contra la sociedad burguesa para forjarse, en el curso de esta lucha, una nueva organización capaz de conducirle a la victoria definitiva, el complot de los generales alemanes, su éxito momentáneo y sus sangrientas consecuencias han revelado de nuevo a qué ruin e insignificante mascarada se reduce lo que se llama democracia en las condiciones creadas por el derrumbamiento del imperialismo y por la guerra civil. La democracia, persistiendo, no resuelve ningún problema, no borra ninguna contradicción, no cura ninguna herida, no evita las insurrecciones de la derecha ni de la izquierda: es impotente, insignificante, falaz, y sólo sirve para engañar a las masas atrasadas de la población y especialmente a la pequeña burguesía.

La esperanza, expresada por Kautsky en la última parte de su libro, de que los países de Europa occidental, las «viejas democracias» de Francia e Inglaterra, coronadas por los laureles de la victoria, nos ofrezcan el ejemplo de un desenvolvimiento normal, sano, pacífico, verdaderamente kautskiano, hacia el socialismo, es la más absurda de las ilusiones. La llamada «democracia republicana» de la Francia victoriosa es hoy el gobierno más reaccionario, sanguinario y delincuente que haya existido nunca. Su política interior, como la exterior, se funda en el miedo, la avaricia y la violencia. Por otra parte, el proletariado francés, más engañado que ninguno, va desviándose cada día más hacia la acción directa. Las represalias del gobierno contra la CGT muestran per-

fectamente que en la democracia burguesa no hay un hueco legal ni para el sindicalismo kautskista; es decir, para una hipócrita política de conciliación. La evolución de las masas hacia una política revolucionaria, el encarnizamiento de los poseedores y la destrucción de los grupos intermedios –tres procesos que condicionan y hacen presagiar, para un porvenir próximo, una lucha social implacable– han aumentado rápidamente ante nuestros ojos en el curso de los últimos meses en Francia.

En Inglaterra, los acontecimientos siguen el mismo curso de forma diferente. En este país, cuya clase gobernante oprime y expolia el mundo entero hoy más que nunca, las fórmulas democráticas han perdido todo significado, incluso en la farsa parlamentaria. El especialista más cualificado a este respecto, Lloyd George, no invoca la democracia, sino la coalición de los posesores, conservadores y liberales, contra la clase trabajadora. No hay señales, en sus argumentos, de las efusiones democráticas del «marxista» Kautsky. Lloyd George se coloca en el terreno de la realidad de clase y emplea, por esta razón, el lenguaje de la guerra civil. La clase obrera inglesa va a abrir, con el fuerte empirismo que la caracteriza, un capítulo de la historia de sus luchas que hará empalidecer las más gloriosas páginas del cartismo, del mismo modo que el próximo alzamiento del proletariado francés hará empalidecer hasta los fastos de la Comuna de París.

Precisamente porque los acontecimientos históricos se han desarrollado en el curso de los últimos meses con una rigurosa lógica revolucionaria, el autor de este libro se ha preguntado si su publicación respondía aún a una necesidad, si era preciso todavía refutar teóricamente a Kautsky y si el terrorismo revolucionario tenía necesidad de ser justificado teóricamente.

Por desgracia, sí, es necesario. La ideología desempeña, por su misma naturaleza, en el movimiento socialista, un papel inmenso. Hasta en Inglaterra, tan inclinada al empirismo, empieza un periodo en que la clase obrera exigirá cada vez más el estudio teórico de sus experiencias y sus realizaciones. La psicología, incluso del proletariado, comporta, no obstante, una terrible fuerza de inercia conservadora; tanto más cuanto que se trata de la ideología tradicional de los partidos de la Segunda Internacional, que despertaron al proletariado y que, recientemente aún, tenían una fuerza efectiva. Después de la destrucción del socialpatriotismo oficial (Scheidemann, Victor Adler, Renaudel, Vandervelde, Henderson, Plejánov), el kautskismo internacional (la plana mayor de los independientes alemanes, Fritz Adler, Longuet, una importante fracción de los socialistas italianos, los «independientes» ingleses, el grupo Mártov, etc.) es el principal factor político gracias al cual se mantiene el equilibrio inestable de la sociedad capitalista. Puede asegurarse que la voluntad de las masas trabajadoras del mundo civilizado, desplegada sin cesar por el curso de los sucesos, es infinitamente más revolucionaria que su conciencia, no desembarazada todavía de los prejuicios parlamentarios y las teorías conciliadoras. La lucha por la dictadura de la clase obrera significa en este momento la acción más despiadada contra el kautskismo en el seno de la clase trabajadora. Las mentiras y prejuicios conciliadores que aun envenenan la atmósfera, hasta en los partidos que gravitan en torno a la Tercera Internacional, deben ser rechazados. Este libro está destinado a servir a la causa de los que en todos los países combaten sin piedad al medroso kautskismo, equívoco e hipócrita.

P. S.- En estos días (mayo de 1920) las nubes se amontonan de nuevo sobre la República Soviética. Con su agresión contra Ucrania, la Polonia burguesa ha inaugurado una nue-

va ofensiva del imperialismo mundial contra la Rusia soviética*. La revolución está otra vez amenazada por los mayores peligros; los inmensos sacrificios que la guerra impone a la clase trabajadora, incitan otra vez a los kautskistas rusos a opo-

* [*N. del E.* de los *Escritos militares* de Trotsky, vol. 3: a finales de 1919, el Ejército Rojo había hecho retroceder a los guardias blancos en todos los frentes. El imperialismo británico y francés, al comienzo tan seguros del aplastamiento de la Revolución de Octubre, ahora se estaban enfrentando no sólo a la fuerza del Estado soviético mismo, sino a la oposición a la intervención inspirada a la clase trabajadora en los países imperialistas. Incluso se firmó un alto el fuego con el jefe polaco Pilsudki, que los franceses pretendían que encabezara la renovación de su ataque.

Los trabajos de reconstrucción económica en Rusia se vieron interrumpidos en marzo de 1920 con la invasión polaca de Ucrania. La respuesta de los bolcheviques constituyó una lección definitiva para la aristocracia y la burguesía polacas. Todo el país se movilizó. Fue durante esta campaña cuando los efectivos del Ejército Rojo crecieron hasta alcanzar los cinco millones. Trotsky organizó todo el frente.

La campaña difería de la fase previa de la guerra civil en que no era contra los grupos de guardias blancos ni la intervención imperialista directa; era contra los lacayos del imperialismo en la clase gobernante polaca. Las órdenes de Trotsky a lo largo de toda la campaña fueron las de una firme resistencia a todas las presiones chovinistas de luchar sobre una base nacional. Suspendió la publicación del periódico *Voyennoye Dyelo* debido a sus ataques chovinistas a la nación polaca, impartió instrucciones de que los soldados hechos prisioneros no fueran maltratados y llamó constantemente a los obreros y campesinos polacos a la resistencia contra Pilsudki y a unir fuerzas con sus hermanos soviéticos.

En julio las fuerzas polacas se estaban batiendo en retirada. El liderazgo bolchevique decidió perseguir a los ejércitos polacos hasta Varsovia. A pesar de que en público mantenía esta opinión, en privado Trotsky manifestaba graves reservas. En el Politburó se opuso a Lenin, preocupado por que el avance del Ejército Rojo despertara sentimientos nacionalistas entre amplios sectores de las masas polacas, en lugar de llevarlas a recibir a las fuerzas soviéticas como liberadoras. Llegado el momento, los denodados esfuerzos de los ejércitos de Tujachevski en el norte fueron derrotados a las puertas de Varsovia, mientras que en el sur los ejércitos al mando de Budyonny, con Stalin como comisario, estaban demasiado lejos para prestar ayuda. El Ejército Rojo se retiró, y Lenin no tardó en apoyar la idea de Trostsky de firmar la paz con Polonia.]

nerse abiertamente al poder de los sóviets; esto es, a ayudar a los asesinos internacionales de la Rusia soviética. La misión de los kautskistas consiste en auxiliar a la revolución proletaria cuando su seguridad ofrece garantías, y en oponerle toda suerte de obstáculos cuando mayor necesidad tiene de que la apoyen. Kautsky ha anunciado ya muchas veces nuestra derrota, que debe ser la mejor prueba de la exactitud de su teoría. Este «heredero de Marx» ha caído tan bajo que su programa político no es más que una especulación sobre el fracaso de la dictadura del proletariado.

Una vez más se engaña. La derrota de la Polonia burguesa por el Ejército Rojo, que dirigen obreros comunistas, manifestará la fuerza de la dictadura del proletariado y dará un nuevo golpe al escepticismo pequeñoburgués (kautskismo) del movimiento obrero. A pesar de la absurda confusión de las apariencias y los lemas, la historia contemporánea ha simplificado enormemente su proceso esencial, reduciéndolo al duelo entre el imperialismo y el comunismo. No es sólo por las tierras de los magnates polacos en Ucrania y la Rusia Blanca, por la propiedad capitalista de la Iglesia católica, por lo que Pilsudski hace la guerra, sino también por la democracia parlamentaria, por el socialismo evolucionista, por la Segunda Internacional, por el derecho de Kautsky a seguir siendo, en crítica, el acólito de la burguesía. Nosotros, frente a él, combatimos por la Internacional Comunista, por la revolución internacional del proletariado. La batalla será dura y difícil. Pero nosotros confiamos en la victoria, porque tenemos sobre ella todos los derechos históricos.

L. Trotsky
Moscú, 29 mayo de 1920

1
La correlación de fuerzas

Un argumento constantemente repetido en la crítica al régimen soviético, y sobre todo en las críticas que se hacen de la transición revolucionaria al régimen de los sóviets en otros países, es el referente a la correlación de fuerzas. El régimen soviético en Rusia es utópico porque no se corresponde con la «correlación de fuerzas». La atrasada Rusia no puede emprender obras que serían, si acaso, «propias de la avanzada Alemania». Hasta para el proletariado alemán sería, por otra parte, una locura conquistar el poder político, porque, en este momento, tal cosa significaría romper la «correlación de fuerzas». La Liga de Naciones no es perfecta, pero responde a la «correlación de fuerzas». La lucha por la abolición del régimen capitalista es utópica; mas algunas modificaciones del Tratado de Versalles corresponderían a esa correlación de fuerzas: Cuando Longuet marchaba a la zaga de Wilson, no lo hacía por debilidad política, sino por la gloria de la ley de la «correlación de fuerzas». El presidente austriaco Seidtz y el canciller Renner deben, según Friedrich Adler, ejercer su trivialidad pequeñoburguesa en las primeras magistraturas de la república burguesa, a fin de que no se rompa la correlación de fuerzas. Unos dos años antes de la guerra mundial, Renner, que a la sazón no era todavía canciller, sino un simple abo-

gado «marxista» del oportunismo, me demostraba que el *tradeunionismo,* es decir, el régimen de los capitalistas y propietarios de tierras, coronado por una monarquía, se mantendría inevitablemente en Rusia durante toda una época histórica, puesto que correspondía a la correlación de fuerzas.

¿Qué es, pues, esta correlación de fuerzas, fórmula sacramental que debe definir, dirigir y explicar todo el curso de la historia, en líneas generales y detalladamente? ¿Y por qué, de modo más preciso, esta correlación de fuerzas sirve invariablemente a la actual escuela de Kautsky para justificar la indecisión, la inercia, la traición y la cobardía?

La correlación de fuerzas significa todo cuanto se quiera: el nivel de la producción, el grado de diferenciación de las clases, el número de los obreros cualificados, los fondos en caja de los sindicatos, a veces el resultado de las últimas elecciones parlamentarias, en otras ocasiones el grado de condescendencia del ministerio o del impudor de la oligarquía financiera, y también, lo más frecuentemente, la impresión política de conjunto de un pedante semiciego, que se llama político realista, que se ha asimilado quizá la fraseología marxista, pero que, en realidad, se inspira en las más bajas combinaciones, en los prejuicios más extendidos y en vicios parlamentarios. Después de una pequeña charla confidencial con el director general de Seguridad, el político socialdemócrata austriaco sabía siempre exactamente, en los buenos tiempos, si la «correlación de fuerzas» permitía celebrar en Viena, el día Primero de Mayo, una manifestación pacífica. Los Ebert, los Scheidemann, los David medían, no hace mucho, la correlación de fuerzas por los dedos que les tendían Bethman-Holweg y Ludendorff cuando les encontraban en el Reichstag.

El establecimiento de la dictadura soviética en Austria habría roto desastrosamente, según Friedrich Adler, la correlación de fuerzas, y la Entente habría dejado que el país se hubiese

muerto de hambre. Como prueba de ello, Friedrich Adler nos designaba a Hungría, donde los Renner magiares aún no habían conseguido, en aquel momento, destruir con el concurso de los Adler el poder de los sóviets*. A primera vista, parece que a Friedrich Adler le asistía la razón. La dictadura del proletariado en Hungría no ha tardado en ser suplantada, sustituyéndola el ministerio ultrarreaccionario de Friedrich. Pero ¿puede preguntarse si esto respondía a la correlación de fuerzas? En todo caso, ni Friedrich ni Hutzar hubiesen podido tomar el poder, siquiera momentáneamente, si no hubiera existido el ejército rumano**. Se ve por esto, que al explicar los destinos de Hungría, conviene por lo menos tener en cuenta la «correlación de fuerzas» en dos países: Hungría y Rumania. Pero es evidente que no hay motivo para detenerse aquí. Si la dictadura de los sóviets se hubiera implantado en Austria antes de la crisis húngara, el derrocamiento del poder soviético en Budapest habría sido muy difícil. Henos, pues, obligados a tomar en consideración en la «correlación de fuerzas» que determinó la caída momentánea del Gobierno soviético húngaro, a Austria y a la política de traición de Friedrich Adler.

El propio Friedrich Adler no busca la clave de la «correlación de fuerzas» en Rusia o en Hungría, sino en Occidente, en Clemenceau y Lloyd George: tienen el pan y el carbón; ahora bien, hoy, en el mecanismo de la «correlación de fuerzas», el pan y el carbón son factores tan importantes como los cañones en la constitución de Lasalle. Apeada de las alturas en que se refugia, la opinión de Friedrich Adler es que el proletariado austriaco no debe tomar el poder mientras

* [*N. del E.:* Referencia a la República Soviética Húngara instaurada el 21 de marzo de 1919 y derrocada en agosto de 1919, tras lo cual se desencadenó una ola de Terror Blanco contra la izquierda.]

** [*N. del E.:* El ejército rumano entró en Budapest el 6 de agosto de 1919, con lo que se puso fin a la experiencia de la República Soviética.]

no se lo permita Clemenceau (o Millerand, es decir, un Clemenceau de segunda clase).

Pero, en este punto, se puede preguntar una vez más: ¿responde realmente la política de Clemenceau a la correlación de fuerzas? A primera vista, puede parecer que si los gendarmes de Clemenceau no demuestran tal correlación, bastan para asegurarla disolviendo las reuniones obreras, deteniendo y fusilando a los comunistas. Y a este respecto no podemos dejar de recordar que las medidas de terror del Gobierno soviético –pesquisas, detenciones y fusilamientos–, dirigidas exclusivamente contra los enemigos de la revolución, se consideran, por parte de diversas personas, como la prueba de que el gobierno de los sóviets no responde a la correlación de fuerzas. Pero, hoy, buscaremos en vano en el mundo entero un régimen que no haya recurrido a terribles represalias masivas. Y es que las fuerzas de las clases enemigas, al desgarrarse la apariencia de todos los derechos, incluso los «democráticos», tienden a fijar sus nuevas correlaciones a través de una lucha implacable.

Cuando se estableció en Rusia el sistema de los sóviets, los políticos capitalistas no fueron los únicos en considerarlo como un insolente desafío a la correlación de fuerzas: los socialistas oportunistas de todos los países también eran de esa opinión. A ese respecto, no había desacuerdo entre Kautsky, el conde habsburgués Czernin y el *premier* búlgaro Radoslavov. Desde entonces, las monarquías austrohúngara y alemana se han hundido, el militarismo más poderoso se ha disgregado. El Gobierno soviético se ha mantenido. Las potencias victoriosas de la Entente han movilizado y arrojado contra él todo lo que han podido. El Gobierno soviético se sigue manteniendo. Si, hace dos años, Kautsky, Friedrich Adler y Otto Bauer hubiesen podido predicar que se mantendría la dictadura del proletariado en Rusia, primero, a pe-

sar de los ataques del imperialismo alemán y, a continuación, a pesar de una lucha ininterrumpida contra la Entente, los sabios de la Segunda Internacional habrían considerado tal predicción como prueba de un ridículo desconocimiento de la correlación de fuerzas.

En cada momento dado, la correlación de fuerzas políticas es la resultante de diversos factores de potencia y de valor desiguales y sólo se determina, en el fondo, por el grado de desarrollo de la producción. La estructura social de un pueblo difiere considerablemente del desarrollo de las fuerzas productivas. La pequeña burguesía y la clase campesina subsisten mucho tiempo después que sus métodos hayan sido superados y condenados por el desarrollo industrial y técnico de la sociedad. La concurrencia de las masas tarda, a su vez, mucho en formarse, con relación al fomento de las relaciones sociales que le da origen; la conciencia de los antiguos partidos socialistas es de una época anterior al actual estado de espíritu de las masas; la conciencia de los antiguos líderes parlamentarios y tradeunionistas, más reaccionaria que la de sus partidos, forma una especie de coágulo endurecido, que la historia, hasta hoy, no ha podido digerir ni vomitar. En los tiempos del parlamentarismo pacífico, dada la estabilidad de las relaciones sociales, el factor psicológico podía ser situado –sin exponerse a gruesos errores– en la base de todos los cálculos; y se pensaba que las elecciones parlamentarias expresaban suficientemente la correlación de fuerzas. La guerra imperialista, rompiendo el equilibrio de la sociedad burguesa, ha revelado la insuficiencia radical de los antiguos criterios que no tenían en cuenta profundos factores históricos lentamente acumulados por el pasado y que brotan ahora a la superficie para dirigir el curso de la historia.

Los políticos rutinarios, incapaces de abarcar en su complejidad, en sus contradicciones y discordancias internas el

proceso histórico, se han figurado que la historia prepararía simultánea y racionalmente, en todos los lugares a la vez, el advenimiento del socialismo, de suerte que la concentración de la industria y la moral comunista del productor y el consumidor hubiesen podido evolucionar y madurar con los arados eléctricos y las mayorías parlamentarias. De aquí, la adopción de una actitud puramente mecánica frente al parlamentarismo internacional, indicaba el grado de preparación de la sociedad para el socialismo, del mismo modo que un manómetro señala la presión del vapor. Nada hay más absurdo, sin embargo, que esta representación mecánica del desenvolvimiento de las relaciones sociales.

Si de la producción, fundamento de las sociedades, nos elevamos a las superestructuras –clases, Estados, derechos, partidos, etc.–, puede establecerse que la fuerza de la inercia de cada escalón en la superestructura no se añade simplemente a la de los escalones inferiores, sino que, en ciertos casos, es multiplicada por ella. Como resultado, la conciencia política de grupos que han fingido ser durante mucho tiempo los más avanzados, aparece en el periodo de transición como un obstáculo terrible al desenvolvimiento histórico. Está absolutamente fuera de duda que los partidos de la Segunda Internacional, colocados ahora a la cabecera del proletariado, al no haberse atrevido, al no haber sabido, al no haber querido conquistar el poder en el momento más crítico de la historia de la humanidad, al haber conducido al proletariado al exterminio mutuo, han sido la fuerza decisiva de la contrarrevolución.

Las poderosas fuerzas de la producción, ese factor decisivo del movimiento histórico, se ahogaban en las superestructuras sociales atrasadas (propiedad privada, Estado nacional), en donde la evolución anterior las había encerrado. Intensificadas por el capitalismo, las fuerzas de la producción cho-

caban contra los muros del Estado nacional y burgués y exigían su emancipación mediante la organización universal de la economía socialista. La inercia de los grupos sociales; la inercia de las fuerzas policíacas que se mostraron incapaces de destruir las antiguas agrupaciones de clase; la inercia, la inteligencia y la traición de los partidos socialistas, que asumían de hecho la defensa de la sociedad burguesa, dieron por resultado la rebelión espontánea, elemento de las fuerzas productoras, bajo el aspecto de la guerra imperialista. La técnica humana, el factor más revolucionario de la historia, con su poder acumulado durante décadas, se alzó contra el conservatismo nauseabundo y la vil ineptitud de los Scheidemann, Kautsky, Renaudel, Vandervelde, Longuet, y, con ayuda de sus ametralladoras, de sus *dreadnoughs,* de sus aviones, desencadenó contra la cultura humana un espantoso pogromo.

La causa de las calamidades que la humanidad padece hoy reside, por tanto, precisamente en el hecho de que el poder técnico del hombre estaba ya, desde hace tiempo, maduro para la economía socialista, que el proletariado ocupaba en la producción una situación que aseguraba su dictadura, mientras que las fuerzas productoras más conscientes de la historia –los partidos y sus líderes– estaban todavía por completo bajo el yugo de los viejos prejuicios y alimentaban la desconfianza de las masas con respecto a sí mismas. Kautsky lo comprendía hace años. «El proletariado –escribía en su folleto *El camino del poder*– se ha fortalecido de tal modo que puede esperar con tranquilidad la guerra que se aproxima. No debe pensarse siquiera en una revolución prematura a la hora en que el proletariado ha extraído de los actuales fundamentos del Estado cuanto podía sacar y en que su transformación ha llegado a ser la condición de su elevación ulterior.» Desde el momento en que el crecimiento de las fuerzas productoras, saliéndose de los límites del Estado nacionalburgués, ha abier-

to para la humanidad una era de crisis y turbaciones, el equilibrio relativo de la conciencia de las masas en el curso de la época precedente ha sido roto por amenazadoras convulsiones. La rutina e inercia de la marcha cotidiana, la hipnosis de la legalidad, han perdido ya toda su influencia sobre el proletariado. Pero éste no ha entrado todavía de forma consciente y sin reservas en la senda de las francas luchas revolucionarias. En sus últimos momentos de equilibrio inestable vacila. El papel de las elites, del Gobierno por una parte y del partido revolucionario por otra, adquiere, en este momento psicológico una significación colosal. Basta un impulso decisivo –de derecha o izquierda– para dar al proletariado –durante un periodo más o menos largo– una u otra orientación. Lo hemos visto en 1914, cuando la presión de los Gobiernos imperialistas y de las partidos socialpatriotas unidos, rompió instantáneamente el equilibrio de la clase obrera, lanzándose en la vía del imperialismo. Vemos, además, cómo los trastornos de la guerra, el contraste entre sus resultados y sus propósitos primitivos, conmueven a las masas, haciéndolas cada vez más aptas para la rebelión abierta contra el capital. En estas condiciones, la existencia de un partido revolucionario que conozca exactamente las fuerzas directoras de la época actual, que comprenda el papel exclusivo que ocupa entre ellas la clase revolucionaria, que conozca los recursos inagotables de ésta, que crea en ella y conozca todo el valor del método revolucionario en épocas de relaciones sociales inestables, que esté dispuesto a aplicar este método hasta el final; la existencia, digo, de semejante partido en tales condiciones constituye un factor histórico de inapreciable importancia.

En cambio, un partido socialista que viva al amparo de cierta influencia tradicional pero que no se dé cuenta de lo que ocurre a su alrededor, que, no comprendiendo la situación re-

volucionaria, no pueda encontrar la clave de ella, que no tenga fe ni en sí mismo ni en la clase obrera, un partido de esta suerte constituye en nuestra época el obstáculo histórico más grave y origina un caos y una turbación abrumadora.

Tal es el papel actual de Kautsky y sus discípulos. Enseñar al proletariado a no creer en sí mismo, sino a tener por verdadera la imagen que de él da el espejo distorsionado de la democracia, hecho pedazos por la bota del imperialismo. En su opinión, la política revolucionaria del proletariado no debe estar determinada por la situación internacional, por la destrucción efectiva del capitalismo, por la ruina social consiguiente, por la necesidad objetiva del dominio de la clase obrera que clama por su rebelión entre los escombros humeantes de la civilización capitalista; nada de esto debe determinar la política del partido revolucionario proletario, que ha de depender únicamente del número de votos que le reconozcan después de sus prudentes cálculos los escribas del parlamentarismo. Pocos años antes, Kaustky comprendía, al parecer, la esencia del problema revolucionario. Escribía en el folleto ya citado *(El camino del poder):* «Siendo el proletariado la única clase revolucionaria de una nación, resulta que el derrumbamiento de la sociedad actual, revista un carácter militar o un carácter financiero, significa la bancarrota de los partidos burgueses, sobre los cuales recae toda la personalidad y que no se puede escapar de este callejón sin salida más por el gobierno del proletariado».

Pero hoy, el partido de la apatía y el miedo, el partido de Kautsky, dice a la clase obrera: «La cuestión no consiste en saber si tú eres en este momento la única fuerza creadora de la historia, si eres capaz de expulsar a la banda de malhechores, producto de la degeneración de las clases poseedoras que gobiernan; no se trata de que nadie pueda hacerlo más que tú, ni de que la historia no te conceda ninguna pró-

rroga –pues las consecuencias del actual caos sangriento amenazan con sepultarte a ti también bajo las últimas ruinas del capitalismo–. El problema es otro muy distinto: consiste en que los bandidos que gobiernan han conseguido ayer u hoy engañar, violentar, frustrar la opinión pública, alcanzando, gracias a ello, el 51 por 100 de los votos, contra el 49 por 100. ¡Perezca el mundo, pero viva la mayoría parlamentaria!».

2
La dictadura del proletariado

Marx y Engels forjaron la noción de dictadura del proletariado, tenazmente defendida por Engels en 1891, poco antes de su muerte; es decir, el ejercicio exclusivo del poder político por el proletariado, única forma bajo la que puede instituir un poder gubernamental.

De ese modo escribía Kautsky hace unos diez años. Entonces consideraba como la única forma socialista de poder el ejercicio exclusivo del poder político por el proletariado, a la dictadura, y no a la mayoría socialista en un parlamento democrático. Y es evidente que, si se asigna como tarea la abolición de la propiedad individual de los medios de producción, no hay otra manera de realizarla que concentrando todos los poderes del Estado en manos del proletariado, creando un régimen de excepción durante el cual la clase gobernante no se dejaría guiar por la observación de normas calculadas para un tiempo muy largo, sino por consideraciones revolucionarias acordes con sus objetivos.

La dictadura es indispensable porque no se trata del cambio de un carácter privado, sino de la existencia misma de la burguesía. Sobre esta base no es posible acuerdo alguno. Sólo puede decidir la fuerza. Naturalmente, el poder único del proletariado no excluye la posibilidad de acuerdos parciales o de

grandes concesiones, sobre todo en contra de la pequeña burguesía y del campesinado. Pero el proletariado sólo puede fijar esos acuerdos después de apoderarse del aparato material del poder y asegurarse la posibilidad de decidir libremente las concesiones que tiene que hacer o rechazar, en interés de la causa socialista.

Hoy Kautsky repudia absolutamente la dictadura del proletariado, «violencia ejercida por una minoría contra la mayoría»; es decir, que para definir el régimen del proletariado revolucionario se sirve de los mismos términos de que invariablemente se servían los socialistas honestos de todos los países para condenar la dictadura de los explotadores, aunque estuviese encubierta por el velo de la democracia.

Al renegar de la dictadura del proletariado, Kautsky diluye la cuestión de la conquista del poder por el proletariado, en la de la conquista de una mayoría socialdemócrata en el curso de una próxima campaña electoral. Según la ficción jurídica del parlamentarismo, el sufragio universal expresa la voluntad de los ciudadanos pertenecientes a todas las clases de la sociedad, y permite conseguir la mayoría para el socialismo. Mientras no se realice esa posibilidad teórica, la minoría socialista debe inclinarse ante la mayoría burguesa. El fetichismo de la mayoría parlamentaria no implica solamente el rechazo violento de la dictadura del proletariado, sino también del marxismo y de la revolución en general. Si hay que subordinar en principio la política socialista al rito parlamentario de mayorías y minorías, no queda margen, en las democracias formales, para la lucha revolucionaria. Si una mayoría elegida por sufragio universal toma, en Suiza, medidas draconianas contra los huelguistas; si el poder ejecutivo, producto de la voluntad de una mayoría formal fusila en Norteamérica a los trabajadores, ¿tienen derecho los obreros suizos y norteamericanos a protestar con una huelga general?

Indudablemente, no. La huelga política ejerce una presión extraparlamentaria sobre la «voluntad nacional», expresada por el sufragio universal. Kautsky, al parecer, no se atrave a llevar hasta este extremo la lógica de su nueva posición. Atado aún por algunas supervivencias de su pasado, se ve obligado a admitir la acción directa como correctivo del sufragio universal. Las elecciones parlamentarias no fueron nunca para los socialdemócratas, al menos en principio, un sustitutivo de la lucha de clases, de sus choques, de sus ofensivas, de sus insurrecciones; fueron tan sólo un medio auxiliar empleado en esta lucha –desempeñando un papel de más o menos importancia, según las ocasiones–, que había de abolirse por completo en la época de la dictadura del proletariado.

En 1891, esto es, poco antes de su muerte, Engels defendía tenazmente –según acaba de decírsenos– la dictadura del proletariado como única forma para su poder gubernamental. Esta definición la ha repetido muchas veces Kautsky. Esto, entre paréntesis, demuestra toda la indignidad de sus actuales tentativas encaminadas a falsificar la dictadura del proletariado hasta el punto de hacer de ella una invención rusa.

Quien desea el fin no puede rechazar los medios. La lucha debe tener la suficiente intensidad como para asegurar efectivamente al proletariado la exclusividad del poder. Siendo necesaria la dictadura para la transformación socialista, «única forma bajo la cual puede instituir el proletariado un poder gubernamental», esta dictadura debe ser a toda costa asegurada.

Para escribir un folleto sobre la dictadura del proletariado hay que tener tintero, papel y, naturalmente, algunas ideas en la cabeza. Pero para establecer y afianzar la dictadura del proletariado es preciso impedir que la burguesía destruya el poder de los trabajadores. Kautsky supone, sin duda alguna, que se puede alcanzar este resultado con folletos lacrimógenos. Su experiencia personal debería haberle convencido, no obstan-

te, de que no basta con perder toda influencia sobre el proletariado para adquirirla sobre la burguesía.

La exclusividad del poder de la clase obrera sólo se puede garantizar si se consigue hacer comprender a la burguesía, acostumbrada a gobernar, todo el peligro que ofrece rebelarse contra la dictadura del proletariado, minar sus cimientos mediante el sabotaje, los complots, los alzamientos, la intervención de los ejércitos extranjeros. Debe obligarse a la burguesía, arrojada del poder, a que se someta. Pero ¿cómo? Los sacerdotes intimidan al pueblo por medio de los castigos de ultratumba. Nosotros no poseemos este recurso. Por otra parte, el infierno no es el único medio de acción de los sacerdotes; lo asocian a los fuegos materiales de la Santa Inquisición o a los escorpiones del Estado democrático. ¿No estará inclinado Kautsky a creer que se puede dominar a la burguesía por medio del imperativo categórico de Kant que, en sus últimos escritos, desempeña casi el mismo papel que el Espíritu Santo? Nosotros, por nuestra parte, no podríamos prometerle nuestro concurso más que si se decidiera a enviar una misión humanitaria y kantiana al país de Denikin y de Kolchak. Allí tendría ocasión de convencerse de que la naturaleza no ha privado a los contrarrevolucionarios de cierto carácter templado por los seis años vividos entre las llamas y escombros de la guerra. Todo guardia blanco está convencido de esta sencilla verdad: que es más fácil encarcelar a un comunista que convertirle haciéndole leer a Kautsky. Estos señores no sienten una veneración supersticiosa por los principios democráticos ni terror alguno ante las llamas del infierno, tanto menos cuanto que los pontífices de la Iglesia y de la ciencia oficial obran en concierto con ellos y lanzan sus rayos conjuntos exclusivamente contra los bolcheviques. Los guardias blancos rusos se parecen a los guardias blancos alemanes –y a todos los demás– en que no es

posible convencerlos ni avergonzarlos. Hay que conquistarlos por el terror o aplastarlos.

El que en principio renuncia al terrorismo, esto es, a las medidas de intimidación y represión con respecto a la contrarrevolución armada, debe renunciar también a la dominación política de la clase obrera, a su dictadura revolucionaria. Quien renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia a la revolución social y pone una cruz sobre el socialismo.

Kautsky no tiene, en este momento, ninguna teoría sobre la revolución social. Cada vez que intenta generalizar sus ideas sobre la revolución y la dictadura, no hace sino servirnos un refrito de los viejos prejuicios del *jaurèsismo* y del *bernsteinismo*.

«La propia revolución de 1789 –escribe– suprimió las causas más importantes que le dieron un carácter tan cruel y violento y prepararon el terreno para que las revoluciones sucesivas tuviesen formas más dulcificadas.» Admitámoslo, aunque para ello sea preciso olvidar el recuerdo de las jornadas de junio de 1848 y de los horrores de la represión de la Comuna[*]. Admitamos que la gran revolución del siglo XVIII, por su terrorismo implacable, al destruir el absolutismo, el feudalismo y el clericalismo, preparó para el porvenir la posibilidad de resolver pacíficamente, sin choques, las cuestiones sociales. Aun admitiendo esta afirmación puramente liberal, nuestro adversario está completamente equivocado, pues la Revolución rusa, culminada con la dictadura del pro-

[*] [*N. del E.:* Las «jornadas de junio de 1848» se refieren al levantamiento de obreros franceses producido entre los días 21 y 26 de junio de 1848 y ferozmente reprimidos por el general Cavaignac. «Comuna»: como consecuencia de la derrota de las fuerzas francesas en la Guerra Francoprusiana de 1870-1871, en marzo de 1871 se creó la Comuna de París, que gobernó con el apoyo de las clases populares hasta su sangrienta represión a finales de mayo por las tropas leales al Gobierno con base en Versalles.]

letariado, ha empezado precisamente realizando la misma obra que la revolución hizo en Francia a fines del siglo XVIII. Nuestros antepasados no se preocupaban de preparar –mediante el terror revolucionario– las condiciones democráticas que hubieran debido suavizar las costumbres de nuestra revolución. El mandarín Kautsky, tan moralista, debería tener en cuenta este hecho y no acusarnos, sino acusar a nuestros predecesores.

Parece, por lo demás, que nos consiente una ligera concesión en este sentido.

Escribe: «Cierto que nadie podía poner en duda la necesidad de emplear medios violentos para derribar una monarquía militar como la alemana, austriaca o rusa, pero ya no se pensaba –¿quién?– en la fuerza de las armas, sino en el instrumento de fuerza característico del proletariado: la huelga general... Pero nadie podía esperar que parte considerable del proletariado, conseguido el poder, volviese a emplear los mismos métodos sangrientos y vengativos que empleó a fines del siglo XVIII, porque esto hubiera destruido toda la evolución histórica».

Como se ve, ha sido necesaria la guerra y toda una serie de revoluciones para poder echar una ojeada sobre la bóveda craneana de algunos teóricos y averiguar lo que ocurría en ella. Ahora ya lo sabemos: Kautsky no creía que se pudiese alejar del poder, por la persuasión, a los Románov o los Hohenzollern; pero se figuraba muy en serio que una monarquía militar podía ser derribada por una huelga general; es decir, por una manifestación pacífica de brazos cruzados. A pesar de la experiencia rusa de 1905 y de la discusión mundial que sobrevino, Kautsky, como se advierte, había conservado su punto de vista anarcorreformista sobre la huelga general. Podríamos recordarle que su propio periódico, *Die Neue Zeit,* demostraba hace una docena de años, que la huel-

ga general no es más que la movilización del proletariado opuesta a las enemigas fuerzas del Gobierno, y que no puede resolver por sí misma nada, porque agota las fuerzas del proletariado antes que las de su adversario, obligando a aquél a reanudar el trabajo. La huelga general no puede tener influencia decisiva más que cuando es el preludio de un conflicto entre el proletariado y la fuerza armada del enemigo; es decir, si es el preludio de una insurrección. El proletariado no puede resolver el problema del poder, problema fundamental de toda revolución, sino quebrantando la voluntad del ejército que se opone. La huelga general lleva aparejada la movilización por ambas partes, y permite una primera apreciación seria de las fuerzas de resistencia de la contrarrevolución; pero sólo los desarrollos posteriores de la lucha determinan el precio de sangre que ha de costarle al proletariado la conquista del poder. Que haya que pagar con sangre; que, en su lucha por tomar el poder y conservarlo, el proletariado debe saber morir y matar, ningún verdadero revolucionario lo ha puesto nunca en duda. Declarar que la aspereza de la lucha entre el proletariado y la burguesía –lucha a muerte– «destruye la evolución», prueba únicamente que las cabezas de algunos ideólogos respetados son cámaras oscuras –*camera obscura*– donde las imágenes aparecen invertidas.

Por lo que toca a los países más adelantados y cultos, sometidos a la influencia de antiguas tradiciones democráticas, nada acredita la exactitud de las teorías históricas de Kautsky. Éstas, por otra parte, no son nuevas. Los revisionistas les conferían antes un carácter de principios más serio. Demostraban que el crecimiento de las organizaciones proletarias en el seno de la democracia, garantizaba el paso gradual e imperceptible –reformista, evolucionista– al régimen socialista, sin necesidad de huelgas generales, de insurrecciones ni de dictadura del proletariado.

En esta época –la del apogeo de su actividad– Kautsky mostraba los antagonismos de clase de la sociedad capitalista, que se acentuaban a pesar de las formas de la democracia y que tenían que conducir a la revolución y a la conquista del poder por el proletariado.

Naturalmente, nadie ha intentado calcular por adelantado el número de víctimas de la insurrección y la dictadura proletaria. Pero estaba clarísimo que ese número dependería de la fuerza de resistencia de las clases poseedoras. Si el libro de Kautsky trata de probar que la educación democrática no ha suavizado el egoísmo de clase de la burguesía, se lo concederemos inmediatamente.

Si quiere añadir que la guerra imperialista, que ha durado cuatro años *a pesar* de la democracia, ha fomentado la brutalidad en las costumbres, ha habituado a la violencia y ha enseñado a la burguesía a no sentir ningún embarazo por el exterminio de las masas, también tendrá razón. Ésa es la verdad. Pero tenemos que combatir en estas condiciones. No se trata de un duelo entre hombrecillos proletarios y burgueses salidos del cerebro de Wagner-Kautsky, sino de una batalla entre un proletariado *real* y una burguesía *real,* tales como los ha formado la gran matanza imperialista.

En la despiadada guerra civil que tiene lugar en el mundo entero, Kautsky ve el nefasto resultado de... el abandono de la «táctica ensayada y victoriosa» de la Segunda Internacional.

«En efecto –escribe–, desde que el marxismo domina el movimiento proletario, éste no ha sufrido hasta la guerra ninguna gran derrota, y la idea de imponerse por el régimen del terror había desaparecido enteramente de sus filas.

»Mucho contribuyó a esto la circunstancia de que, al mismo tiempo que el marxismo se hizo la doctrina socialista dominante, arraigó en la Europa occidental la democracia, que

dejó de ser un objetivo de lucha para convertirse en la base firme de la vida política».

Esta «fórmula del progreso» no contiene ni un átomo de marxismo: el proceso real de la lucha de clases, de sus conflictos materiales, se resuelve en la propaganda marxista que, gracias a las condiciones de la democracia, parece garantizar el tránsito indoloro a formas sociales «más racionales». Vulgarización extrema del viejo racionalismo del siglo XVIII, en que las ideas de Condorcet son sustituidas por una versión miserable del *Manifiesto comunista*. La historia no es más que el despliegue de una cinta de papel impreso; y en el centro de este proceso «humanitario» se ve la mesa de trabajo de Kautsky.

Se presenta como ejemplo el movimiento obrero de la época de la Segunda Internacional, que, enarbolando la bandera marxista, nunca ha experimentado derrotas en sus ofensivas conscientes. Pero todo el movimiento obrero, todo el proletariado mundial y con él toda la cultura humana, han sufrido en agosto de 1914, en el momento en que la historia hacía balance de las fuerzas y aptitudes de todos los partidos socialistas, dirigidos, según nos dicen, por el marxismo «sólidamente apoyados en la democracia», una espantosa derrota. Las características de su trabajo anterior, que Kautsky querría inmortalizar ahora: facilidad para adaptarse a las circunstancias, abandono de la acción ilegal, alejamiento de las luchas abiertas, esperanza en la democracia, camino de una transformación social sin traumas, han sido arrastradas por el viento. Por temer las derrotas, deteniendo en todas las ocasiones a las masas inclinadas a la lucha franca, por disolver en sus decisiones hasta la huelga general, los partidos de la Segunda Internacional se han preparado por sí mismos su propia ruina; pues no han sabido mover un dedo para evitar la inmensa catástrofe de la guerra mundial que ha de-

terminado el carácter encarnizado de la guerra civil. ¡Hay que tener una venda, no sólo sobre los ojos, sino sobre los oídos y las narices, para oponernos ahora, después del derrumbamiento de la Segunda Internacional, después de la bancarrota del partido que la dirigía –la socialdemocracia alemana–, después de la sangrienta estupidez de la guerra mundial y la inmensa amplitud de la guerra civil, a la profundidad de pensamiento, la lealtad, el amor a la paz y la lucidez de la Segunda Internacional, cuya herencia liquidamos hoy!

3
La democracia

O democracia o guerra civil

Kautsky no conoce más que un camino de salvación: la democracia. Basta con que sea reconocida por todos y todos consientan en someterse a ella. Los socialistas de la derecha deben renunciar a las sanguinarias violencias a que han recurrido, a gusto de la burguesía. La misma burguesía debe renunciar a la idea de mantener hasta el fin su situación privilegiada gracias a Noske y a los sargentos Vogel. El proletariado, en fin, de una vez para siempre, debe abandonar el propósito de hacer desaparecer a la burguesía de otro modo que por las vías constitucionales. Si estas condiciones se cumplen, la revolución social se resolverá sin dolor en el seno de la democracia. Basta, como se comprende sin dificultad, con que nuestra borrascosa historia consienta en ponerse el birrete de Kautsky y en extraer la sabiduría de su tabaquera.

«No hay más que dos alternativas –expone nuestro sabio–, o democracia o guerra civil». Sin embargo, en Alemania, donde se hallan reunidos los elementos de una democracia formal, la guerra civil no conoce interrupción: «Seguramente Alemania no puede esperar nada de la actual Asamblea Nacional. Pero no se favorece el progreso alemán, sino que se

va en contra suya, convirtiendo la lucha contra la actual Asamblea en una lucha contra el sufragio universal.» ¡Como si en Alemania la cuestión fuesen las formas de escrutinio y no la posesión efectiva del poder!

La actual Asamblea Nacional –Kautsky lo reconoce– no puede devolver la salud al país. ¿Qué se deduce de esto? Que hay que volver a empezar. ¿Lo consentirán nuestros camaradas? Puede ponerse en duda. Si la partida no es ventajosa para nosotros, es que lo es para nuestros enemigos. La Asamblea Nacional, incapaz de «devolver la salud al país», es muy capaz de preparar con la dictadura reticente de Noske la dictadura seria de Ludendorff. Así ocurrió con la Asamblea Constituyente que preparó el camino a Kolchak. La predestinación histórica de Kautsky es precisamente escribir después del golpe de Estado el libro que explique el fracaso de la revolución por todo el curso precedente de la historia, desde el mono a Noske y desde Noske a Ludendorff. Muy distinta es la tarea de un partido revolucionario: consiste en prever el peligro a tiempo, y prevenirlo mediante la acción. Para este fin, sólo hay que hacer una cosa: arrancar el poder de manos de sus auténticos detentadores, los terratenientes y capitalistas que se ocultan tras de Ebert y Noske. La ruta se bifurca, pues, al salir de la Asamblea Nacional: o dictadura de una clase imperialista o dictadura. No se abre ningún camino hacia la «democracia». Kautsky no lo comprende. Expone con excesiva prolijidad la impotencia de la democracia para el desenvolvimiento político y la educación organizadora de las masas, y hace notar que puede conducir al proletariado a su total emancipación. ¡Como si no hubiera ocurrido nada importante en el mundo desde que se escribió el programa de Erfurt!

El proletariado francés, alemán y de algunos otros países importantes, ha militado, no obstante, durante décadas, apro-

vechándose de todas las ventajas de la democracia para crear potentes organizaciones políticas. Esta evolución del proletariado hacia el socialismo ha sido interrumpida, sin embargo, por un acontecimiento de considerable importancia: la guerra imperialista mundial. El Estado de clase, en el momento en que la guerra estallaba por su culpa, ha podido engañar al proletariado con la ayuda de los organismos directores de la democracia socialista y meterlo dentro de su órbita. Los métodos democráticos han dado pruebas por este procedimiento, a pesar de las ventajas indiscutibles que procuraban en cierta época, de su acción sumamente limitada, puesto que la educación democrática de dos generaciones proletarias no habían preparado el terreno político para la comprensión y apreciación de un acontecimiento de la índole de la guerra imperialista mundial. Esta experiencia no permite afirmar que si la guerra hubiese estallado diez o veinte años más tarde hubiera encontrado al proletariado mejor preparado políticamente. El Estado democrático burgués no sólo concede a los trabajadores mejores condiciones de desarrollo con relación al absolutismo, sino que con la legalidad burguesa, limita este mismo desenvolvimiento, acumula y afianza con arte los hábitos oportunistas y los prejuicios legales entre las pequeñas aristocracias proletarias. En el momento en que la catástrofe –la guerra– se hizo inminente, la escuela de la democracia reveló su incapacidad completa para conducir al proletariado a la revolución. Fueron necesarias la bárbara escuela de la guerra, las esperanzas socialimperialistas, los mayores éxitos militares y una derrota sin igual. Después de estos sucesos, que impusieron algunas modificaciones al programa de Erfurt, emplear los viejos lugares comunes sobre la significación del parlamentarismo para la educación del proletariado equivale a volver políticamente a la infancia. Y ésta es la desgracia de Kautsky, que escribe:

«El proudhonismo estaba animado de una profunda desconfianza hacia las luchas políticas; no veía con buenos ojos la intervención del proletariado en la política. Se renuevan hoy análogos razonamientos (!), que se presentan como el nuevo evangelio del pensamiento socialista, como un resultado de la experiencia que Marx no conocía ni podía conocer. Y en el fondo no son sino variaciones sobre ideas que cuentan más de medio siglo de vida, que Marx conocía perfectamente y que fueron por él combatidas y derrotadas.»

Así pues, el bolchevismo no es más que... ¡un refrito del proudhonismo! Desde el punto de vista teórico, esta desvergonzada afirmación es una de las más imprudentes del libro.

Los proudhonianos rechazaban la democracia por la misma razón por la que rechazaban la política. Eran partidarios de la organización económica de los trabajadores sin intervención del poder del Estado, sin conmociones revolucionarias; eran partidarios de la mutualidad obrera sobre la base de una economía comercial. En la medida en que la fuerza de las cosas les empujaba a la lucha política, preferían –como ideólogos burgueses– la democracia a la plutocracia e incluso a la dictadura revolucionaria. ¿Qué tienen de común en esto con nosotros? Mientras nosotros rechazamos la democracia en nombre de un poder proletario centralizado, los proudhonianos, en cambio, estaban enteramente dispuestos a aliarse con una democracia algo tocada de federalismo, para evitar el poder obrero revolucionario exclusivo. Kautsky hubiera podido compararnos con mucha más razón con los blanquistas, adversarios de los proudhonianos, que comprendían perfectamente la importancia del poder revolucionario y se guardaban muy mucho, al plantear el problema de su conquista, de tener en cuenta religiosamente los aspectos formales de la democracia. Pero para justificar la comparación de los comunistas con los blanquistas sería preciso añadir que noso-

tros disponemos de una organización revolucionaria como nunca soñaron los blanquistas: los sóviets de los diputados obreros y soldados; que nuestro partido es un organismo político directivo incomparable, dotado de un programa completo de revolución social; y, en fin, que nuestros sindicatos, agrupados en torno de la bandera comunista y defendiendo abiertamente al Gobierno soviético, constituyen un potente instrumento de transformación económica. En estas condiciones no se puede hablar de la resurrección de los principios proudhonianos por el bolchevismo, más que perdiendo hasta los últimos residuos de sentido histórico y de honradez en materia de doctrina.

El renacimiento imperialista de la democracia

No sin razón, la palabra «democracia» tiene en el diccionario un doble significado. Por una parte, designa el régimen fundado en el sufragio universal y demás atributos de la «soberanía popular» formal. Por otro lado, designa a las mismas masas populares, en la medida en que tienen una vida pública. En estos dos sentidos, la noción de democracia se eleva por encima de las consideraciones de clase. Estas particularidades terminológicas tienen un profundo significado político. La democracia, régimen político, es más inquebrantable, más acabada, más firme cuanto la masa pequeñoburguesa de las ciudades y los campos, insuficientemente diferenciada desde el punto de vista de clase, ocupa más espacio en la vida social. La democracia ha llegado a su apogeo en el siglo XIX en los Estados Unidos de América y en Suiza. Más allá del océano, la democracia gubernamental de la república federativa se fundaba en la democracia agraria de los colonos. En la pequeña República helvética, la pequeña bur-

guesía de las ciudades y los campesinos ricos formaban la base de la democracia conservadora de los cantones.

Nacida de la lucha del tercer estado contra el feudalismo, la democracia se convirtió pronto en un arma contra los antagonismos de clase que empezaban a desarrollarse en la sociedad burguesa. La democracia burguesa consigue realizar tanto mejor su obra cuanto más apoyada está por una capa más profunda de pequeña burguesía, cuanto mayor es la importancia de esta última en la vida económica del país y más bajo, por consiguiente, el nivel del antagonismo de clase. Pero la clase media, cada vez más atrasada con respecto al desarrollo histórico, perdía, no obstante, el derecho a hablar en nombre de la nación. Sus doctrinarios (Bernstein y consortes) han podido afirmar con satisfacción que la clase media está muy lejos de desaparecer tan rápidamente como la escuela marxista suponía. Y se puede convenir, en efecto, en que los elementos pequeñoburgueses de las ciudades y los campos ocupan todavía un puesto importantísimo numéricamente. Pero la significación capital del desenvolvimiento consiste en la pérdida de su importancia en la producción; el valor de las riquezas que la pequeña burguesía vierte en el activo de las naciones ha bajado mucho más pronto que su importancia numérica. El desarrollo histórico se ha basado siempre, y cada vez más, en los polos opuestos de la sociedad –burguesía capitalista y proletariado–, y no en las capas conservadoras legadas por el pasado.

Cuanto más perdía su importancia social la pequeña burguesía, menos capaz era de desempeñar con autoridad la función de árbitro en el gran conflicto histórico entre el capital y el trabajo. Numéricamente grande, la pequeña burguesía de las ciudades, y más aún de los campos, seguía, sin embargo, hallando su expresión en la estadística electoral del parlamentarismo burgués. La igualdad formal de to-

dos los ciudadanos en calidad de electores no hacía más que atestiguar claramente, en esta situación, la incapacidad del «parlamentarismo democrático» para resolver los problemas esenciales que generaba el desarrollo histórico. La igualdad de los sufragios del trabajador, del campesino y del gran propietario hacía del campesino el intermediario entre ambos antagonistas. Pero de hecho, el campesinado, doblemente atrasado desde el punto de vista de la cultura y la vida social, políticamente impotente, servía siempre de apoyo a los partidos más reaccionarios, más osados y más corrompidos, finalizando invariablemente por sostener al capital contra el trabajo.

Precisamente contra todas las profecías de Bernstein, de Sombart, de Tugan-Baranovski, la vitalidad de las clases medias no ha reducido la intensidad de las crisis revolucionarias de la sociedad burguesa, sino que más bien las ha hecho más dolorosas. Si la proletarización de la pequeña burguesía y de los campesinos revistiese formas más puras y precisas, la conquista pacífica del poder por el proletariado, por medio del mecanismo parlamentario, hubiese sido mucho más probable de lo que lo es hoy. El hecho a que se agarraban los partidos de la pequeña burguesía –su vitalidad– ha sido fatal, incluso para las formas externas de la democracia, tan pronto como el capitalismo hubo deshecho sus fundamentos. Ocupando en la política parlamentaria el puesto que había perdido en la producción, la pequeña burguesía ha comprometido definitivamente al parlamentarismo, reduciéndolo a una charlatanería difusa y a la obstrucción legislativa.

Este solo hecho imponía al proletariado el deber de conquistar el poder del Estado, independientemente de la pequeña burguesía e incluso contra ella, no contra sus intereses, sino contra su ineptitud y su política inconsistente, hecha de accesos impotentes e impulsivos.

«El imperialismo –escribía Marx a propósito del Imperio de Napoleón III– es la forma más prostituida y perfecta de poder gubernamental, que [...] la burguesía, al alcanzar su apogeo, ha transformado en instrumento de opresión de trabajo por el capital.» Esta definición excede al Segundo Imperio francés, y abarca al nuevo imperialismo, necesario en el mundo entero a causa de la voracidad del capital nacional de las grandes potencias. En el dominio económico, el imperialismo suponía el fracaso definitivo del papel de la pequeña burguesía; en el campo político, significaba el aniquilamiento total de la democracia, por la transformación de su contextura propia y por la subordinación de todos sus medios e instituciones a los fines del imperialismo. Abarcando a los países, independientemente de su destino político anterior, el imperialismo mostró que todos los prejuicios políticos le eran ajenos y que estaba dispuesto (y era capaz de hacerlo) a servirse igualmente, después de haberlas transformado socialmente y sometido, de las monarquías de Nicolás Románov o de Guillermo Hohenzollern, de la autocracia presidencial de Estados Unidos y de la impotencia de algunos cientos de legisladores corrompidos del Parlamento francés. La gran matanza –baño de sangre en que la burguesía ha intentado rejuvenecerse– nos ha ofrecido el cuadro de una movilización sin ejemplo de todas las formas de Estado, de administración, de orientación política, de escuelas religiosas o filosóficas, al servicio del imperialismo. Entre los mismos pedantes, cuyo enorme letargo de docenas de años no había sido turbado por el progreso del imperialismo y que seguían considerando la democracia, el sufragio universal, etc., desde su punto de vista tradicional, ha habido muchos que acabaron por darse cuenta durante la guerra de que las ideas cotidianas tenían ya un nuevo contenido. Absolutismo, monarquía parlamentaria, democracia; para el imperialismo, como sin duda para la revolución que

acaba de sucederle, todas las formas gubernamentales de dominación burguesa, desde el zarismo ruso al federalismo casi democrático de América del Norte, gozan de iguales derechos y forman parte de combinaciones en las cuales se completan indisolublemente unas a las otras. En un momento de crisis, el imperialismo consigue someter por todos los medios de que dispone, y sobre todo por los parlamentos –cualquiera que sea la aritmética de los escrutinios–, a la pequeña burguesía de las ciudades y los campos y hasta a la aristocracia obrera. La idea nacional, que guiara al tercer estado en su advenimiento al poder, tuvo en el curso de la guerra su periodo de renacimiento con la «defensa nacional». La ideología nacional se incendió una vez más con claridad deslumbradora, en detrimento de la ideología de clases. El naufragio de las ilusiones imperialistas primero en los países vencidos y más tarde, con algún retraso, en los países vencedores, ha destruido las bases de lo que fue en otro tiempo la democracia nacional y de su principal herramienta: el parlamento democrático. La debilidad, la mala calidad, la impotencia de la burguesía aparecieron en todas partes con horrible certeza. En todos los países se planteó claramente la cuestión del poder gubernamental entre la clase capitalista, que reina abiertamente o no y dispone de una casta de oficiales templados y aguerridos –a veces de cientos de miles de hombres–, y el proletariado revolucionario insurrecto, en presencia de las clases medias espantadas, aterradas y postradas. ¡Buenas tonterías las que pueden decirse, en estas circunstancias, sobre la conquista pacífica del poder por el proletariado por medio del parlamentarismo democrático!

El esquema de la situación política en el mundo está absolutamente claro. Habiendo llevado a los pueblos, agotados y doloridos, al borde del abismo, la burguesía, sobre todo la de los países vencedores, ha demostrado su incapacidad absolu-

ta para sacarles de su terrible situación y la incompatibilidad de su existencia con el progreso futuro de la humanidad. Todos los grupos políticos intermedios, los socialpatriotas sobre todo, se pudren en vida. El proletariado, engañado por ellos, se manifiesta cada día más hostil y se confirma en su misión revolucionaria como la única fuerza que pueda salvar a los pueblos de la barbarie y de la muerte. La historia, sin embargo, no otorga al partido de la revolución social una mayoría parlamentaria formal. En otros términos, no ha transformado a las naciones en clubes que votan solemnemente, por mayoría de votos, la revolución social. Por el contrario, la revolución violenta ha llegado a ser una necesidad, precisamente porque las exigencias inevitables de la historia no podían ser satisfechas por el mecanismo de la democracia parlamentaria. La burguesía capitalista se dice: «Mientras posea las tierras, los talleres, las fábricas, los bancos, la prensa, las escuelas, las universidades; mientras tenga –pues es lo esencial– el ejército, el mecanismo de la democracia, sea el que fuere el modo como se le maneje, seguirá a mi voluntad. La pequeña burguesía inepta, conservadora y desprovista de carácter, está también sometida a mí espiritual y materialmente. La reduzco y la reduciré por el poder de mis empresas, de mis beneficios, de mis proyectos y de mis crímenes. Cuando prorrumpa en murmuraciones de descontento, crearé pararrayos a centenares. Suscitaré cuando lo necesite partidos de oposición, que desaparecerán tan pronto como hayan cumplido su misión, facilitando a la burguesía el modo de manifestar su indignación, sin causar el más leve perjuicio al capitalismo. Mantendré para las masas populares el régimen de instrucción primaria obligatoria, que las detiene en el límite de la ignorancia y no las permite elevarse intelectualmente por encima del nivel tenido por inofensivo por mis técnicos. Seduciré, engañaré e intimidaré a las capas más privilegiadas y a las más atrasadas del

proletariado. Mientras los instrumentos de opresión e intimidación continúen en mis manos, la coordinación de todas estas medidas no permitirá que la vanguardia de la clase obrera ilumine la conciencia del mayor número».

A lo cual el proletariado revolucionario responde: «Indudablemente, la primera condición para conseguir nuestra emancipación es arrancar los instrumentos de dominio de manos de la burguesía. No hay esperanza de conquistar pacíficamente el poder mientras la burguesía conserve todos los instrumentos de dominación. La esperanza de llegar al poder por el camino que la misma burguesía señala y obstruye simultáneamente: la democracia parlamentaria, es una locura. No existe más que un camino: arrancar el poder de manos de la burguesía, arrebatándole los instrumentos materiales de su dominación. Cualquiera que sea la correlación aparente de fuerzas en el parlamento, yo haré de los medios más importantes de producción un bien social. Daré la libertad a la conciencia de las clases pequeñoburguesas hipnotizadas por el capitalismo. La demostraré con hechos lo que es la producción socialista. Cuando lo hayan visto, las capas más atrasadas de la población me sostendrán, viniendo voluntaria y conscientemente en auxilio de la obra de edificación socialista».

Cuando el Gobierno soviético ruso disolvió la Asamblea Constituyente, los directores socialdemócratas de Europa consideraron este hecho, si no como el preludio del fin del mundo, sí por lo menos como una ruptura arbitraria y brutal con todo el desarrollo anterior del socialismo. Sin embargo, no era más que una consecuencia inevitable de la situación creada por el imperialismo y la guerra. Si el comunismo ruso ha sido el que primero ha sacado sus conclusiones teóricas y prácticas, obedece esto a las mismas razones por las cuales el proletariado ruso ha sido el primero que ha entablado la lucha por la conquista del poder.

Todo lo que después ha acontecido en Europa nos demuestra que teníamos razón. Creer en la posibilidad de restaurar la democracia en toda su inconsistencia es alimentarse de pobres utopías reaccionarias.

Metafísica de la democracia

Sintiendo que el suelo histórico se hundía bajo sus pies, Kautsky pasa de la democracia a la filosofía trascendental y se pone a epilogar sobre lo que debería ser.

Los principios democráticos –soberanía del pueblo, sufragio universal, libertades– se le muestran en la aureola del deber moral. Se desprenden de su contenido histórico y, considerados en su naturaleza abstracta, parecen invariables y grados. Este pecado metafísico no es un hecho fortuito. El difunto Plejánov, después de haber sido, en las mejores épocas de su vida, un adversario irreductible del kantismo, trató también, hacia el fin de sus días, cuando la ráfaga del patriotismo le inflamaba, de asirse al espantajo del imperativo categórico, y esto es muy característico...

A la democracia real, que el pueblo alemán acaba de conocer, Kautsky opone una democracia ideal, como se opone fenómeno vulgar la cosa en sí. Kautsky no nos indica con seguridad ningún país democrático cuya democracia garantice el tránsito sin dolor al socialismo. En cambio, está firmemente convencido de que este país debe existir. A la actual Asamblea Nacional alemana –ese instrumento de la impotencia, de perversidad reaccionaria, de los viles expedientes–, Kautsky opone otra Asamblea Nacional dotada de todas las cualidades, salvo una, sin duda de poca importancia: la existencia.

La doctrina de la democracia formal no la ha creado el socialismo científico, sino el derecho natural. La esencia del de-

recho natural reside en el reconocimiento de normas jurídicas eternas e invariables que encuentran, en las diversas épocas y en los distintos pueblos, expresiones restringidas y deformes. El derecho natural de la historia moderna, tal como lo ha producido la Edad Media, significaba ante todo una protesta contra los privilegios de las castas, contra los abusos sancionados por la legislación del despotismo y contra otros productos «artificiales» del derecho positivo feudal. La ideología del tercer estado, débil aún, expresaba su interés propio por medio de algunas normas ideales que habían de ser más tarde la enseñanza de la democracia y adquirir al mismo tiempo un carácter individualista. La personalidad es un fin en sí; todos los hombres tienen derecho a expresar sus ideas por la palabra y por la pluma; todo hombre goza de un derecho de sufragio igual al de los demás. Como emblemas de combate contra el feudalismo, las reivindicaciones de la democracia marcaban un progreso. Pero cuanto más seguimos, más pone de manifiesto su aspecto reaccionario la metafísica del derecho natural (teoría de la democracia formal); que consiste en el control de una norma ideal sobre las exigencias reales de las masas obreras y de los partidos revolucionarios.

Si se echa una ojeada sobre la sucesión histórica de las filosofías, la teoría del derecho aparece como una transposición del espiritualismo cristiano desembarazado de su misticismo grosero. El Evangelio anunció al esclavo que tiene un alma semejante a la de su dueño, e instituyó así la igualdad de todos los hombres ante el tribunal celestial. En la práctica, el esclavo siguió siendo esclavo y la sumisión se convirtió para él en un deber religioso. Hallaba en la enseñanza cristiana una satisfacción mística a su oscura protesta contra su condición. Al lado de la protesta, el consuelo. «Aunque te parezcas a un asno que rebuzna, tienes un alma eterna», le decía el cristianismo. Resonaba en ello una nota de in-

dignación. Pero el cristianismo añadía: «Hasta siendo parecido a un asno que rebuzna, tu alma inmortal recibirá una recompensa eterna». Estas dos notas se han soldado en el cristianismo de diversas maneras, según las épocas y clases. De un modo general, el cristianismo, como todas las demás religiones, se transformó, por tanto, en un medio para adormecer la conciencia de las masas oprimidas.

El derecho natural, convertido en teoría de la democracia, le decía al obrero: «Todos los hombres son iguales ante la ley, cualquiera que sea su origen, su calidad de poseedores o de no poseedores y el papel que desempeñen; todos gozan de un derecho igual a decidir por sufragio los destinos del pueblo». Esta norma ideal ha realizado una labor revolucionaria en la conciencia de las masas, en la medida en que condenaba el absolutismo, los privilegios aristocráticos y el sufragio censatario. Aparte de esto, no ha hecho más que adormecer progresivamente la conciencia de las masas, legalizar la miseria, la esclavitud y la humillación.

Rothschild, que ha sabido acuñar la sangre y el sudor del mundo en buenos napoleones de oro, no tiene más que un voto en las elecciones parlamentarias. El oscuro minero que no sabe firmar, que duerme toda la vida sin desnudarse y lleva en la sociedad la existencia de un topo, es también poseedor de una parcela de la soberanía popular, es igual a Rothschild ante los tribunales y durante esos periodos de elecciones. En las condiciones reales de la vida, en las relaciones sociales, en las costumbres, los hombres son cada vez más desiguales: aquí la acumulación extraordinaria de riquezas, allá una miseria sin esperanzas. Pero, en la estructura periódica del Estado, estas terribles contradicciones desaparecen; en ella no se encuentran más que sombras legales desprovistas de cuerpos. Propietario, jornalero, capitalista, proletario, ministro, limpiabotas, todos son iguales en cuanto «ciudadanos» y «legis-

ladores». La igualdad mística del cristianismo ha descendido de los cielos bajo la forma de la igualdad en derecho natural democrático. Pero no ha descendido hasta la tierra misma, hasta el fundamento económico de la sociedad. Para el oscuro jornalero que en ningún momento de su vida deja de ser una bestia de carga, explotada por el capitalismo, el derecho ideal de influir sobre los destinos del pueblo por las elecciones parlamentarias apenas es más real que la felicidad que hace poco se le prometía en el reino de los cielos.

Guiado por los intereses prácticos de la clase obrera el partido socialista, en un momento dado, entró en la vía del parlamentarismo. Lo que no quiere decir en modo alguno que haya reconocido como principio la teoría metafísica de la democracia, fundada en un derecho superior a la historia y a las clases sociales. La doctrina proletaria consideraba la democracia como un instrumento al servicio de la sociedad burguesa, perfectamente adaptado, por otra parte, a las necesidades y propósitos de las clases dominantes. Mas, como vivía del trabajo del proletariado y no podía, so pena de arruinarse, negarse a legalizar algunos aspectos cuando menos de la lucha de clases, la sociedad burguesa ofrecía de este modo a los partidos socialistas la posibilidad de utilizar en cierta medida y en periodos determinados, el mecanismo de la democracia, sin perjudicar lo más mínimo su principio intangible.

La tarea esencial del partido socialista, en todas las épocas de su lucha, ha consistido en crear las condiciones de una igualdad económica efectiva, de una igualdad de costumbres entre los miembros de la comunidad humana, fundada en la solidaridad. Precisamente por esto, era el deber de los teóricos del proletariado desenmascarar la metafísica de la democracia, velo filosófico tendido sobre las mixtificaciones políticas.

Si el partido democrático, al descubrir en la época de su entusiasmo revolucionario la mentira del dogma de la Igle-

sia, le decía a las masas: «Os alimentan con la promesa de una felicidad ultraterrena, mientras que aquí en el mundo carecéis de derechos y estáis encadenados por la arbitrariedad», el partido socialista no tenía menos razón para decir unas docenas de años más tarde: «Os adormecen con una ficción de igualdad y de derechos políticos; pero la posibilidad de gozar de estos derechos os es negada; la igualdad jurídica, aparente y convencional, se convierte en una cadena ideal que os ata a la rueda del capital».

Con objeto de realizar su obra fundamental, el partido socialista movilizó también a las masas para la acción parlamentaria, pero nunca se comprometió en ninguna parte a no conducir al proletariado hacia el socialismo más que por la democracia. Al adaptarnos al régimen parlamentario en la época precedente, nos limitábamos a desenmascarar teóricamente la democracia, que todavía no podíamos superar prácticamente por falta de fuerza. Pero la curva ideológica del socialismo, que se destaca a pesar de las desviaciones, de las caídas y hasta de las traiciones, acaba con la negación de la democracia y su sustitución por un mecanismo proletario, tan pronto como la clase obrera dispone de las fuerzas necesarias.

Sólo daremos una prueba de ello, pero bastante contundente. En 1888, Paul Lafargue escribía en *El Socialdemócrata* (ruso):

«El parlamentarismo es un sistema gubernamental que da al pueblo la ilusión de que rige por sí mismo los destinos del país, cuando realmente todo el poder está concentrado en manos de la burguesía, y ni siquiera de toda la burguesía, sino de algunas capas sociales ligadas a esa clase. En el primer periodo de su dominación, la burguesía no comprende o no siente la necesidad de dar al pueblo esta ilusión. Por eso todos los países parlamentarios de Europa han empezado por el sufragio restringido; en todas partes, el derecho a

dirigir los destinos políticos del país eligiendo diputados, ha pertenecido primero a los propietarios más o menos ricos, y sólo después se ha extendido a los ciudadanos menos favorables por la fortuna, hasta el momento en que el privilegio de algunos ha llegado a ser el derecho de todos y cada uno, en determinados países.

»En la sociedad burguesa, cuanto más considerable es el patrimonio social, menor es el número de los que se lo apropian. Lo mismo ocurre con el poder: a medida que crece la masa de ciudadanos que gozan de derechos políticos y de gobernantes nombrados por elección, el poder efectivo se concentra y llega a ser el monopolio de un grupo de personalidades cada vez más reducido». Tal es el misterio del régimen de mayorías.

A los ojos del marxista Lafargue, el parlamentarismo subsiste mientras dura el dominio de la burguesía. «El día –escribe– en que el proletariado de Europa y América se apodere del Estado deberá organizar un poder revolucionario y regir dictatorialmente la sociedad, mientras la burguesía, en tanto que clase social, no haya desaparecido.»

Antes Kautsky conocía esta estimación socialista del valor del parlamentarismo y hasta la repitió muchas veces, aunque sin esta espiritual claridad francesa. La abjuración teórica de Kautsky consiste precisamente en abandonar la dialéctica materialista para volver al derecho natural, reconociendo intangible y absoluta el principio democrático. Lo que el marxismo consideraba como un mecanismo transitorio de la burguesía, lo que no podía ser utilizado en política más que temporalmente, con el fin de preparar la revolución proletaria, nos lo presenta Kautsky como un principio original, situado por encima de las clases y al cual se subordinan sin discusión los métodos de la lucha proletaria. La degeneración contrarrevolucionaria del parlamento ha encontra-

do su expresión más acabada en la divinización de la democracia por los teóricos de la decadencia de la Segunda Internacional.

La Asamblea Constituyente

De un modo general, la obtención de una mayoría democrática en un parlamento burgués no es absolutamente imposible. Pero este hecho, aunque se realizara, no modificaría en nada el curso de los acontecimientos. Bajo la influencia de la victoria parlamentaria del proletariado, los intelectuales pertenecientes a la clase media quizás ofrecieran una resistencia menor al nuevo régimen. Pero la resistencia esencial de la burguesía estaría determinada por hechos como el estado de ánimo del ejército, el grado de armamento de los obreros, la situación en los países vecinos; y la guerra civil seguiría su curso bajo la influencia de estos factores reales y no de la frágil aritmética parlamentaria.

Nuestro partido no se negaba a conducir al proletariado a la dictadura pasando por la democracia; se daba exacta cuenta de las ventajas que ofrecía a la propaganda y a la acción política semejante transición «legalizada» al orden nuevo. De ahí nuestra tentativa de convocar la Asamblea Constituyente. La tentativa fracasó. El campesino ruso, a quien la revolución acababa de despertar a la vida política, se vio en presencia de una docena de partidos, cada uno de los cuales parecía tener por finalidad confundir sus ideas. La Asamblea Constituyente se enfrentó a la revolución, y fue barrida.

La mayoría «conciliadora» de la Asamblea Constituyente sólo reflejaba la insuficiencia de pensamiento y de carácter de las capas intermedias de las ciudades y los campos y de los elementos atrasados del proletariado. Si nos colocáramos

en la óptica de las posibilidades históricas, podríamos decir que la crisis hubiese sido menos dolorosa si la Asamblea Constituyente, mediante un trabajo de un par de años, hubiera desacreditado definitivamente a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques por su coalición con los cadetes, provocado así un cambio formal en favor de los bolcheviques, demostrando a las masas que no hay en realidad más que dos fuerzas: el proletariado revolucionario, dirigido por los comunistas, y la democracia contrarrevolucionaria, a la cabeza de la cual están los generales y almirantes. Pero el nudo de la cuestión estaba en otra parte: la situación interna distaba mucho de evolucionar paralelamente a la situación internacional. Si nuestro partido se hubiese dejado guiar por la política objetiva del «curso de las cosas», los acontecimientos militares hubieran podido bastarnos para decidirnos. El imperialismo alemán podía haberse apoderado de Petrogrado, cuya evacuación había comenzado el gobierno de Kérenski. La pérdida de Petrogrado habría sido entonces mortal para el proletariado ruso, cuyas mejores fuerzas eran en aquel momento la flota del Báltico y la capital roja.

No puede, pues, reprocharse a nuestro partido que haya querido remontar el curso de la historia, sino, antes bien, que haya saltado algunos grados de la evolución política. Se adelantó a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques, para no permitir que el militarismo alemán se adelantase al proletariado ruso y concertara la paz con la Entente en detrimento de la revolución, antes de que ésta hubiese tenido tiempo de desplegar sus alas.

No es difícil deducir de lo que procede las respuestas a las dos cuestiones que nos planteaba insidiosamente Kautsky. En primer término, ¿por qué hemos convocado la Asamblea Constituyente, si deseábamos la dictadura del proletariado? Y seguidamente, si la primera Asamblea Constituyente, cuya

convocatoria creíamos que debíamos hacer, se ha mostrado reaccionaria y no ha correspondido a los intereses de la revolución, ¿por qué nos negamos a convocar una nueva Asamblea Constituyente? La sospecha de Kautsky es que nos hemos opuesto a la democracia, no por razones de principio, sino porque se manifestaba en contra nuestra. Restablezcamos los hechos para darnos mejor cuenta de esta insinuante burrada.

La consigna de nuestro partido, desde el comienzo de la revolución, es decir, mucho antes de la disolución de la Asamblea Constituyente y hasta de la aparición del decreto en que se convocaba, fue «¡Todo el poder para los sóviets!». No oponíamos, es cierto, los sóviets a la futura Asamblea Constituyente, cuya convocatoria hacía muy problemática el gobierno de Kérenski, retrasándola sin cesar; pero tampoco considerábamos la futura Asamblea Constituyente al modo de los demócratas pequeñoburgueses, que veían en ella al árbitro del país ruso, llamado a decidir todo. Hacíamos comprender a las masas que sus propias organizaciones revolucionarias –los sóviets– debían y podían ser auténticamente las dueñas de la situación. Si no habíamos rechazado formalmente por adelantado la Asamblea Constituyente, es sólo porque no se presentaba como oposición al poder de los sóviets, sino al de Kerensky, que no era más que el monigote de paja de la burguesía. Habíamos decidido, previamente, que si alcanzábamos la mayoría en la Asamblea Constituyente, ésta se disolvería, transmitiendo sus poderes a los sóviets, como hizo posteriormente la Duma municipal de Petrogrado, elegida sobre la base del más amplio sufragio democrático. En mi libro sobre la Revolución de Octubre me he esforzado por mostrar las razones que hacían de la Asamblea Constituyente el reflejo tardío de una época superada ya por la revolución. No viendo el órgano del poder

revolucionario más que en los sóviets y teniendo éstos ya, cuando se convocó la Asamblea Constituyente, el poder efectivo, la cuestión estaba resuelta para nosotros, disolviendo por la fuerza la Asamblea Constituyente, que no podía estar dispuesta a hacerlo por sí misma en beneficio del poder de los sóviets.

Pero ¿por qué –nos pregunta Kautsky– no convocáis una nueva Asamblea Constituyente?

Porque no sentimos la necesidad de ello. Si la primera Asamblea Constituyente podía desempeñar momentáneamente un papel progresivo, sancionando a los ojos de la pequeña burguesía el régimen de los sóviets que acababa de fundarse, ahora, después de dos años de victoriosa dictadura del proletariado, después del fracaso total de todos los intentos «democráticos» en Siberia, en las costas del mar Blanco, en Ucrania, en el Cáucaso, el poder soviético no tiene necesidad de ser santificado por la autoridad dudosa de la Asamblea Constituyente. Pero Kautsky la siente de interrogar con el tono de Lloyd George: ¿no tenemos derecho, puesto que eso ocurre, a afirmar que el Gobierno soviético se mantiene por la voluntad de una minoría, ya que evita el control de una consulta popular? Esta pregunta deja a un lado lo principal.

Mientras que el régimen parlamentario, hasta en la época de su desarrollo «pacífico» y seguro, no refleja más que groseramente el estado de espíritu del país y en los días de tempestades revolucionarias pierde por completo la facultad de seguir la lucha y la evolución de la convivencia política, el régimen de los sóviets establece un contacto infinitamente más estrecho, más orgánico, más honrado, con la mayoría de los trabajadores. Su característica más importante no es reflejar estáticamente la mayoría, sino formularla dinámicamente. Dentro ya de la dictadura revolucionaria, la clase

obrera rusa ha dado a entender con ello que, en periodo de transición, no construye su política sobre el arte inconsistente de rivalizar con partidos camaleones, para arrancarles algunos votos campesinos, sino de pleno acuerdo con el proletariado en la administración del país, hecha conforme a los verdaderos intereses de los trabajadores. Y ésta es una democracia bastante más profunda que la parlamentaria.

En este momento en que la obra esencial de la revolución –cuestión de vida o muerte– consiste en rechazar el ataque de las bandas blancas, ¿pensará Kautsky que una «mayoría» parlamentaria cualquiera podría crear una organización más enérgica, abnegada y victoriosa de la defensa revolucionaria? Las condiciones de la lucha resaltan tan claramente en el país oprimido por el bloqueo infame, que las clases intermedias y los grupos sociales no pueden elegir más que entre Denikin y el Gobierno soviético. ¿Se necesitan nuevas pruebas, después de haber visto a los partidos centristas, mencheviques y socialistas revolucionarios, dividirse así?

Al proponernos un nuevo escrutinio para la Constitución, ¿acaso cree Kautsky que se interrumpirá la guerra civil durante el periodo electoral? Si abriga el propósito de hacer obrar en este sentido a la Segunda Internacional, apresurémonos a comunicarle que carece de crédito tanto para Denikin como para nosotros. Si la guerra entre las bandas del imperialismo y el ejército de obreros y campesinos continúa, si las elecciones deben limitarse necesariamente al territorio de los sóviets, ¿exigirá Kautsky que otorguemos a los partidos que defiendan a Denikin el derecho de libre propaganda? Vana y despreciable charlatanería: nunca puede permitir ningún gobierno, en circunstancia alguna, que las fuerzas del enemigo contra quien combate movilicen la retaguardia de sus ejércitos.

El hecho de que la flor de nuestra población trabajadora esté en este momento en el frente no es de los menos importantes para resolver la cuestión. Los proletarios avanzados, los campesinos más conscientes, los que en todas las elecciones y acciones políticas de masas se colocan en primera fila y dirigen la opinión pública de los trabajadores, están en este instante en alguno de los frentes en el Ejército Rojo donde, como comisarios, comandantes o soldados, se baten y mueren. Si los Gobiernos de los Estados democráticos burgueses, cuyo régimen se funda en el parlamentarismo, no han creído que podían proceder a las elecciones mientras ha durado la guerra, es totalmente absurdo pedir semejante cosa a la Rusia de los sóviets, en donde el parlamentarismo no existe. No basta con que el Gobierno revolucionario ruso no haya impedido, ni aun en las horas más graves, la renovación mediante elecciones de sus sóviets locales y centrales.

Diremos, por fin, como última conclusión –la última pero no la menos importante– para ilustrar a Kautsky, que los mismos kautskistas rusos, los mencheviques Mártov y Dan, no creen posible reclamar actualmente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, y abandonan este hermoso proyecto para tiempos mejores. ¿Pero será necesario entonces? Nosotros lo dudamos. Una vez terminada la guerra civil, la clase revelará su fuerza creadora y enseñará a las masas más atrasadas lo que puede darlas. Por la aplicación racional del trabajo obligatorio y por una organización centralizada del reparto de productos, toda la población del país ocupará un puesto en el engranaje del sistema económico y de la autogobernación soviética. Los mismos sóviets, órganos del poder hoy, se transformarán en organizaciones puramente económicas. En estas condiciones, dudamos de que la idea de coronar el edificio real de la sociedad socialista con una ar-

caica Asamblea Constituyente tenga ninguna realidad; tanto más cuanto que esta Asamblea no podría hacer otra cosa que consignar la «constitución», ante ella y sin ella, de todas las instituciones de que tuviera necesidad el país[1].

[1] A fin de conquistarnos para la causa de una Asamblea Constituyente, Kautsky plantea un argumento basado en el tipo de cambio como apoyo de su argumento, basado en el imperativo categórico. «Rusia requiere», escribe, «la ayuda de capital extranjero, pero esta ayuda no llegará a la República Soviética si ésta no convoca una Asamblea Constituyente y no reconoce la libertad de prensa; no porque los capitalistas sean idealistas demócratas –al zarismo le dieron muchos miles de millones sin vacilar–, sino porque no tienen ninguna confianza financiera en un Gobierno revolucionario». Hay astillas de verdad en esta estupidez. La Bolsa apoyó realmente al Gobierno de Kolchak cuando éste contaba con el apoyo de la Asamblea Constituyente. Su experiencia con Kolchak confirmó a la Bolsa en su convencimiento de que los mecanismos de la democracia burguesa pueden utilizarse en pro de intereses capitalistas y luego desecharse como un par de polainas gastadas. Es muy posible que la Bolsa volviera a conceder un préstamo parlamentario sobre la garantía de una Asamblea Constituyente, creyendo, de acuerdo con su anterior experiencia, que tal institución no acabaría por resultar otra cosa que un paso intermedio hacia la dictadura capitalista. Lo que proponemos no es comprar la «confianza financiera» de la Bolsa a cualquier precio, y decididamente preferimos la «confianza» generada en la Bolsa realista por las armas del Ejército Rojo.

4
El terrorismo

«La revolución –se lamenta Kautsky– nos ha traído el más sangriento terrorismo ejercido por Gobiernos socialistas. Comenzaron los bolcheviques rusos, que fueron severamente juzgados por los demás socialistas no partidarios del bolchevismo, entre ellos los mayoritarios alemanes. Pero apenas estos sintieron amenazado su poder, acudieron a los mismos medios que tan duramente habían condenado en Oriente.»

Parece, pues, que de estas premisas debería deducirse la conclusión de que el terrorismo está ligado a la naturaleza de la revolución mucho más profundamente de lo que habían pendo algunos teóricos. Kautsky saca por sí mismo una conclusión diametralmente opuesta. El desarrollo formidable del terrorismo de blancos y rojos en las últimas revoluciones –rusa, finlandesa, alemana, austriaca, húngara– es para él la prueba de que esas revoluciones se han apartado del buen camino y no se han mostrado como hubieran debido, conforme a sus fantasías teóricas. Sin pararnos a discutir acerca de la «inmanencia» del terrorismo considerado «en sí» en la revolución, entendida también «en sí», detengámonos en el ejemplo de algunas revoluciones, tales como nos las muestra la historia viva de la humanidad.

Recordaremos en primer lugar la Reforma, que traza una especie de demarcación entre la historia de la Edad Media y la Moderna: cuanto más abarcaba los intereses profundos de las masas populares, más amplitud tomaba, más encarnizada se hacía la guerra civil que se desarrollaba bajo los estandartes religiosos y más despiadado era el terror por ambas partes.

En el siglo XVII, Inglaterra hizo dos revoluciones: la primera, que promovió violentas conmociones sociales y largas guerras, llevó, sobre todo, a la ejecución de Carlos I; la segunda, finalizó con el feliz advenimiento al trono de una dinastía nueva. La burguesía inglesa y sus historiadores consideran estas dos revoluciones desde puntos de vista muy diferentes: la primera es, a sus ojos, una abominable *jacquería,* una «Gran Rebelión»; la segunda, ha sido bautizada con el nombre de «Revolución gloriosa». El historiador francés Agustín Thierry ha indicado las causas de esta diversidad de apreciación. En la primera revolución inglesa, en la «Gran Rebelión», el pueblo actuaba, mientras que en la segunda permanecía casi «callado». La conclusión es que en un régimen de esclavitud de clase es muy difícil enseñar buenos modales a las masas oprimidas que, exasperadas, se baten con chuzos y piedras, con fuego y cuerda. A los historiadores al servicio de los monarcas y explotadores, les ofende esto a veces. Advirtamos, no obstante, que en la historia de la nueva Inglaterra (burguesa) es la «Gran Rebelión» y no la «Revolución gloriosa» la que aparece como un suceso definitivo.

El acontecimiento más considerable de la historia moderna después de la Reforma y la «Gran Rebelión» –acontecimiento que por su impotencia deja muy por bajo a los dos precedentes– ha sido la Revolución francesa. La revolución clásica ha engendrado el terrorismo clásico. Kautsky está dispuesto a excusar el terror de los jacobinos, reconociendo que ninguna

otra medida les hubiese permitido salvar la República. Pero para nadie vale esta justificación tardía. Para los Kautsky de fines del siglo XVIII (los dirigentes girondinos franceses), los jacobinos personificaban el mal. He aquí, en toda su vulgaridad, una comparación de los girondinos con los jacobinos bastante instructiva. La encontramos trazada por la pluma de uno de los historiadores burgueses franceses. «Tanto unos como otros querían la República». Pero los girondinos «querían una República legal, libre, generosa. Los montañeses deseaban (!) una República despótica y terrible. Unos y otros eran partidarios de la soberanía del pueblo; pero los girondinos, justamente entendían por pueblo el conjunto de la nación, mientras que para los montañeses no había más pueblo que la clase trabajadora, por lo cual sólo a ella debía pertenecer el poder». La antítesis entre los caballeros paladines de la Asamblea Constituyente y los sanguinarios que han establecido la dictadura del proletariado está bastante bien señalada en ese párrafo, naturalmente en los términos políticos de la época.

La dictadura de hierro de los jacobinos había sido impuesta por la situación sumamente crítica de la Francia revolucionaria. He aquí lo que de ella dice un historiador burgués: «Los ejércitos extranjeros habían entrado en territorio francés por cuatro lados al mismo tiempo: al norte, los ingleses y austriacos; en Alsacia, los prusianos; en Dauphiné y hasta Lyon, los piamonteses; en el Rosellón, los españoles. Y esto en el momento en que la guerra civil hacía estragos en cuatro puntos diferentes, en Normandía, en La Vendée, en Lyon y en Tolón». A esto hay que añadir los enemigos del interior, los innumerables defensores ocultos del viejo orden de cosas, prestos a ayudar al enemigo por todos los medios.

El rigor de la dictadura del proletariado en Rusia –diremos nosotros ahora– ha sido condicionado por circunstancias no menos críticas. Teníamos un frente ininterrumpido

desde el norte hasta el sur, del este al oeste. Además de los ejércitos contrarrevolucionarios de Kolchak, de Denikin, etc., la Rusia soviética era atacada simultáneamente por los alemanes, austriacos, checoslovacos, rumanos, franceses, ingleses, americanos, japoneses, finlandeses, estonios y lituanos. En el interior del país, bloqueado por todas partes y consumido por el hambre, había incesantes complots, levantamientos, actos terroristas, destrucciones de depósitos, de ferrocarriles y puentes. «El Gobierno, que se había encargado de cambiar al enemigo del exterior y el interior, no tenía dinero, ni ejército suficiente, no tenía nada en una palabra, salvo una energía sin límites, un apoyo caluroso de los elementos revolucionarios del país y la audacia de recurrir a todas las medidas para la salvación de la patria, cualesquiera que fuesen su arbitrariedad, ilegalidad y vigor». En estos términos caracterizaba antaño Plejánov el gobierno de los jacobinos (*El Socialdemócrata:* resumen político y literario de un periodo de tres meses. Febrero, t. I; Londres, 1890. Artículo sobre el «Centenario de la Gran Revolución», pp. 6-7.)

Pero fijémonos en la revolución ocurrida en la segunda mitad del siglo XIX, en Estados Unidos, país de la «democracia». Aunque no se tratara de la abolición de la propiedad privada sino de la trata de negros, las instituciones democráticas no fueron por ello menos incapaces de resolver el conflicto pacíficamente. Los estados del sur, derrotados en las elecciones presidenciales de 1860, habían decidido recobrar a cualquier precio la influencia que hasta entonces habían ejercido para el mantenimiento de la esclavitud de los negros; y, pronunciando, como de costumbre, discursos grandilocuentes sobre la libertad y la independencia, fomentaban la rebelión de los esclavistas. Todas las consecuencias posteriores de la guerra civil fueron el resultado inevitable de esto. Desde que empezó la lucha, el gobierno militar de Bal-

timore encerraba en el fuerte de Mac Henry, a pesar del hábeas corpus, a muchos partidarios de la esclavitud. La cuestión de la legalidad o ilegalidad de estos actos era objeto de una calurosa discusión entre los «principales notables» de la comarca. El juez supremo, Teiney, declaró que el presidente de la república no tenía derecho a suspender la acción de hábeas corpus ni a conferir semejantes poderes a las autoridades militares. «Tal es, según toda probabilidad, la solución normal de esta cuestión», dice uno de los primeros historiadores de la Guerra norteamericana. Pero la situación era tan crítica, y tan imperiosa la necesidad de tomar medidas radicales contra la población de Baltimore, que el Gobierno y el pueblo estadounidenses reclamaban las medidas más enérgicas» (*Historia de la Guerra norteamericana,* por Fletcher, teniente coronel de Infantería de la Guardia; traducida del inglés. San Petersburgo, 1867).

Los escasos objetos que necesitaba el sur revolucionario le eran suministrados secretamente por los comerciantes del norte. En estas condiciones, a los ciudadanos del norte no les quedaba otro remedio que recurrir a la represión. El 6 de agosto de 1861 fue ratificado por el presidente un proyecto del Congreso sobre la confiscación de la propiedad privada empleada para fines insurreccionales. El pueblo, representado por los elementos más democráticos, era partidario de las medidas extremas; el partido republicano tenía en el norte una mayoría decisiva, y todos los sospechosos de secesionismo, esto es, de favorecer a los estados disidentes del sur, eran objeto de violencias. En algunas ciudades del norte, y hasta en los estados de la Nueva Inglaterra, que se vanagloriaban de su buen orden, la población asaltó en varias ocasiones los locales de los periódicos que defendían a los partidarios de la esclavitud insurrectos, y rompió sus máquinas. No era raro ver a los editores insurrectos untados de

alquitrán, envueltos en plumas y paseados por las calles hasta que consentían en jurar fidelidad a la Unión. La personalidad del propietario de un plantío untado de alquitrán no tiene nada de común con «la cosa en sí», y en este sentido el imperativo categórico de Kant sufrió en el curso de la guerra civil norteamericana más de un fracaso de esta índole. Pero no es esto todo. «Por su parte, el Gobierno –nos refiere el mismo historiador– dictó también diversas medidas de represión contra las publicaciones que no adoptaban su punto de vista. Y la prensa norteamericana, que había gozado hasta entonces de la mayor libertad, se encontró de pronto en una postura tan molesta como la de las monarquías absolutas de Europa. La libertad, de palabras corrió la misma suerte. Así, pues –sigue el teniente coronel Fletcher–, el pueblo americano se vio privado en el mismo momento de la mayor parte de sus libertades. Es de notar –añade moralizando– que la mayoría de la población estaba de tal modo absorta por la guerra y tan profundamente dispuesta a realizar todos los sacrificios por alcanzar su fin que, lejos de lamentar la pérdida de sus libertades, parecía no darse cuenta de ello» *(Historia de la Guerra norteamericana)*.

Los sanguinarios esclavistas del sur y su turba desencadenada de criados procedieron con un furor mucho más grande aún. «En todas partes –refiere el conde de París– donde se formaba una mayoría en favor de los propietarios esclavistas, la opinión pública obraba despóticamente frente a la minoría. A todos los que echaban de menos la bandera nacional, se los obligaba a guardar silencio. Pero esto no pareció bastante. Como ocurre en todas las revoluciones, se obligó a los indiferentes a que manifestaran su adhesión a la nueva causa. Los que se negaban a ello eran abandonados al odio y a la violencia del populacho... En todos los centros de la civilización naciente (estados del sudoeste) se constituyeron comités

de vigilancia, integrados por todos los que se habían destacado por su extremismo en el curso de la lucha electoral... La taberna era el sitio ordinario de las reuniones, y, en ella, a la orgía se mezclaba una desdichada parodia de las formas soberanas de la justicia. Algunos energúmenos, sentados alrededor de un mostrador por el que corría el whisky, juzgaban a sus conciudadanos presentes y ausentes. El acusado, antes de ser interrogado, veía ya preparar la cuerda fatal. Y el que no comparecía ante el tribunal, sabía su condena al caer baja la bala del verdugo oculto entre las malezas del bosque». Este cuadro evoca las escenas que ocurren a diario en las regiones donde operan Denikin, Kolchak, Yudénich y los otros campeones de la «democracia» franco-inglesa y americana.

Cómo se planteaba la cuestión del terrorismo bajo la Comuna de París, lo veremos más abajo. Sea como fuere, los esfuerzos que hace Kautsky por oponer la Comuna a nuestra revolución no tienen el menor fundamento y le obligan a recurrir a una ruin fraseología.

Parece que deben considerarse las capturas de rehenes como «inherentes» al terrorismo de la guerra civil. Kautsky, adversario del terrorismo y de la captura de rehenes, es, sin embargo, defensor de la Comuna de París (verdad es que ocurrió hace cincuenta años). La Comuna, empero, había cogido rehenes. Esto parece que debía originar a nuestro autor cierto embarazo. Pero ¿para qué serviría la casuística si no fuese para estas ocasiones?

Los decretos de la Comuna sobre los rehenes y su ejecución como respuesta a las crueldades de los versalleses fueron motivados –según la profunda explicación de Kautsky– por el deseo de conservar las vidas humanas y no por un deseo de crimen. ¡Admirable descubrimiento! No falta más que ensancharlo. Se puede y se debe hacer comprender que en tiempos de guerra civil exterminamos a los guardias blan-

cos con el objeto de que ellos no exterminasen a los trabajadores. Nuestro propósito, pues, no es suprimir vidas humanas, sino preservarlas. Si ocurre que para su preservación tenemos que combatir paradójicamente con las armas en la mano, y si esto nos lleva a hacer exterminios, hay en ello un enigma cuyo secreto dialéctico ha sido puesto en claro por el viejo Hegel, para no hablar de sabios pertenecientes a escuelas más antiguas.

La Comuna no hubiera podido sostenerse y afianzarse más que haciendo una guerra sin cuartel a los versalleses. Éstos tenían buen número de agentes en París. En guerra con las bandas de Thiers, la Comuna no hubiera podido hacer otra cosa que exterminar a los versalleses, tanto en el frente como en retaguardia. Si su autoridad se hubiese extendido fuera de París, habría chocado –en el curso de la guerra civil contra el ejército de la Asamblea Nacional– con enemigos mucho más peligrosos, en el seno mismo de la población. La Comuna no hubiese podido, haciendo frente a los realistas, conceder la libertad de palabra a sus agentes de retaguardia.

Kautsky, a pesar de los grandes acontecimientos actuales, no tiene ninguna idea de la guerra en general ni de la guerra civil en particular. No llega a comprender que todo partidario de Thiers en París no era más que un simple «adversario» ideológico de los comuneros, pero que un espía o agente de Thiers era un enemigo mortal que acechaba el momento para herirles a traición. Ahora bien, al enemigo se le debe poner en condiciones de que no pueda hacer daño, lo que en tiempo de guerra no puede traducirse más que por su supresión.

En la revolución, como en la guerra, se trata de quebrantar la voluntad del enemigo, de obligarle a capitular aceptando las condiciones del vencedor. La voluntad es, seguramente,

un hecho de orden psicológico, pero a diferencia de un mitin, de una reunión pública o de un congreso, la revolución persigue sus fines echando mano de medios materiales, aunque en menor medida que la guerra. La burguesía conquistó el poder insurreccionándose, y lo afianzó con la guerra civil. En tiempo de paz, lo conserva con la ayuda de un instrumento de coerción muy complejo. Mientras haya una sociedad de clases, basada en los antagonismos más profundos, el uso de las represiones será indispensable para someter a la parte adversa.

Aunque la dictadura del proletariado naciese, en algunos países, en el seno de la democracia, la guerra civil no se habría evitado por esto. La cuestión de saber a quién pertenecerá el poder en el país, es decir, si la burguesía debe sobrevivir o perecer, se resolverá no por referencias a los artículos de la Constitución, sino recurriendo a todas las formas de la violencia. Haga lo que quiera Kautsky para analizar el alimento del antropopiteco y demás circunstancias próximas o remotas que le permitan determinar las causas de la crueldad humana, no hallará en la historia otro medio de quebrantar la voluntad de clase del enemigo que el recurso enérgico de la fuerza.

El grado de violencia de la lucha depende de toda una serie de condiciones interiores e internacionales. Cuanto más obstinada y peligrosa sea la resistencia del enemigo de clase vencido, más inevitablemente será la transformación del sistema en sistema de terror.

Pero aquí Kautsky toma inesperadamente una nueva posición en la lucha contra el terrorismo soviético; finge ignorar la furiosa resistencia contrarrevolucionaria de la burguesía rusa. «No se ha observado –dice– semejante encarnizamiento en Petrogrado y Moscú en noviembre de 1917, y menos aún en Budapest recientemente.»

Como resultado de este gracioso modo de plantear la cuestión, el terrorismo resulta ser simplemente un producto del espíritu sanguinario de los bolcheviques, que rompen al mismo tiempo con las tradiciones del herbívoro antropopiteco y las lecciones de moralidad del «kautskismo».

La conquista del poder por los sóviets a principios de noviembre de 1917 (nuevo calendario) se efectuó a costa de pérdidas insignificantes. La burguesía rusa se sentía tan alejada de las masas populares, tan impotente, tan comprometida por el curso y la terminación de la guerra, tan desmoralizada por el régimen de Kérenski, que no se arriesgó, por decirlo así, a resistir. En Petrogrado, el gobierno de Kérenski fue derribado casi sin lucha. En Moscú se prolongó la resistencia, sobre todo por el carácter indeciso de nuestras propias acciones. En la mayor parte de las capitales de provincia, el poder pasó a manos de sus sóviets sólo con la llegada de un simple telegrama de Petrogrado o Moscú. Si las cosas no hubiesen pasado de ahí, no habría existido terror rojo. Pero desde noviembre de 1917 fui testigo de un comienzo de resistencia por parte de los poseedores. Es cierto que fue necesaria la intervención de los Gobiernos imperialistas de Occidente para dar a la contrarrevolución esa confianza en sí misma y a la resistencia una fuerza siempre creciente, lo que puede demostrarse por los hechos cotidianos secundarios o importantes que ocurrieron durante toda la revolución soviética.

El «Gran Cuartel General» de Kérenski sabía que no le apoyaban las masas de soldados. Estaba tan dispuesto a reconocer sin resistencia el poder soviético, que entraba en negociaciones con los alemanes para concertar el armisticio. A esto debía seguir una protesta de las misiones militares de la Entente, acompañada de amenazas directas. El GCG se atemorizó. Bajo la presión de los oficiales «aliados» inauguró la resistencia, suscitando de este modo un conflicto armado

y el asesinato del general Dujonin, jefe del Estado Mayor, por un grupo de marineros revolucionarios.

En Petrogrado, los agentes oficiales de la Entente y especialmente la Misión militar francesa, obrando de concierto con los socialistas revolucionarios y los mencheviques, organizaba abiertamente la resistencia desde el segundo día de la revolución. Movilizaron, armaron y dirigieron contra nosotros a los alumnos de las academias militares *(junkers)* y a la juventud burguesa. La rebelión de los *junkers* del 10 de noviembre ocasionó más pérdidas que la revolución del 7 del mismo mes. La aventura Kérenski-Krasnov contra Petrogrado, provocada por la Entente, debía introducir en la lucha los primeros elementos de encarnizamiento. El general Krasnov, sin embargo, fue puesto en libertad bajo palabra. La insurrección de Yaroslav (en el curso del verano de 1918), que costó tantas víctimas, fue organizada por Sávinkov, a las órdenes de la embajada de Francia y a costa de ésta. Arjángelsk fue conquistado conforme el plan de los agentes militares y navales ingleses, con el concurso de los barcos de guerra y aeroplanos de la misma nación. El advenimiento de Kolchak, el hombre de las finanzas americanas, ha sido cosa de las legiones extranjeras, checoslovacas, a sueldo del Gobierno francés. Kaledin y Krasnov, primeros jefes de la contrarrevolución del Don, a quienes habíamos puesto en libertad, no pudieron conseguir más que algunos éxitos parciales gracias al apoyo financiero y militar de Alemania. En Ucrania, el poder soviético fue destruido a principios de 1918 por el militarismo alemán. El ejército contrarrevolucionario de Denikin ha sido creado con los recursos financieros y técnicos de Francia y Gran Bretaña. Sólo por la esperanza de una intervención de Inglaterra y como consecuencia de su ayuda material fue organizado el ejército de Yudénich. Los políticos, diplomáticos y periodistas de los países de la Entente debaten con toda franqueza desde hace dos

años la cuestión de saber si la guerra civil en Rusia es una empresa lo bastante ventajosa para que se la pueda sostener. En tales condiciones se necesita una cabeza dura como una piedra para encontrar las causas del carácter sangriento de la guerra civil en Rusia en la mala voluntad de los bolcheviques y no en la situación internacional.

El proletariado ruso ha sido el primero que ha hecho la revolución social, y la burguesía rusa, políticamente impotente, ha tenido la audacia de no consentir en su expropiación política y económica, sólo porque veía en todas partes a las burguesías de más rancio abolengo dueñas del poder y provistas de toda la potencia económica y, en cierta medida, militar.

Si nuestra Revolución de Octubre hubiere ocurrido algunos meses o siquiera algunas semanas después de la conquista del poder por el proletariado en Alemania, Francia e Inglaterra, sin duda de ningún género, nuestra revolución hubiera sido la más pacífica, la menos «sangrienta» de las revoluciones posibles en el mundo. Pero este orden histórico –a primera vista el más natural y en todo caso el más ventajoso para la clase revolucionaria rusa– no ha sido infringido por culpa nuestra, sino por culpa de los acontecimientos: en lugar de ser el último, el proletariado ruso ha sido el primero. Precisamente esta circunstancia ha sido la que ha dado, después del primer periodo de la confusión, un carácter encarnizadísimo a la resistencia de las antiguas clases dominantes de Rusia y ha obligado al proletariado ruso, en el momento de los mayores peligros, de las agresiones del exterior y los complots y alzamientos en el interior, a recurrir a las crueles medidas del terror gubernamental. Nadie puede sostener actualmente que estas medidas hayan sido ineficaces. Pero acaso se pretenda considerarlas como «inadmisibles».

La misión y el deber de la clase obrera que se ha adueñado del poder tras una larga lucha era fortalecerlo inquebrantablemente, consolidar definitivamente su dominación, cortar todo intento de golpe de Estado por parte de sus enemigos y procurarse, por ello, la posibilidad de realizar las grandes reformas socialistas. Para otra cosa no valía la pena conquistar el poder.

La revolución no implica «lógicamente» el terrorismo, como tampoco implica la insurrección armada. ¡Solemne vulgaridad! Pero, en cambio, la revolución exige que la clase revolucionaria haga uso de todos los medios posibles para alcanzar sus fines: la insurrección armada, si es preciso; el terrorismo si es necesario. La clase obrera, que ha conquistado el poder con las armas en la mano, debe deshacer por la violencia todas las tentativas encaminadas a arrebatárselo. Siempre que se halle en presencia de un complot armado, de un tentado, de un levantamiento, su represión será despiadada. ¿Es que Kautsky ha inventado otros procedimientos? ¿O reduce toda la cuestión al grado de coerción y propone en este caso que se recurra al encarcelamiento antes que a la pena de muerte?

La cuestión de las formas y del grado de la represión no es seguramente una cuestión «de principio». Es un problema de medidas para conseguir el fin. En una época revolucionaria, el partido que ha sido arrojado del poder o que no quiere admitir la estabilidad del partido que dirige y lo prueba sosteniendo una furiosa lucha contra él, no se dejará intimidar por una amenaza de encarcelamiento en cuya duración no cree. Sólo por este simple hecho decisivo se explica la frecuente aplicación de la pena de muerte en la guerra civil.

Pero ¿acaso quiere decir Kautsky que la pena de muerte no está en general conforme con el fin que se desea alcanzar, y que es imposible aterrar a las «clases»? Esto tampoco es cierto. El terror es impotente –aunque sólo en último extremo– si se aplica por la reacción contra el partido que se

rebela en virtud de las leyes de su desarrollo histórico. En cambio, el terror es eficaz contra la clase reaccionaria, que no se decide a abandonar el campo de batalla. La intimidación es el medio más poderoso de acción política, tanto en la esfera internacional como en el interior de cada país. La guerra, como la revolución, se basan en la intimidación. Una guerra victoriosa no extermina, por regla general, más que a una parte ínfima del ejército vencido, pero desmoraliza a las restantes y quebranta su voluntad. La revolución procede del mismo modo: mata a unas cuantas personas, aterra a miles. En este sentido, el terror rojo no se diferencia en principio de la insurrección armada, de la que no es más que su continuación. No puede condenarse «moralmente» el terror gubernamental de la clase revolucionaria, sino aquel que, en principio repruebe (de palabra) toda violencia en general. Pero para esto es preciso ser un hipócrita.

¿Cómo, pues, distinguir vuestra táctica de la autocrática?, nos preguntan los pontífices del liberalismo y del «kautskismo».

¿No lo comprendéis, falsos devotos? Pues os lo explicaremos. El terror del zarismo estaba dirigido contra el proletariado. La policía zarista estrangulaba a los trabajadores que luchaban por el régimen socialista. Nuestras Comisiones Extraordinarias fusilan a los grandes propietarios, a los capitalistas, a los generales que intentan restablecer el régimen capitalista. ¿Percibís este... matiz? ¿Sí? Para nosotros, los comunistas, es por completo suficiente.

La libertad de prensa

Kautsky, autor de un gran número de libros y artículos, se siente particularmente afligido por los ataques a la libertad de prensa. ¿Es admisible suprimir los periódicos?

En tiempo de guerra, todas las instituciones, órganos del poder gubernamental y de la opinión pública se convierten directa o indirectamente en órganos para la dirección de la guerra. Esto ocurre en primer término con la prensa. Ningún gobierno que sostenga una guerra seria puede permitir la impresión en su territorio de publicaciones que abiertamente o no favorezcan al enemigo. A mayor abundamiento, en periodo de guerra civil. La naturaleza de esta última es de tal suerte que ambos bandos tienen en la retaguardia de sus tropas poblaciones que hacen causa común con el enemigo. En la guerra, donde la muerte sanciona los éxitos y los fracasos, los agentes enemigos que se han introducido en la retaguardia de los ejércitos deben sustituir la pena de muerte. Ley inhumana sin duda, pero nadie ha considerado todavía la guerra como una escuela de humanismo; con menos motivo aún, la guerra civil. ¿Puede exigirse en serio que durante la guerra contra las bandas contrarrevolucionarias de Denikin, se permita que aparezcan sin dificultad en Petrogrado y Moscú las publicaciones que los apoyan? Proponerlo en nombre de la «libertad» de prensa, equivaldría a exigir en nombre de la publicidad la publicación de los secretos militares. «Una ciudad sitiada –escribía el comunalista Arthur Arnoux– no puede admitir ni que el deseo de verla capitular se exprese en su seno, ni que se excite a la traición a sus defensores, ni que se comuniquen al enemigo los movimientos de sus tropas». Tal ha sido, sin embargo, la situación de la República Soviética desde su establecimiento.

Escuchemos, no obstante, lo que dice Kautsky a este respecto.

«La justificación de este sistema (se trata de la supresión de la prensa) descansa sobre la ingenua concepción de que existe una verdad absoluta (!) poseída exclusivamente por los comunistas (!)... Y además –continúa Kaustky–, en la creen-

cia de que el resto de los escritores son embusteros (!), y sólo los comunistas, fanáticos de la verdad (!). Pero, en realidad, en todos los campos se encuentran embusteros y fanáticos de lo que como verdad consideran». Etcétera.

Así pues, para Kautsky, la revolución en su fase aguda, cuando se trata de vida o muerte para las clases, continúa siendo como antaño una discusión literaria con el fin de establecer... la verdad. ¡Qué profundo es esto!... Nuestra «verdad» seguramente no es absoluta. Pero como actualmente estamos vertiendo sangre en nombre suyo, no tenemos razón ni posibilidad alguna de entablar una discusión literaria sobre la relatividad de la verdad con los que nos «critican» echando mano de todo. Nuestra misión no consiste en castigar a los falaces y alentar a los justos de la prensa de todos los matices, sino exclusivamente en ahogar la mentira de clase de la burguesía y en asegurar el triunfo de la verdad de clase del proletariado, independientemente de que haya en los dos campos fanáticos y mentirosos.

«El poder soviético –sigue lamentándose Kautsky– ha destruido la única fuerza capaz de extirpar la corrupción: la libertad de prensa. El control mediante una libertad de prensa ilimitada hubiera sido el único medio de contener a los bandidos y aventureros, que inevitablemente querrán aprovecharse de todo poder ilimitado, dictatorial...» Y así sucesivamente. ¡La prensa, arma segura contra la corrupción! Esta receta liberal suena muy triste cuando se piensa en los dos países de mayor «libertad» de prensa: América del Norte y Francia, que son al propio tiempo los mismos donde la corrupción capitalista alcanza su apogeo.

Alimentado por los viejos chismes de los bajos fondos políticos de la Revolución rusa, Kautsky se figura que, privada de la prensa de los cadetes y mencheviques, la organización soviética será pronto destruida por los «bandidos y

aventureros». Tal era la voz de alarma de los mencheviques hace año y medio... A la hora presente, no se atreverían a repetirla. Gracias al control soviético y a la selección que hace sin cesar el partido en un ambiente de lucha encarnizada, el poder soviético ha dado buena cuenta de los bandidos y aventureros, puestos al descubierto en el momento de la revolución, incomparablemente mejor que lo hubiera hecho en otro momento cualquier poder.

Hacemos la guerra. Luchamos, no en broma, sino a muerte. La prensa no es el arma de una sociedad abstracta, sino de dos campos irreconciliables que combaten con las armas en la mano. Suprimimos la prensa de la contrarrevolución como destruimos sus posiciones fortificadas, sus depósitos, sus comunicaciones, sus servicios de espionaje. Nos privamos de las revelaciones de los cadetes y mencheviques sobre la corrupción de la clase obrera. Pero, en cambio, deshacemos victoriosamente las bases de la corrupción capitalista.

Kautsky va más lejos en el desarrollo de su tema: se lamenta de que impidamos la publicación de los periódicos de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques y hasta de que –lo que también ocurre– detengamos a sus directores. ¿Es que aquí no se trata de «matices» que existen en el proletariado o en el movimiento socialista? Nuestro pedagogo, detrás de estas palabras, no ve los hechos. Los mencheviques y socialistas revolucionarios no constituyen para él más que tendencias políticas, mientras que en el curso de la revolución se han transformado en organizaciones íntimamente ligadas con los contrarrevolucionarios y que nos hacen una guerra abierta. El ejército de Kolchak ha sido formado por los socialistas revolucionarios (¡cuán falso y vacío suena hoy este nombre!) y apoyado por los mencheviques. En el frente norte, unos y otros combaten contra nosotros hace año y medio. Los directores mencheviques del Cáucaso, antiguos alia-

dos de los Hohenzollern, aliados hoy de Lloyd George, detenían y fusilaban a los bolcheviques de perfecto acuerdo con los oficiales ingleses y alemanes. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de la Rada de Kubán han creado el ejército de Denikin. Los mencheviques estonios, miembros del Gobierno, han tomado parte directamente en la última ofensiva de Yudénich contra Petrogrado.

Tales son las «tendencias» del socialismo... Kautsky cree que se puede estar en guerra declarada con los mencheviques y socialistas revolucionarios, que, con ayuda de los ejércitos de Yudénich, de Kolchak, de Denikin, creados gracias a su concurso, obran en contra nuestra, y conceder al mismo tiempo, en la retaguardia de nuestro frente, la libertad de prensa a estos «inocentes matices». Si el conflicto entre los socialistas revolucionarios y los mencheviques hubiese podido ser resuelto por la persuasión y el voto, es decir, si no estuviesen detrás los imperialismos rusos y extranjeros, no habría guerra civil.

Kautsky, naturalmente, está dispuesto a «condenar» (superflua gota de tinta) el bloqueo, el apoyo otorgado a Denikin por la Entente, y el terror blanco. Pero desde la altura de su imparcialidad no puede dejar de hallar circunstancias atenuantes a este último. El terror blanco, fíjense ustedes bien, no viola sus principios, mientras que los bolcheviques, al aplicar el terror rojo, son infieles al «valor sagrado» de la vida humana, proclamado por ellos.... Pero Kautsky se abstiene de explicar lo que en la práctica significa el respeto al valor sagrado de la vida humana y en qué se diferencia del mandamiento «No matarás». Cuando un bandido levanta su cuchillo sobre un niño, ¿se puede matar al primero para salvar al segundo? ¿No es esto un atentado contra el «valor sagrado» de la vida humana? ¿Se puede matar a un bandido para salvar la propia vida? ¿Es admisible la insurrección de los esclavos

contra sus dueños? ¿Lo es que un hombre alcance la libertad a costa de la vida de sus carceleros? Si la vida humana es en general sagrada e inviolable, hay que renunciar a recurrir no sólo al terror, a la guerra, sino también a la revolución. Kautsky no se da cuenta del significado contrarrevolucionario del «principio» que trata de imponernos. Veremos, por otra parte, que nos reprocha el haber concentrado la paz de Brest-Litovsk. En su opinión, debíamos haber seguido la guerra. Pero entonces, ¿en qué se convierte el «valor sagrado» de la vida humana? ¿Dejará de ser sagrada la vida cuando se trata de individuos que hablan otro idioma? ¿O considera Kautsky que los asesinatos en masa, organizados conforme a las reglas de la estrategia y la táctica modernas, no son asesinatos? A decir verdad, es difícil afirmar en nuestra época un principio más hipócrita e inepto. Mientras la mano de obra y, por consiguiente, la vida sea un artículo de comercio, de explotación y dilapidación, el principio del «valor sagrado de la vida humana» no será sino la más infame de las mentiras, cuyo objeto es mantener a los esclavos bajo el yugo.

Hemos luchado contra la pena de muerte introducida por Kérenski, porque era aplicada por los tribunales marciales del antiguo ejército contra los soldados que se negaban a continuar la guerra imperialista. Hemos arrancado esta arma de manos de los antiguos consejos de guerra. Hemos destruido estas instituciones y licenciado al antiguo ejército que las había creado. Al exterminar en el Ejército Rojo y en todo el país en general a los conspiradores revolucionarios, que trataban de restablecer el viejo régimen mediante la insurrección, el asesinato, la desorganización, hemos procedido en conformidad con las férreas leyes de la guerra, por las cuales queremos asegurar nuestra victoria.

Si se buscan las contradicciones formales, ni que decir tiene que hay que observar, ante todo, el terror blanco, arma

de las clases que se tienen por cristianas, que protegen la filosofía idealista y están firmemente convencidas de que la personalidad (la suya) es la personalidad humana, fin en sí. Por lo que a nosotros se refiere, nunca hemos perdido el tiempo en las charlatanerías de los pastores kautskistas y de los cuáqueros vegetarianos acerca del «valor sagrado» de la vida humana. Siempre hemos sido revolucionarios y hoy, dueños ya del poder, lo seguimos siendo. Para que la personalidad humana llegue a ser sagrada es necesario destruir primero el régimen social que la oprime. Y esta obra no puede realizarse más que a sangre y fuego.

Existe, además, otra diferencia entre el terror blanco y el terror rojo. El actual Kautsky lo ignora, pero para un marxista tiene una importancia capital. El terror blanco es el arma de una clase históricamente reaccionaria. Mientras afirmábamos la impotencia de las represiones del Estado burgués contra el proletariado, no hemos negado nunca que mediante los arrestos y las represalias las clases dirigentes puedan, en ciertas condiciones, retrasar temporalmente el estallido de la revolución social. Pero estábamos convencidos de que no lograrían evitarlo. Nuestra certeza provenía de que el proletariado es una clase históricamente ascendente, y que la sociedad burguesa no puede desenvolverse sin aumentar las fuerzas del proletariado. La burguesía en los momentos actuales es una clase en decadencia. No sólo no desempeña el papel esencial en la producción sino que, por sus métodos imperialistas de apropiación, destruye la economía nacional y la cultura humana. No obstante, la vitalidad histórica de la burguesía es colosal. Se sostiene en el poder y no quiere soltar la presa. Gracias a esto, amenaza arrastrar en su caída a toda la sociedad. Es necesario arrancárselo de las manos, y de cortarle éstas para conseguirlo... El terror rojo es el arma empleada contra una clase condenada

a perecer y que no se resigna a ello. Si el terror blanco sólo puede retardar la ascensión histórica del proletariado, el terror rojo no hace más que precipitar la caída de la burguesía. En ciertas épocas, la aceleración –que hace ganar tiempo– tiene una importancia decisiva. Sin el terror rojo, la burguesía rusa, aliada con la burguesía mundial, nos hubiera aplastado mucho antes del advenimiento de la revolución en Europa. Hay que ser ciego para no verlo, o un falsario para negarlo. Quien concede importancia revolucionaria histórica a la existencia misma del poder soviético debe sancionar igualmente el terror rojo. Y Kautsky, después de haber emborronado montañas de papel contra el comunismo y el terrorismo de estos dos últimos años, se ve obligado a reconocer al final de su libro que el poder de los sóviets rusos representa actualmente el factor principal de la revolución mundial: «Piénsese como se piense de los métodos bolcheviques, el hecho de que en una gran nación no sólo haya subido al poder un gobierno proletario, sino que lleve ya en él más de dos años sosteniéndose en las más difíciles circunstancias, tiene que elevar enormemente el sentimiento de su fuerza en las clases proletarias de todos los países. Por este hecho, los bolcheviques han trabajado muy eficazmente por la causa de la revolución mundial». Esta declaración nos sorprende profundamente, como el reconocimiento de una verdad histórica que sobreviene en el momento en que menos se esperaba. Haciendo frente al mundo capitalista coaligado, los bolcheviques han realizado una obra histórica considerable. No se han mantenido en el poder sólo por la fuerza de la idea, sino también por la fuerza de las armas. La confesión de Kautsky es su sanción involuntaria de los métodos del terror rojo y, al mismo tiempo, la más severa condena de sus propios procedimientos críticos.

La influencia de la guerra

Kautsky ve en la guerra, en su espantosa influencia sobre las costumbres, una de las causas del carácter sangriento de la lucha revolucionaria. Esto es indiscutible. Semejante influencia, con todas las consecuencias que de ella derivan, podía preverse ya en la época en que Kautsky no sabía todavía si debía votarse en pro o en contra de los créditos militares.

«El imperialismo rompió a viva fuerza el equilibrio inestable de la sociedad –escribíamos hace unos cinco años en un libro alemán sobre *La guerra y la Internacional*–. Destruyó las esclusas por las cuales la socialdemocracia contenía el torrente de energía revolucionaria y lo canalizó en su cauce. Esta formidable experiencia histórica, que ha deshecho de un golpe la Internacional Socialista, lleva en su seno, al mismo tiempo, un peligro mortal para la sociedad burguesa. Se ha arrancado el martillo de manos del obrero para sustituirlo por la espada. El obrero, ligado por completo al engranaje de la economía capitalista, se ha encontrado de pronto alejado de su medio y aprende a ver los fines de la colectividad por encima del bienestar doméstico y de la vida.

»Como empuña en sus manos las armas que ha forjado él mismo, se coloca en tal situación que la suerte política del Estado depende inmediatamente de él. Los que normalmente le oprimían y despreciaban, le halagan ahora y buscan sus favores. Al mismo tiempo, aprende a conocer íntimamente a los cañones que, según Lassalle, constituyen una de las partes más importantes de la Constitución. Franquea los límites del Estado, toma parte en las requisiciones violentas, ve pasar las ciudades de unas manos a otras bajo sus golpes. Se producen cambios que su generación no había presenciado nunca.

»Si los obreros avanzados supiesen teóricamente que la fuerza es la madre del derecho, su modo político de pensar

los llenaría, por supuesto, de un espíritu de posibilismo y adaptación a la legalidad burguesa. Ahora, la clase obrera aprende a despreciar profundamente y a destruir por la violencia esta legalidad. Los enormes cañones inculcan a la clase obrera la idea de que cuando no se puede desviar un obstáculo, queda aún el recurso de romperlo. Casi todos los adultos pasan por esa horrorosa escuela de realismo social que es la guerra, creadora de un nuevo tipo humano.

»Sobre todas las normas de la sociedad burguesa –con su derecho, su moral y su religión– está suspendido hoy el puño de la necesidad de hierro: "La necesidad no reconoce ley", declaraba el canciller alemán el 4 de agosto de 1914. Los monarcas bajan a la plaza pública a hablar como carreteros, a acusarse de perfidia los unos a los otros. Los Gobiernos pisotean las obligaciones que han contraído solemnemente, y la Iglesia nacional, como un forzado, encadena a su Dios y Señor al cañón nacional.

»¿No es evidente que estas circunstancias deben provocar los cambios más profundos en la vida psíquica de la clase obrera, después de haberla curado radicalmente del hipnotismo de la legalidad, resultado de una época de política estancada? Las clases poseedoras habrán de convencerse pronto de ello, horrorizadas. El proletariado, que ha pasado por la escuela de la guerra, al primer obstáculo serio que surja en su propio país, sentirá la necesidad imperiosa de emplear el lenguaje de la fuerza. "La necesidad no reconoce ley" lanzará al rostro de los que traten de detenerlo con las leyes de la sociedad burguesa… Y la terrible necesidad que ha reinado en el curso de esta guerra, sobre todo al final, incitará a las masas a pisotear muchas, muchas leyes.»

Todo esto es indiscutible. Pero hay que añadir además que la guerra no ha ejercido menos influencia sobre la psicología de las clases dominantes; en la misma medida en que las

masas se han vuelto exigentes, la burguesía se ha hecho intratable.

En tiempo de paz, los capitalistas aseguraban sus intereses por el robo «pacífico» del salario. En tiempo de guerra, se han procurado estos mismos intereses haciendo exterminar multitudes de vidas humanas, lo que ha añadido a su espíritu de dominación una nueva característica «napoleónica». Durante la guerra, los capitalistas se habían acostumbrado a enviar a la muerte a millones de esclavos, nacionales y coloniales, en nombre de los beneficios que obtenían de las minas, ferrocarriles, etcétera.

En el curso de la guerra han salido de la alta, media y pequeña burguesía cientos de miles de oficiales, de combatientes profesionales –hombres cuyo carácter, templado en la guerra, se ha libertado de todas las conveniencias externas–, de soldados cualificados, dispuestos y capaces de defender con encarnizamiento rayano en el heroísmo la situación privilegiada de la burguesía que los ha elevado.

La revolución hubiese sido probablemente más humana si al proletariado se le hubiera ofrecido la posibilidad de librarse de «toda esa banda», como Marx decía. Pero el capitalismo, en el curso de la guerra, ha hecho caer sobre los trabajadores una carga de deudas demasiado aplastante; arruinó excesivamente la producción para que se pueda hablar en serio de esta libertad, a costa de la cual la burguesía consentiría en admitir la revolución sin murmurar mucho. Las masas han perdido mucha sangre; han sufrido excesivamente, se han insensibilizado demasiado para tomar semejante decisión, económicamente irrealizable.

Otras circunstancias que actúan en el mismo sentido vienen a añadirse a éstas. La burguesía de los países vencidos, enfurecida por la derrota, está dispuesta a cargar con las responsabilidades al pueblo, a los obreros y campesinos que no

han sido capaces de seguir «la gran guerra nacional» hasta el final. Desde este punto de vista, las explicaciones de una insolencia sin ejemplo, dadas por Ludendorff en la Comisaría de la Asamblea Constituyente, son de lo más instructivo. Las bandas de Ludendorff ardían en deseos de lavarse de la vergüenza de su rebajamiento internacional con la sangre de su propio proletariado. En cuanto a la burguesía de los países victoriosos, llena de arrogancia, está más dispuesta que nunca a defender su situación social recurriendo a los abominables medios que la han dado la victoria. Hemos visto que la burguesía internacional se ha mostrado incapaz de organizar el reparto del botín sin guerras ni ruinas. ¿Puede, en general, renunciar sin combate al botín? La experiencia de los cinco últimos años no permite ninguna duda a este respecto; si antes, por el más puro utopismo, se había podido esperar que la expropiación de las clases poseedoras –gracias a la «democracia»– pasase inadvertida, se realizara sin dolor, sin alzamiento, sin choques armados, sin tentativas de contrarrevolución y sin encarnizadas represiones, hoy nos vemos obligados a admitir que la situación tan diferente que nos ha sido legada por la guerra imperialista no hace más que duplicar y triplicar el carácter despiadado de la guerra civil y de la dictadura del proletariado.

5
La Comuna de París y la Rusia de los sóviets

Corto episodio de la primera revolución hecho por y para el proletariado y que terminó con el triunfo de sus enemigos. Este episodio (desde el 18 de marzo al 28 de mayo) duró setenta y dos días.
P. L. LAVROV, *La Comuna de París,* 1919

Los partidos socialistas de la Comuna no estaban preparados

La Comuna de París de 1871 fue el primer ensayo histórico, débil aún, de dominación de la clase obrera. Nosotros veneramos el recuerdo de la Comuna a pesar de su experiencia demasiado limitada, de la falta de preparación de sus militantes, de la confusión de su programa, de la ausencia de unidad entre sus directores, de la indecisión de sus proyectos, de la excesiva turbación en las ejecuciones y del espantoso desastre que resultó de ella. Saludamos en la Comuna –según una expresión de Lavrov– a la aurora, aunque pálida, de la primera república proletaria. Kautsky no lo entiende así. Habiendo consagrado la mayor parte de su libro *Terrorismo y comunismo* a establecer un paralelo, groseramente tendencioso, entre la Comuna y el poder soviético, ve las cua-

lidades predominantes de aquélla allí donde nosotros vemos sus desdichas y sus equivocaciones.

Kautsky procura demostrar con gran ardor que la Comuna de París de 1870-1871 no fue «artificialmente» preparada; antes bien, que surgió espontáneamente, cogiendo de improviso a los revolucionarios, mientras que la revolución rusa de octubre-noviembre, por el contrario, fue preparada minuciosamente por nuestro partido. Esto es indiscutible. Como no tiene el valor de formular con claridad sus ideas profundamente reaccionarias, Kautsky evita decirnos con franqueza si los revolucionarios de París de 1871 merecen ser aprobados por no haber previsto la insurrección proletaria y, por lo tanto, por no estar preparados para ella, o si nosotros debemos ser condenados por haber previsto lo inevitable y por habernos adelantado conscientemente a los acontecimientos. Toda la exposición de Kautsky está escrita de tal modo que produce la siguiente impresión en el espíritu del lector: ha caído una desgracia sobre los comuneros (¿no manifestó un día su pesar el filisteo bávaro Volmar porque los comuneros en vez de irse a la cama se adueñaron del poder?), y por eso merecen toda nuestra indulgencia; los bolcheviques, por su parte, se han adelantado conscientemente a la desgracia (la conquista del poder), y eso no se les perdonará ni en este mundo ni en el otro. Plantear la cuestión de este modo puede parecer un absurdo increíble. Pero no por eso deja de ser menos cierto que es una consecuencia inevitable de la posición de los «independientes kautskistas», que meten la cabeza entre los hombros para no ver nada, y que no pueden dar un paso hacia adelante si antes no han recibido un golpe en la espalda.

«La principal preocupación –escribe Kautsky– de la Asamblea Nacional y del jefe de Ejecutivo elegido por ella, Thiers, fue la de humillar a París, quitarle su primacía de capital, su

administración autónoma y, finalmente, desarmarla para lanzarse con seguridad al golpe de Estado. De esta situación nació el conflicto que produjo la insurrección parisiense. Se ve claramente que esta insurrección fue totalmente distinta del golpe de Estado del bolchevismo, que sacaba su fuerza del deseo vivo de paz, que tenía detrás de sí a los campesinos, que en la Asamblea no tenía enfrente a ningún monárquico, sino tan sólo a socialistas revolucionarios y mencheviques.

»Los bolcheviques alcanzaron el poder por un golpe de Estado sabiamente preparado, que les hizo dueños de una vez de toda la maquinaria política, la que utilizaron del modo más enérgico y desconsiderado para desposeer política y económicamente a sus adversarios, incluso los proletarios.

»En cambio, los más sorprendidos por la sublevación de la Comuna fueron los revolucionarios mismos. Y a una gran parte de ellos el conflicto se les vino encima cuando menos lo deseaban.»

Con el fin de que se formen una idea perfectamente clara del sentido real de lo dicho aquí por Kautsky a propósito de los comuneros aportaremos el siguiente testimonio interesantísimo:

«El 1 de marzo de 1871 –escribe Lavrov en su instructivo libro sobre la Comuna–, esto es, seis meses después de la caída del Imperio y algunos días antes de la explosión de la Comuna, los directores de la Internacional en París seguían sin tener un programa político».

«Después de 18 de marzo –escribe este mismo autor– París estaba en manos del proletariado; pero los jefes de éste, desconcertados por su inesperado poder, no tomaron las medidas de seguridad más elementales.»

«No estáis a la altura de vuestro papel, y vuestra única preocupación es esquivar las responsabilidades», declaró un miembro del Comité Central de la Guardia Nacional. «Ha-

bía en ello mucha de verdad –escribe Lissagaray, miembro e historiador de la Comuna–; pero la falta de organización previa y de preparación, en el momento mismo de la acción, obedece generalmente a que los papeles incumben a hombres que no tienen la suficiente altura para desempeñarlos.»

Resulta por lo que precede (más tarde aparecerá con más evidencia aún) que la carencia de un programa de lucha directa en los socialistas parisinos para la conquista del poder se explica por su amorfismo teórico y su desorden político, pero en modo alguno por consideraciones de táctica superiores.

Está fuera de duda que la fidelidad del mismo Kautsky a las tradiciones de la Comuna se manifestará sobre todo por la profunda sorpresa con que acogerá la revolución proletaria en Alemania, en la que él no ve más que un conflicto «profundamente indeseable». Nosotros dudamos, no obstante, de que las generaciones futuras le honren por eso. La esencia misma de su analogía histórica no es más que una mezcla de confusiones, de reticencias y de arabescos.

Las intenciones que abrigaba Thiers con respecto a París, las abrigaba también Miliukov, sostenido por Chernov y Tsereteli, con respecto a Petrogrado. Todos, de Kornílov a Potrésov, repetían a diario que Petrogrado se había aislado del país, que no tenía nada de común con él, y que, depravado hasta la médula, quería imponer su voluntad a la nación. Desacreditar y rebajar a Petrogrado, tal era la tarea primordial de Miliukov y sus acólitos. Y esto ocurría en una época en que Petrogrado era el verdadero foco de la revolución, que no había logrado afianzarse en ninguna otra parte del país. Para dar a la capital una buena lección, Rodzianko, ex presidente de la Duma, hablaba francamente de entregar Petrogrado a los alemanes, como se había hecho ya con Riga. Rodzianko no hacía más que precisar lo que constituía el propósito de Miliukov, que Kérenski apoyaba con toda su política.

Como Thiers, Miliukov quería desarmar al proletariado. Pero lo peor era que por mediación de Kérenski, Chernov y Tsereteli, en julio de 1917, casi se había desarmado al proletariado petersburgués. Éste había recuperado las armas en agosto, cuando la ofensiva de Kornílov contra Petrogrado. Este nuevo armamento del proletariado fue un factor importante para la preparación de la revolución de octubre-noviembre. Así pues, los puntos por los cuales opone Kautsky la insurrección de marzo de los obreros parisinos a nuestra revolución de octubre-noviembre coinciden en cierto modo.

¿Pero en qué se diferencian? Ante todo, en que Thiers realizó sus siniestros propósitos, en que París fue tomado y fueron asesinados miles de obreros, mientras que Miliukov fracasó lamentablemente, ya que Petrogrado ha continuado como la ciudadela inexpugnable del proletariado, y los jefes de la burguesía rusa tuvieron que acudir a Ucrania a solicitar la ocupación de Rusia por los ejércitos del káiser. Esto ha ocurrido evidentemente, en gran parte, por culpa nuestra, y estamos dispuestos a afrontar la responsabilidad que ello suponga. La diferencia esencial consiste también (y esto se ha hecho sentir más de una vez en el curso ulterior de los acontecimientos) en que mientras los comuneros partían con preferencia de consideraciones patrióticas, nosotros nos colocábamos invariablemente en el punto de vista de la revolución internacional. La derrota de la Comuna provocó la destrucción de facto de la Primera Internacional. La victoria del poder soviético ha conducido a la fundación de la Tercera Internacional.

¡Pero Marx –en vísperas de la revolución– aconsejaba a los comuneros, no la insurrección sino la organización! En rigor se comprendería que Kautsky aportase este testimonio para demostrar cómo se daba cuenta Marx de la gravedad de la situación en París. Mas Kautsky, como todos los man-

darines de la socialdemocracia, ve en la organización principalmente un medio de detener la acción revolucionaria.

Aunque nos limitemos al problema de la organización, conviene no olvidar que la revolución de noviembre estuvo precedida por los nueve meses de existencia del Gobierno de Kérenski, en el curso de los cuales nuestro partido se ocupó, no sin éxito, de tareas de agitación y organización. La revolución de noviembre estalló después de que hubierámos alcanzado una aplastante mayoría en los sóviets de obreros y soldados de Petrogrado, de Moscú y, en general, de todos los centros industriales del país, y transformado los sóviets en poderosas organizaciones dirigidas por nuestro partido. En fin, teníamos detrás de nosotros a la heroica Comuna de París, de cuyo aplastamiento habíamos deducido que es misión de los revolucionarios prever los acontecimientos y prepararse para recibirlos. Una vez más, éstos son nuestros errores.

La Comuna de París y el terrorismo

Kautsky no presenta un amplio paralelo entre la Comuna y el poder soviético más que para calumniar y menospreciar la viva y triunfante dictadura del proletariado en favor de una tentativa de dictadura que se remonta a un pasado ya remoto.

Kautsky cita con excesiva satisfacción una declaración del Comité Central de la Guardia Nacional, fechada el 19 de marzo, sobre el asesinato de los generales Lecomte y Clement Thomas, cometido por los soldados: «Lo decimos indignados. Es una mancha de sangre con que se quiere mancillar nuestro honor. Es una miserable calumnia. Nosotros no hemos ordenado nunca el crimen; la Guardia Nacional no ha participado en lo más mínimo en la perpetración del asesinato».

El Comité Central, naturalmente, no tenía por qué cargar con la responsabilidad de un asesinato en que no había intervenido para nada. Pero el tono patético y sentimental de la declaración caracteriza perfectamente la timidez política de estos hombres ante la opinión pública burguesa. ¿Deberíamos sorprendernos por ello? Los representantes de la Guardia Nacional eran, en su mayor parte, hombres de calibre revolucionario muy modesto. «No hay uno cuyo nombre sea conocido –escribe Lissagaray–. Son pequeñoburgueses, tenderos de ultramarinos, ajenos a las organizaciones, reservados y casi todos extraños a la política».

«Un discreto sentimiento, algo temeroso, de terrible responsabilidad histórica y el deseo de sustraerse a ella lo más pronto posible –escribe Lavrov a este respecto– se transparenta en todas las proclamas del Comité Central, en cuyas manos cayó París.»

Después de haber citado, para vergüenza nuestra, esta declaración sobre la efusión de sangre, Kautsky, como Marx y Engels, critica la indecisión de la Comuna: «Si los parisinos –es decir, los comuneros– hubiesen perseguido a Thiers, quizá hubiesen logrado apoderarse del gobierno. Las tropas que salían de París no hubieran ofrecido la menor resistencia... Pero Thiers pudo escapar sin dificultad. Se le permitió que se llevase sus tropas y que las reorganizase en Versalles, donde las fortaleció, animándolas de un nuevo espíritu».

Kautsky no puede comprender que son los mismos hombres y por las mismas causas quienes publicaron la citada declaración del 19 de marzo y los que permitieron a Thiers que se retirara salvo y reorganizara su ejército. Si los comuneros hubieran podido vencer con sólo ejercer una influencia moral, su declaración hubiese tenido una gran importancia. Pero no fue éste el caso. En el fondo, su sentimentalismo humanitario no era más que el reverso de su pasividad revolucio-

naria. Los hombres a quienes por el capricho del azar les cayó en suerte el gobierno de París y que no comprendieron la necesidad de aprovecharse de él inmediata y totalmente para lanzarse en persecución de Thiers, para aplastarle sin remedio, para coger el ejército en sus manos, para efectuar la limpieza necesaria en el cuerpo de mando, para apoderarse de la provincia; estos hombres, digo, no podían, naturalmente, estar dispuestos a castigar con rigor a los elementos contrarrevolucionarios. Hay una conexión estrecha entre las cosas. Era imposible perseguir a Thiers sin detener a sus agentes en París y fusilar a los espías y conspiradores. Condenando el asesinato de los generales contrarrevolucionarios como un crimen abominable, hubiese sido pueril querer desarrollar la energía entre las tropas que hubieran perseguido a Thiers, mandadas por generales contrarrevolucionarios.

En la revolución, una energía superior equivale a una humanidad más elevada. «Precisamente los hombres que conceden tanto valor a la vida humana, a la sangre humana –escribe muy atinadamente Lavrov–, son los que deben hacer cuanto esté en sus manos por obtener una victoria pronta y decisiva y actuar después con la mayor rapidez posible para la sumisión enérgica de los enemigos; pues sólo procediendo de este modo se puede tener el mínimo de pérdidas inevitables y de sangre derramada.»

La declaración del 19 de marzo puede, no obstante, ser apreciada más exactamente si se considera, no como una profesión de fe absoluta, sino como la expresión de un estado de ánimo pasajero sobrevenido al día siguiente de una victoria inesperada, obtenida sin el menor derramamiento de sangre. Totalmente ajeno a la comprensión de la dinámica de la revolución y al estado de ánimo que se modifica rápidamente a consecuencia de las condiciones interiores, Kautsky piensa por medio de fórmulas muertas y deforma la

perspectiva de los acontecimientos con analogías arbitrarias. No comprende que esta generosa indecisión es, generalmente, propia de las mases en la primera época de la revolución. Los obreros no inauguran la ofensiva más que bajo el imperio de una necesidad férrea, como no establecen el terror rojo sino ante la amenaza de los asesinatos contrarrevolucionarios. Lo que Kautsky describe como el resultado de la moral elevada del proletariado parisiense de 1871, en realidad no hace más que caracterizar la primera etapa de la guerra civil. Hechos parecidos se han observado igualmente entre nosotros.

En Petrogrado conquistamos el poder en octubre-noviembre casi sin derramamiento de sangre y hasta sin detenciones. Los ministros del Gobierno de Kérenski fueron puestos en libertad inmediatamente después de la revolución. Aún más, después de que el poder hubo pasado a manos del sóviets, el general cosaco Krasnov, que se había dirigido contra Petrogrado de acuerdo con Kérenski y había sido hecho prisionero en Gátchina, fue puesto en libertad, bajo palabra de honor, al día siguiente. «Magnanimidad» parecida a la que se ve en los primeros días de la Comuna. Pero que no por eso dejó de ser un error. El general Krasnov, después de haber combatido contra nosotros en el sur cerca de un año, después de haber asesinado a muchos miles de comunistas, ha atacado recientemente otra vez a Petrogrado; pero ahora en las filas del ejército de Yudénich. La revolución proletaria se hizo más violenta después de la sublevación de los *junkers* en Petrogrado y, sobre todo, después de la rebelión –tramada por los cadetes, socialrevolucionarios y mencheviques– de los checoeslovacos en la región del Volga, donde fueron degollados miles de comunistas, después del atentado contra Lenin, el asesinato de Uritski, etc.

Estas mismas tendencias, aunque sólo en sus primeras fases, las observamos también en la historia de la Comuna. Im-

pedida por la lógica de la lucha, adoptó en principio el procedimiento de las amenazas. La creación del Comité de Salud pública fue dictada por muchos de sus partidarios, por la idea de terror rojo. Este Comité estaba destinado a «cortar la cabeza de los traidores» (*Journal Officiel,* núm. 123), y a «castigar la traición» (el mismo periódico, núm. 124). Entre los decretos de «amenaza» conviene señalar la disposición del 3 de abril sobre el secuestro de los bienes de Thiers y sus ministros, la demolición de su casa, la destrucción de la columna Vendôme y, en especial, el decreto sobre los rehenes. Por cada prisionero o partidario de la Comuna fusilado por los versalleses, debía fusilarse triple número de rehenes. Las medidas tomadas por la Prefectura de Policía, dirigida por Raoul Rigault, eran de carácter puramente terroristas, aunque no siempre conformes al fin perseguido. Su realidad era sofocada por el espíritu de conciliación informe de los directores de la Comuna, por su deseo de armonizar, mediante frases vacías, a la burguesía con el hecho acaecido, por sus oscilaciones entre la ficción de la democracia y la realidad de la dictadura. Esta última idea ha sido admirablemente formulada por Lavrov en su libro sobre la Comuna.

«El París de los ricos y de los proletarios indigentes, de los contrastes sociales, en cuanto Comuna política, exigía en nombre de los principios liberales una completa libertad de palabra, de reunión, de crítica del Gobierno, etc. El París que acababa de hacer la revolución en interés del proletariado y que se había comprometido a realizarla en las instituciones, reclamaba, en cuanto Comuna del proletariado obrero emancipado, medidas revolucionarias, dictatoriales, contra los enemigos del nuevo régimen.»

Si la Comuna de París no hubiese fracasado, si hubiera podido sostenerse en una lucha ininterrumpida, se habría visto obligada, sin duda alguna, a recurrir a medidas cada vez

más rigurosas para aplastar la contrarrevolución. Es verdad que, entonces, Kautsky no hubiera podido oponer los humanitarios comuneros a los bolcheviques inhumanos. Pero, en cambio, tampoco Thiers hubiese podido cometer su monstruosa sangría del proletariado de París. La historia, de todos modos, habría salido mejor parada.

El Comité Central absoluto y la comuna «democrática»

«El 19 de marzo –refiere Kautsky–, en la reunión del Comité central de la Guardia Nacional, pedían unos que se marchase inmediatamente sobre Versalles; otros, que se apelase a los electores, y otros, que lo primero era adoptar medidas revolucionarias. Como si cada uno de estos pasos –según nos enseña nuestro autor con una gran profundidad de pensamiento– fuesen excluyentes, y no igualmente necesarios.»

En las líneas siguientes a éstas, que tratan de estos desacuerdos en el seno de la Comuna, nos ofrece Kautsky una serie de trivialidades sobre las relaciones recíprocas entre las reformas y la revolución. En realidad, la cuestión se planteaba así: si se quería tomar la ofensiva contra Versalles y hacerlo sin perder un minuto, era necesario reorganizar inmediatamente la Guardia Nacional y poner al frente de ella a los elementos más combativos del proletariado parisino, lo que hubiese provocado una deliberación temporal de París en su posición revolucionaria. Pero organizar las elecciones en París, haciendo salir de sus muros a la elite de la clase obrera, hubiese estado desprovisto de sentido, desde el punto de vista del partido revolucionario. Es cierto que la marcha sobre Versalles y las elecciones en la Comuna no se contradecían en lo más mínimo teóricamente, pero en la práctica se excluían: para el éxito de las elecciones había que

suspender la marcha sobre Versalles; para el éxito de ésta, era preciso suspender las elecciones. En fin, si se ponían en campaña, el proletariado debilitaba provisionalmente a París, por lo que resultaba indispensable prevenirse contra todas las posibilidades de sorpresas contrarrevolucionarias en la capital; pues Thiers no se habría detenido ante nada con tal de encender, a espaldas de los comuneros, el incendio de la reacción. Era necesario establecer en la capital un régimen más militar; esto es, más riguroso. Los comuneros «se veían obligados a luchar –escribe Lavrov– contra una multitud de enemigos interiores que abundaban en París y que ayer mismo se sublevaron en los alrededores de la Bolsa y la plaza de la Vendôme, que tenían representantes suyos en la Guardia Nacional, que disponían de prensa, que celebraban asambleas, que mantenían casi al descubierto relaciones con los versalleses, y que se hacían más resueltos y audaces a cada nueva imprudencia o fracaso de la Comuna». Era también preciso tomar simultáneamente una serie de medidas de orden económico y financiero para atender, sobre todo, a las necesidades del ejército revolucionario. Todas estas medidas –las más indispensables de la dictadura revolucionaria– difícilmente hubieran podido armonizarse con una gran campaña electoral. Pero Kautsky no comprende absolutamente nada de lo que es de hecho una revolución. Cree que conciliar teóricamente significa realizar prácticamente.

El Comité Central había fijado las elecciones para el 22 de marzo, pero, carente de confianza en sí mismo, horrorizado de su ilegalidad, queriendo obrar de acuerdo con una institución más «legal», entró en negociaciones, inútiles e interminables por otra parte, con la asamblea, desprovista de autoridad, de los alcaldes y diputados de París, dispuesto a repartirse el poder con ella, aunque no fuese más que para llegar a una acuerdo. Así se perdió un tiempo precioso.

Marx, sobre el cual Kautsky trata de apoyarse siempre, conforme a una vieja costumbre, no ha propuesto nunca que se eligiera la Comuna y se lanzara simultáneamente a los obreros a una campaña militar. En su carta a Kügelmann del 12 de abril de 1871, Marx escribía que el Comité Central de la Guardia Nacional había abandonado demasiado pronto sus poderes para dejar el campo libre a la Comuna. Kautsky, según sus propias palabras, «no comprende» esta opinión de Marx. La cosa, sin embargo, es bien sencilla. Marx se daba perfecta cuenta de que lo que debía hacerse no era correr tras la legalidad, sino dar un golpe mortal al enemigo. Si el Comité Central hubiese estado compuesto de verdaderos revolucionarios –dice con gran acierto Lavrov–, habría actuado de muy distinto modo. Hubiera sido imperdonable, por su parte, conceder diez días a sus enemigos antes de la elección y convocatoria de la Comuna, para que pudieran triunfar de nuevo en el momento en que los directores del proletariado abandonaban su misión y no se creían con derecho a dirigir al proletariado. La fatal falta de preparación de los partidos populares ocasionaba la creación de un Comité que consideraba obligatorios estos diez días de inacción.

Las aspiraciones del Comité Central, deseosos de entregar el poder lo más pronto posible a un gobierno «legal», estaban dictadas menos por las supersticiones de una democracia formal, que, por otra parte, no faltaban, que por el miedo a las responsabilidades. So pretexto de que no era más que una institución provisional, el Comité Central, aunque tenía en sus manos toda la maquinaria del poder, se negó a tomar las medidas más necesarias y urgentes. Pero la Comuna no volvió a conceder todo el poder político al Comité Central, que siguió, sin molestarse mucho, inmiscuyéndose en todos los asuntos. De donde resultó una dualidad de poderes sumamente peligrosa, sobre todo en lo tocante a la situación militar.

El 3 de mayo el Comité envió a la Comuna una delegación que exigía que se le entregara de nuevo la dirección del Ministerio de la Guerra. Como dice Lissagaray, fue planteada otra vez esta cuestión: «Si convenía disolver el Comité Central o detenerlo, o si era necesario volverle a conceder la dirección del Ministerio de la Guerra».

De un modo general se trataba, no de los principios de la democracia, sino de la ausencia de un programa de acción en ambas partes, y del deseo común, tanto a la organización revolucionaria absoluta, personificada en el Comité Central, como a la organización «democrática» de la Comuna, de que la parte opuesta, cargara con las responsabilidades, no renunciando por ello enteramente el poder. Semejantes relaciones políticas no son dignas de imitación.

«Pero el Comité Central –así se consuela Kautsky– nunca intentó discutir el principio de que el poder supremo corresponde a los elegidos por el sufragio universal... En este punto, pues, la Comuna de París fue lo contrario que la República Soviética.» No hubo en ella unidad de voluntad gubernamental, como tampoco audacia revolucionaria, pero sí dualidad de poder, y el resultado fue su derrocamiento rápido y espantoso. En cambio –¿no es éste suficiente consuelo?– no se atacó en lo más mínimo al «principio» de la democracia.

La Comuna democrática y la dictadura revolucionaria

El camarada Lenin ha demostrado ya a Kautsky que pretender describir la Comuna como una democracia formal no es más que charlatanismo teórico. La Comuna, tanto por las tradiciones como por las intenciones de sus dirigentes –los blanquistas–, era la expresión de la dictadura revolucionaria

de una ciudad sobre el país entero. Así ocurrió en la gran Revolución francesa; lo mismo hubiera ocurrido en la revolución de 1871, si la Comuna no hubiese caído tan pronto.

El hecho de que en el mismo París el poder fuese elegido sobre la base del sufragio universal no excluye este hecho mucho más importante: la acción militar de la Comuna, de una ciudad, contra la Francia campesina; es decir, contra toda la nación. Para que el gran demócrata Kautsky pudiera estar satisfecho con razón habría sido preciso que los revolucionarios de la Comuna hubieran consultado con antelación, por medio del sufragio universal, a toda la población francesa para saber si debían o no hacer la guerra a las bandas de Thiers.

En fin, en el mismo París, las elecciones se efectuaron después de la huida de la burguesía, partidaria de Thiers, o por lo menos de sus elementos más activos, y tras la evacuación de los ejércitos del orden. La burguesía que quedaba en París, a pesar de toda su impertinencia, no temía menos las batallas revolucionarias, y bajo la impresión de este temor –presentimiento del inevitable terror rojo del porvenir– se celebraron las elecciones. Consolarse con que el Comité Central de la Guardia Nacional, bajo cuya dictadura –por desgracia, blanda e informe– se efectuaron las elecciones, no haya atacado el principio de sufragio universal, es, en realidad, dar estocadas en el aire.

Multiplicando las comparaciones inútiles, Kautsky se aprovecha de la ignorancia de sus lectores. En noviembre de 1917 elegimos también en Petrogrado una Comuna (la Duma municipal) sobre la base del mismo sufragio «democrático», sin restricciones para la burguesía. En estas elecciones, a consecuencia del boicot que nos declararon los partidos burgueses, obtuvimos una aplastante mayoría. La Duma, elegida democráticamente, se sometió por su propia voluntad al sóviet

de Petrogrado; es decir, creyó que el hecho de la dictadura del proletariado estaba muy por encima del «principio» del sufragio universal; y algún tiempo después se disolvió por iniciativa propia en favor de una de las secciones del sóviet petersburgués. De este modo, el sóviet de Petrogrado –verdadero padre del poder soviético– tiene, por gracia divina, una aureola «formalmente» democrática que no cede en nada a la Comuna de París[1].

En las elecciones del 26 de marzo fueron elegidos noventa miembros de la Comuna, quince de los cuales pertenecían al partido del Gobierno (Thiers) y otros seis eran radicales burgueses, que no por ser en todo adversarios del Gobierno, censuraban menos la insurrección de los obreros parisinos.

«Una república soviética no hubiera permitido que semejantes elementos hubieran presentado su candidatura, y menos tolerado que fuesen elegidos. Pero la Comuna, respetuosa como era con la democracia, no presentó el menor obstáculo a su elección.» Ya hemos visto más arriba cómo disparataba Kautsky en todos los sentidos. En primer lugar, en la fase análoga de desenvolvimiento de la Revolución rusa se han celebrado elecciones democráticas en el municipio de Petrogrado, durante las cuales el poder soviético dejó en plena libertad a los partidos; y si los cadetes, los socialistas revolucionarios y los mencheviques, que tenían su prensa con la que invitaban abiertamente a la población a que derribara el Gobierno

[1] No carece de interés observar que en las elecciones a la Comuna de 1871 en París participaron 230.000 electores. En las elecciones municipales de 1917 en Petrogrado, pese al boicot por parte de todos los partidos excepto nosotros mismos y los socialrevolucionarios de izquierdas, que no tenían ninguna influencia en la capital, participaron 300.000 electores. En París, en 1871, la población ascendía a un millón de personas. En Petrogrado, en noviembre de 1917, no había más de dos millones. Debe advertirse que nuestro sistema electoral fue infinitamente más democrático. El Comité Central de la Guardia Nacional celebró las elecciones en base a la ley electoral del Imperio.

soviético, boicotearon estas elecciones y fue exclusivamente porque entonces creían que iban a acabar pronto con nosotros por la fuerza de las armas. En segundo término, no hubo en la Comuna de París democracia que agrupara a todas las clases. No había sitio en ella para los diputados burgueses, conservadores, liberales y gambettistas.

«Casi todos estos individuos –escribe Lavrov–, instantáneamente o no, pero pronto de todos modos, salieron de los Consejos de la Comuna; es verdad que hubieran podido ser los representantes de París –de la ciudad libre bajo la administración de la burguesía–, pero fueron destruidos por completo en la Comuna que, de grado o por fuerza, completa o incompletamente, encarnaba sin disputa la revolución del proletariado y la tentativa, aunque débil, de crear las formas de una sociedad que armonizasen con esa revolución.» Si la burguesía petersburguesa no hubiera boicoteado las elecciones comunales, sus representantes habrían entrado en la Duma de Petrogrado. Hubiesen permanecido en ella hasta la primera insurrección de los socialistas revolucionarios y cadetes, después de la cual –con o sin el permiso de Kautsky– habrían sido probablemente detenidos si no hubiesen abandonado la Duma a tiempo, como hicieron en cierto momento los miembros burgueses de la Comuna de París. El curso de los acontecimientos habría sido el mismo, excepto algunos episodios que hubiesen transcurrido de otro modo.

Glorificando a la democracia de la Comuna y acusándola al mismo tiempo por haber carecido de audacia en lo referente a Versalles, Kautsky no comprende que las elecciones comunales que se efectuaron con la participación en doble sentido de los alcaldes y diputados «legales», reflejaban la esperanza de la conclusión de un acuerdo pacífico con Versalles. Éste es, sin embargo, el fondo de las cosas. Los directores querían una alianza, no la lucha. Las masas no habían

agotado aún sus ilusiones. Las pseudoautoridades revolucionarias todavía no habían tenido tiempo de ser lamentablemente derribadas. A todo esto se llamaba «democracia».

«Debemos dominar a nuestros enemigos por la fuerza moral... –preconizaba Vermorel–. No hay que atentar contra la libertad ni la vida del individuo...» Vermorel, que aspiraba a conjurar la «guerra civil», invitaba a la burguesía liberal –a la que antes estigmatizara tanto– a constituir un «poder regular, reconocido y respetado por toda la población parisiense». El *Journal Officiel,* publicado bajo la dirección del internacionalista Longuet, escribía: «El lamentable error que, en las jornadas de junio de 1848, armó a dos clases sociales una contra otra no puede ya reproducirse más. El antagonismo de clases ha cesado de existir» (30 de marzo). Y más tarde: «En lo sucesivo ya no habrá discordias, porque nunca ha existido tan poco odio ni ha habido tan pocos antagonismos sociales» (3 de abril). En la sesión de la Comuna del 25 de abril, no sin razón se vanaglorió Jourde de que «la Comuna no hubiera nunca atacado en lo más mínimo a la propiedad». Así creían ganarse la confianza de los medios burgueses y encaminarse hacia un acuerdo.

«Estas seguridades –dice muy atinadamente Lavrov– no desarmaron en modo alguno a los enemigos del proletariado, que sabían perfectamente la amenaza que suponía el triunfo de este último; al contrario, quitaron al proletariado toda energía combativa, y lo cegaron, intencionadamente, en presencia de enemigos irreductibles». Pero estas debilitantes garantías estaban indisolublemente unidas a la ficción de la democracia. La forma de pseudolegalidad hacía creer que la cuestión podía resolverse sin lucha. «Por lo que toca a las masas de la población –escribe un miembro de la Comuna, Arthur Arnoult–, estaban convencidas, no sin razón, de la existencia de una acuerdo tácito con el Gobierno». Los con-

ciliadores, impotentes para atraerse a la burguesía, inducían, como siempre, a error al proletariado.

Que en las condiciones de la inevitable guerra civil que empezaba ya, el parlamentarismo no expresaba sino la impotencia conciliadora de los grupos directores, es lo que acredita del modo más evidente la forma insensata de las elecciones complementarias para la Comuna (16 de abril). En aquel momento «no había más que votar», escribe Arthur Arnoult. La situación era trágica, hasta el extremo de que no se tenía ni el tiempo ni la sangre fría necesarias para que las elecciones generales pudiesen dar el resultado apetecido. «Todos los hombres fieles a la Comuna estaban en las fortificaciones, en los fuertes, en los puestos avanzados. El pueblo no concedía ninguna importancia a estas elecciones complementarias. En el fondo, no pasaban de ser parlamentarismo. No era aquél el momento de contar los electores, sino de tener soldados; no de saber si habíamos ganado o perdido en consideración para la opinión de París, sino de defender París contra los versalleses». Estas palabras hubieran podido hacer comprender a Kautsky por qué no es tan fácil combatir en la realidad la guerra de clases con una democracia que las integre a todas.

«La Comuna no es una asamblea constituyente –escribía Milliére, una de las cabezas más finas de la Comuna–, es un consejo de guerra. No debe tener más que un fin: la victoria; un arma, la fuerza; una ley, la salvación pública.»

«Nunca pudieron comprender –escribe Lissagaray, acusando a los líderes– que la Comuna era una barricada y no una administración.» No empezaron a darse cuenta hasta el fin, cuando ya era demasiado tarde; Kautsky no lo ha comprendido aún. Y nada hace prever que pueda llegar algún día a comprenderlo.

La Comuna fue la negación viva de la democracia formal, pues en su desarrollo marcó la dictadura del París obre-

ro sobre la nación campesina. Este hecho se impone a todos los demás. Cualesquiera que fuesen los esfuerzos dé los políticos rutinarios en el seno mismo de la Comuna para asirse a la visibilidad de la legalidad democrática, cada acción de la Comuna, insuficiente para la victoria, era bastante para convencer de la ilegalidad de su naturaleza.

La Comuna, esto es, el municipio parisiense, abrogó la conscripción nacional. Tituló a su órgano oficial *Journal Officiel de la République Francaise* (Diario Oficial de la República Francesa). Aunque tímidamente, puso las manos en la Banca de Francia. Proclamó la separación de la Iglesia y el Estado y suprimió el presupuesto de cultos. Entabló relaciones con las embajadas extranjeras, etc. Todo ello, en nombre de la dictadura del proletariado. Pero el demócrata Clemenceau, que vivía ya entonces y era ya hombre de vigor, se negó a reconocer este derecho.

En la asamblea del Comité Central declaró Clemenceau: «La insurrección tiene un origen ilegal. Pronto parecerá ridículo el Comité, y sus decretos serán despreciables. Además, París no tiene derecho a sublevarse contra Francia, y debe aceptar formalmente la autoridad de la Asamblea».

La misión de la Comuna era disolver la Asamblea Nacional. Por desgracia, no pudo conseguirlo. Y Kautsky, ahora, trata de buscar circunstancias atenuantes a estos criminales designios.

Arguye que los comunistas tenían adversarios monárquicos en la Asamblea Nacional, mientras que nosotros, en la Asamblea Constituyente, teníamos en contra a... socialistas: socialistas revolucionarios y mencheviques. ¡Esto es lo que puede calificar un eclipse total de espíritu! Kautsky habla de los mencheviques y socialistas revolucionarios, pero olvida al único enemigo serio: los cadetes. Precisamente ellos constituían nuestro partido «versallés» ruso; esto es, el blo-

que de los propietarios en nombre de la propiedad, y el profesor Miliukov parodiaba como mejor podía al pequeño gran hombre. Desde muy pronto –mucho tiempo antes de la Revolución de Octubre– Miliukov había empezado a buscar un Gallifet que creía haber encontrado, uno tras otro, en las personas de los generales Kornílov, Alekséyev, Kaledin, Krasnov; y después de que Kolchak hubo relegado a segundo término los partidos políticos y disuelto la Asamblea Constituyente, el partido cadete, único partido burgués serio, no sólo no le negó su apoyo, sino que, por el contrario, le dispensó una simpatía cada vez más grande.

Los mencheviques y socialistas revolucionarios no desempeñaron en Rusia ningún papel autónomo, como le ocurre por otra parte al partido de Kautsky en los sucesos revolucionarios de Alemania. Habían basado toda su política en la coalición con los cadetes, asegurándoles así una situación preponderante, que en modo alguno correspondía a la correlación de fuerzas políticas. Los partidos socialrevolucionario y menchevique no eran más que un aparato de transmisión, destinado a conquistar en los mítines y las elecciones la confianza política de las masas revolucionarias despiertas, para beneficiar con ello al partido cadete imperialista y contrarrevolucionario, independientemente, claro está, del resultado de las elecciones. La dependencia de la mayoría menchevique y socialrevolucionaria con respecto a la minoría cadete no era más que una burla de la democracia mal disimulada. Pero esto no es todo. En todos los lugares del país donde el régimen «democrático» se perpetuaba lo bastante, sobrevenía inevitablemente un golpe de Estado contrarrevolucionario que acababa con ello. Así ocurrió en Ucrania, donde la Rada democrática, que había vendido el poder soviético al imperialismo alemán, se vio deshecha a su vez por la monarquía de Skoropadsky. Así ocurrió –y es la ex-

periencia más importante de nuestra «democracia»– en Siberia, donde la Asamblea Constituyente, oficialmente gobernada por los socialrevolucionarios y mencheviques –a causa de la ausencia de los bolcheviques–, y dirigida de hecho por los cadetes, provocó la dictadura del almirante zarista Kolchak. Así ocurrió en el norte, donde los miembros de la Constituyente, personificada por el gobierno del socialrevolucionario Chaikovski, no fueron más que figurones en presencia de los cuales actuaban los generales contrarrevolucionarios rusos e ingleses. En todos los pequeños Gobiernos limítrofes ocurrió u ocurre lo mismo: en Finlandia, en Estonia, en Lituania, en Polonia, en Georgia, en Armenia, donde, bajo el pabellón aparente de la democracia, se afianza el régimen de los propietarios, de los capitalistas y del militarismo extranjero.

El obrero parisiense de 1871. El proletario petersburgués de 1917

Uno de los paralelos más ruines, que nada justifica y que es políticamente vergonzoso, trazado por Kautsky entre la Comuna y la Rusia soviética, es el que se refiere al carácter del obrero parisiense de 1871 y del proletariado ruso de 1917-1919. Kautsky nos describe al primero como un revolucionario entusiasta, capaz de la más elevada abnegación, mientras que al segundo nos lo presenta como un egoísta, un utilitario y un desenfrenado anarquista.

El obrero parisiense tiene detrás de sí todo un pasado perfectamente definido como para necesitar de recomendaciones revolucionarias, o para tener que defenderse de las alabanzas del actual Kautsky. Con todo, el proletariado de Petrogrado no tiene ni puede tener por qué renunciar a compararse

con su hermano mayor. Los tres años de lucha ininterrumpida de los obreros petersburgueses, primero por la conquista del poder, luego por su mantenimiento y afianzamiento, en medio de sufrimientos como no se han visto nunca, a pesar del hambre, del frío, de los peligros constantes, constituyen un hecho excepcional en los anales del heroísmo y la abnegación de las masas. Kautsky, como demostraremos, considera, para compararlos con la elite de los comuneros, a los elementos más oscuros del proletariado ruso. En nada se distingue, en este punto, de los sicofantes burgueses para quienes los muertos de la Comuna son muchísimo más simpáticos que los vivos. El proletariado petersburgués ha tomado el poder cuarenta y cinco años más tarde que los obreros de París. Este lapso de tiempo nos ha dotado de una inmensa superioridad. El carácter pequeñoburgués y artesano del París viejo y, en parte, del nuevo, es totalmente ajeno a Petrogrado, centro de la industria más concentrada del mundo. Esta última circunstancia nos ha facilitado considerablemente la labor de agitación y organización y el establecimiento de régimen de los sóviets. Nuestro proletariado está muy lejos de poseer las ricas tradiciones del proletariado francés. Pero, en cambio, en los primeros días de la presente revolución, el recuerdo de la gran experiencia fracasada de 1905 estaba todavía vivo en la memoria de la generación actual, que no olvidaba el deber de venganza que la habían legado. Los obreros rusos no han pasado, como los franceses, por la larga escuela de la democracia y del parlamentarismo que, en ciertas épocas, fue un factor importante para la cultura política del proletariado. Pero, por otro lado, la amargura de las decepciones y el veneno del escepticismo (que paralizan la voluntad revolucionaria del proletariado francés, hasta una hora que creemos próxima) no habían tenido tiempo de infiltrarse en el alma de la clase obrera rusa.

La Comuna de París sufrió una derrota militar antes de que surgieran, en toda su gran magnitud, los problemas económicos. A pesar de las excelentes cualidades guerreras de los trabajadores parisinos, la situación militar de la Comuna fue muy pronto desesperada: la indecisión y el espíritu de conciliación de las esferas superiores habían engendrado la desagregación de las capas inferiores.

Se pagaba el sueldo de Guardia Nacional a 162.000 soldados rasos y 6.500 oficiales; pero el número de los que realmente combatían, sobre todo después de la salida infructuosa del 3 de abril, oscilaba entre 20.000 y 30.000 soldados.

Estos hechos no comprometen nada a los obreros parisinos, ni dan a nadie derecho a negar su valor o a considerarlos como desertores, aunque los casos de deserción no faltaran. La capacidad guerrera de un ejército requiere sobre todo la existencia de un organismo director regular y centralizado. Los comuneros no tenían siquiera la más pequeña idea de ello.

El Departamento de Guerra de la Comuna ocupaba, según la expresión de un autor, una cámara sombría donde todo el mundo se atropellaba. El despacho del ministro estaba lleno de oficiales, de guardias nacionales que exigían ora pertrechos militares, bien provisiones, o que se quejaban de que no se les relevase. Allí se les mandaba que fueran a ver al comandante de la plaza. «Algunos batallones permanecían en las trincheras de veinte a treinta días, mientras otros estaban siempre de reserva. Este abandono mató muy pronto toda disciplina. Los más valientes sólo querían depender de sí mismos; los demás se retiraban. Los oficiales hacían otro tanto; unos abandonaban sus puestos para correr en auxilio del compañero expuesto al fuego del enemigo; otros se iban a la ciudad» (P. Lavrov, *La Comuna de París del 18 de marzo de 1871*).

Semejante régimen no podía seguir impune. La Comuna fue ahogada en sangre. Pero halláis en Kautsky un consuelo, único en su género: «Nunca la guerra –dice, meneando la cabeza– ha sido el fuerte del proletariado».

Este aforismo, digno de Pangloss, está a la altura de otro apotegma de Kautsky, a saber: que la Internacional no es un arma de épocas de guerra, sino por naturaleza «un instrumento de paz».

Todo el Kautsky de hoy se resume en el fondo en esos dos aforismos, cuyo valor apenas es superior al cero absoluto. «Nunca ha sido la guerra, ya ven ustedes, el fuerte del proletariado; tanto más cuanto que la Internacional no ha sido creada para un periodo de guerra». El barco de Kautsky ha sido construido para navegar sobre las aguas mansas de los estanques, no para afrontar la plena mar y soportar los temporales. Si empieza a hacer agua y a irse a pique, lo fuerte sin disputa es la tempestad, son los elementos, la inmensidad de las olas y toda una serie de circunstancias imprevistas a las que no destinaba Kautsky su magnífico instrumento.

El proletariado internacional se ha impuesto la misión de conquistar el poder. Sea o no la guerra civil «en general» uno de los atributos indispensables de la revolución «en general», de todos modos es indiscutible que el movimiento liberador del proletariado, en Rusia, en Alemania y en determinadas partes de la antigua Austria-Hungría, ha revestido la forma de una guerra civil a muerte, y no sólo en los frentes del interior, sino en los frentes exteriores. Si la guerra no es el fuerte del proletariado y si la Internacional obrera no vale más que para las épocas pacíficas, hay que hacer una cruz sobre la revolución y el socialismo, pues la guerra es uno de los fuertes del gobierno capitalista, que, con toda seguridad, no permitirá que el obrero conquiste el poder sin guerra. Ya sólo

falta considerar lo que se llama «democracia socialista» como un parásito de la sociedad capitalista y del parlamentarismo burgués; es decir, sancionar claramente lo que hacen en política los Ebert, los Scheidemann, los Renaudel, y aquello contra lo cual creemos que Kautsky se eleva todavía.

La guerra no era el fuerte de la Comuna. Por esta razón fue aplastada. ¡Y cuán despiadadamente!

«Hay que remontar –escribía en su tiempo el escritor liberal moderno Fiaux– hasta las proscripciones de Sila, de Antonio y de Octavio para encontrar asesinatos parecidos en la historia de las naciones civilizadas; las guerras religiosas bajo los últimos Valois, la noche de la Saint-Barthélemy, la época del terror, no eran, en comparación, más que juegos de niños. Sólo en la última semana de mayo se levantaron en París 17.000 cadáveres de federados insurrectos... El 15 de junio se seguía matando todavía...»

«... La guerra, en general, nunca ha sido el fuerte del proletariado...»

¡Qué falso es esto! Los obreros rusos han demostrado que son capaces de dominar también la «máquina guerrera». Esto significa un enorme progreso sobre la Comuna. No es una abjuración de la Comuna –pues la tradición de la Comuna no es impotencia–, sino la continuación de su obra. La Comuna era débil. Para llevar a cabo su misión, nosotros nos hemos hecho fuertes. La Comuna fue aplastada. Nosotros asestamos golpe tras golpe a sus verdugos, la vengamos y tomamos el desquite.

De los 167.000 guardias nacionales que cobraban su sueldo, 20.000 ó 30.000 iban a la lucha. Estas cifras sirven de materia interesante para las deducciones que pueden sacarse del papel de la democracia formal en periodo revolucionario. La suerte de la Comuna no se decidió en las elecciones, sino en los combates contra los ejércitos de Thiers.

En el fondo, fueron estos 20.000 ó 30.000 hombres –la minoría más abnegada y luchadora– los que fijaron en los combates los destinos de la Comuna. Esta minoría no era una cosa aparte, no hacía más que expresar con más valor y abnegación la voluntad de la mayoría. Pero, de todos modos, no pasaron de ser la minoría. Los demás guardias nacionales, que se ocultaron en el momento crítico, no eran adversarios de la Comuna, no; la defendían activa o pasivamente, pero eran menos conscientes, menos resueltos. Sobre la arena de la democracia política, la inferioridad de su sentido social hizo posible la ilusión de los aventureros y de los caballeros de industria, de los parlamentarios pequeñoburgueses y de los tontos honrados que se engañaban a sí mismos. Pero cuando se vio que se trataba de una clara guerra de clases, siguieron, más o menos, a la abnegada minoría. Esta situación encontró su expresión en la creación de la Guardia Nacional. Si la existencia de la Comuna se hubiese prolongado, las relaciones recíprocas entre la vanguardia y la masa del proletariado se habrían reforzado cada vez más. Y la organización que se hubiese constituido y consolidado en el proceso de una lucha declarada se habría convertido en cuanto organización de las masas trabajadoras, en el órgano de su dictadura, en el sóviet de los delegados del proletariado en armas.

6
Marx... y Kautsky

Kautsky rechaza desdeñosamente la opinión de Marx sobre el terror, expuesta por éste en la *Nueva Gaceta Renana*. En aquel tiempo Marx era demasiado «joven», ya ven ustedes (es Kautsky quien nos lo hace notar); sus opiniones, pues, no habían tenido tiempo de suavizarse, no experimentaban todavía, diremos nosotros, ese reblandecimiento general característico que se observa en cierto número de teóricos cuando llegan a los setenta años. Para establecer un contraste con el Marx de 1841-1849, que estaba a la sazón en todo su apogeo (era el autor del *Manifiesto comunista*), Kautsky prefiere citar al Marx de la madurez, al contemporáneo de la Comuna; bajo la pluma de Kautsky, este buen Marx, despojado por otra parte de su blanca melena de viejo león, nos aparece como un razonador venerable, devotamente inclinado ante los altares de la democracia, que nos lanza un sermón sobre la sagrada inviolabilidad de la vida humana y habla con todo respeto sobre la seductora política de Scheidemann, de Vandervelde y, sobre todo, de su sobrino Jean Longuet. En una palabra, convertido a la sabiduría por la experiencia, Marx no es más que un bravo y honrado partidario de Kautsky.

De la inmortal *La guerra civil en Francia,* cuyas páginas reviven con particular intensidad en nuestra época, Kautsky

no cita más que un pequeño número de líneas, aquellas en las cuales el profundo teórico de la revolución social traza un paralelo entre la generosidad de los comuneros y la ferocidad burguesa de los versalleses. Estas líneas han sido laceradas por Kautsky, que no las ha dejado más que en un sentido general. ¡Marx, predicador de una caridad abstracta, apóstol de la filantropía universal! Dijérase que se trata de Buda o de Tolstói... Para reaccionar contra una campaña de calumnias internacionales que trataba de presentar a los comuneros –a los defensores y mujeres de la Comuna– como seres prostituidos; contra estas infames calumnias que atribuían a los vencidos rasgos de salvajismo, fruto de la imaginación pervertida de los burgueses triunfadores, Marx daba a conocer y subrayaba algunos actos de clemencia y de grandeza de alma, que, a decir verdad, no eran generalmente sino las consecuencias lamentables de cierta irresolución en la conducta de los comuneros. Se concibe, por lo demás, que Marx haya procedido así: de hacerlo, continuaba siendo fiel a sí mismo. No era ni un pedante vulgar ni el procurador de la revolución: al trazar un análisis puramente científico de valor de la Comuna, sabía hacer de paso una apología de la revolución. No se contentaba con explicar y criticar; defendía, combatía también. Pero cuando hacía resaltar la clamencia de la Comuna que había perdido la partida, no tenía duda alguna a sobre las medidas que para ganar esta misma partida habría de tomar una futura Comuna.

El autor de *La guerra civil en Francia* acusa al Comité Central, que era entonces lo que hoy llamaríamos el sóviet de los delegados de la Guardia Nacional, de haber cedido el puesto prematuramente a la Comuna nombrada por elección. Kautsky «no comprende» las razones de esta censura. Esta confesión consciente de incapacidad de su comprensión es un especial indicio de la estupidez que invade a Kautsky

cuando quiere juzgar las cosas de la revolución. El primer puesto, según Marx, debía pertenecer a un órgano de combate, que hubiese sido el centro de la insurrección y de las operaciones militares contra los versalleses, y no a una administración autónoma de la clase obrera. Ésta sólo debía entrar en funciones más tarde.

Marx acusa a la Comuna de no haber tomado inmediatamente la ofensiva contra Versalles, de haberse mantenido en una actitud defensiva, que si produce, es cierto, una impresión «más agradable» y permite apelar a la ley moral y a los derechos sagrados de la vida humana, en épocas de guerra civil nunca conduce a la victoria. Y Marx hacía votos ante todo por la victoria de la revolución. No dice una palabra para poner el principio de la democracia por encima de los intereses de la clase militante. Al contrario, con ese profundo desprecio que caracteriza en él al revolucionario y comunista, Marx –no el joven redactor de *La Gaceta del Rhin,* sino el espíritu maduro, el autor de *El capital,* en suma, el Marx potente de la melena leonina no cortada aún por los barberos de la escuela de Kautsky– nos habla, con profundo desprecio, de «la atmósfera artificial del parlamentarismo» en donde los pequeños Thiers (cuerpos pequeños, pequeñas almas) aparecen como gigantes. El libro *La guerra civil,* después del sofístico, árido y pedante folleto de Kautsky, nos refresca como una tempestad.

A pesar de la afirmación calumniosa de Kautsky, Marx no participa en modo alguno de la opinión que tiene a la democracia por la última palabra, por la solución incondicionada y suprema de la historia. El desarrollo de la sociedad burguesa, del que ha surgido la democracia contemporánea, no constituye en modo alguno la democratización gradual con que soñara, antes de la guerra, el más grande utopista de la democracia socialista, Jean Jaurès; con que sue-

ña ahora el más sabio de todos los pedantes, Karl Kautsky. Marx considera el imperio de Napoleón III como «la única forma de gobierno aceptable en una época en que la burguesía ha perdido la capacidad de gobernar al pueblo y en que la clase obrera todavía no ha adquirido esta capacidad». Así pues, no es la democracia, sino el bonapartismo lo que, desde el punto de vista de Marx, representa la fase última del poder de la burguesía. Los que se atienen a la letra sin comprender el contenido dirán que Marx se engañaba, pues el imperio de Bonaparte ha sido sustituido por la «república democrática». Y la sustitución dura ya cincuenta años. Pero Marx no se engañaba; en el fondo tenía razón. La tercera república ha sido la época de la descomposición total de la democracia. El bonapartismo ha hallado en la república financiera de Poincaré y Clemenceau una expresión más acabada que la que había encontrado en el Imperio. Cierto que la Tercera República no se ceñía la corona imperial, pero velaba sobre ella, en cambio, la sombra del zar de Rusia.

En su apreciación de la Comuna, Marx evita cuidadosamente el empleo de la terminología democrática, moneda deteriorada por un uso demasiado largo, «La Comuna era, escribe, una institución, no parlamentaria, sino obrera, y reunía las funciones de los dos poderes, ejecutivo y legislativo.» Lo que Marx estima, sobre todo, no es la forma democrática, tan cara a Kautsky, sino el carácter esencial de clase. Como se sabe, la Comuna había suprimido la política y el ejército regular y decretado la secularización de los bienes eclesiásticos. Hizo todo esto saliéndose del derecho revolucionario-dictatorial de París, sin consultar con el poder soberano de la democracia que, durante ese periodo, si nos atenemos a las formas establecidas, hallaba una expresión mucho más «legal» en la Asamblea Nacional de Thiers. Mas la revolución no se hace con los votos. «La Asamblea Nacional –dice

Marx– sólo desempeñaba un papel episódico en esta revolución, cuyo representante auténtico seguía siendo París armado.» ¡Qué lejos está todo esto del formalismo democrático!

«Hubiera bastado que el régimen comunero –sigue diciendo Marx– se estableciera en París y en los centros secundarios, para obligar al antiguo poder central a ceder el puesto, aun en las provincias, a administraciones autónomas de productores.» La tarea del París revolucionario consistía pues, según Marx, no en pedir para su victoria el consentimiento poco firme de una Asamblea Constituyente, sino en cubrir toda Francia de una red de municipios, agrupados alrededor del centro y no constituidos con arreglo a los principios engañosos de la democracia, sino basados en una indiscutible autonomía administrativa de los productores.

Kautsky reprochaba a la constitución soviética la multiplicidad de grados de sistema electoral, opuesta a las recetas de la democracia burguesa. Marx caracteriza la estructura de la Francia obrera, tal como la había esbozado la Comuna, del modo siguiente: «Una gerencia general de los asuntos de todas las comunas rurales de cada distrito debía estar confiada a una asamblea autorizada de personas competentes, que residiera en la cabeza del distrito; las asambleas de distritos debían, a su vez, estar representadas en la Asamblea Nacional, residente en París».

Como se ve, Marx no tenía nada que oponer a la multiplicidad de grados del sistema electoral, cuando se trataba de organizar el Estado proletario. En una democracia burguesa, esta multiplicidad borra las líneas distintivas de los partidos y las clases. Pero el sistema de «autonomía administrativa de los productores», esto es, en el Estado puramente proletario, la multiplicidad de grados es una cuestión que interesa no a la política, sino al mecanismo de la admi-

nistración autónoma y, con ciertas restricciones, puede ofrecer ventajas análogas a las que ya tiene en el dominio de la organización profesional.

Los filisteos de la democracia se indignan al ver la desigualdad que existe entre los obreros y campesinos en lo que toca al derecho de estar representados, desigualdad que en la Constitución de los sóviets hace patente la diferencia de los papeles que desempeñan en la revolución la ciudad y el campo. Marx escribe: «La Comuna quería que los productores del campo estuvieran subordinados a la dirección de la cabeza de distrito y asegurarles en la persona de los obreros de la ciudad la representación de sus intereses». En efecto, no se trata de decretar sobre el papel la dignidad del campesino y el obrero, sino de poner aquél al nivel intelectual de éste. Todas las cuestiones referentes al Estado proletario son estudiadas por Marx desde el punto de vista de la dinámica revolucionaria de las fuerzas vivas, no como un juego de sombras chinescas sobre la pantalla de feria del parlamentarismo.

Para llegar al límite máximo de su caducidad intelectual, Kautsky niega el poder soberano de los sóviets obreros, diciendo que no existe distinción jurídica entre el proletariado y la burguesía. Del hecho de no estar establecidas legalmente las distinciones sociales, deduce Kautsky la arbitrariedad de la dictadura soviética. Marx dice exactamente lo contrario: «La Comuna era una forma de gobierno muy elástica, mientras que todas las formas gubernamentales que la habían precedido se distinguían por su rigidez. El secreto de la Comuna consiste en que era, por esencia, el poder de la clase trabajadora, el resultado de la lucha sostenida entre productores y acaparadores, la forma política tanto tiempo buscada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo». El secreto de la Comuna consistía en que era, en

esencia, el poder de la clase trabajadora. Este secreto, tan bien explicado por Marx, es hoy todavía para Kautsky un secreto guardado con siete llaves.

Los fariseos de la democracia hablan con indignación de las represiones ejercidas por el poder soviético, de la suspensión de los periódicos, de los arrestos y las ejecuciones. Marx replica «a las mezquinas intenciones de los lacayos de la prensa» y a los reproches «de los retóricos burgueses bien intencionados» con respecto a las represiones dictadas por la Comuna, con estas palabras: «No contentos con sostener abiertamente una guerra sangrienta contra París, los versalleses trataban en secreto de penetrar en la ciudad mediante la corrupción y los complots. ¿Podía la Comuna, en semejante momento, sin cometer una traición del modo más ignominioso, observar, las formas convencionales del liberalismo, como si la paz, en torno suyo, nunca hubiese sido turbada? Si hubiera animado al poder de la Comuna el mismo espíritu que al poder de Thiers, efectivamente no habría existido razón alguna para prohibir la publicación de los periódicos del partido del orden: en París y los periódicos de la Comuna en Versalles». Así pues, lo que Kautsky exige en nombre de los más sagrados principios de la democracia, lo denuncia Marx como una traición ignominiosa.

En cuanto a las devastaciones que se han echado en cara a la Comuna, como se echan en cara ahora al poder soviétivo, Marx las cree «de la necesidad ineluctable, cuyas consecuencias son relativamente de poca importancia en la lucha, gigantesca, entablada entre la nueva sociedad que se eleva y la antigua que acaba de caer». Las devastaciones, las crueldades, son siempre inevitables en la guerra. Sólo los sicofantes pueden considerarlas como crímenes «en la guerra de los oprimidos contra sus opresores, única guerra justa que haya presenciado la historia» (son las palabras de Marx). Y sin em-

bargo, nuestro tenaz acusador Kautsky, en su libro, no piensa ni un momento en recordar que tenemos la obligación de defender sin descanso la revolución y que estamos sosteniendo la guerra más encarnizada contra los opresores del mundo entero «única guerra justa que haya presenciado la historia».

Una vez más Kautsky se golpea el pecho al ver que el poder soviético, en el curso de la guerra civil, no retrocediendo ante ningún medio riguroso, captura rehenes. Con su inconsciencia y mala fe habituales, establece otro paralelo entre el poder soviético, tan cruel, y la Comuna, tan humana. He aquí clara y concisamente expresado lo que Marx piensa sobre este asunto: «Cuando Thiers, desde el principio de la guerra civil dejó que se manifestara el hábito tan humano de fusilar a los comuneros prisioneros, a la Comuna no la quedo otro recurso, para salvar la vida de éstos, que coger rehenes, conforme a la práctica introducida por los prusianos. Como los versalleses no dejaban de fusilar a los prisioneros, sacrificaban, naturalmente, a los rehenes. ¿Cómo se les iba a seguir respetando, después de la matanza increíble con que los pretorianos de MacMahon festejaron su entrada en París?». ¿Cómo –preguntaremos nosotros con Marx–, cómo se podría proceder de otro modo durante la guerra civil, cuando la contrarrevolución, dueña de una parte considerable del territorio nacional, se apodera donde puede de los obreros desarmados, de sus mujeres, de sus madres, y los fusila y ahorca? ¿Qué hacer, sino coger rehenes entre las personas en quienes la burguesía deposita su con fianza, y suspender sobre sus cabezas la espada de Damocles? No sería muy difícil probar que todas las crueldades cometidas por el poder soviético han sido precisas para atender a las necesidades de la defensa revolucionaria. No creemos, empero, que debamos entrar aquí en debates de esta demostración. No obstante, con el fin de facilitar la apreciación de las condicio-

nes de la lucha, mencionaremos solamente un hecho: mientras los guardias blancos, como sus aliados anglofranceses, fusilan, sin excepción, a todo comunista que cae en sus manos, el Ejército Rojo perdona la vida a todos los prisioneros sin excepción, incluso a los oficiales superiores.

«Consciente en el más alto grado de su misión histórica, suelta, heroicamente decidida a quedar a la altura de su misión –escribía Marx–, la clase obrera puede responder con una sonrisa de desprecio a las bajas invectivas de los lacayos de la prensa y a los aires protectores de los teóricos burgueses bien intencionados, cuya ignorancia radical lanza el cliché, el lugar común y las estupideces propias de su casta, con la fatídica entonación de los oráculos de una ciencia infalible.»

Si los teóricos burgueses bien intencionados desempeñan a veces el papel de teóricos retirados de la Senda Internacional, esto no quiere decir que hayan privado a las estupideces de su casta del derecho a seguir siendo lo que son: estupideces.

7
La clase obrera y su política soviética

El proletariado ruso

La iniciativa de la revolución socialista ha partido, por la fuerza de las circunstancias, no del viejo proletariado de la Europa occidental, con sus potentes organizaciones políticas y profesionales, con sus fuertes y serias tradiciones del parlamentarismo y *tradeunionismo,* sino de la joven clase obrera de un país atrasado. La historia, como siempre, ha seguido la línea de menor resistencia. La época revolucionaria ha hecho irrupción por la puerta que se había atrincherado menos cuidadosamente. Las dificultades extraordinarias, sobrehumanas –nos atrevemos a decir– con que ha chocado el proletariado ruso, han preparado, apresurado y facilitado considerablemente la obra revolucionaria del proletariado de la Europa occidental, todavía pendiente.

En vez de considerar la revolución rusa como el punto de partida de una época revolucionaria del mundo entero, Kautsky sigue deliberando sobre la cuestión de saber si el proletariado ruso no se ha precipitado demasiado al hacerse dueño del poder.

He aquí su explicación: «Junto con un alto nivel de la educación popular, es condición previa del socialismo una mo-

ral elevada en las masas, una moral que se expresa [...] en fuertes instintos sociales, sentimientos de solidaridad, etc. Ya hemos visto –añade Kautsky para darnos una lección– que en los proletarios de la Comuna parisiense había una moral semejante. En cambio le falta a la masa que da hoy el tono al proletariado bolchevique».

Dado el fin que persigue Kautsky, le importa poco desacreditar ante sus lectores a los bolcheviques en cuanto partido político. Sabiendo que el bolchevismo y el proletariado ruso son una sola y misma cosa, Kautsky hace cuanto puede por desacreditar al proletariado ruso en su conjunto, presentándolo como una masa informe, sin ideales, ávida de satisfacciones inmediatas y dirigida sólo por sus instintos y las sugestiones del minuto presente. En el curso de su libro, Kautsky suscita muchas veces la cuestión del nivel intelectual y moral de los obreros rusos y siempre para oscurecer sus colores, para caracterizar mejor su ignorancia, su estupidez y su barbarie. Con el fin de que el contraste con la época de la Comuna resalte más, cita a modo de ejemplo, el de una industria de guerra en que los representantes obreros habían establecido un servicio nocturno con objeto de que siempre hubiese en la fábrica un obrero para entregar armas reparadas a quien fuera a pedirlas. «Y –decía el reglamento– como en las presentes circunstancias es apremiantemente necesario ahorrar el dinero de la Comuna, estas guardias nocturnas no tendrán remuneración... Sin duda –concluye Kautsky–, estos obreros no consideraban la época de su dictadura como una coyuntura favorable para satisfacciones personales y para la elevación de las salarios». En cuanto a la clase obrera rusa, es harina de otro costal. No tiene conciencia de sus deberes, sus ideas no tienen estabilidad, carece de resistencia, abnegación, etc. No es más capaz de darse jefes dignos de este nombre (son los chistes de Kautsky) que lo era el barón de

Münchausen de salir del pantano, tirándose él mismo de la cabellera. Esta comparación entre el proletariado ruso y el señor alemán de Crac es suficiente para dar una idea clara de la insolencia con que Kautsky trata a la clase obrera rusa.

Extrae de nuestros discursos y artículos pasajes en que denunciamos algún lado malo, ciertos defectos de nuestro mundo obrero y se esfuerza por demostrar que la pasividad, la ignorancia y el egoísmo bastan para caracterizar las facultades y la conducta del proletariado ruso en una época, de 1917 a 1920, que es una de la más grandes de todas las épocas revolucionarias.

Diríase que Kautsky ignora, que no ha oído nunca, que no puede adivinar ni suponer siquiera que, durante la guerra civil, el proletariado ruso ha tenido más de una vez ocasión de efectuar un trabajo desinteresado y establecer «totalmente gratis» un servicio nocturno, y no el de un obrero durante una noche, sino el de millares y millares de obreros durante una larga serie de noches transcurridas entre continuas alarmas. Cuando Yudénich marchaba sobre Petrogrado, bastaba con un telefonema del sóviet para que millares de obreros acordaran velar en sus puestos días y semanas enteras, en todas las fábricas y cuarteles de la ciudad. Y no era el entusiasmo de los primeros días de la Comuna de Petrogrado lo que les impulsaba a ello; ocurría esto después de dos años de guerra, cuando imperaban el frío y el hambre.

Nuestro partido moviliza dos o tres veces por año a un número considerable de sus miembros para enviarles al frente. En una extensión de 8.000 *verstas,* estos hombres van a hacerse matar y a enseñar a morir a los demás. Y cuando en Moscú, el Moscú que padece hambre y frío, que ha dado ya la elite de sus obreros para las necesidades del frente, se notifica la «semana de la partida», las masas proletarias mandan a nuestras filas, en un espacio de siete días, destacamentos

de 15.000 hombres. ¿Y en qué momento? En el momento en que al poder soviético le amenazaba el mayor peligro, cuando acababan de quitarnos Orel, cuando Denikin se acercaba a Tula y a Moscú. En uno de los periodos más graves, cuando Yudénich amenazaba a Petrogrado, el proletariado de Moscú dio en una semana a nuestro partido 15.000 hombres, que se preparaban de un día para otro a ser movilizados y enviados al frente. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que el proletariado de Moscú no se ha mostrado nunca, salvo en la semana de la gran insurrección, en noviembre de 1917, tan unánime en su entusiasmo revolucionario, en su abnegación para combatir, como lo fue en esos días de riesgo y sacrificios.

Cuando nuestro partido puso a discusión el trabajo suplementario del sábado y domingo, el idealismo revolucionario del proletariado halló su expresión más elevada en el voluntariado del trabajo. Al principio, fueron decenas y centenares, luego miles, más tarde decenas y cientos de miles de obreros los que, renunciando a todo salario, consagraron todas las semanas unas horas de trabajo a los intereses de la regeneración económica del país. Los que de esta suerte procedían eran hombres insuficientemente alimentados, con las botas rotas, con la ropa interior sucia, porque el país carece de calzado y jabón. Así es ese proletariado bolchevique al que Kautsky aconseja recibir lecciones de abnegación. Pero para aclarar más los hechos y su encadenamiento, nos basta recordar que todos los elementos egoístas, burgueses, bajamente interesados del proletariado; todos los que tratan de no ir al frente ni realizar el trabajo del sábado, que se ocupan del contrabando y que, en las semanas de hambre, excitan a la huelga a los obreros; todos esos dan en las elecciones a los sóviets sus votos a los mencheviques, esto es, a los partidarios rusos de Kautsky.

Kautsky cita nuestras propias palabras para hacer notar que ya antes de la Revolución de Octubre nos dábamos cuenta de las faltas de educación del proletariado ruso; pero que, considerando inevitable el paso del poder a manos de la clase obrera, nos creíamos con derecho a esperar que en el curso mismo de la lucha, gracias a la experiencia que nacería y con la ayuda del proletariado de los demás países, conseguiríamos vencer las dificultades y asegurar el establecimiento definitivo del régimen socialista en Rusia. A este respecto, Kautsky abre la interrogación siguiente: «¿Se atrevería Trotsky a subir en una locomotora y ponerla en marcha, confiando en que mientras tanto aprendería a conducirla?... Antes de ponerse a dirigir una locomotora hay que saber manejarla. Antes de hacerse cargo de la producción, el proletariado necesita capacitarse para dirigirla».

Esta comparación edificante podría honrar a un pastor de aldea, aunque no por eso sería menos estúpida. Tendría mucho más fundamento decir: «¿Se atrevería Kautsky a montar a caballo antes de haber aprendido a sostenerse en la silla de montar y a llevar a su cuadrúpedo al paso, al trote, al galope, a toda marcha?». Tenemos razones para creer que Kautsky no se atrevería a realizar esta experiencia tan peligrosa y enteramente bolchevique. Pero, por otra parte, tememos que Kautsky, no atreviéndose a montar a caballo, experimente alguna dificultad en aprender los misterios de la equitación. Pues el principal prejuicio bolchevique consiste en creer que para aprender a montar a caballo se tiene que hacer un primer ensayo sin preparación.

Por lo que toca a la conducción de una locomotora, nuestro prejuicio no es tan persuasivo de primera intención; pero, con todo, es igualmente verdadero. Nadie ha aprendido a conducir una locomotora sin moverse de su despacho. Hay que subir a ella, poner la mano en el regulador, hacerlo girar. Cier-

to que el estudio de la marcha en una locomotora se hace prácticamente, en maniobras dirigidas por un mecánico experimentado, como a montar a caballo se aprende en un picadero bajo la dirección de un picador. Pero para gobernar un pueblo es imposible recurrir a estos procedimientos artificiales de estudio. La burguesía no ha creado para el proletariado escuelas de Administración Pública y no le confía, para ensayos temporales, la palanca del Estado. Además de que, ni siquiera para montar a caballo, los obreros y campesinos necesitan picaderos ni lecciones de picadores.

Conviene añadir a estas consideraciones otra que posiblemente es la más importante: nadie deja elegir al proletariado entre montar a caballo o no montar, entre conquistar el poder inmediatamente o dejarlo para más tarde. Hay circunstancias en que la clase obrera se ve obligada a adueñarse del poder, ante la amenaza de su propia desaparición, políticamente hablando, para un largo periodo histórico. Una vez dueña del poder, es imposible aceptar, a capricho, determinadas consecuencias de ese acto y rechazar las restantes. Si la burguesía capitalista se sirve, consciente y malignamente, de la desorganización de la producción como medio de lucha política para recuperar el poder soberano, el proletariado está obligado a socializar las Empresas de toda suerte, sin preguntarse si esto es o no ventajoso para él en aquel momento dado. Y cuando se ha encargado de la producción, se ve precisado, bajo la presión de una necesidad férrea, a aprender, a realizar por experiencia esta obra tan difícil, a organizar el sistema económico socialista. Cuando va a caballo, el jinete tiene que guiar al animal, so pena de romperse la cabeza.

Para dar a sus devotos partidarios y a sus devotas una idea precisa del nivel moral del proletariado ruso. Kautsky cita, en la página 115 de su obra, el siguiente mandato, entregado, según él, por el sóviet obrero de Murzilovka: «El sóviet,

por la presente, otorga plenos poderes al camarada Grigori Saréyef para requisar a su gusto y conducir a los cuarteles, con objeto de satisfacer las necesidades de la división de artillería, a 60 mujeres y muchachas elegidas de entre la clase de los burgueses y especuladores. 16 de septiembre de 1918» (Publicado por el doctor Nath. Wintch-Maleyev en su libro *What are the Bolchevists doing,* Lausanne, 1919).

Sin poner en duda un solo instante la falsedad de este documento y el carácter mendaz de semejante comunicación, di orden de proceder a una investigación detallada para conocer los hechos o episodios que hubieran podido servir de pretexto a esta ficción. He aquí lo establecido por una investigación sumamente escrupulosa:

1. En el distrito de Briansk no existe ninguna localidad conocida con el nombre de Murzilovka. Tampoco se encuentra este nombre en los distritos próximos. El nombre más parecido al citado es el de Muraviovka, pueblo del distrito de Briansk. Pero nunca ha habido en él ninguna división de artillería ni ha ocurrido nada que pudiera tener algo de común con el «documento» más arriba citado.

2. La investigación se ha hecho en todos los regimientos de artillería, y en ninguna parte se ha podido descubrir el menor indicio que recordase, ni de lejos, el hecho que cita Kautsky en los mismos términos que su inspirador.

3. En fin, en la investigación se ha preguntado si se había oído hablar, en la localidad, de alguna ciudad que se llamase Murzilovka, y no se ha descubierto nada. ¡Y no por falta de ganas! Pero el contenido de la calumnia en cuestión está en contradicción demasiado evidente con las costumbres y opinión pública de los obreros y campesinos que dirigen los sóviets, hasta en las regiones más atrasadas.

Así pues, este documento puede ser tenido por una calumnia de baja estofa.

En el momento en que se procedía a la información de que acabo de hablar, el camarada Zinóviev me envió un número de un periódico sueco *(Svenska Dagbladet)*, del 9 de noviembre, donde se reproducía, en facsímil, un mandato en los términos siguientes:

«El portador de la presente, el camarada Karaséyev, está investido del derecho a socializar en la ciudad de Yekaterin... (en este espacio vacío hay una tachadura) a todas las mujeres de 16 a 36 años que designe el camarada Karaséyev. El *Glavkom Ivatchef*».

Este documento es aún más ridículo, más impúdico que el que cita Kautsky. La ciudad de Yekaterinodar, centro de la región de Kubán, sólo ha estado, como se sabe, poco tiempo en poder de los sóviets. Poco atento, evidentemente, a la cronología revolucionaria, el autor de esta calumnia ha omitido la fecha en su documento, por miedo a indicar que el tal *Glavkom Ivatchef* había socializado a las mujeres de Yekaterinodar en la época en que la ciudad estaba ocupada por la soldadesca de Denikin. Que este documento haya podido engañar a algún burgués sueco de los más obtusos no tiene nada de extraño. Pero el lector ruso verá inmediatamente que no sólo es una calumnia, sino una calumnia fabricada por un extranjero con un diccionario en la mano. Es curioso advertir que los nombres de los dos «socializadores» de mujeres –Grigori Saréyev y el camarada Karaséyev– tienen una consonancia totalmente ajena a la lengua rusa. La terminación *-eyev* en los nombres de familia rusos se encuentra raramente y sólo en ciertas combinaciones. Pero el acusador de los bolcheviques, el autor del folleto inglés que cita Kautsky, tiene precisamente un nombre que termina en *-eyev* (Wintsch-Maleyev). Es evidente que este individuo, este espía anglobúlgaro, encerrado en su despacho de Lausanne, crea «socializadores» de mujeres a su imagen (en el sentido más rigurosamente exacto de la palabra).

¡En todo caso, los compañeros e inspiradores de Kautsky son muy extraños!

Los sóviets, los sindicatos y el partido

Los sóviets, en cuanto forma de organización de la clase obrera, representan para Kautsky, con relación a los partidos y a las organizaciones profesionales de los países más adelantados, no una forma superior de organización, sino una falsificación *(Notbekelf),* un ir de mal en peor, con que nos contentamos a falta de organizaciones políticas. Pongamos que esto sea cierto para Rusia. ¡Pero explicadnos entonces por qué los sóviets han hecho su aparición en Alemania! ¿No convendría renunciar a ellos por completo en la república de Ebert? Sabemos que, a pesar de esto, Hilferding, cuyas opiniones se aproximan tanto a las de Kautsky, proponía, no ha mucho, que se introdujeran los sóviets en la constitución. Kautsky no dice nada de ello.

Si se tiene a los sóviets por una institución demasiado «primitiva», debe reconocerse también, para ser justos, que la lucha abierta, la lucha revolucionaria es un procedimiento más «primitivo» que la acción parlamentaria. Pero ésta es artificial y complicada, y sólo puede interesar, por consiguiente, a una clase superior poco numerosa. La revolución no es posible más que allí donde las masas están directamente interesadas. La revolución de noviembre ha movilizado a tantas masas como nunca hubiera pensado en reunir el partido socialdemócrata. Por vastas que fuesen las organizaciones del partido y de los sindicatos en Alemania, la revolución los ha superado en extensión de un solo golpe. Las masas revolucionarias han hallado su representación inmediata en una organización muy sencilla y accesible a todo el mundo:

en sus sóviets de delegados. Se puede confesar que el sóviet de delegados no se eleva a la altura del partido o del sindicato, en lo que se refiere a la claridad del programa o la reglamentación de la organización. Pero está, y con mucho, muy por encima de los sindicatos y del partido en cuanto al número de hombres capaces de aportar a la lucha revolucionaria, y esta superioridad numérica proporciona al sóviet, en épocas de revolución, ventajas indiscutibles. El sóviet engloba a los trabajadores de todas las industrias, de todas las profesiones, cualquiera que sea el grado de su desenvolvimiento intelectual o el nivel de su instrucción política, por cuyo motivo se ve objetivamente obligado a formular los intereses generales del proletariado.

El *Manifiesto del Partido Comunista* consideraba que la misión de los comunistas consistía precisamente en formular los intereses generales, los intereses históricos de la clase obrera al completo.

«Los comunistas se distinguen de los demás partidos proletarios –según los términos del manifiesto– en que, por una parte, en la lucha de los proletarios de las diferentes naciones, hacen valer y defienden los intereses de toda la masa proletaria independientemente de las nacionalistas; y en que, por otra parte, en todas las fases de la lucha entablada entre el proletariado y la burguesía, son los representantes constantes del interés del movimiento, tomado en su conjunto.» La organización de clase de los sóviets personifica este movimiento considerado «en su conjunto». Por donde se ve cómo y por qué los comunistas han podido y debido llegar a ser el partido director de los sóviets.

Pero también se ve cuán falsa es la apreciación de los sóviets hecha por Kautsky, según la cual éstos son una especie de «falsificación» del partido, y la estupidez de la tentativa realizada por Hilferding para introducir los sóviets, en cali-

dad de instrumento secundario, en el mecanismo de la democracia burguesa. Los sóviets son una organización proletaria revolucionaria y tiene un valor, bien como órgano de lucha para la conquista del poder, bien como instrumento del poder de la clase trabajadora.

Como no puede concebir la función revolucionaria de los sóviets, Kautsky presenta como un defecto fundamental lo que constituye su principal mérito. «La distinción entre burgués y obrero –dice– no puede hacerse en ninguna parte exactamente; es algo arbitrario, lo que hace que el sistema de Consejos sea muy apropiado para fundar una dictadura arbitraria, pero muy inadecuado para instaurar una constitución política clara y sistemática.»

Si entonces creemos a Kautsky, una dictadura de clase no puede crear instituciones que convengan a su naturaleza, porque no existe demarcación irreprochable entre las clases. Pero entonces, hablando en términos más generales, ¿qué haremos de la lucha de clases? Porque ha sido precisamente en la multiplicidad de grados de la escala social que separan a la burguesía del proletariado, donde los ideólogos de la pequeña burguesía han encontrado siempre su argumento más firme contra el «principio» de la lucha de clases. Kautsky se detiene, embargado por una duda, en el momento en que el proletariado, después de haber rebosado el amorfismo e inestabilidad de las clases intermedias, arrastrando en pos suyo a una parte de estas clases y enviando al resto al campo de la burguesía, organiza de hecho su dictadura en el régimen gubernamental de los sóviets. Los sóviets son un instrumento de dominio proletario que no pueden ser sustituidos por nada, precisamente porque sus cuadros son flexibles y elásticos y todas las modificaciones, no sólo sociales sino también políticas, que se producen en la posición relativa de las clases, pueden hallar inmediatamente su expresión en el me-

canismo soviético. Empezando por las grandes fábricas, los sóviets hacen entrar luego en su organización a los obreros de los talleres y a los empleados de comercio; de ahí se trasladan a los pueblos, organizan la lucha de los campesinos contra los terratenientes, y alzan más tarde a las capas inferiores y medias del mundo campesino contra los labradores ricos (los «personajes importantes»). El Estado obrero toma a su servicio innumerables empleados que pertenecen, en ciertos aspectos, a la burguesía y al mundo intelectual burgués. A medida que se acostumbran a la disciplina del régimen soviético, adquieren la posibilidad de hacerse representar en el sistema de los sóviets. Ensanchándose y reduciéndose a veces, según se extienda o disminuyan las posiciones sociales conquistadas por el proletariado, el sistema soviético sigue siendo el instrumento de gobierno de la revolución social en su dinámica interna, en sus errores y en sus éxitos. Cuando la revolución social haya triunfado definitivamente, el sistema soviético se extenderá a toda la población, perdiendo por lo mismo desde entonces su carácter gubernamental, y se transformará en una poderosa cooperación de productores y consumidores.

Si el partido y los sindicatos han sido organismos destinados a preparar la revolución, los sóviets son el arma de esta revolución. Después del triunfo de ésta, los sóviets se convierten en órganos del poder. El papel del partido y de los sindicatos, sin disminuir de importancia, se modifica esencialmente.

La dirección general de los asuntos está concentrada en manos del partido. Esto no quiere decir que el partido gobierne de una manera inmediata, pues su estructura no es la adecuada para este género de funciones. Pero tiene voto decisivo en todas las cuestiones de principio que se presentan. Aún más: la experiencia nos ha obligado a decidir que

en todos los problemas polémicos, en todos los conflictos que puedan surgir entre administraciones y en los conflictos entre personas dentro de las administraciones mismas, la última palabra pertenezca al Comité Central del partido. Esto ahorra mucho tiempo y energía, y, en las circunstancias más difíciles, en las discusiones más embarazosas, garantiza la indispensable unidad de acción. Semejante régimen no es posible más que si la autoridad del partido es indiscutible y si su disciplina no deja nada que desear. Por fortuna para la revolución, nuestro partido cumple igualmente estas dos condiciones. En cuanto a saber si en otros países, cuyo pasado no les ha legado una fuerte organización revolucionaria, templada en el combate, se podrá disponer, cuando llegue la hora de la revolución proletaria, de un Partido Comunista tan autorizado como el nuestro, es cosa difícil de decir por adelantado. Mas es evidente que la solución de este problema ejercerá una influencia considerable sobre la marcha de la revolución en cada país.

El papel excepcional que desempeña el Partido Comunista cuando triunfa la revolución proletaria es perfectamente comprensible. Se trata de la dictadura de una clase. La clase se compone de diferentes capas, cuyos sentimientos y opiniones no son unánimes y cuyo nivel intelectual varía. Ahora bien, la dictadura presupone unidad de voluntad, unidad de tendencia, unidad de acción. ¿Por qué otro procedimiento podría implantarse? La dominación revolucionaria del proletariado supone dentro del proletariado mismo la dominación de un partido dotado de un programa definido de acción y de una disciplina interna indiscutible.

La política de bloque está en íntima contradicción con el régimen de la dictadura proletaria. Nos referimos, no a un bloque constituido con los partidos burgueses, del que ni siquiera podría hablarse, sino a un bloque de comunistas

con otras organizaciones «socialistas» que representan, en diversos grados, las viejas ideas y los prejuicios de las masas laboriosas.

La revolución destruye rápidamente todo lo inestable, acaba con lo artificial; las contradicciones encubiertas por el bloque se ponen de manifiesto bajo la presión de los acontecimientos revolucionarios. Lo hemos comprobado en el ejemplo de Hungría, donde la dictadura del proletariado tomó la forma política de una coalición de los comunistas con los socialistas, que eran tan sólo los partidarios disfrazados de una alianza con la burguesía. La coalición se desmembró en seguida. El Partido Comunista ha pagado caro la incapacidad revolucionaria y la traición política de sus compañeros de aventura. Es absolutamente evidente que hubiera sido más ventajoso para los comunistas húngaros conquistar el poder más tarde, dando previamente a los socialistas de la izquierda (los de la alianza con la burguesía) el tiempo necesario para comprometerse a fondo. Cierto que puede preguntarse si dependía de ellos el obrar así. De todos modos, el bloque con estos socialistas, que no ha servido más que para ocultar provisionalmente la debilidad de los comunistas húngaros, les ha impedido afianzarse, en detrimento de sus intempestivos aliados, y les ha conducido a una catástrofe.

La misma idea se confirma con el ejemplo mismo de la Revolución rusa. El bloque de bolcheviques y socialrevolucionarios de la izquierda, después de haber durado algunos meses, terminó con una ruptura sangrienta. Verdad que en esta cuestión no hemos sido nosotros, los comunistas, quienes hemos pagado la mayor parte de los gastos, sino nuestros infieles compañeros. Es evidente que un bloque en el que éramos los más fuertes y donde, por consiguiente, no corríamos demasiado riesgo al pretender utilizar, por una eta-

pa solamente, a la extrema izquierda de la democracia (la de los pequeñoburgueses), es evidente, digo, que este bloque, desde el punto de vista táctico, no daba motivos para censurarnos. No obstante, este episodio de nuestra alianza con los socialrevolucionarios de la izquierda muestra claramente que un régimen de transacciones, de conciliaciones, de concesiones mutuas –y en esto consiste el régimen del bloque– no puede durar mucho en una época en que las situaciones cambian con suma rapidez, en una época en que es sobre todo necesaria la unidad de miras para hacer posible la unidad de acción.

Más de una vez se nos ha acusado de haber practicado la dictadura del partido en lugar de la dictadura de los sóviets. Y, sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a equivocarse, que la dictadura de los sóviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido. Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los sóviets la posibilidad de transformarse de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de domino del trabajo. En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe en ello ninguna sustitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Es perfectamente natural que en una época en que la historia pone a debate la discusión de estos intereses en toda su magnitud, los comunistas se conviertan en los representantes reconocidos de la clase obrera en su totalidad.

Pero ¿quién os garantiza –nos preguntan algunos espíritus malévolos– que vuestro partido será precisamente el que exprese los intereses del desenvolvimiento histórico? Suprimiendo o hundiendo en la sombra a los demás partidos, os habéis desembarazado de su rivalidad política, fuente de

emulación, y, gracias a ello, os habéis privado de la posibilidad de comprobar vuestra línea de conducta.

Esta observación está dictada por una idea puramente liberal de la marcha de la revolución. En una época en que todos los antagonismos de clase aparecen francamente y la lucha política se transforma con rapidez en guerra civil, el partido dirigente tiene en la mano bastantes materiales y criterios, aparte de la tirada posible de los periódicos mencheviques, para comprobar su línea de conducta. Noske aniquila a los comunistas alemanes y, no obstante, su número no deja de aumentar. Nosotros hemos aplastado a los mencheviques y socialrevolucionarios, y no queda ni rastro de ellos. Este criterio nos basta. En todo caso, nuestra misión no consiste en evaluar a cada minuto, por medio de una estadística, la importancia de los grupos que representan cada tendencia, sino en asegurar la victoria de nuestra tendencia propia –la de la dictadura proletaria– y en hallar en el proceso de esta dictadura, en los distintos razonamientos que se oponen al buen funcionamiento de su mecanismo interior, un criterio suficiente para avalar nuestros actos.

La conservación prolongada de la «independencia» del movimiento profesional en la época de revolución proletaria es tan imposible como la política de los bloques. Los sindicatos pasan a ser, en esta época, los órganos económicos más importantes del proletariado dueño del poder. Por este mismo hecho, están bajo la dirección del Partido Comunista. El Comité Ejecutivo de nuestro partido se encarga de resolver, no sólo las cuestiones de principio sobre el movimiento profesional, sino también los conflictos serios que pueden surgir en el interior de estas organizaciones.

Los secuaces de Kautsky acusan al poder soviético de ser la dictadura «de una parte» únicamente de la clase obrera. «¡Si al menos –claman– fuese la dictadura de toda la clase!»

No es difícil darse cuenta exactamente de lo que quieren decir con esto. La dictadura del proletariado significa, en esencia, la dominación inmediata de una vanguardia revolucionaria que se apoya en las masas y que obliga a los rezagados a que se unan cuando es preciso. Esto concierne también a los sindicatos. Después de la conquista del poder por el proletariado, los sindicatos adquieren un carácter obligatorio. Deben agrupar a todos los obreros industriales. El partido sigue asimilándose sólo a los más conscientes y abnegados. Es muy circunspecto cuando se trata de ensanchar sus filas. De ahí la función directora que desempeña en los sindicatos la minoría comunista; función que corresponde al dominio ejercido por el Partido Comunista en los sóviets, y que es la expresión política de la dictadura del proletariado.

Las uniones profesionales o sindicatos de oficio cargan con el peso inmediato de la producción. Expresan no sólo los intereses de los obreros industriales, sino los de la misma industria. Al principio se manifiestan a veces en los sindicatos tendencias *tradeunionistas,* excitando a éstos a comerciar en sus relaciones con el Estado Soviético, a poner condiciones, a exigir garantías. Cuanto más tiempo pasa, más cuenta se dan de que son los órganos productores del Estado Soviético, y, entonces, respondiendo de su suerte, no se oponen a él: se confunden con él. Las uniones cuidan de establecer la disciplina del trabajo. Exigen de los obreros una labor intensiva en las más penosas condiciones, hasta tanto que el Estado proletario cuente con los recursos precisos para modificar estas condiciones. Los sindicatos se encargan de ejercer represiones revolucionarias contra los indisciplinados, contra los elementos turbulentos y parásitos de la clase trabajadora. Abandonando la política de las *trade unions,* que es, en cierta medida, inseparable del movimiento profesional en una sociedad capitalista, los sin-

dicatos se suman totalmente a la política del comunismo revolucionario.

Política seguida con respecto al campesinado

Los bolcheviques «querían –vitupera Kautsky– vencer en los campos a los campesinos pudientes no concediendo derechos políticos más que a los campesinos pobres. Algún tiempo después, sin embargo, se los concedieron también a los primeros».

Kautsky enumera las «contradicciones» exteriores de nuestra política con respecto a los campesinos sin tocar la cuestión de su orientación interna y de las contradicciones inherentes la situación económica y política del país.

El campesinado ruso, en el momento en que se implantó el régimen soviético, comprendía tres capas: los campesinos pobres, que en su mayor parte vivían de la venta de su trabajo y necesitaban comprar los alimentos para poder mantenerse; los de clase intermedia, que tenían cubiertas todas sus necesidades, gracias a los productos de sus tierras, cuyos sobrantes vendían; los ricos, los potentados [*kulaks,* en ruso], que compraban sistemáticamente la mano de obra y vendían los productos de sus explotaciones agrícolas. No hay necesidad de decir que estos grupos no se distinguen ni por signos particulares ni por su homogeneidad a lo largo de todo el país. El campesinado pobre, no obstante, era en su conjunto indiscutiblemente el aliado natural del proletariado de las ciudades, mientras que los campesinos ricos eran también sin disputa su enemigo irreconciliable; las capas intermedias, las mayores en número, vacilaban extraordinariamente.

Si el país no hubiese estado tan agotado, si el proletariado hubiera tenido la posibilidad de suministrar a las masas

campesinas los artículos de primera necesidad y lo preciso para satisfacer sus necesidades intelectuales, la asimilación de las grandes masas campesinas al nuevo régimen hubiese sido mucho menos dolorosa. Pero la desorganización económica del país, que no era consecuencia de nuestra política agraria y de abastecimientos, sino que derivaba de causas anteriores, privó a las ciudades de toda posibilidad de abastecer al campo de productos de la industria textil o metalúrgica, de artículos coloniales, etc. La industria, con todo, no podía renunciar a sacar de los campos algunos productos, aunque pocos. El proletariado exigía a los campesinos adelantos de víveres, préstamos garantizados por las riquezas que se disponía a crear. La moneda fiduciaria, desacreditada después, representaba estas riquezas futuras. Pero las masas campesinas no son capaces de elevarse hasta el punto de vista histórico. Ligadas al poder de los sóviets por la liquidación de las grandes propiedades y viendo en él una garantía contra la restauración del zarismo, no es raro, sin embargo, que le nieguen sus cereales, encontrando poco ventajosa su venta mientras no reciban a cambio tejidos, petróleo, etc.

El poder soviético quería, naturalmente, que todo el peso del impuesto de abastecimientos recayera sobre los labradores ricos. Pero en las amorfas relaciones sociales del campo, los campesinos ricos e influyentes habituados a ello, encontraban mil estratagemas para desprenderse del peso del impuesto y cargar con él a los campesinos acomodados de la clase intermedia, haciéndoles así enemigos del poder de los sóviets.

Se imponía sembrar la desconfianza en las masas campesinas, despertar su hostilidad contra los «ricos». Los Comités de la Pobreza Rural sirvieron para ello. Se creaban en los bajos fondos y los componían los oprimidos de antes, los últimos, los rechazados a un segundo plano, los privados de todo derecho. Había entre ellos, naturalmente, elementos me-

dio parásitos, lo que brindó una excelente ocasión para la propaganda demagógica de los «socialistas» *narodniki* (populistas) cuyos discursos hallaban un eco lleno de gratitud en el corazón de los potentados. El hecho mismo del paso del poder a los campesinos pobres en los campos tenía una profunda significación revolucionaria. Con el fin de dirigir a los semiproletarios del campo, el partido enviaba allí a obreros avanzados de las ciudades, que realizaban un trabajo inapreciable. Los Comités de la Pobreza Rural se convirtieron en batallones de ataque contra la clase potentada. Apoyados por el Gobierno, pusieron a las capas intermedias de la clase campesina en la obligación de elegir no sólo entre el poder de los sóviets y el de los propietarios, sino también entre la dictadura del proletariado y de los elementos y la arbitrariedad de los ricos. Por una serie de lecciones, algunas muy crueles, los campesinos de las capas intermedias se convencieron de que el régimen de los sóviets, que había expropiado a los propietarios y disuelto a los policías, imponía a su vez a los campesinos nuevas obligaciones y sacrificios. La educación política de decenas de millones de campesinos de esta clase no fue agradable ni cómoda, ni dio tampoco resultados inmediatos e indiscutibles. Hubo alzamientos de campesinos acomodados (los de la clase intermedia), aliados con los ricos y que caían acto seguido bajo la dirección de los grandes propietarios; los agentes del poder local y más especialmente los Comités de la Pobreza Rural cometieron abusos. Pero se consiguió el fin político esencial. Si los campesinos ricos no fueron aniquilados, quedaron al menos quebrantados profundamente y perdieron la confianza en sí mismos. Continuando políticamente amorfa, como lo es económicamente, la categoría intermedia de campesinos se ha acostumbrado a tener por representante, no al charlatán rico de la aldea, sino al obrero adelantado. Una vez alcanzado el resultado capital, los Co-

mités de la Pobreza, por su calidad de institución temporal, tuvieron que ceder el puesto de los sóviets, en donde los campesinos de la categoría intermedia están representados al mismo tiempo que los pobres. Estos Comités habían desempeñado el papel de una cuña afilada metida en la masa de campesinos.

Los Comités de la Pobreza campesina vivieron cerca de seis meses, de junio a diciembre de 1918. Tanto en su creación como en su supresión, Kautsky no ve más que «vacilaciones» de la política de los sóviets. Se abstiene, empero, de hacer la menor alusión a ningún medio práctico. Por lo demás, ¿de dónde lo sacaría? La experiencia que estamos viviendo no tiene precedentes, y los problemas que resuelve el poder soviético en la práctica no tienen solución en los libros. Donde Kautsky denuncia contradicciones políticas, hay en realidad maniobras activas del proletariado que actúa sobre la masa campesina todavía confiada y delicada. El velero tiene que maniobrar con viento, y nadie cree ver contradicciones en los movimientos que le permiten seguir su rumbo.

En la cuestión de las comunas agrícolas y explotaciones soviéticas, se pueden igualmente advertir «contradicciones» que indican a la vez errores aislados y distintas etapas en la revolución. ¿Cuántas tierras conservará en Ucrania el Estado soviético y cuántas entregará a los campesinos? ¿Qué orientación se dará a las comunas agrícolas? ¿En qué medida deben apoyarse para no fomentar el parasitismo? ¿Cómo asegurar el control en ellas? He aquí una serie de problemas nuevos planteados por la obra económica socialista, cuya solución no prejuzga ni la teoría ni la práctica, y en la solución de las cuales la línea de conducta principal, trazada por el programa, debe también hallar su aplicación práctica y su comprobación experimental a costa de desviaciones momentáneas inevitables, ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda.

Pero el hecho de que el proletariado ruso haya encontrado un apoyo en la clase campesina, Kautsky lo vuelve contra nosotros pues «introduce en el régimen soviético un elemento reaccionario, eliminado (!) en la Comuna parisiense, porque su dictadura no se fundaba en sóviets campesinos.»

¡Como si nos fuese posible recoger la herencia del régimen feudal burgués eliminando a nuestro antojo el «elemento económico reaccionario»! Pero no es esto todo. Después de haber envenenado el poder soviético con un elemento reaccionario, la clase campesina nos privó de su apoyo. Hoy «execra» a los bolcheviques. Kautsky lo sabe de buena fuente: por las radios de Clemenceau y las habladurías de los mencheviques.

De hecho, las grandes masas campesinas padecen la falta de productos manufacturados de primera necesidad. Mas también es cierto que todos los demás regímenes, sin excepción –y se han visto muchos en algunas partes de Rusia en estos tres últimos años–, dejaron caer sobre los hombros de los campesinos una carga todavía más pesada. Ni el gobierno monárquico ni el democrático han podido aumentar el *stock* de mercancías. Uno y otro necesitaban el trigo y los caballos que poseían los campesinos. Los Gobiernos burgueses –contando entre éstos a los kautskistas-mencheviques– empleaban un instrumento puramente burocrático, que contaba con las necesidades de la economía rural menos que el soviético, formado por los obreros y campesinos. El campesino de la categoría intermedia dedujo como conclusión, a pesar de sus vacilaciones, de su descontento y hasta de sus alzamientos, que, cualesquiera que fuesen las dificultades que se le presentasen en el régimen bolchevique, la vida le sería infinitamente más dura en cualquier otro régimen. Es totalmente exacto que la ayuda de los campos fue «eliminada» en la Comuna parisiense. ¡Pero, en cambio, no fue eli-

minada por el ejército campesino de Thiers! Mientras tanto, nuestro ejército, cuyas cuatro quintas partes son campesinos, se bate con entusiasmo –alcanzando victorias– por la República Soviética. Y este solo hecho, desmintiendo a Kautsky y a los que le inspiran, es la mejor apreciación de la política seguida por el poder soviético con respecto a los campesinos.

El poder soviético y los especialistas

«Los bolcheviques –refiere Kautsky– creían al principio que podrían prescindir de los intelectuales, de los especialistas». Convencidos después de la necesidad de su concurso; abandonaron sus crueles represalias y procuraron su cooperación apelando a todos los procedimientos, sobre todo ofreciendo sueldos elevados. Y Kautsky dice irónicamente: «Así pues, el mejor procedimiento para atraer al trabajo a los intelectuales consiste en maltratarlos despiadadamente al principio». Y así es. Con permiso de todos los filisteos, la dictadura del proletariado empieza precisamente maltratando a las clases antes dominantes para obligarlas a reconocer el nuevo régimen y a someterse a él. Educados en el prejuicio de la omnipotencia burguesa, los intelectuales profesionales tardaron mucho en creer, en poder creer, en querer creer que la clase obrera fuese capaz de administrar el país, que no hubiese conquistado el poder por azar, que la dictadura del proletariado fuese un hecho ineludible. Los intelectuales burgueses consideraban, pues, con gran ligereza sus obligaciones para con el Estado obrero, aun cuando entraban a su servicio, y les parecía completamente natural, dentro de un régimen proletario, bien entregar a los imperialistas extranjeros o a los guardias blancos los secretos militares y los recursos

materiales, bien recibir para la propaganda antisoviética subsidios de Wilson, de Clemenceau o de Mirbach. Era necesario demostrarles con hechos –y demostrárselo firmemente– que el proletariado no había tomado el poder para permitir a su costa bromas de gusto tan dudoso.

En nuestras medidas de rigor contra los intelectuales, nuestro pequeñoburgués ve: «la consecuencia necesaria, pero no justa, de una política que trató de ganarse a los intelectuales no por convicción, sino a puntapiés». Kautsky piensa seriamente, pues, que puede ganarse el concurso de los intelectuales para la obra de construcción socialista con la persuasión como única arma, y esto mientras impera aún en los demás países una burguesía que no retrocede ante el empleo de ningún procedimiento para intimidar, corromper o seducir a los intelectuales rusos con objeto de convertirlos en instrumentos de la servidumbre, de la colonización de Rusia.

En vez de analizar las fases de la lucha, Kautsky propone, con respecto a los intelectuales, recetas escolares. Es completamente falso que nuestro partido, por no comprender el papel de los intelectuales en la obra de reorganización económica y cultural que tenemos que realizar, haya intentado prescindir de ellos. Al contrario. Cuando la lucha por la conquista y el afianzamiento del poder estaba en su periodo más agudo, en el momento en que casi todos los intelectuales formaban un batallón de la burguesía, luchando abiertamente contra nosotros o saboteando nuestras instituciones, el poder soviético sostenía una guerra despiadada contra los «especialistas» porque se daba cuenta de su extraordinaria capacidad organizadora mientras, limitándose a cumplir las misiones que les confía una de las clases fundamentales, no alimentan la idea de tener su política «democrática» personal. Sólo después de haber quebrantado la resistencia de estos elementos por una lucha implacable, se nos ofreció la po-

sibilidad de invitar al trabajo a los especialistas. Y lo hicimos inmediatamente. La cosa no era tan sencilla. En virtud de las relaciones existentes en la sociedad capitalista entre el obrero y el director de fábrica, entre el empleado de oficina y el administrador, entre el soldado y el oficial, subsistía una profunda desconfianza de clase con respecto a los especialistas, desconfianza aumentada aún durante el primer periodo de guerra civil. Los intelectuales se habían propuesto matar la revolución obrera por hambre y por frío, les costara lo que les costara. Era preciso aplacar los resentimientos de los trabajadores, pasar de la batalla encarnizada a una colaboración pacífica; y la cosa no era fácil. Las masas tenían que acostumbrarse a ver en el ingeniero, en el agrónomo, en el oficial, no al explotador de ayer, sino al colaborador útil de hoy, al especialista indispensable puesto a la disposición de la República Soviética. Ya hemos mostrado el error de Kautsky al atribuir al poder soviético la intención de sustituir a los especialistas por proletarios. Pero en las grades masas proletarias sí se manifestaba cierta inclinación en este sentido. Una clase joven que acaba de dar pruebas de su aptitud para vencer los mayores obstáculos, que acaba de romper el encanto místico que protegía a la soberanía de los poseedores, que se ha convencido de que «las artes humanas no son cosa de dioses», una clase de tal naturaleza revolucionaria debía inclinarse necesariamente –por lo menos, sus elementos más atrasados– a valorar demasiado, de primera intención, su aptitud para zanjar todas las cuestiones sin tener que recurrir a los especialistas cultos de la burguesía.

Siempre que se han manifestado estas tendencias de modo algo preciso, las hemos combatido.

«A la hora presente, afianzado ya el poder de los sóviets –decíamos en la Conferencia Urbana de Moscú, el 28 de marzo de 1918–, la lucha contra el sabotaje debe tender a

transformar a los saboteadores de ayer en servidores, en agentes, en directores técnicos, en todas partes donde los necesite el nuevo régimen. Si no lo conseguimos, si no atraemos a todas las fuerzas que nos son necesarias, sino las ponemos al servicio de los sóviets, nuestra lucha de ayer contra el sabotaje, militar y revolucionario, será por eso mismo condenada; se habrá demostrado su inutilidad, su esterilidad.

»Los técnicos, los ingenieros, los médicos, los maestros, los oficiales de ayer contienen, como máquinas inanimadas, una parte de nuestro capital nacional, que tenemos derecho a explotar, a utilizar, si queremos resolver de un modo general los problemas esenciales que se nos plantean.

»La democratización –y esto es el abecé de todo marxista– no consiste en negar el valor de las competencias, el valor de las personas que poseen conocimientos especiales, y en sustituirlas siempre y en todas partes por colegios (burós) formados por elección.

»Estos burós, integrados por los mejores elementos de la clase trabajadora, pero que no poseen conocimientos técnicos, no pueden reemplazar al técnico procedente de las escuelas especiales y que sabe realizar un trabajo especial. La difusión del sistema de los burós nombrados por elección que observamos en todos los dominios es la reacción muy natural de una clase joven, revolucionaria, oprimida hasta ahora, que rechaza la autoridad personal de sus dueños de ayer, de los patronos y directores, y los sustituye en todas partes por representantes suyos nombrados por elección. Es –digo– una reacción revolucionaria perfectamente natural y sana en sus orígenes, pero no la última palabra acerca de la construcción económica del Estado proletario.

»Nuestra marcha ulterior requiere la limitación propia de esos burós, una sana y saludable autorrestricción de los poderes de la clase obrera que discierna en qué casos pertene-

ce la última palabra al representante elegido por los obreros, y en qué otros conviene ceder el puesto al técnico, al especialista, dotado de conocimientos especiales, al que puede imponerse una gran responsabilidad y a quien debe vigilarse cuidadosamente en materia política. Pero es indispensable conceder al especialista plena libertad de acción para realizar una labor creadora, porque ningún técnico, por poco capaz que sea, puede trabajar en su dominio propio si está subordinado a un buró compuesto por personas incompetentes.

»Los que temen esta necesidad acreditan una profunda desconfianza inconsciente con respecto al régimen soviético. Los que se figuran que al confiar puestos técnicos a los saboteadores de ayer ponemos en peligro los fundamentos mismos del régimen, olvidan que ningún ingeniero ni general alguno pueden hacer tambalearse al régimen soviético –invencible en el sentido económico y político–, y que no puede hallar su piedra de escándalo más que en su propia incapacidad de resolver los problemas de organización creadora.

»Este régimen necesita sacar de las antiguas instituciones cuanto tienen de viable y valioso, y emplearlo todo en la obra nueva.

»Si no lo hiciésemos, camaradas, no realizaríamos nuestras tareas esenciales, pues nos sería imposible rechazar todas las fuerzas acumuladas por el pasado y encontrar en nuestro propio entorno todos los especialistas precisos.

»Esto vendría a ser, en suma, lo mismo que renunciar a servirnos de todas las máquinas que hasta hoy han contribuido a la explotación de los trabajadores. La locura de semejante determinación es manifiesta. Hacer trabajar a los especialistas competentes es tan necesario para nosotros como poner en nuestro activo todos los medios de producción y transporte y, en términos generales, todas las riquezas del

país. Debemos hacer sin tardanza el recuento de los técnicos especialistas y someterlos de hecho al trabajo obligatorio, ofreciéndoles un gran campo de actividad y ejerciendo un control político sobre ellos»[1].

La cuestión de los especialistas se planteaba, desde el principio, de un modo singularmente agudo en lo concerniente al dominio militar. Y aquí fue resuelto en primer término ante la presión de una necesidad ineludible.

En la administración de la industria y transportes, las formas de organización indispensables no se han perfeccionado del todo aún. Esto obedece a que en los dos primeros años hemos tenido que sacrificar los intereses del transporte y la industria a los de la defensa militar. El curso tan cambiante de la guerra civil ha sido, por otra parte, un obstáculo contra el establecimiento de relaciones normales entre los especialistas y el poder soviético. Los técnicos competentes de la industria y el transporte, los médicos, los maestros, los profesores se aliaban a los ejércitos derrotados de Denikin y Kolchak, o eran llevados a la fuerza. Sólo ahora, cuando la guerra civil toca a su término, los intelectuales se reconcilian con el poder soviético o se inclinan ante él. Los problemas económicos aparecen en el primer plano. La organización científica de la producción es uno de los más importantes. Un inmenso campo de actividad se abre ante los especialistas, y la dirección general de la industria se concentra en las manos del partido proletario.

---

[1] *Labour, Discipline, and Order Will Save the Socialist sóviet Republic* [El trabajo, la disciplina y el orden salvarán a la República Socialista de los sóviets], Moscú, 1918. Kautsky conoce este panfleto, y lo cita varias veces. Esto, sin embargo, no le impide pasar por alto el pasaje más arriba citado, que deja clara la actitud del gobierno soviético hacia los intelectuales. [*N. del E.:* versión inglesa disponible en http://www.marxists.org/archive/trotsky/1918/03work.htm]

La política internacional del poder soviético

«Los bolcheviques –razona Kautsky– conquistaron el poder político porque su partido fue el que con más energía pidió la paz, la paz a cualquier precio, la paz separada, sin cuidarse del efecto que esto podía producir en la situación general internacional, ni de si favorecían con su actitud la victoria de la monarquía militar alemana, entre cuyos protectores se contaron durante largo tiempo, lo mismo que los rebeldes indios o irlandeses o los anarquistas italianos.»

Kautsky, pues, no sabe más que una cosa sobre las causas de nuestra victoria: que representábamos la aspiración a la paz. No explica la solidez del poder soviético cuando éste volvió a movilizar una parte considerable del ejército imperial para rechazar victoriosamente, durante dos años, a sus enemigos políticos.

Sin duda, la consigna «paz» ha desempeñado un enorme papel en nuestra lucha, pero era precisamente porque atacaba a la guerra imperialista. No eran los soldados fatigados quienes lo defendían más vigorosamente, sino los obreros avanzados, para los cuales la paz significaba, no el reposo, sino una lucha irreconciliable contra los explotadores. Estos mismos obreros iban a dar sus vidas más tarde en el frente soviético en nombre de la paz.

Afirmar que exigíamos la paz sin preocuparnos del efecto que podría producir en la situación internacional, es repetir con bastante retraso el calumnioso dicho de los cadetes y mencheviques. El paralelo trazado entre nosotros y los nacionalistas germanófilos de la India e Irlanda se basa en que el imperialismo alemán intentó, en efecto, utilizarnos como a los indios e irlandeses. Pero los patrioteros franceses han trabajado también para utilizar en su interés propio a Liebkneckt, a Rosa Luxemburgo y hasta a Kautsky y Bernstein.

Se trata, ante todo, de saber si permitimos que nos utilizasen. ¿Ha dado nuestra línea de conducta, aunque sólo sea una vez, a los obreros europeos, el menor motivo para que se nos haya creído vinculados al imperialismo alemán? Basta con recordar la marcha de las negociaciones de Brest-Litovsk[2], su ruptura y la ofensiva alemana de febrero de 1918 para descubrir el cinismo de la acusación de Kautsky. Hablando con propiedad, no hubo paz entre nosotros y los imperialistas alemanes, no la hubo ni un solo día. En los frentes de Ucrania y del Cáucaso habíamos proseguido la guerra, en la medida en que nuestras fuerzas nos lo permitían, sin decirlo en voz alta. Éramos demasiado débiles para hacerla en todo el frente rusoalemán; y, aprovechándonos de la partida del grueso de las fuerzas alemanas para el frente occidental, sostuvimos durante algún tiempo una ficción de paz. Si el imperialismo alemán era en 1917 y 1918 lo bastante fuerte para imponernos la paz de Brest-Litovsk, a pesar de todos los esfuerzos que hicimos con el fin de librarnos de aquel nudo corredizo, la culpa estaba principalmente en la vergonzosa actitud de la socialdemocracia alemana, cuya ornamento necesario era Kautsky. La cuestión de la paz de

[2] El *Arbeiter-Zeitung* de Viena opone, como corresponde, los prudentes comunistas rusos a los estúpidos austríacos. «¿No firmó Trotsky –escribe el periódico– con una clara visión y comprensión de las posibilidades, la paz forzada de Brest-Litovsk, a pesar de que contribuía a la consolidación del imperialismo alemán? El Tratado de Brest-Litovsk era exactamente tan duro y vergonzante como el Tratado de Versalles. Pero ¿significa esto que Trotsky hubiera tenido que ser lo bastante duro como para continuar la guerra contra Alemania? ¿No habría sido sellado el destino de la Revolución rusa hace mucho tiempo? Trotsky se plegó a la inalterable necesidad de firmar el vergonzante tratado en anticipación de la revolución alemana». El honor de haber previsto todas las consecuencias del Tratado de Brest-Litovsk corresponde a Lenin. Pero esto, por supuesto, no altera en nada el argumento del órgano de los kautskianos vieneses.

Brest-Litovsk fue zanjada el 4 de agosto de 1918. Entonces, Kautsky, en vez de declarar la guerra al imperialismo alemán –guerra que exigió más tarde al poder soviético, impotente aún en 1918 desde el punto de vista militar–, propuso votar los créditos de guerra «en ciertas condiciones», y se condujo de tal modo, en general, que fueron precisos meses para poner en claro su actitud y saber si era o no partidario de la guerra. Este cobarde político, que en el momento decisivo abandonó todas las posiciones fundamentales del socialismo, se atreve a acusarnos de habernos visto obligados a dar, en cierto momento, un paso atrás –puramente material–, y eso que lo hicimos porque nos había traicionado la socialdemocracia alemana, depravada por el kautskismo; es decir, por una postración política teóricamente disimulada.

¡Que no nos cuidábamos de la situación internacional! Lo que ocurre es que en lo concerniente a ella teníamos un criterio más profundo que nadie, y que no nos ha engañado. Como fuerza militar activa, el ejército ruso no existía desde antes de la Revolución de Febrero. Su desagregación definitiva era una cosa inevitable. Si la Revolución de Febrero no hubiese estallado, el régimen zarista habría acabado por transigir con la monarquía alemana. Pero la Revolución de Febrero, que hizo abortar esta transacción, precisamente porque era una revolución verdadera, deshizo definitivamente el ejército, basado en un principio monárquico. Mes antes o mes después, este ejército tenía que pulverizarse. La política militar de Kérenski era la del avestruz. Cerraba los ojos ante la descomposición del ejército y lanzaba frases sonoras y amenazaba con elocuencia al imperialismo alemán.

En estas condiciones, no nos quedaba más que una salida: proclamar la necesidad de la paz, que era una conclusión inevitable de la impotencia militar de la revolución y

hacer de este lema un medio de acción revolucionaria en todos los pueblos de Europa; en vez de esperar pasivamente con Kérenski la catástrofe militar que se avecinaba, y que hubiera podido enterrar bajo sus ruinas a nuestra propia revolución, apoderarnos de este lema de la paz y arrastrar al proletariado europeo, sobre todo a los obreros austroalemanes. Con este espíritu hemos proseguido nuestras negociaciones de paz y redactado nuestras notas a los Gobiernos de la Entente.

Prolongamos en lo posible las negociaciones de paz para dar tiempo a que las masas obreras de Europa comprendieran precisa y claramente lo que era el poder soviético y cuál su política. La huelga de enero de 1918 en Alemania y Austria nos demostró que habíamos obrado bien. Esta huelga fue el primer preámbulo serio de la revolución alemana. Los imperialistas alemanes se dieron cuenta de que éramos para ellos un peligro mortal. El libro de Ludendorff lo da a entender claramente. Cierto que los imperialistas alemanes no emprendieron más cruzadas abiertas contra nosotros; pero donde podían hacernos una guerra clandestina, engañando a los obreros con el concurso de la socialdemocracia alemana, no desperdiciaban la ocasión; por ejemplo, en Ucrania, en la cuenca del Don, en el Cáucaso. El conde Mirbach, desde Moscú, en la Rusia central, había convertido la capital moscovita, a raíz de su llegada, en el centro de todos los complots contrarrevolucionarios contra el poder soviético, del mismo modo que el camarada Joffe estaba en Berlín en estrecho contacto con la revolución alemana. La extrema izquierda de esta revolución, el partido de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, estaba de acuerdo con nosotros. La revolución alemana revistió, desde el principio, la forma soviética, y el proletariado alemán, a pesar de la paz de Brest-Litovsk, no dudó ni un instante de que estábamos con Liebknecht y

no con Ludendorff. Éste, compareciendo en noviembre de 1910 ante la Comisión de Reichstag, refirió que «el Alto Mando había exigido la creación de una institución que tuviera por objeto descubrir las alianzas que existían entre las tendencias revolucionarias rusa y alemana. Después de la llegada de Joffe a Berlín se constituyeron consulados rusos en numerosas ciudades alemanas. Este hecho tuvo consecuencias desastrosas para la flota y para el ejército». Kautsky, no obstante, tiene la osadía de escribir tristemente: «Si las cosas han llegado hasta una revolución en Alemania, la culpa, en verdad, no es de ellos» (de los bolcheviques).

Si en 1917 y 1918 hubiésemos tenido la posibilidad de mantener, por medio de una abstención revolucionaria, el viejo ejército zarista, en vez de activar su destrucción, habríamos prestado nuestro concurso a la Entente, ayudándola a arruinar y expoliar a Alemania, a Austria y a los demás países del mundo. Con semejante política, nos hubiéramos encontrado, en el momento decisivo, tan completamente desarmados como ahora Alemania, mientras que hoy, gracias a la Revolución de Octubre y a la paz de Brest-Litovsk, nuestro país es el único que sigue en pie con las armas en la mano, frente a los aliados. No sólo no ayudamos a los Hohenzollern con nuestra política internacional a ocupar una posición mundial predominante sino que, por el contrario, con nuestro golpe de Estado de octubre, contribuimos poderosamente a su caída definitiva. Al mismo tiempo conseguimos una tregua militar que nos hizo posible la creación de un ejército fuerte y numeroso, el primer ejército proletario que registran los anales del mundo y al que no pueden vencer los chacales de la Entente.

En otoño de 1918, después de la derrota de los ejércitos alemanes, atravesamos el momento más crítico de nuestra situación internacional. En lugar de dos campos poderosos,

que se neutralizaban más o menos mutuamente, teníamos ante nosotros a una Entente victoriosa, en el apogeo de su poder mundial, y a Alemania aplastada, cuya canallesca burguesía hubiese considerado como una dicha saltar a la garganta del proletariado ruso por un hueso arrojado desde la cocina de Clemenceau. Propusimos la paz a la Entente y estábamos dispuestos (porque obligados) a firmar las condiciones más duras. Pero Clemenceau, cuya rapiña imperialista había conservado intactos todos los rasgos de su estupidez burguesa, negó a los *junkers* alemanes el hueso que solicitaban y decidió al mismo tiempo adornar el Hotel de los Inválidos con los trofeos de los jefes de la Rusia soviética. En política nos prestó un servicio enorme. Nos defendimos con éxito y hasta hoy continuamos firmes.

¿Cuál era, pues, la idea directriz de nuestra política exterior después de que los primeros meses de funcionamiento del Gobierno soviético revelaron la estabilidad bastante considerable de los Gobiernos capitalistas de Europa? Esto es precisamente lo que Kautsky, confundido, quiere explicar ahora como un resultado de la casualidad: nuestro deseo de sostenernos el mayor tiempo posible. Nosotros comprendíamos con perfecta claridad que el hecho mismo de la existencia del poder soviético era un acontecimiento de la mayor importancia revolucionaria. Y esta idea luminosa nos dictó concesiones y retrocesos temporales, no en materia de principios, sin embargo, sino en el dominio de las conclusiones prácticas, que derivan de la apreciación justa y sobria de nuestra propia fuerza. Nos replegábamos cuando era necesario, como un ejército que abandona una ciudad al enemigo y hasta una fortaleza, con el fin de recobrar el aliento después de esta retirada, no sólo para la defensiva, sino también para la ofensiva. Nos replegábamos como huelguistas que no tuviesen hoy fuerzas ni recursos, pero que, con los dientes apre-

tados, se preparan para reanudar la lucha al día siguiente. Si no hubiésemos tenido una fe inquebrantable en la importancia mundial de la dictadura soviética, no hubiéramos consentido todos los duros sacrificios de Brest-Litovk. Si nuestra fe hubiese estado en contradicción con la realidad de las cosas, el tratado de Brest-Litovsk habría sido señalado en la historia como la capitulación inútil de un régimen condenado a la perdición. Así apreciaban entonces la situación, no sólo los Kuhlmann, sino también los Kautsky de todos los países. En cuanto a nosotros, habíamos apreciado con exactitud nuestra debilidad de entonces y nuestra potencia futura. La existencia de la república de Ebert, con su sufragio universal, su engaño parlamentario, su «libertad» de prensa y sus asesinatos de líderes obreros, no hace más que añadir un eslabón a la cadena histórica de la esclavitud y la ignominia. La existencia de la República Soviética es un hecho de importancia revolucionaria inconmensurable. Era necesario mantenerla, aprovechándose del conflicto de las naciones capitalistas, de la continuación de la guerra imperialista, de la arrogancia de los Hohenzollern, de la estupidez de la burguesía mundial en todas las cuestiones fundamentales concernientes a la revolución, del antagonismo entre América y Europa y de las relaciones inexplicables de los países aliados; era necesario conducir el navío soviético, aún inacabado, a través de un mar proceloso entre rocas y escollos y, siempre navegando, acabar su construcción y su armamento.

Kautsky se decidió a acusarnos, una vez más, por no haber ido contra un enemigo poderoso a principios de 1918, cuando éramos débiles y estábamos desarmados. Si lo hubiésemos hecho, habríamos sido vencidos. La primera tentativa importante del proletariado para conquistar el poder habría sufrido un fracaso completo. La izquierda revolucionaria del proletariado europeo habría recibido un golpe de

los más dolorosos. La Entente habría firmado la paz con los Hohenzollern ante el cadáver de la Revolución rusa, y el capitalismo mundial habría obtenido una tregua de muchos años. Kautsky nos calumnia, sin pizca de vergüenza, cuando dice que, al firmar la paz de Brest Litovsk, no pensamos en la influencia que debía ejercer sobre los destinos de la revolución alemana. En aquellos días discutimos la cuestión desde todos los puntos de vista, sin tener presente más que un solo criterio: el de los intereses de la revolución mundial. Llegamos a la conclusión de que estos intereses exigían imperiosamente el mantenimiento del poder de los sóviets, solo y único en el mundo entero. Y nos asistía la razón. Pero Kautsky esperaba nuestra caída, acaso sin impaciencia, pero con una seguridad inquebrantable, y en esta supuesta caída había basado toda su política internacional.

El proceso verbal de la sesión del Gobierno de coalición del 19 de noviembre de 1918, publicado por el ministerio de Bauer, habla de lo siguiente: «Primero, reanudación de la discusión acerca de la actitud de Alemania con respecto a la República Soviética. Haase recomienda una política de contemporización. Kautsky se adhiere a la opinión de Haase: «Es preciso –dice– aplazar la decisión definitiva sobre esto, porque el Gobierno soviético no podrá sostenerse y caerá inevitablemente dentro de unas semanas».

Así, pues, en el momento en que la situación del poder soviético era, en efecto, más precaria y penosa, pues la derrota del militarismo alemán parecía dar a la Entente la posibilidad de aniquilarnos «en unas semanas», Kautsky no manifiesta ningún deseo de socorrernos y, no limitándose a lavarse las manos en este asunto, toma parte activa en la traición contra la Rusia revolucionaria. Para facilitar el papel de Scheidemann –convertido en el defensor fiel de la burguesía, en vez de ser su enterrador, conforme a la función que

le asignaba su programa propio–, Kautsky se apresura a convertirse él mismo en el enterrador del poder soviético. Pero este poder está vivo y sobrevivirá a todos sus sepultureros.

8
Las cuestiones de organización del trabajo

El poder soviético y la industria

Si en el primer periodo de la Revolución soviética los más graves reproches del mundo burgués se dirigían contra nuestra crueldad, contra nuestro espíritu sanguinario, después, cuando este argumento se hubo debilitado por el uso, se empezó a hacernos responsables de la desorganización económica del país. Conforme a su misión actual, Kautsky traduce metódicamente a un idioma que tiene la pretensión de ser marxista todas las acusaciones de la burguesía, que imputa al poder soviético la ruina de la industria rusa: los bolcheviques han dado comienzo a la socialización sin plan preconcebido, han socializado lo que no estaba maduro para la socialización; la clase obrera rusa no está preparada todavía para dirigir la producción, etcétera.

Repitiendo y combatiendo estos diversos motivos de acusación, Kautsky se obstina en silenciar las causas esenciales de nuestra desorganización económica: la matanza imperialista, la guerra civil, el bloqueo.

Desde el principio de su existencia, el Gobierno soviético se vio privado de carbón, de petróleo, de algodón y de metal. El imperialismo austroalemán primero, el imperialismo

de la Entente después, actuando de acuerdo con los grandes blanco-rusos, despojaron a Rusia del yacimiento hullero y metalúrgico de Donetz, de las regiones petrolíferas del Cáucaso; del Turkestán, que nos suministraba el algodón; del Ural y sus inmensas riquezas en metales en bruto; de Siberia, rica en ganado y cereales. El yacimiento de Donetz suministraba normalmente a nuestra industria el 94 por 100 del combustible mineral y el 74 por 100 de los metales en bruto que ésta consumía. El Ural daba el complemento: 20 por 100 de metales en bruto y 4 por 100 de hulla. En el curso de la guerra civil perdimos estas dos regiones. Al mismo tiempo perdimos los 500 millones de *puds* de carbón que recibíamos del extranjero. Simultáneamente nos quedamos sin petróleo, porque el enemigo se había apoderado de todos los pozos. Es preciso no tener vergüenza para hablar, dadas estas condiciones, de la influencia disolvente de las socializaciones «prematuras», «bárbaras», etc., sobre una industria totalmente privada de combustible y de materias primas. Pertenezca una fábrica a un trust capitalista o a un Estado proletario, esté o no socializada, sus chimeneas no pueden echar humo sin carbón y petróleo. Algo de esto se puede aprender en Austria y hasta en Alemania. Ninguna empresa textil, administrada conforme a los más sabios métodos de Kautsky –admitiendo un instante que con los métodos de Kautsky pueda administrarse algo más que un tintero–, producirá tejidos de algodón de ninguna índole si no cuenta con provisiones de algodón en bruto. Ahora bien, nosotros estábamos privados del de Turkestán a la vez que del de América. Además –repetimos– nos faltaba combustible.

Cierto que el bloqueo y la guerra civil han sido consecuencias de la revolución proletaria en Rusia. Pero no se sigue de aquí de ningún modo que las innumerables ruinas amontonadas por el bloqueo anglofrancés y por las campa-

ñas de bandidaje de Kolchak y Denikin, puedan ser imputadas a la ineficacia de los métodos económicos soviéticos.

La guerra imperialista que precedió a la revolución dañó mucho más a nuestra joven industria, con sus insaciables exigencias técnicas y materiales, que a la de los más poderosos Estados capitalistas. Nuestros transportes, sobre todo, sufrieron una crisis espantosa. La explotación de los ferrocarriles aumentó considerablemente, provocando en consecuencia la usura del correspondiente material, cuando su renovación estaba reducida al mínimo. La ineluctable reglamentación de cuentas fue precipitada por la crisis de combustible. La pérdida casi simultánea del carbón del Donetz y del petróleo del Cáucaso nos obligó a recurrir al empleo de la madera para los ferrocarriles. Como las reservas de madera no habían sido preparadas para esto, fue preciso usar la madera recién cortada, húmeda, y su acción sobre las locomotoras, ya gastadas, fue deplorable. Vemos, pues, cómo las causas principales de la ruina de los transportes rusos actúan desde antes de noviembre de 1917. E incluso aquellas que se enlazan directa o indirectamente con la Revolución de Octubre, aunque deban mencionarse entre las consecuencias políticas de ésta, no tienen nada que ver con los métodos de economía socialista.

Ni que decir tiene que el efecto de las sacudidas políticas no se manifestó sólo en la crisis de los transportes y del combustible. Si la industria mundial tendía, sobre todo en el curso de los últimos decenios, a formar un solo organismo único, esta tendencia se manifestaba más aún en la industria nacional. Sin embargo, la guerra y la revolución, dividían, desmembraban la industria. La ruina industrial de Polonia, de las regiones del Báltico y Petrogrado, empezó bajo el zarismo, y durante el gobierno de Kérenski siguió extendiéndose sin cesar a nuevos distritos.

Las evacuaciones indefinidas, simultáneas a la ruina de la industria, significaban también la ruina de los transportes. Durante la guerra civil, cuyos frentes eran móviles, las evacuaciones revistieron un carácter aún más febril y destructor. Los dos beligerantes, al abandonar temporalmente algún centro industrial, tomaban todas las medidas imaginables para inutilizar las fábricas o servicios que iban a caer en manos del enemigo: se llevaban las máquinas más útiles o sus piezas más delicadas, como también a los mejores técnicos y obreros. La evacuación iba seguida de una reevacuación que acababa con frecuencia en la ruina, tanto de los artículos transportados como de los ferrocarriles. Varios distritos industriales de primera importancia –sobre todo en Ucrania y en la región del Ural– pasaron así de unas manos a otras repetidas veces.

Añadamos a esto que en el momento en que la destrucción de la herramienta industrial revestía proporciones inusitadas, cesó por completo la importación de máquinas extranjeras, que antes había desempeñado un papel decisivo en nuestra industria.

Pero los elementos materiales de la industria –edificios, máquinas, rieles, combustible– no han sido los únicos que han sufrido estas terribles consecuencias de la guerra y la revolución; la fuerza viva, creadora de la industria, el proletariado, ha padecido más o, por lo menos, tanto. El proletariado ha hecho la revolución de octubre-noviembre, ha implantado y defendido el régimen de los sóviets, ha sostenido una lucha ininterrumpida contra los blancos. Ahora bien, los obreros competentes son, por regla general, los más avanzados. La guerra civil privó al trabajo industrial, por mucho tiempo, de los mejores trabajadores, por decenas de millares; muchos miles se han perdido para siempre. Las cargas más pesadas de la revolución socialista recaen sobre la vanguardia proletaria y, por tanto, sobre la industria.

Durante dos años y medio toda la atención del Gobierno soviético se ha concentrado en la resistencia por las armas; sus mejores fuerzas, sus recursos más importantes eran consagrados al frente.

La lucha de clases, generalmente, origina perjuicios a la industria. Todos los filósofos que se han hecho apóstoles de la armonía social se lo han reprochado hace ya mucho tiempo. En periodos de huelgas económicas ordinarias, los obreros consumen sin producir. La lucha de clases, en su forma más intensa –la lucha con armas–, da golpes tanto más terribles. Pero es evidente que no se puede considerar en modo alguno la guerra civil como un método de economía socialista.

Las causas que hemos indicado son más que suficientes para explicar la precaria situación económica de la Rusia de los sóviets. Sin combustible, sin metales, sin algodón, con los transportes deshechos, con la maquinaria estropeada, con la mano de obra desparramada por el país después de haber sido diezmada en los frentes, ¿es preciso todavía buscar en el utopismo económico de los bolcheviques una causa suplementaria de la ruina de nuestra industria? No, cada una de las causas indicadas basta para sugerir esta cuestión: ¿cómo ha podido conservarse, en estas condiciones, cierta actividad en las fábricas y manufacturas?

Y esta actividad existe sobre todo en la industria militar, viva hoy a costa de las otras. El poder soviético ha tenido que crearla, como su ejército, con las ruinas que había recogido. La industria militar, restablecida en estas condiciones inverosímilmente difíciles, ha cumplido y continúa cumpliendo su misión: el Ejército Rojo está vestido, calzado, armado. Tiene fusiles, cartuchos, obuses y todo lo que necesita.

Tan pronto como entrevimos la paz, después de la derrota de Kolchak, Yudénich y Denikin, nos planteamos en toda su magnitud los problemas de la organización de la industria.

Y tres o cuatro meses de intensa labor en este sentido bastaron para poner fuera de duda que el poder soviético, gracias a su estrecho contacto con las masas populares, gracias a la flexibilidad de su aparato de Estado y a su iniciativa revolucionaria, dispone para el renacimiento económico de recursos y métodos que ningún otro Estado posee ni poseyó nunca.

Cierto que se presentaron ante nosotros nuevas cuestiones, que tuvimos que hacer frente a nuevas dificultades. La teoría socialista no tenía ni podía tener respuestas preparadas para todas estas cuestiones. Hay que encontrar las soluciones por experiencia, y por la experiencia comprobar su validez. El kautskismo pertenece a una época anterior a los inmensos problemas resueltos por el poder soviético. Bajo la forma del menchevismo sigue una marcha embarazada, oponiendo a las medidas de nuestra obra económica los prejuicios de un escepticismo pequeñoburgués, intelectual, burocrático.

Con el fin de poner al lector al corriente de la esencia misma de las cuestiones referentes a la organización del trabajo, como las que se presentan ahora ante nosotros, el autor de este libro cree hacer una cosa útil reproduciendo el informe que presentó al tercer Congreso Panruso de los sindicatos. Para mayor claridad, estará completado por numerosos pasajes tomados de los informes presentados por el autor al Congreso Panruso de los sóviets de Economía Popular y al IX Congreso del Partido Comunista Ruso.

Informe sobre la organización del trabajo

¡Camaradas! La guerra civil termina. En el frente oeste la situación sigue siendo incierta. Aún es posible que la burguesía polaca desafíe a su propio destino... Pero si esto ocurriera –y nosotros no hacemos nada para provocarlo–, la guerra no exi-

girá de nosotros la abrumadora tensión de fuerzas que la lucha simultánea en cuatro frentes ha requerido. La terrible presión de la guerra se debilita. Las necesidades y labores económicas atraen cada vez más nuestra atención. La historia nos coloca directamente frente a nuestra obra fundamental: la organización del trabajo sobre nuevas bases sociales. En el fondo, la organización del trabajo constituye la organización de la nueva sociedad, porque toda sociedad descansa en el trabajo. Si la sociedad vieja estaba basada en una organización del trabajo que beneficiaba a la minoría, la cual disponía del instrumento de presión gubernamentalmente contra la inmensa mayoría de los trabajadores, nosotros realizamos ahora la primera tentativa que la historia universal registra de organización del trabajo en beneficio de la clase obrera. Esto, sin embargo, no excluye el instrumento de presión en todas sus formas, de las más suaves a las más rudas. El elemento de presión, de coerción, no sólo no abandona la escena histórica, sino que, por el contrario, desempeñará un papel importantísimo durante un periodo bastante considerable.

Siguiendo la regla general, el hombre procurará librarse del trabajo. La asiduidad no es una virtud innata en él; se crea por la presión económica y por la educación del medio social. Puede afirmarse que el hombre es un animal bastante perezoso. En el fondo, en esta cualidad, principalmente, se ha fundado el progreso humano. Si el hombre no hubiese tratado de ahorrar sus fuerzas, si no se hubiese esforzado por conseguir con el mínimo de energía el máximo de productos, no habría habido un desarrollo de la técnica ni cultura social. Considerada, pues, desde este punto de vista, la pereza del hombre es una fuerza progresista. El viejo marxista italiano Arturo Labriola ha llegado a imaginar al hombre futuro como un «holgazán genial y feliz». Sin embargo, no hay que deducir de esto que el partido y los sindicatos deban pre-

conizar esta cualidad como un deber moral. No es necesario. En Rusia, la pereza es excesiva. La obra de organización social consiste precisamente en introducir la «pereza» en cuadros definidos, para disciplinarla, y en estimular al hombre con el auxilio de los medios y medidas que él mismo imaginó.

El trabajo obligatorio

La clave de la economía es la mano de obra, sea ésta cualificada, poco cualificada, bruta, etc. Hallar los medios para llegar a conocerla con exactitud, para movilizarla, repartirla, utilizar de modo productivo, significa resolver prácticamente el problema de nuestra reconstrucción económica. Ésta es la obra de toda una época; obra grandiosa. Su dificultad aumenta porque tenemos que reorganizar el trabajo sobre bases socialistas, en condiciones de una enorme y espantosa pobreza.

Cuanto más se gasta la herramienta y más se deterioran el material móvil y los ferrocarriles, menos posibilidades tenemos de recibir del extranjero en plazo breve una cantidad algo respetable de máquinas, y la cuestión de la mano de obra adquiere más importancia. Al parecer, disponemos de una mano de obra muy considerable. Pero ¿cómo reunirla? ¿Cómo llevarla al pie de la obra? ¿Cómo organizarla industrialmente? Cuando este invierno emprendimos la labor de quitar la nieve que hacía impracticables las vías férreas, chocamos ya con grandes dificultades, que no pudimos vencer con la compra de mano de obra por la depreciación del dinero y la ausencia casi completa de artículos manufacturados. Las necesidades de combustible no pueden satisfacerse, ni aun parcialmente, sin la utilización de una tal cantidad de fuerza obrera como

nunca se ha empleado para la tala de árboles y la extracción de la turba y la hulla. La guerra civil ha destruido las vías férreas, los puentes, las estaciones. Para la producción en gran escala de madera de arder, de turba, como para otros trabajos, se necesitan locales para los trabajadores, aunque sólo sean campamentos provisionales de barracas. De aquí se infiere, además, la necesidad de una importante mano de obra para los trabajos de construcción. También es necesaria una considerable cantidad de mano de obra para la organización del servicio fluvial. Y así sucesivamente.

La industria capitalista se alimentaba en grandes proporciones de mano de obra auxiliar entre los elementos que emigraban del campo. La falta de tierras de labor, que se hacía notar con crueldad, lanzaba al mercado constantemente cierto sobrante de mano de obra. El Estado, por el establecimiento de impuestos, la obligaba a venderse. El mercado ofrecía mercancías al campesino. A la hora presente, esta situación ha desaparecido. El campesino tiene más tierra, pero como le faltan los instrumentos agrícolas, necesita más fuerza obrera.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible. Además, la industria no puede dar casi nada al campo, y el mercado no ejerce ninguna atracción sobre la mano de obra.

Ésta, no obstante, nos es más necesaria que nunca. No es sólo el obrero quien tiene que dar su fuerza al poder soviético para que la Rusia trabajadora y, con ella, los trabajadores mismos no sean aplastados; necesitamos también la fuerza de los campesinos. El único medio de procurarnos la mano de obra precisa para las labores económicas actuales es la implantación del trabajo obligatorio.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible para los comunistas: «Quien no trabaja, no come». Y como todos tienen que comer, todos están obligados a trabajar. El trabajo obligatorio está fijado en nuestra Constitución y en el Có-

digo del Trabajo. Pero hasta hoy sólo era un principio. Su aplicación no había tenido más que un carácter accidental, parcial, episódico. Sólo ahora, frente a las cuestiones que origina la reorganización del país, se ha impuesto ante nosotros en su realidad implacable la necesidad de la obligación del trabajo. La única solución regular, tanto en principio como en la práctica, consiste en considerar a toda la población del país como una reserva necesaria de fuerza obrera –como una fuente casi inagotable–, y en organizar en un orden rigurosamente establecido el recuento, la movilización y la utilización.

¿Cómo organizar en la práctica la mano de obra sobre la base del trabajo obligatorio?

Hasta hoy, sólo el Ministerio de la Guerra tenía experiencia en lo que se refiere a censo, movilización, formación y traslado de grandes masas. Nuestro Departamento de la Guerra ha heredado, en gran parte, del pasado sus métodos y reglas técnicas. No hemos podido conseguir semejante herencia en el dominio económico, porque aquí intervenía un principio de derecho privado y la mano de obra afluía directamente a las diversas empresas industriales del mercado del trabajo. Era, pues, natural, desde el momento en que estábamos obligados a ello y, sobre todo, al principio, que utilizáramos, en gran escala, la maquinaria del Ministerio de la Guerra para la movilización de las fuerzas obreras.

En el centro y en provincias hemos creado órganos especiales para poder velar por el cumplimiento del trabajo obligatorio; a este respecto, funcionan ya Comités en los gobiernos, en los distritos, en los cantones. Se apoyan principalmente en los órganos centrales y locales del Departamento de la Guerra. Nuestros centros económicos: el Consejo Superior de Economía Popular, el Comisariado de Agricultura, el Comisariado de Transportes, el Comisariado de Abastecimientos, determinan la mano de obra que necesitan. El

Comité Central de la Obligación del Trabajo recibe todas estas demandas, las coordina, las pone en relación con las fuentes locales de mano de obra, da las instrucciones correspondientes a sus órganos locales y realiza, por medio de ellos, la movilización de las fuerzas obreras. En las regiones, gobiernos y distritos, los órganos locales ejecutan autónomamente este trabajo, para satisfacer las necesidades económicas locales.

Toda esta organización no ha sido más que ligeramente esbozada. Dista mucho de ser perfecta. Pero el camino emprendido es indiscutiblemente el correcto.

Si la organización de la nueva sociedad tiene por base una organización nueva del trabajo, esta organización requiere a su vez la implantación regular del trabajo obligatorio. Las medidas administrativas y de organización son insuficientes para realizar esta obra que abarca los fundamentos mismos de la economía pública y de la existencia, que choca con los prejuicios y hábitos psicológicos. La efectividad del trabajo obligatorio supone, por una parte, una obra colosal de educación, y, por otra, la mayor prudencia en el modo práctico de realizarla.

La utilización de la mano de obra debe hacerse con la mayor economía. Cuando hayan de verificarse movilizaciones de fuerza obrera, es indispensable tener presente las condiciones de vida económica de cada región y las necesidades de la industria agrícola de la población local. Hay que tomar en consideración, en lo posible, los recursos que existían antes, los elementos emigrantes locales, etc. Es preciso que los traslados de la mano de obra movilizada se hagan a pequeñas distancias, es decir, que se tome ésta de los sectores más próximos al frente del trabajo. Es menester que el número de los trabajadores movilizados corresponda a la magnitud de la obra económica. Es necesario que los tra-

bajadores movilizados sean provistos a tiempo de víveres y de instrumentos de trabajo y que tengan al frente a técnicos competentes, dotados de espíritu de iniciativa. Hay que convencer a los trabajadores de que su mano de obra se utiliza con previsión y sin parsimonia y que no se gasta en vano. Siempre que sea posible, deberá sustituirse la movilización directa por el trabajo: es decir, imponer a un determinado cantón la obligación de suministrar, en un tiempo dado, tanta cantidad de madera, o transportar hasta tal o cual estación tantos quintales de minerales, etc. En este dominio, es preciso aprovecharse particularmente de la experiencia adquirida, dar al sistema económico la mayor flexibilidad posible, tener en cuenta los intereses y costumbres locales. Pero es igualmente indispensable creer firmemente que el principio mismo del trabajo obligatorio ha sustituido tan radical y victoriosamente al del reclutamiento voluntario como la socialización de los medios de producción a la propiedad capitalista.

La militarización del trabajo

El trabajo obligatorio sería imposible sin la aplicación –en alguna medida– de los métodos de militarización del trabajo. Esta expresión nos introduce de un golpe en el dominio de las más grandes supersticiones y de los clamores de oposición.

Para comprender lo que se entiende por militarización del trabajo en el Estado obrero y cuáles son sus métodos, hay que tener una idea clara de cómo se ha efectuado la militarización del ejército mismo que, según todos recuerdan, estaba muy lejos de poseer en el primer periodo las cualidades «militares» requeridas. En estos dos últimos años, el número de soldados que hemos movilizado no es tan alto

como el de sindicados en Rusia. Pero los sindicados son obreros, y sólo un 15 por 100 de ellos forma parte del Ejército Rojo; el resto de éste está constituido por la masa campesina. No obstante, sabemos, sin que esto ofrezca lugar a dudas, que el verdadero organizador y creador del Ejército Rojo es el obrero avanzado, procedente de las organizaciones sindicales o del partido. Cuando la situación en los frentes de combate se hacía difícil, cuando la masa campesina recientemente movilizada no daba pruebas de firmeza bastante, nos dirigimos a la vez al Comité Central del Partido Comunista y al Sóviet de los Sindicatos. De estos dos organismos salieron los obreros avanzados que marcharon al frente a organizar el Ejército Rojo a su imagen, a educar, templar, militarizar a la masa campesina.

Es éste un hecho que debe recordarse con claridad, porque arroja mucha luz sobre la idea misma de la militarización, tal como se concibe en el Estado obrero y campesino. La militarización del trabajo ha sido proclamada más de una vez y realizada en diferentes sectores económicos de los países burgueses, tanto en Occidente como en la Rusia zarista. Pero nuestra militarización se distingue de esas otras por sus fines y métodos, como el proletariado consciente y organizado para conseguir su emancipación se distingue de la burguesía consciente y organizada para la explotación.

De esta confusión, tan inconsciente como malintencionada, de las formas históricas de la militarización proletaria y socialista con la militarización burguesa, dimanan la mayor parte de los prejuicios, errores, protestas y gritos provocados por esta cuestión. En este modo de interpretar las cosas se ha basado totalmente la actitud de los mencheviques, nuestros kautskistas rusos, tal como manifiesta su declaración de principios, presentada al actual Congreso de Sindicatos.

Los mencheviques no hacen más que declararse enemigos de la militarización del trabajo, como también del trabajo obligatorio. Rechazan estos métodos como «coercitivos». Proclaman que el trabajo obligatorio provocará una bajada de la productividad. En cuanto a la militarización, no tendrá, según ellos, otro efecto que un gasto inútil de mano de obra.

«El trabajo obligatorio ha sido siempre poco productivo», tal es la expresión exacta de la declaración de los mencheviques. Esta afirmación nos traslada al centro mismo de la cuestión. Porque, en nuestra opinión, no se trata en modo alguno de saber si es prudente o insensato declarar tal o cual fábrica en estado de guerra; si debe concederse al Tribunal Revolucionario Militar derecho a castigar a los obreros corrompidos que roban las materias primas y los instrumentos que nos son tan útiles o que nos sabotean. No, la cuestión está planteada por los mencheviques de un modo mucho más profundo. Al afirmar que el trabajo obligatorio es siempre poco productivo, se esfuerzan por destruir toda nuestra obra económica en la época de transición, porque no puede pensarse en pasar de la anarquía burguesa a la economía socialista sin recurrir a la dictadura revolucionaria y a los métodos coercitivos de organización económica.

En el primer punto de la declaración de los mencheviques se afirma que vivimos en la época de transición de las formas de producción capitalista a las formas de producción socialista. ¿Qué quiere decir esto exactamente? Y, sobre todo, ¿de dónde proceden semejantes aforismos? ¿Desde cuándo creen esto nuestros kautskistas? Nos han acusado (y éste fue el motivo de nuestros desacuerdos) de utopismo socialista; afirmaban (y esto constituía el fondo de su doctrina) que no puede realizarse en nuestra época el paso al socialismo, que nuestra revolución no es más que una revolución burguesa, que nosotros, comunistas, no hacemos otra cosa que destruir

el sistema económico capitalista, que no hacemos adelantar un paso a la nación; que la hacemos, por el contrario, retroceder. En esto consistía el desacuerdo fundamental, la divergencia profunda, incompatible, de la que derivaban todas las restantes diferencias. Ahora, los mencheviques nos indican de paso, en los preliminares de su resolución, como algo que no necesita prueba, que estamos en el periodo de transición del capitalismo al socialismo; confesión totalmente inesperada, que se parece mucho a una completa capitulación de ideas, y hecha con tanta facilidad y ligereza que, como toda la declaración demuestra, no impone ninguna obligación revolucionaria a los mencheviques. Éstos siguen siendo en bloque prisioneros de la ideología burguesa. Después de haber reconocido que caminamos hacia el socialismo, los mencheviques luchan con todo el furor posible contra estos métodos, sin los cuales, en las actuales condiciones graves y penosas, es imposible el paso al socialismo.

«El trabajo obligatorio –nos dicen– es poco productivo.» Nosotros les preguntamos: ¿qué entendéis por trabajo obligatorio al hacer esa afirmación? Dicho de otro modo, ¿a qué trabajo es antinómico? Aparentemente al trabajo libre. ¿Qué debe entenderse en este caso por trabajo libre? Esta idea ha sido formulada por los ideólogos progresistas de la burguesía en su lucha contra el trabajo obligatorio, es decir, contra la servidumbre de los campesinos y contra el trabajo regularizado, reglamentado, de los artesanos. Por trabajo libre se entendía el que podía comprarse «libremente» en el mercado del trabajo. La libertad se reducía a una ficción jurídica sobre la base de la venta libre del asalariado. No conocemos en la historia otra forma de trabajo libre. Que los pocos mencheviques que asisten a este Congreso nos expliquen lo que entienden por trabajo libre, no coercitivo, si no es la libre venta de la mano de obra.

La historia ha conocido la esclavitud, la servidumbre, el trabajo reglamentado de las corporaciones de la Edad Media. Hoy, en todo el universo, impera el salario, que los escritorzuelos amarillos de todos los países oponen como una libertad superior a «la esclavitud» soviética. Nosotros, en cambio, oponemos a la esclavitud capitalista el trabajo social y regulado, basado en un plan económico, obligatorio para todos y, por consiguiente, obligatorio para todo obrero del país. Sin él es imposible hasta pensar en el advenimiento del socialismo. El elemento de presión material, física, puede ser más o menos grande; esto depende de muchas condiciones: del grado de riqueza o pobreza del país, del nivel cultural, del estado de los transportes y del sistema de dirección, etc.; pero la obligación y, por consiguiente, la coerción es la condición indispensable para refrenar la anarquía burguesa, para la socialización de los medios de producción y de los instrumentos de trabajo y para la reconstrucción del sistema económico con arreglo a un plan único.

Para un liberal, libertad significa, en último resultado, venta libre de la mano de obra. ¿Puede o no comprar un capitalista a un precio aceptable la fuerza de trabajo? Ésta es la única unidad de medida de la libertad de trabajo para un liberal, y esta medida es falsa, no sólo con respecto al porvenir, sino también con respecto al pasado.

Sería absurdo creer que cuando existía la servidumbre se efectuaba el trabajo solamente ante la amenaza de la presión física, y que el jefe de galeras estaba, látigo en mano, detrás del pobre campesino. Las formas económicas de la Edad Media se debían a ciertas condiciones económicas y originaban costumbres a las que el campesino se había adaptado, que en determinados momentos había creído justas, o cuya perennidad, por lo menos, había admitido siempre. Cuando bajo el influjo del cambio de las condiciones materiales,

adoptó una actitud hostil para con ellas, el Gobierno le sujetó por la fuerza material, probando de este modo el carácter coercitivo de la organización del trabajo.

Sin las formas de coerción gubernamental que constituyen el fundamento de la militarización del trabajo, la sustitución de la economía capitalista por la economía socialista no sería más que una palabra falta de sentido. ¿Por qué hablamos de militarización? Ni que decir tiene que sólo por analogía, pero por una analogía muy significativa. Ninguna organización social, aparte del ejército, se ha creído con derecho a subordinar tan completamente a los ciudadanos, a dominarlos tan totalmente por su voluntad, como el Gobierno de la dictadura proletaria. Sólo el ejército (precisamente porque ha resuelto a su manera las cuestiones de vida y muerte de las naciones, de los Estados, de las clases dirigentes) ha adquirido el derecho a exigir del individuo una sumisión completa a los trabajos, a los fines, a los mandatos y a las ordenanzas. Y lo ha conseguido sobre todo porque los trabajos de organización militar coincidían con las necesidades del desarrollo social.

Hoy, la cuestión de vida o muerte de la Rusia de los sóviets se decide en el frente de trabajo. Nuestras organizaciones económicas con nuestras organizaciones profesionales e industriales tienen derecho a exigir de sus miembros toda la abnegación, toda la disciplina, toda la puntualidad que hasta ahora sólo ha exigido el ejército.

Por otra parte, la actitud del capitalista con respecto al obrero, no se funda sólo en un contrato «libre»; contiene también poderosos elementos de reglamentación gubernamental y de presión material.

La concurrencia entre capitalistas ha presentado un semblante de realidad a la ficción de la libertad de trabajo. Pero esta concurrencia, reducida el mínimo por los sindicatos y

los trusts, ha sido destruida completamente por nosotros al abolir la propiedad privada de los medios de producción. El tránsito al socialismo, reconocido de palabra por los mencheviques, significa el paso del reparto desordenado de la mano de obra, gracias al juego de la compraventa, de las oscilaciones de los precios en el mercado y de los salarios, a una distribución racional de los trabajadores, hecha por los órganos de distrito, de provincia, de todo el país.

Este género de reparto supone la subordinación de los obreros sobre quienes recae al plan económico del Gobierno. Y en esto consiste el trabajo obligatorio, que, como elemento fundamental, entra inevitablemente en el programa de la organización socialista del trabajo.

Si es imposible una organización sistemática de la economía pública sin el trabajo obligatorio, éste, en cambio, es irrealizable sin la abolición de la ficción de la libertad de trabajo y su sustitución por el principio de la obligación, que completa la realidad de la coerción.

Cierto que el trabajo libre es más productivo que el obligatorio en lo referente al paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa. Pero es preciso ser un liberal, o un kautskista en nuestros días, para eternizar esta verdad y extenderla a la época actual de transición del régimen burgués al socialista. Si es cierto, como dice la declaración de los mencheviques, que el trabajo obligatorio es siempre y cualesquiera que sean las circunstancias, menos productivo, nuestra reorganización económica está condenada a la ruina: pues no puede haber en Rusia otro medio para llegar al socialismo que una dirección autoritaria de las fuerzas y los recursos económicos del país y un reparto centralizado de la fuerza de trabajo, conforme al plan general del gobierno. El Estado proletario se considera con derecho a enviar a todo trabajador adonde su trabajo sea necesario. Y ningún socia-

lista serio negará al Gobierno obrero el derecho a castigar al trabajador que se obstine en no llevar a cabo la misión que se le encomiende. Mas –y ésta es la razón de todo– la vía menchevique de paso al «socialismo» es una vía láctea, sin monopolio del trigo, sin supresión de los mercados, sin dictadura revolucionaria y sin militarización del trabajo.

Sin trabajo obligatorio, sin derecho a dar órdenes y a exigir su cumplimiento, los sindicatos pierden su razón de ser, pues el Estado socialista en formación los necesita, no para luchar por el mejoramiento de las condiciones de trabajo –que es la obra de conjunto de la organización social gubernamental–, sino con el fin de organizar la clase obrera para la producción, con el fin de educarla, de disciplinarla, de distribuirla, de agruparla, de establecer ciertas categorías y fijar a ciertos obreros en sus puestos por un tiempo determinado, con el fin, en una palabra, de introducir autoritariamente a los trabajadores, de acuerdo con el poder, en el plan económico único. Defender, en estas condiciones, la «libertad» de trabajo, equivale a defender la búsqueda inútil, ineficaz e incierta de mejores condiciones; el paso caótico, sin sistema, de una a otra fábrica en un país hambriento, en medio de la más espantosa desorganización de los transportes y abastecimientos. Aparte de la desagregación de la clase obrera y una completa anarquía económica, ¿cuál podría ser el resultado de esta insensata tentativa de combinar la libertad burguesa de trabajo con la socialización proletaria de los medios de producción?

La militarización del trabajo no es, pues, camaradas, en el sentido que he indicado, un invento de algunos políticos u hombres de nuestro Departamento Militar, sino que aparece como un método inevitable de organización y disciplina de la mano de obra en la época de transición del capitalismo al socialismo. Si es cierto, como se afirma en la declaración de los mencheviques, que todas estas formas (reparto

obligatorio de la mano de obra, su empleo pasajero o prolongado en determinadas empresas, su reglamentación conforme al plan económico gubernamental) conducen a una disminución de la productividad, haced una cruz sobre el socialismo, pues es imposible fundar el socialismo en la baja de la producción. Toda organización social se basa en la organización del trabajo. Y si nuestra nueva organización del trabajo da por resultado una disminución de la producción, la sociedad socialista que se está formando camina fatalmente, por ese mismo hecho, hacia la ruina, cualquiera que sea nuestra habilidad y cualesquiera que sean las medidas de salvación que imaginemos.

Por estas razones, he dicho desde el principio que los argumentos mencheviques contra la militarización nos trasladan al centro mismo de la cuestión del trabajo obligatorio y de su influencia sobre la producción. ¿Es verdad que el trabajo obligatorio ha sido siempre improductivo? No hay más remedio que responder que éste es el más pobre y liberal de los prejuicios. Todo el problema se reduce a saber quién ejerce una presión, contra quién y por qué: qué Estado, qué clase, en qué circunstancias, por qué métodos. La organización de la servidumbre fue, en determinadas condiciones, un progreso y trajo aparejado un aumento de la producción. La producción aumentó también considerablemente bajo el régimen capitalista y, por consiguiente, en la época de la compraventa libre de la mano de obra en el mercado del trabajo. Mas el trabajo libre y el capitalismo al completo, una vez dentro de la fase imperialista, se han arruinado definitivamente por la guerra. Toda la economía mundial ha entrado en un periodo de sangrienta anarquía, de terribles conmociones, de miseria, de agotamiento, de destrucción de las masas populares. En estas condiciones, ¿se puede hablar de la productividad del trabajo libre, cuando los frutos de este tra-

bajo desaparecen diez veces más deprisa que se crean? La guerra imperialista, con sus consecuencias, ha demostrado la imposibilidad de la existencia ulterior de una sociedad basada en el trabajo libre. ¿O posee alguien el secreto que permita separar el trabajo libre del delírium trémens del imperialismo, dicho en otros términos, de hacer retroceder a la humanidad cincuenta o cien años? Si fuese cierto que nuestra organización del trabajo –que ha de sustituir al capitalismo–, que nuestra organización, establecida conforme a un plan y, por consiguiente, coercitiva, originará la ruina de la economía, esta organización significaría el fin de toda nuestra cultura, un retroceso de la humanidad hacia la barbarie y el salvajismo.

Por fortuna, no sólo para la Rusia de los sóviets, sino para toda la humanidad, la filosofía de la escasa productividad del trabajo obligatorio «siempre y cualesquiera que sean las condiciones en que se realice» está contenida en un viejo refrán liberal. La productividad del trabajo es una cantidad arbitraria en el conjunto de las circunstancias sociales más complejas, y no puede ser medida nunca, ni definida por adelantado como forma jurídica del trabajo.

Toda la historia de la humanidad es la historia de la organización y de la educación del hombre social para el trabajo, con el fin de obtener una mayor productividad. El hombre, como ya me he atrevido a decir, es un perezoso; es decir, se esfuerza instintivamente por obtener con el mínimo de esfuerzo el máximo de productos. Sin esta tendencia humana, no habría progreso económico. El desenvolvimiento de la civilización se mide por la productividad del hombre, y toda forma nueva de relaciones sociales debe soportar la prueba con esta piedra de toque.

El trabajo «libre» no ha nacido con toda su potencia productiva; sólo ha alcanzado una gran productividad progre-

sivamente, por la aplicación prolongada de métodos de organización y educación del trabajo. Esta educación empleó los medios y procedimientos más diversos, que se modifican además según las épocas. Al principio, la burguesía expulsaba de su pueblo a latigazos al *mujik* [campesino], y le dejaba en medio del camino después de haberle despojado de sus tierras. Y cuando no quería trabajar en la fábrica, le señalaba con un hierro candente, le ahorcaba, le enviaba a galeras, y acababa por acostumbrar al desdichado al trabajo de fábrica. En nuestra opinión, esta fase del trabajo «libre» difiere muy poco de los trabajos forzados, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales como desde el punto de vista legal.

En diversas épocas y en proporciones diferentes, la burguesía ha empleado simultáneamente el hierro candente, la represión y los métodos persuasivos. A este efecto, los sacerdotes le han prestado un inestimable concurso. En el siglo XVI se reformó la antigua religión católica, que defendía el régimen feudal, y adaptó a sus necesidades una religión nueva –la Reforma–, que combinaba la libertad del alma con la del comercio y el trabajo. Formó nuevos sacerdotes, que fueron sus guardianes espirituales y servidores devotos. Adoptó la escuela, la prensa, los municipios y el parlamento a su propósito de modelar las ideas de la clase trabajadora. Las diversas formas de salario (con jornal, a destajo, por contrato colectivo) no constituían en sus manos sino medios diversos de conseguir que el proletariado trabajara. A esto hay que añadir distintas formas de fomento del trabajo y de excitación al servilismo. En fin, la burguesía ha sabido apoderarse de las *trade unions* –organizaciones de la clase obrera– y aprovecharse de ellas para disciplinar a los trabajadores. Ha aplacado a los líderes, y, por medio de ellos, ha convencido a los obreros de la necesidad del trabajo apacible, de que su

obra sea irreprochable, de estricto cumplimiento de las leyes del Estado burgués. La culminación de toda esta labor ha sido el sistema Taylor, en el cual los elementos de organización científica del proceso de la producción se combinan con los procedimientos más perfeccionados del sistema diaforético.

De lo dicho se deduce claramente que la productividad del trabajo libre no es algo determinado, establecido, presentado por la historia en bandeja de plata. ¡No! Es el resultado de una larga política tenaz, represiva, educadora, organizadora, estimulante de la burguesía con respecto a la clase obrera. Poco a poco aprendió a exprimir una cantidad cada vez más mayor de productos del trabajo de los obreros, y el reclutamiento voluntario, única forma de trabajo libre, normal, sana, productiva y saludable, fue en sus manos un arma poderosa.

Una forma jurídica de trabajo que asegure por sí misma la productividad no ha existido nunca en la historia ni puede existir. La forma jurídica del trabajo corresponde a las relaciones e ideas de la época. La productividad del trabajo se desenvuelve sobre la base del desarrollo de las fuerzas técnicas, de la educación del trabajo, en virtud de la adaptación progresiva de los trabajadores a los medios de producción, que se modifican constantemente, y a las nuevas formas de relaciones sociales.

El establecimiento de la sociedad socialista significa la organización de los trabajadores sobre nuevas bases y su adaptación a éstas, su educación con el fin de aumentar constantemente la productividad. La clase obrera, bajo la dirección de su vanguardia, debe darse a sí misma su educación socialista. Quien no comprenda esto, no entiende una palabra del abecé de la realización socialista.

¿Cuáles son, pues, nuestros métodos de reeducación de los trabajadores? Desde luego, son más vastos que los de la

burguesía, y, además, honrados, justos, francos, limpios de toda hipocresía y de todo embuste. La burguesía tenía que echar mano de la mentira para presentar su trabajo como libre, cuando en realidad no sólo era socialmente impuesto, sino que estaba hasta esclavizado, puesto que era el trabajo de la mayoría en beneficio de la minoría. En cambio, nosotros organizamos el trabajo en interés de los obreros mismos, y por eso nada puede incitarnos a ocultar o encubrir el carácter socialmente obligatorio de su organización. No tenemos que contar cuentos de sacerdotes, de liberales ni de kautskistas. Decimos clara y francamente a las masas que no pueden salvar, educar y llevar al país socialista a una situación brillante sino a costa de un trabajo riguroso, de una severa disciplina y de la mayor puntualidad por parte de todo trabajador. El principal procedimiento que empleamos es la acción de la idea, la propaganda no de la palabra, sino del hecho. El trabajo obligatorio reviste un carácter coercitivo, pero esto no quiere decir que suponga ninguna violencia contra la clase obrera. Si el trabajo obligatorio hubiese chocado con la oposición de la mayoría de los trabajadores, habría quedado herido de muerte el régimen soviético. La militarización del trabajo, cuando se oponen a ella los trabajadores, es un procedimiento a lo Arakchéyev. La militarización del trabajo por la voluntad propia de los trabajadores mismos es un procedimiento de dictadura socialista. Que la obligación y militarización del trabajo no van en contra de la voluntad de los trabajadores, como ocurría con el trabajo «libre», lo atestigua más que todo cuanto pudiera decirse la considerable afluencia de obreros voluntarios a los «sábados comunistas», hecho único en los anales de la humanidad. Nunca ha presenciado el mundo una cosa semejante. Por su trabajo voluntario y desinteresado –una vez por semana y aún más en ocasiones– los obreros demuestran bri-

llantemente que están dispuestos no sólo a soportar el peso del trabajo «obligatorio», sino a dar al Gobierno un suplemento de trabajo por añadidura. Los «sábados comunistas», antes que manifestaciones espléndidas de solidaridad comunista, son la garantía más segura del éxito de la implantación del trabajo obligatorio. Y es preciso, por medio de una activa propaganda, aclarar, ampliar y fortalecer esta tendencia tan profundamente comunista.

El arma moral más fuerte de la burguesía es la religión, mientras que la nuestra es la explicación del verdadero estado de cosas, la difusión de los conocimientos naturales, históricos y técnicos, la iniciación en el plan general de la economía gubernamental, sobre cuya base debe utilizarse la mano de obra de que dispone el poder soviético.

La economía política fue, en otro tiempo, el principal motivo de nuestra agitación: el régimen social capitalista era un enigma, y este enigma lo hemos descifrado ante las masas. Ahora, el mismo mecanismo del régimen soviético, que llama a los trabajadores a los puestos más distintos, ha revelado a las masas los enigmas sociales. A medida que avancemos, la economía política adquirirá una importancia histórica, y las ciencias, que sirven para escrutar la naturaleza y buscar los medios de someterla al hombre, ocuparán el primer plano.

Los sindicatos deben emprender, en la más grande escala, una obra de educación científica y técnica para que a todo obrero su propio trabajo le obligue a desarrollar la actividad teórica del pensamiento. Esta última, girando alrededor del trabajo, lo perfecciona y hace más productivo. La prensa debe ponerse a la altura de la misión del país, no sólo como lo hace hoy, es decir, en el sentido de una agitación general en favor de un recrudecimiento de la energía obrera, sino también de la discusión y examen de los trabajos, planes y medios económicos concretos, del modo de resolverlos y, so-

bre todo, de comprobar y apreciar los resultados adquiridos. Los periódicos deben seguir día a día la producción de las fábricas más importantes, registrando los éxitos y fracasos, ensalzando unos y denunciando los otros...

El capitalismo ruso, por su carácter atrasado, su independencia y los rasgos parasitarios que de ello resultan, había conseguido, en mucho menor grado que el capitalismo de Europa, instruir, educar técnicamente y disciplinar industrialmente a las masas obreras. Esta labor incumbe hoy exclusivamente a las organizaciones sindicales del proletariado. Un buen ingeniero, un buen mecánico o un buen ajustador deben gozar de tanta celebridad y tanta gloria como antes los militantes revolucionarios, los agitadores más conocidos, y en nuestros días los comandantes y comisarios del pueblo más bravos y capaces. Los grandes y pequeños directores de la técnica deben ocupar un puesto de honor en el espíritu público, y hay que obligar a los malos obreros a que se avergüencen de no estar a la altura de su misión.

El pago de los salarios obreros en Rusia se hace todavía en dinero y es de presumir que así ocurra durante mucho tiempo. Pero cuanto más progresemos, más importante resultará satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Entonces los salarios perderán su razón de ser. Hoy no somos lo bastante ricos para hacer una cosa semejante. El aumento de la cantidad de artículos manufacturados es la obra principal a que todas las demás se subordinan. En el momento actual, tan sumamente difícil, los salarios no son para nosotros un medio de hacer más grata la existencia personal de cada obrero, sino un medio de apreciar lo que cada obrero aporta con su trabajo a la república proletaria.

Por esta razón, los salarios, tanto en dinero como en especie, deben ponerse en la mayor concordancia posible con la productividad del trabajo individual. En el régimen ca-

pitalista, el trabajo a destajo, la implantación del sistema Taylor, etc., tenían por objeto aumentar la explotación de los obreros y robarles la plusvalía. Una vez socializada la producción, el trabajo a destajo, etc., tiene por fin el acrecentamiento de la producción socialista y, por consiguiente, un aumento del bienestar común. Los trabajadores que contribuyen más al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte mayor del producto social que los perezosos, indolentes y desorganizadores.

El Estado obrero, en fin, al recompensar a los unos, no puede menos de castigar a los otros, es decir, a los que con todo conocimiento de causa quebrantan la solidaridad obrera, destruyen el trabajo común y causan un daño considerable a la reorganización socialista del país. La represión que tiene por objeto realizar las labores económicas es un arma necesaria de la dictadura socialista.

Todas las medidas enumeradas, con algunas otras, deben asegurar el nacimiento de la emulación en el dominio de la producción. Sin esto, nos sería imposible elevarnos nunca por encima de un nivel demasiado bajo. La emulación se basa en un instinto vital –la lucha por la existencia– que en el régimen burgués reviste un carácter de concurrencia. La emulación no desaparecerá en la sociedad socialista perfeccionada, pero revestirá, a medida que esté más asegurado el bienestar necesario a todos, un carácter cada vez más desinteresado y puramente ideológico. Se traducirá en una tendencia a prestar los mayores servicios posibles al pueblo, al distrito, a la ciudad y a la sociedad toda, y será recompensada con la popularidad, con el reconocimiento público, con la simpatía, o, tal vez, simplemente, con la satisfacción interna, resultado del sentimiento del buen cumplimiento de una obligación. Pero en el periodo de transición, lleno de dificultades, en condiciones de extrema pobreza material y escaso desa-

rrollo del sentimiento de solidaridad social, la emulación ha de ir fatalmente ligada en cierto modo al deseo de asegurarse objetos de uso personal. Tal es, camaradas, el conjunto de medios de que dispone el Gobierno proletario para aumentar la productividad del trabajo. Como vemos, no hay una solución al alcance de la mano. La solución no figura en ningún libro. Por otra parte, no puede haber aún libro de soluciones. Nosotros no hacemos más que empezar a escribir con el sudor y la sangre de los trabajadores. Y os decimos: obreros y obreras, defended el trabajo reglamentario. Sólo perseverando en él llegaréis a construir la sociedad socialista. Os encontráis frente a una obra que nadie realizará por vosotros: el aumento de la productividad del trabajo sobre nuevas bases sociales. No resolver el problema es perecer. Resolverlo es hacer progresar a la humanidad considerablemente.

Los ejércitos del trabajo

Empíricamente, y en modo alguno basándonos en consideraciones teóricas, hemos llegado a plantear la cuestión de la utilización del ejército para el trabajo (cuestión que ha adquirido entre nosotros una gran importancia teórica). Por fuerza de las circunstancias, en algunos lugares apartados de la Rusia soviética habían permanecido cierto tiempo grandes contingentes del ejército sin tomar parte en ninguna operación militar. Llevarlos a otros frentes donde se combatía era, sobre todo en invierno, muy difícil, dada la desorganización de los transportes. Este fue el caso, por ejemplo, del III Ejército, que se encontraba en la región del Ural. Los militantes que lo dirigían, comprendiendo que no nos era posible desmovilizarlo, plantearon por sí mismos la cuestión

de su paso a la obra del trabajo y enviaron un proyecto más o menos perfecto de ejército del trabajo.

La cosa era nueva y poco fácil. ¿Estaban dispuestos a trabajar los soldados rojos? ¿Sería su trabajo bastante productivo? ¿Se justificaría? A nosotros nos asaltaban las dudas a este respecto. No hay necesidad de decir que los mencheviques abundan en el sentido de la oposición. En el Congreso de los Sóviets de Economía Nacional, celebrado, si no me equivoco, en enero o a principios de febrero, es decir, cuando la cuestión no pasaba de ser un proyecto, Abrámovich predecía que nos íbamos a llevar irremisiblemente un chasco, que esta empresa insensata era una utopía digna de Arakchéyef, y así sucesivamente. Nosotros debíamos considerar las cosas de otro modo. Las dificultades eran grandes, cierto; pero no se distinguían en principio de todas las demás dificultades de la obra soviética en general.

Veamos realmente lo que representaba este III Ejército. Quedaban en él muy pocas tropas: en total, una división de cazadores y otra de caballería (entre las dos, quince regimientos), más dos cuerpos especiales. El resto de las tropas había sido distribuido mucho antes entre los demás ejércitos en los frentes de combate. Pero el organismo director del ejército seguía intacto y nosotros creíamos muy probable que necesitáramos enviarlo en la primavera, por el Volga, hasta el frente del Cáucaso, contra Denikin, que por aquel entonces no había sido todavía derrotado por completo. El contingente total de este III Ejército ascendía a unos 120.000 hombres. En esta masa, donde predominaba el elemento campesino, había cerca de 16.000 comunistas y simpatizantes, en su mayor parte obreros del Ural. Era, pues, por su composición, una masa campesina convertida en organización militar y dirigida por obreros de vanguardia. Trabajaban allí numerosos especialistas militares, que ocupaban

importantes puestos y estaban bajo el control político general de los comunistas. Si se echa una ojeada de conjunto sobre el III Ejército, se verá que es el reflejo de toda Rusia soviética. Lo mismo si consideramos al Ejército Rojo en su totalidad que la organización del poder soviético en un distrito, en una provincia o en toda la República, hallaremos siempre el mismo esquema de organización: miles de campesinos adaptados a nuevas formas de vida política, económica y social por el esfuerzo de los trabajadores organizados que llevan la dirección en todos los campos de la actividad soviética. A los especialistas de la escuela burguesa se los coloca en puestos que requieren conocimientos especiales, se les concede la autonomía necesaria; pero su trabajo es inspeccionado por la clase obrera, personificada en el Partido Comunista. Desde nuestro punto de vista, sólo es posible la implantación del trabajo obligatorio a condición de que se haga un reclutamiento entre el proletariado del campo bajo la dirección de los obreros avanzados. Por esto ni hubo ni pudo haber ningún obstáculo de principio que se opusiera a la aplicación al trabajo del ejército. En otros términos, las objeciones de principio de los mencheviques contra los ejércitos del trabajo no eran en el fondo sino objeciones contra el trabajo obligatorio y contra los métodos soviéticos de edificación socialista. Y éste es el motivo de que no nos haya costado refutarlas.

Quede bien entendido que no es que se haya adaptado el organismo militar a la dirección del trabajo. Por otra parte, nunca hemos hecho nada en ese sentido. La dirección seguía en manos de los órganos económicos correspondientes. El ejército suministraba la mano de obra necesaria en forma de unidades compactas y organizadas, aptas para la ejecución de los trabajos homogéneos más sencillos: retirada de las nieves, tala de árboles, obra de construcción, etc.

Hoy tenemos ya una experiencia considerable en lo tocante a la utilización del ejército del trabajo y en lo sucesivo podemos hacer más que previsiones. ¿Qué conclusiones sacar de esta experiencia? Los mencheviques se han apresurado a sacarlas. El mismo Abrámovich, su orador, ha declarado en el Congreso de Mineros que nos hemos llevado un chasco, que el ejército del trabajo no es más que una organización parasitaria en que cien hombres no valen lo que diez trabajadores. ¿Es esto cierto? No. Es exclusivamente una crítica odiosa formulada a la ligera por gentes que se mantienen alejadas, que ignoran los hechos, que no hacen más que recoger en todas partes los desperdicios y basuras, lo mismo cuando comprueban nuestro chasco que cuando lo anuncian. En realidad, no sólo no han fracasado los ejércitos del trabajo, sino que por el contrario han hecho importantes progresos, han demostrado su vitalidad, y maniobran ahora fortaleciéndose más cada día. Quienes han fracasado son los profetas que nos pronosticaban la inutilidad de esta empresa, que nos anunciaban que no trabajaría nadie, que los soldados rojos no irían al frente del trabajo, sino que se volverían a sus casas tranquilamente.

Estas objeciones estaban dictadas por el escepticismo pequeñoburgués, por la falta de confianza en la masa y en una audaz iniciativa organizadora. Pero, en el fondo, ¿no eran las mismas objeciones que teníamos que refutar cuando iniciábamos las grandes movilizaciones con fines exclusivamente militares? También entonces se trataba de espantarnos agitando el espectro de una deserción unánime (inevitable, se decía), después de la guerra imperialista. Ni que decir tiene que la deserción ha sido cruelmente castigada. Pero la experiencia ha demostrado que no ha revestido, ni con mucho, un carácter endémico ni la importancia que nos habían anunciado.

No ha destruido el ejército. El lazo espiritual y organizador, el voluntariado comunista y la presión gubernamental han hecho, posible movilizar a millones de hombres, constituir numerosas unidades y realizar las obras militares más complejas. En último extremo, el ejército ha vencido. Por lo que toca al trabajo, esperábamos idénticos resultados. Y no hemos sufrido desilusiones. Los soldados rojos no han desertado cuando hemos pasado del frente guerrero al frente del trabajo, como nos pronosticaban algunos escépticos. Gracias a una agitación bien encauzada, esta transición ha despertado un gran entusiasmo. No negamos que algunos soldados hayan querido abandonar el ejército, pero esto ocurre siempre que se trasladan grandes unidades militares de un frente a otro o desde la retaguardia a la vanguardia y, en general, cuando se las pone en movimiento y la deserción potencial se transforma en deserción activa. Mas cuando sucedían hechos semejantes, intervenían las secciones políticas, la prensa, los órganos especiales de lucha contra la deserción y el porcentaje actual de la deserción en los ejércitos del trabajo no es mayor que el de los ejércitos en combate.

Se había afirmado que a consecuencia de su estructura interna, los ejércitos del trabajo no podrían dar más que un pequeñísimo porcentaje de trabajadores. Esto sólo en parte es verdad. El III Ejército ha conservado, como ya he dicho, su organismo director con un número reducidísimo de unidades militares. Mientras, por consideraciones de orden militar y no económico, hemos conservado intacto el Estado Mayor del ejército y su dirección, el porcentaje de los trabajadores que suministraba era excesivamente bajo. De los 100.000 soldados rojos ocupados en las labores administrativas y económicas, sólo había un 21 por 100 de trabajadores; los servicios diarios de guardia (facción, etc.), a pesar del gran número de instituciones y depósitos milita-

res no ocupaban más que el 16 por 100; el número de enfermos, atacados de tifus sobre todo, y personal médico y sanitario no pasaba del 13 por 100; el de ausentes por diversas razones (misiones, permisos, ausencia ilegal) se elevaba al 25 por 100. Así pues, la mano de obra disponible no era más que el 23 por 100. Éste era el máximo de fuerzas que el III Ejército podía suministrar al frente de trabajo. En realidad, al principio, no dio más que el 14 por 100 de trabajadores, sobre todo si consideramos las divisiones de cazadores y caballería.

Pero tan pronto como se supo que Denikin estaba derrotado y que no necesitaríamos enviar al III Ejército al frente del Cáucaso en primavera, empezamos enseguida a liquidar los diferentes servicios del ejército y a adoptar de modo racional sus instituciones a los nuevos trabajos. Aunque todavía no hayamos acabado esta transformación, los resultados dados ya por ella no son menos considerables. Hoy (marzo de 1920), el antiguo III Ejército suministra un 38 por 100 de trabajadores con relación a sus efectivos. En cuanto a las unidades militares que trabajan a su lado en la región del Ural, dan ya un 49 por 100. Estos resultados no son despreciables si se comparan con lo que ocurre en las fábricas, en muchas de las cuales las ausencias, justificadas o no, pasan todavía del 50 por 100[1]. Añadamos a esto que, con frecuencia, sostienen el funcionamiento de las fábricas los padres de los trabajadores, mientras que los soldados del Ejército Rojo tienen que atender a su propio sostenimiento.

Si enviamos a estos jóvenes de 19 años, movilizados por el ejército del Ural, a talar árboles, veremos que de unos 30.000, más del 75 por 100 van al trabajo. Esto es ya un enorme progreso, y además la prueba de que utilizando el

[1] Desde esa época –junio de 1920– el porcentaje se ha rebajado considerablemente.

instrumento militar para su movilización y formación podemos introducir en las unidades de trabajo modificaciones que aseguren un alza considerable del porcentaje de los participantes en el proceso de la producción.

De ahora en adelante podremos hablar de la productividad de los ejércitos del trabajo basándonos en la experiencia adquirida. Al principio, la productividad en los distintos sectores del trabajo, a pesar del enorme entusiasmo, era, a decir verdad, demasiado baja. Y la lectura de los primeros comunicados del ejército del trabajo podía parecer claramente desalentadora. En los primeros tiempos, se necesitaban de trece a quince jornadas de trabajo para la preparación de un *sazhen* cúbico de madera, cuando la media fijada, que aun hoy sólo se alcanza raramente, es de tres días.

Hay que añadir que los especialistas de la materia son capaces, en condiciones favorables, de preparar un *sazhen* cúbico en un día. ¿Qué ha sucedido de hecho? Las unidades militares estaban destacadas lejos de los bosques de tala. Ocurría a menudo que para ir al trabajo y volver de él había que recorrer de ocho a diez *verstas,* lo que absorbía una parte importante de la jornada de trabajo. En los bosques faltaban las hachas y sierras. Muchos soldados rojos originarios de la estepa no conocían el bosque, no habían abatido árboles nunca y no estaban familiarizados con la sierra y el hacha. Los Comités Forestales de las provincias y distritos distaban mucho de haber aprendido, desde el comienzo, a utilizar las unidades militares, a dirigirlas adonde fuese necesario, a ponerlas en buenas condiciones. En estas circunstancias, nada tiene de sorprendente la poca productividad del trabajo. Pero una vez que se hubieron corregido estos defectos fundamentales, se obtuvieron resultados mucho más satisfactorios. Con arreglo a los últimos datos, el *sazhen* cúbico en este mismo III Ejército requiere cuatro días y medio de trabajo, lo que no se ale-

ja mucho de la norma actual. El hecho de que la productividad aumente sistemáticamente a medida que se mejora el trabajo, es altamente consolador.

Los resultados a que puede llegarse en este sentido han sido demostrados por la experiencia breve pero rica del batallón de ingenieros de Moscú. La plana mayor del cuerpo que dirigía las operaciones empezó por fijar una norma de tres días de trabajo por *sazhen* cúbico de madera. Esta norma fue pronto superada. En el mes de enero, un *sazhen* cúbico no necesitaba más que dos jornadas y media de trabajo; en febrero, 2,1; en marzo, 1,5, lo que representa una productividad elevadísima. Semejante resultado se ha obtenido gracias a una acción moral, a la especificación del trabajo de cada uno, a haberse despertado el amor propio del trabajador, a la concesión de primas a los obreros que producen más, o, para emplear el lenguaje de los sindicatos, a una tarifa móvil adaptada a todas las fluctuaciones individuales de la productividad. Esta experiencia casi científica nos señala el camino que debemos seguir en adelante.

En el momento actual poseemos muchos ejércitos del trabajo en acción: el primer ejército, los ejércitos de Petrogrado, de Ucrania, del Cáucaso, del Volga, de reserva. Este último, como se sabe, ha contribuido a aumentar la capacidad de transporte del ferrocarril de Kazán-Ekaterimburgo. Y en todas partes donde la experiencia de la utilización de las unidades militares se ha hecho con alguna inteligencia, los resultados se han encargado de demostrar que semejante método es indiscutiblemente practicable y óptimo.

En cuanto al prejuicio sobre el inevitable parasitismo de las organizaciones militares, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentren, ha quedado definitivamente deshecho. El Ejército Rojo encarna las tendencias del régimen soviético gubernamental. No hay que pensar ya más

en la ayuda de estas ideas muertas de la época desaparecida: «militarismo», «organización militar», «improductividad del trabajo obligatorio», sino considerar sin prevención las manifestaciones de nueva época y no olvidar que el sábado existe para el hombre, no el hombre para el sábado; que todas las formas de organización, incluso la militar, no son más que armas en manos de la clase obrera dueña del poder, que tiene derecho y puede adoptar, modificar, rehacer sus armas, mientras no haya obtenido los resultados deseados.

El plan económico único

La aplicación intensa del trabajo obligatorio, así como las medidas de militarización del trabajo, no pueden desempeñar un papel decisivo sino a condición de ser aplicadas sobre la base de un plan económico único, que abarque a todo el país y a todas las ramas industriales. Este plan debe elaborarse para un determinado número de años. Es natural que se divida en periodos, en consonancia con las etapas inevitables de la reorganización económica del país. Debemos empezar por las labores más simples a la vez que más fundamentales.

Ante todo, es necesario garantizar a la clase obrera la posibilidad de vivir, aunque sea en las condiciones más penosas, y para ello, de conservar los centros industriales y salvar las ciudades. Éste es el punto de partida. Si no queremos que el campo absorba a la ciudad y la agricultura a la industria, si no queremos «hacer campesino» a todo el país, tenemos que mantener, aunque sólo sea en un nivel mínimo, nuestros transportes, y asegurar a las ciudades el pan, combustible y materias primas y al ganado forraje.

Sin esto, no hay progreso posible. Por consiguiente, la obra más urgente del plan es mejorar el estado de los trans-

portes, o, por lo menos, evitar su desorganización ulterior, y crear reservas de los artículos más necesarios, de primeras materias y de combustibles. Todo el periodo siguiente se dedicará a la centralización y tensión de la mano de obra para la solución de estos problemas esenciales, condición previa del desenvolvimiento económico ulterior. ¿Se fijará por meses o por años cada uno de los periodos? Difícil es preverlo en este instante, máxime teniendo en cuenta que esto depende de causas múltiples, desde la situación internacional hasta el grado de unanimidad y resistencia de la clase trabajadora.

En el curso del segundo periodo deberá procederse a la construcción de las máquinas necesarias para el transporte, y a proveerse de primeras materias y de artículos. Aquí, la locomotora es lo esencial. Hoy día, la reparación de las locomotoras se efectúa conforme a procedimientos primitivos, que requieren un gasto de fuerza y medios muy considerables. Es indispensable, por consiguiente, empezar a reparar en masa, en lo sucesivo, las piezas de repuesto. Ahora que los ferrocarriles y fábricas de Rusia están en manos de un solo proletario –el Gobierno obrero–, podemos y debemos establecer un tipo de locomotora y de vagón para todo el país, unificar las piezas de repuesto, hacer que todas las fábricas necesarias se dediquen a la fabricación en masa de estas últimas, llegar a que las reparaciones no sean más que una simple sustitución de las piezas gastadas por otras nuevas, y ponernos, por tanto, en condiciones de efectuar el montaje en masa de las locomotoras. Ahora que disponemos otra vez de combustible y primeras materias, tenemos que concentrar nuestra atención especialmente en la construcción de locomotoras.

En el tercer periodo será necesario construir máquinas para fabricar objetos de primera necesidad.

Finalmente, el cuarto periodo, que se apoyará en los resultados adquiridos por los tres primeros, permitirá pasar a la producción de objetos de uso personal, en la mayor escala.

Este plan reviste una importancia considerable, no sólo en cuanto orientación general de nuestros órganos económicos, sino también en cuanto línea de conducta para la propaganda de nuestras labores económicas entre las masas obreras. Nuestras movilizaciones para el trabajo serán letra muerta y no cobrarán consistencia si no tocamos el punto sensible de todo lo que hay de honrado, consciente y entusiasta en la clase trabajadora. Debemos decir a las masas toda la verdad sobre nuestra situación y nuestras intenciones futuras, y declararles francamente que nuestro plan económico, aun con el esfuerzo máximo de los trabajadores, no nos proporcionará mañana ni pasado montes ni maravillas, pues en el curso del periodo más próximo orientaremos nuestra acción principal hacia el mejoramiento de los medios de producción con objeto de obtener una mayor productividad. Sólo cuando nos hallemos en estado de restablecer, aunque no sea más que en mínimas proporciones, los medios de transporte y producción, pasaremos a la fabricación de objetos de consumo. Así pues, el producto palpable del trabajo destinado a los obreros en forma de objeto de uso personal no se obtendrá sino en último término, cuando hayamos entrado en la cuarta fase del plan económico. Sólo en ese momento habrá una mejora importante que lime considerablemente las asperezas de la vida. Para que las masas que han de sufrir aún durante mucho tiempo penas y privaciones puedan soportar el peso de esto, tienen que comprender en toda su amplitud la lógica inevitable de este plan económico.

El orden de estos cuatro periodos económicos no debe tomarse en sentido absoluto. No está dentro de nuestras intenciones paralizar por completo nuestra industria textil;

aunque sólo fuera por razones de orden militar no podemos hacerlo. Pero con el fin de que la atención y las fuerzas no se dispersen bajo la presión de necesidades que se hacen sentir cruelmente, importa conformarse al plan económico –criterio principal– y distinguir lo esencial de lo secundario. Ni que decir tiene que no nos inclinamos en modo alguno hacia un estrecho comunismo social y nacional; el levantamiento del bloqueo y la revolución europea, sobre todo, impondrán profundas modificaciones a nuestro plan económico, reduciendo la duración a las fases de su desenvolvimiento y haciéndolas más próximas unas a otras. Pero no podemos prever cuándo sobrevendrán estos acontecimientos. Por esta razón hemos de sostenernos y fortalecernos nosotros mismos, sin tener en cuenta el desarrollo poco favorable, esto es, lentísimo, de la revolución europea y universal. En caso de que reanudemos, en efecto, las relaciones comerciales con los países capitalistas, nos inspiraremos igualmente en el plan económico antes definido. Entregaremos parte de nuestras materias primas a cambio de locomotoras y otras máquinas indispensables; pero en modo alguno a cambio de vestidos, calzado o artículos coloniales pues lo que nos importa, en primer término, es la importancia de medios de transporte, no de objetos de consumo.

Seríamos ciegos, escépticos y unos tacaños pequeñoburgueses si nos figurásemos que la reconstrucción económica puede ser una transición progresiva de la actual desorganización económica completa al estado de cosas que la ha precedido, o, en otros términos, que podemos volver a subir los mismos escalones que ya hemos descendido. Sólo después de un largo periodo pondremos nuestra economía al nivel en que se hallaba en vísperas de la guerra imperialista. Semejante modo de ver las cosas no sólo no serviría de consuelo, sino que sería, además, profundamente erróneo. La desorganiza-

ción que destruía innumerables riquezas, extirpaba al mismo tiempo muchas rutinas de la economía, muchas ineptitudes, muchas viejas costumbres, abriendo así el camino a la nueva estructura económica con arreglo a los datos técnicos, que son hoy los idénticos a los de la economía mundial.

Si el capitalismo ruso se ha desarrollado no gradualmente, sino a saltos, construyendo fábricas a la americana en plena estepa, razón de más para que semejante marcha forzada pueda llevarla la economía socialista. En cuanto hayamos vencido nuestra horrible miseria, acumulado algunas reservas de materias primas y de artículos y mejorado los transportes, libres ya de las cadenas de la propiedad privada, podremos franquear de un salto muchos grados y subordinar todas las empresas y todos los recursos económicos al plan de gobierno único.

Podremos también, seguramente, introducir la electrificación en todas las ramas fundamentales de la industria y en la esfera del consumo personal, sin tener que pasar de nuevo por «la edad del vapor». El programa de la electrificación está previsto en Rusia en cierto número de etapas consecutivas, en conformidad con las etapas fundamentales del plan económico general.

Una nueva guerra podría retardar la realización de nuestros designios económicos; nuestra energía y perseverancia pueden y deben apresurar el proceso de la reorganización económica. Pero sea cualquiera la rapidez del curso de los acontecimientos, es indudable que, como base de nuestra acción (movilización para el trabajo, militarización de la mano de obra, sábados comunistas y demás aspectos del voluntariado comunista del trabajo), debe hacerse un plan económico único. El periodo en que entramos exigirá de nosotros una concentración completa de toda nuestra energía para las primeras labores elementales: abastecimientos, combustible,

primeras materias y transportes. Mientras tanto, no debemos dispersar nuestra atención, desperdiciar nuestras fuerzas ni diseminarlas. Éste es el único camino para la salvación.

Dirección colectiva y dirección unipersonal

Los mencheviques tratan de otra cuestión, que parece ofrecerles ocasión para acercarse de nuevo a la clase obrera. Nos referimos a la forma de dirección de las empresas industriales. ¿Debe ser ésta colectiva o unipersonal? Afirman que la entrega de las fábricas a un director único en vez de a un comité es un crimen contra la clase obrera y la revolución socialista. De todos modos, no deja de ser extraño que los más ardientes defensores de la revolución socialista en contra del sistema unipersonal sean los mismos mencheviques que hace poco todavía pensaban que hablar de revolución social era mofarse de la historia y cometer un crimen contra la clase obrera...

Ahora bien, ocurre que el gran culpable ante la revolución socialista es el Congreso de nuestro Partido Comunista, por haberse declarado partidario del sistema unipersonal en la dirección de la industria, y especialmente en las fábricas. Sin embargo, sería un error de los más grandes el creer que esta decisión puede causar algún perjuicio a la actividad de la clase obrera. La actividad de los trabajadores no se define ni se mide porque la fábrica esté dirigida por tres hombres o por uno, sino por factores y hechos mucho más profundos: por la creación de órganos económicos en los que tengan participación activa los sindicatos, por la creación de todos los órganos soviéticos que constituyen el Congreso de los sóviets y representan a decenas de millones de trabajadores; por el nombramiento para la dirección (o para el con-

trol de la dirección) de los mismos dirigidos. En esto reside la actividad de la clase obrera. Y si la clase obrera, en el curso de su experiencia propia, llega a pensar, por medio de los congresos de su partido, de sus sóviets, de sus sindicatos, que es preferible poner al frente de una fábrica a un director que a un comité esta decisión suya está dictada por su actividad. Puede ser exacta o equivocada desde el punto de vista de la técnica administrativa; en todo caso, nadie se la impone al proletariado; se la dicta su propia voluntad. Y sería el mayor de los errores confundir la cuestión de la autoridad del proletariado con la de los comités obreros que administran las fábricas. La dictadura del proletariado se traduce por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, por la subordinación de todo el mecanismo soviético a la voluntad colectiva de las masas; de ningún modo por la forma de dirección de las diversas empresas.

Antes de seguir adelante, vamos a refutar otra acusación lanzada contra los defensores de la dirección unipersonal. Los adversarios declaran: son los militaristas soviéticos quienes quieren utilizar su experiencia militar en los problemas económicos; tal vez en el ejército el principio de la dirección unipersonal sea excelente, pero en la economía no vale nada. Esta afirmación es falsa en todos los sentidos. En primer lugar, es totalmente inexacto que hayamos empezado implantando en el ejército el sistema unipersonal; hoy mismo estamos muy lejos de haberlo adoptado íntegramente. Es igualmente falso que no hayamos empezado a defender las formas de dirección unipersonal con la participación de los especialistas en las empresas económicas más que basándonos en nuestra experiencia militar. En realidad, partíamos y partimos en este asunto de una concepción puramente marxista de los problemas revolucionarios y de la misión del proletariado una vez dueño del poder.

No sólo desde el comienzo de la revolución, sino mucho antes, habíamos comprendido la necesidad de aprovechar los conocimientos y las experiencias técnicas del pasado, la necesidad de llamar a los especialistas, de utilizarlos todo lo posible, con el fin de que la técnica no retroceda, de que siga su progreso. Yo presumo que si la guerra civil no hubiese deshecho nuestros órganos económicos, privándolos de todo lo que tenían de vivo, en cuanto a iniciativa y actividad, habríamos implantado mucho antes y sin dolor el sistema unipersonal para la dirección económica.

Algunos camaradas consideran el órgano de la dirección económica principalmente como una escuela. Esto es absurdo: la misión de los órganos directores es dirigir. Que quien desee y se sienta con aptitud para dirigir vaya a las escuelas, asista a los cursos especiales de instructores y trabaje con ellos como adjunto, con el fin de observar y adquirir experiencia. Pero el que puede dirigir una fábrica, que no vaya a ella para aprender, sino para ocupar un puesto administrativo y económico de responsabilidad. Si aún se considera esta cuestión con un criterio estrecho, diré que el sistema unipersonal representa una escuela diez veces mejor. Si, en efecto, os es imposible sustituir a un buen trabajador por otros tres poco competentes, y si, a pesar de todo, formáis con ellos un comité al que están confiadas las funciones más importantes de la dirección, los colocáis así en la imposibilidad de darse cuenta de lo que les falta. Cada uno de ellos cuenta con los otros cuando se trata de tomar una decisión, y si se fracasa, se echan mutuamente la culpa unos a otros.

Que esto no es cuestión de principio lo demuestran los mismos adversarios del sistema unipersonal al no reclamar el sistema de comités para los talleres, corporaciones y minas. Hasta llegar a declarar que se necesita ser un insensato

para exigir que un taller sea dirigido por tres o cinco personas; según ellos, la dirección debe estar sólo a cargo de un administrador del taller. ¿Por qué? Si la dirección colectiva es una escuela, ¿por qué no admitir también esa escuela elemental? ¿Por qué no introducir igualmente en los talleres la administración colectiva? Y si el sistema de comités no es una condición *sine qua non* para los talleres, ¿por qué es indispensable para las fábricas?

Abrámovich ha afirmado que, puesto que en Rusia hay muy pocos especialistas –por culpa de los bolcheviques, repite después Kautsky–, tenemos que sustituirlos a la fuerza por comités obreros. Simples variantes. Ningún comité formado por personas que no saben el oficio puede sustituir a un hombre competente. Un colegio –o buró– de abogados no puede reemplazar a un simple guardagujas. La misma idea de esto es una idea falsa. El comité por sí mismo no puede enseñar nada a un ignorante. No puede hacer más que ocultar su ignorancia. Si se coloca a una persona en un puesto administrativo importante, tiene la posibilidad de ver claramente, no sólo en los demás, sino en sí mismo, lo que sabe y lo que ignora. Pero nada hay peor que un comité de ignorantes, integrado por trabajadores mal preparados para la función que se les encomienda y que carecen de conocimientos especiales. Sus miembros están constantemente desamparados y desconfían unos de otros, lo que origina la confusión y el desarreglo de toda su labor. La clase obrera tiene un profundo interés en aumentar su capacidad directora, esto es, en instruirse. Pero en el dominio industrial sólo puede conseguirlo si la dirección da cuenta de su actividad a todo el personal de la fábrica, y aprovecha estas ocasiones para poner a discusión el plan económico del trabajo del año o del mes corriente. Todos los obreros que se interesan seriamente en la cuestión de la organización industrial son enviados a

cursos especiales, íntimamente relacionados con el trabajo práctico de la fábrica misma. Luego se los obliga a ocupar puestos de importancia secundaria, para elevarlos después a los más importantes. Así hemos formado a millares y formaremos decenas de millares. La cuestión de la dirección de tres o cinco personas interesa, no a las masas obreras, sino a la burocracia obrera soviética, más atrasada, más débil y menos apta para un trabajo independiente. Un administrador avanzado, firme y consciente, procura tomar en sus manos toda la fábrica para probar a los demás y convencerse él mismo de que es capaz de dirigir. Mas si el administrador es débil, intentará unirse a otros para que su debilidad pase inadvertida. El sistema de comités está lleno de peligros, porque en él desaparece la responsabilidad personal. Si el obrero es capaz pero inexperimentado, necesita un director. Bajo su dirección adquirirá los conocimientos que le faltan, y mañana podremos convertirlo en director de una pequeña fábrica. Así seguirá su camino. Pero si le ocurre caer en un comité donde la fuerza y debilidad de cada uno no se manifiestan con claridad, su sentimiento de responsabilidad desaparecerá infaliblemente.

Ni que decir tiene que nuestra resolución no prevé una implantación sistemática de la dirección unipersonal, efectuada de un simple plumazo. Son posibles diversas variantes y combinaciones. Cuando un obrero sea capaz de realizar la obra que se le ha encomendado, le haremos director de la fábrica, poniendo a su lado a un especialista. Si el especialista es hombre valioso, es a él a quien nombraremos director, poniendo a su lado a dos o tres obreros. En fin, cuando el comité haya dado pruebas de su capacidad, lo conservaremos. Éste es el único modo serio de considerar el problema, y sólo así podremos organizar la producción de un modo regular.

Existe, además, una consideración, de cierto carácter social y educativo, importantísima a mi juicio. En Rusia, la elite dirigente de la clase obrera es demasiado reducida. Esta elite ha practicado la acción política ilegal. Durante mucho tiempo ha sostenido una lucha revolucionaria. Ha vivido en países extranjeros. Ha leído mucho en las cárceles y en el destierro, ha adquirido una considerable experiencia política y una gran amplitud de criterio. Representa lo mejor de la clase obrera. Detrás de ella viene la generación más joven, que participa conscientemente en la revolución desde 1917. Es una parte muy valiosa de la clase obrera. Dondequiera que dirijamos la mirada: a la organización soviética, a los sindicatos, a la acción del partido frente a la guerra civil…, el papel director lo desempeña esta elite del proletariado. La principal acción gubernamental del poder soviético en estos años y medio consistía en maniobrar con esa elite de trabajadores, que enviaba ora a un frente, ora a otro.

Las capas más bajas de la clase obrera, de origen campesino, aunque de espíritu revolucionario, aún son muy pobres en iniciativa. ¿Qué padece el *mujik* ruso? Un mal gregario: la ausencia de personalidad, es decir, lo que ha sido cantado por nuestros *narodnikis* reaccionarios, lo glorificado por Lev Tolstoi, en la persona de Platón Karatáyev: el campesino se disuelve en la comunidad y se somete a la tierra. Está claro que la economía socialista no se funda en los Platón Karatáyev, sino en los trabajadores que piensan, dotados de espíritu de iniciativa y conscientes de su responsabilidad. Es preciso a toda costa desarrollar en el obrero el espíritu de iniciativa. El carácter dominante de la burguesía es un grosero individualismo junto al espíritu de concurrencia. El de la clase obrera no está en contradicción con la solidaridad y colaboración fraternales. La solidaridad socialista no puede basarse en la falta de individualidad y en

la inconsciencia animal. Y es esta ausencia de individualidad precisamente la que se oculta en el sistema de los burós o comités, en la administración colectiva.

En la clase obrera hay muchas fuerzas, muchos talentos y aptitudes. Es menester aprovechar todo esto, que la emulación despierte todas las energías. La dirección unipersonal en el dominio administrativo y técnico contribuye a ello. Por esta razón es superior y más fecunda que la dirección colectiva.

Conclusión

Camaradas: los argumentos de los oradores mencheviques, especialmente de Abrámovich, reflejan sobre todo un completo alejamiento de la vida y de sus obras. Éstos se hallan en el mismo caso de un observador que, teniendo que atravesar a nado una corriente de agua, reflexiona primero profundamente sobre la calidad de las aguas y la fuerza de la corriente. ¡Hay que pasar el agua, sin embargo! ¡Tal es todo el problema! Y nuestro kautskista, ora sobre un pie, ora sobre otro, exclama: «Nosotros no negamos esa necesidad; pero vemos los peligros que ofrece, pues son numerosos: la corriente es rápida, hay escollos, y estamos fatigados, etc. Pero es inexacto, completamente inexacto que nosotros no admitamos la necesidad de pasar el agua. No nos negábamos a admitirlo ni hace veintitrés años».

De un extremo a otro, todo su razonamiento está construido así. En primer lugar dicen los mencheviques, nosotros no negamos ni hemos negado nunca la necesidad de la defensa y, por consiguiente, del ejército. En segundo término, tampoco rechazamos en principio el trabajo obligatorio. Porque ¿han existido nunca, salvo en algunas sectas religiosas,

hombres capaces de repudiar «de un modo general» la legítima defensa? Sin embargo, todos vuestros conocimientos abstractos no hacen que las cosas adelanten una pulgada. Cuando se trataba de la lucha y de la creación de un ejército contra los enemigos reales de la clase trabajadora, ¿cuál ha sido vuestra actitud? Os habéis opuesto a ello, lo habéis saboteado, sin negar, es cierto, la necesidad de defenderse. Decíais y escribíais en vuestros periódicos: «¡Abajo la guerra civil!», en el mismo momento en que los guardias blancos nos ponían el cuchillo en la garganta. Y después de una aprobación tardía de nuestra defensa victoriosa, os atrevéis aún a fijar vuestra mirada crítica en nuestras nuevas obras y a declarar: «Nosotros no nos oponíamos, en términos generales, al trabajo obligatorio; pero... sin presión jurídica». ¡Qué formidable contradicción hay en estas palabras! La noción de «obligación» contiene en sí misma un elemento de presión. El hombre oprimido se ve obligado a hacer algo. Si no hace nada, evidentemente sufrirá la presión, o, en otros términos, el castigo. Queda por saber cuál es la presión. Abrámovich declara: «La presión económica, sí; pero no la presión jurídica». El camarada Holzmann, representante del sindicato metalúrgico, ha puesto de manifiesto soberbiamente todo el escolasticismo de semejante argumentación. En el régimen capitalista, es decir, en el régimen del trabajo libre, la presión económica era ya inseparable de la presión jurídica. Ahora, con mucho más motivo.

He tratado de hacer comprender, en mi informe, que para instruir a los trabajadores sobre nuevas bases sociales, acerca de nuevas formas de trabajo y conseguir una mayor productividad de trabajo, no hay más que un procedimiento: la aplicación simultánea de diversos métodos, el del interés económico de la presión jurídica, el de la influencia que puede ejercer la organización económica interiormente coordi-

nada, el de la coerción y, sobre todo, el de la persuasión, agitación y propaganda, y, por último, el de la elevación del nivel cultural. Sólo con la combinación de todos estos medios puede alcanzarse un nivel elevado de economía socialista.

Si en el régimen capitalista el interés económico se combina infaliblemente con la presión jurídica, tras la cual se halla la fuerza material del Estado, con mayor razón deberá ser importante en el Estado soviético, esto es, en el estado de transición al socialismo, vincular en general la presión económica con la presión jurídica. En Rusia, las empresas más importantes están en manos del Estado. Cuando al tornero Iványov le decimos: «Tienes que trabajar ahora en la fábrica de Sórmovo; si te niegas, no recibirás tu ración», ¿qué es esto? ¿Una presión económica o una presión jurídica? No puede irse a otra fábrica, pues todas están en manos del Estado, que no permitiría semejante mudanza. La presión económica se confunde aquí con la represión gubernamental. Abrámovich desearía aparentemente que el reparto de la mano de obra estuviese regularizado por el aumento de salarios, la concesión de primas, etc., que bastaría para atraer a las empresas más importantes a los trabajadores necesarios. Al parecer, éste es todo su pensamiento. Pero si se plantea así la cuestión, todo militante honrado del movimiento sindical comprenderá que ésa es una de las peores utopías. No podemos esperar la afluencia de mano de obra sobre el mercado de trabajo sin que el Estado tenga suficientes recursos de artículos alimenticios, alojamientos, transportes, es decir, recursos de lo que está por crear precisamente. Sin el traslado en masa, regularmente organizado por el Estado, de la mano de obra conforme a las necesidades de los órganos económicos, no obtendremos ningún resultado. Para nosotros ha llegado la hora de la presión y comprendemos toda su necesidad económica. Os he leído un telegrama de Ekaterimburgo so-

bre la marcha de las operaciones en el primer ejército del trabajo. En él se dice que más de 4.000 obreros cualificados han pasado por el Comité del Ural encargado de hacer efectivo el trabajo obligatorio. ¿De dónde venían? La mayor parte del III Ejército. No los han enviado a su casa, sino impuesto una nueva ocupación. Desde el ejército han pasado a manos del Comité de Trabajo Obligatorio, que les ha repartido por categorías y distribuido entre las fábricas. Desde el punto de vista liberal esto es una «violencia» contra la libertad individual. Sin embargo, la mayoría de los obreros ha partido para el frente del trabajo como había partido antes para el frente militar, comprendiendo claramente que lo exigían intereses superiores. Algunos, aun así, no han consentido de buen grado, por lo que ha habido que obligarles.

El Estado –no es necesario decirlo– debe colocar, por medio del sistema de primas, a los mejores trabajadores en condiciones de existencia más favorables. Pero esto no excluye, antes al contrario, supone que el Estado y los sindicatos (sin el concurso de los cuales el Gobierno soviético no podría reorganizar la industria) adquieren sobre el obrero ciertos derechos nuevos. El trabajador no comercia con el Gobierno soviético; está subordinado al Estado, sometido a él en todos los respectos, porque es su Estado.

«Si se nos hubiese dicho simplemente –declara Abrámovich– que se trata de disciplina sindical, no habría habido motivo para entablar este debate. Pero ¿qué pinta aquí el militarismo?». Seguramente se trata, sobre todo, de disciplina sindical, pero de la disciplina nueva de los nuevos sindicatos industriales. Vivimos en un país soviético, donde la clase obrera es dueña del poder, lo que no comprenden nuestros kautskistas. Cuando el menchevique Rubtsov dice que en mi informe no queda casi nada de los sindicatos, no le falta razón. De los sindicatos, como él los entiende, es decir, del tipo

tradeunionista, queda a decir verdad, muy poca cosa; pero a la organización profesional e industrial de la clase obrera rusa la incumben las más grandes tareas. ¿Cuáles? Desde luego, no la de luchar contra el Gobierno en nombre de los intereses del trabajo. Se trata de una labor constructora, de economía socialista, realizada en perfecta armonía con el Gobierno. Esta especie de sindicato es un principio una organización nueva, distinta no sólo de las *trade unions,* sino también de los sindicatos revolucionarios que existen en los regímenes burgueses, como la dominación del proletariado es distinta del dominio de la burguesía. El sindicato industrial de la clase obrera dirigente no tiene los mismos fines, ni los mismos métodos, ni la misma disciplina que los sindicatos de la clase obrera oprimida. En Rusia, todos los trabajadores deben entrar en los sindicatos. Los mencheviques se declaran adversarios de este principio, cosa perfectamente comprensible porque lo son en el fondo de la dictadura del proletariado. En último resultado, toda la cuestión se resume en esto. Los kautskistas se oponen a la dictadura del proletariado, y, por lo mismo, a todas sus consecuencias. La presión económica, como la presión jurídica, no es más que una manifestación de la dictadura de la clase obrera en dos dominios íntimamente relacionados. Abrámovich no nos ha demostrado con tanta profundidad que puede haber presión en el régimen socialista y que la coerción es opuesta al socialismo, como que en el régimen socialista el sentimiento del deber, el hábito del trabajo, el atractivo del trabajo, etc., serán suficientes. Esto es evidente. Basta con ampliar esta verdad indiscutible. Lo cierto es que en el régimen socialista no habrá instrumento de presión ni Estado. El Estado se disolverá en la comuna de producción y consumo. Con todo, el socialismo, en su proceso, atraviesa una fase de la más alta estatización. Precisamente en ese periodo nos encontramos

nosotros. Así como la lámpara, antes de extinguirse, brilla con una luz más viva, el Estado, antes de desaparecer, reviste la forma de dictadura del proletariado; es decir, del más despiadado gobierno, de un gobierno que abraza imperiosamente la vida de todos los ciudadanos Abrámovich y, en general, el menchevismo no han advertido esta bagatela, este pequeño grado de la historia, que es lo que les hace titubear.

Ninguna otra organización, salvo el ejército, ha ejercido sobre el hombre una coerción más rigurosa que la organización gubernamental de la clase obrera en la época de transición más dura. Precisamente por eso, hablamos nosotros de militarización del trabajo. El destino de los mencheviques es ir a remolque de los acontecimientos y aceptar las partes del programa revolucionario que ya han tenido tiempo de perder toda su influencia práctica. Hoy, el menchevismo –aunque prescinda de las reticencias– no discute ya la legalidad de las represiones contra los guardias blancos y los desertores del Ejército Rojo. Ha tenido que admitirlas después de sus propias y desdichadas experiencias de «democracia». Al parecer, ha comprendido muy tarde que, frente a las bandas contrarrevolucionarias no se resuelve el problema con afirmaciones en que se diga que el régimen socialista no tendrá que recurrir al terror rojo... Pero en el campo económico, los mencheviques tratan todavía de hacernos pensar en nuestros hijos y, sobre todo, en nuestros nietos. Y, sin embargo, delante de esta triste herencia que la sociedad burguesa y la guerra civil inacabada nos han legado, tendremos que construir ahora sin pérdida de tiempo.

El menchevismo, como todo el kautskismo en general, se pierde en vulgaridades democráticas y en obstrucciones socialistas. Se convence una vez más de que para él no existe periodo de transición, es decir, de revolución proletaria, que imponga sus obligaciones propias. De aquí proviene la

inerte monotonía de sus críticas, de sus indicaciones, de sus planes y de sus recetas. No se trata de lo que ocurrirá dentro de veinte o treinta años –ni que decir tiene que las cosas entonces irán infinitamente mejor–, sino de saber cómo remediar la desorganización, cómo repartir en este momento la mano de obra, cómo aumentar hoy la productividad del trabajo, qué actitud adoptar especialmente frente a los 4.000 obreros cualificados que hemos encontrado en el ejército, en el Ural. ¿Abandonarlos, diciéndoles: «Marchaos adonde queráis»? No, no podemos obrar así. Los hemos incorporado a contingentes militares especiales y los hemos distribuido entre las fábricas.

«Entonces, ¿en qué se diferencia vuestro socialismo –exclama Abrámovich– de la esclavitud egipcia? Casi por los mismos procedimientos construyeron las pirámides los faraones, obligando a las masas a que trabajaran». ¡Inimitable comparación para un «socialista»! También aquí nuestro menchevique ha perdido de vista un pequeño pecado: ¡la naturaleza de la clase que ejerce el poder! Abrámovich no ve la diferencia que existe entre el régimen egipcio y el nuestro. Se le ha olvidado que en Egipto había faraones, propietarios de esclavos y esclavos. No fueron los campesinos egipcios quienes, por medio de sus sóviets, decidieron construir las pirámides: había allí un régimen social jerárquico de castas y fue su enemigo de clase el que los obligó a trabajar. En Rusia se aplica la presión por el poder obrero y campesino en nombre de los intereses de las masas laboriosas. He aquí lo que Abrámovich no ha notado. Nosotros hemos aprendido en la escuela del socialismo que todo el desenvolvimiento social está basado en la existencia de clases y en su lucha, y que el curso de la vida depende de la clase que ocupa el poder y de los fines en nombre de los cuales desarrolla su política. Pero esto no lo ha comprendido Abrámovich. Acaso conozca perfecta-

mente el Antiguo Testamento; pero el socialismo es para él un libro herméticamente cerrado.

Siguiendo con las analogías liberales y superficiales, que no tienen en cuenta la naturaleza de clase del Estado, Abrámovich hubiera podido (y ya los mencheviques lo han hecho muchas veces) identificar el Ejército Rojo con el Ejército Blanco. En uno como en otro, las movilizaciones se efectuaban con preferencia entre las masas campesinas. En ambos se recurría a la presión. En uno y otro había muchos oficiales que habían servido en las filas zaristas. En los dos campos, los fusiles eran iguales, los cartuchos idénticos. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? Hay una, señores, y se manifiesta por un indicio fundamental: ¿quién ejerce el poder? ¿La clase obrera o la nobleza, los faraones o los *mujiks,* la canalla reaccionaria o el proletariado de Petrogrado? Existe una diferencia, y la suerte de Yudénich, de Kolchak y de Denikin lo acredita. Aquí, los obreros han movilizado a los campesinos; en ellos, ha sido una casta de oficiales reaccionarios. Nuestro ejército se ha fortalecido; los ejércitos blancos han quedado deshechos. Hay una diferencia entre el régimen soviético y el de los faraones, y no en vano los proletarios han empezado su revolución fusilando en los campanarios a los «faraones» de Petrogrado[2].

Uno de los oradores mencheviques ha tratado de presentarme como abogado del militarismo en general. De los informes que proporciona resulta, ¡ya ven ustedes!, que yo defiendo nada menos que el militarismo alemán. Yo he demostrado –fíjense ustedes bien en esto– que el suboficial alemán es una maravilla de la naturaleza y que sus obras son tan perfectas que

[2] Este fue el nombre dado a la policía imperial, a la que el ministro del Interior, Protopópov distribuyó a finales de febrero de 1917 por los tejados de las casas y los campanarios.

no pueden imitarse... ¿Cuál esexactamente mi afirmación? Únicamente que el militarismo en que todos los caracteres del desenvolvimiento social hallan su expresión más absoluta, puede ser considerado desde dos puntos de vista: primero, desde el punto de vista político o socialista –y aquí todo depende de la clase que ocupa el poder–; segundo, desde el punto de vista de la organización, como un sistema estricto de distribución de obligaciones, de relaciones mutuas regulares, de responsabilidad absoluta, de ejecución rigurosa. El ejército burgués es un instrumento de opresión despiadada y de sumisión de los trabajadores, mientras que el ejército socialista es un arma de emancipación y de defensa de éstos. Mas la subordinación absoluta de una parte a otra es un rasgo común a todo ejército. Un régimen interno riguroso e indisoluble es la característica de la organización militar. En la guerra todo descuido, toda ligereza, hasta una simple inexactitud, pueden ser causa de considerables pérdidas. De aquí la tendencia de la organización militar a llevar a su más alto grado de precisión la exactitud de las relaciones y la responsabilidad. Estas cualidades «militares» son apreciadas en todas partes donde aparecen. Y en este sentido he dicho que toda clase sabía apreciar a los miembros a su servicio que, en condiciones análogas, han sufrido la disciplina militar. El campesino alemán que ha salido del cuartel con el grado de suboficial era para la monarquía alemana –y lo sigue siendo para la república de Ebert– un elemento mucho más valioso que cualquiera de los restantes campesinos que no han pasado por esta escuela. El mecanismo de los ferrocarriles alemanes ha sido considerablemente mejorado gracias a la presencia de oficiales y suboficiales en los puestos administrativos del Departamento de Vías de Comunicación. En este sentido, tenemos que aprender mucho del militarismo. El camarada Tsypérovich –uno de los militantes más considerados de nuestros sin-

dicatos– afirmaba aquí que un obrero sindicalista que ha pasado por la disciplina militar durante años, que ha ocupado un puesto importante, de comisario, por ejemplo, no se ha inutilizado en lo más mínimo para la acción sindical. Después de haber combatido por la causa proletaria, ha vuelto al sindicato como antes pero más templado, más viril, más independiente, más resuelto, porque ha tenido que afrontar grandes responsabilidades. Ha dirigido a millares de soldados rojos de distinto nivel social, en su mayor parte campesinos. Con ellos ha vivido las victorias y las derrotas. Ha conocido los avances y los retrocesos. Ha visto casos de traición bajo su mando, alzamientos de campesinos, oleadas de pánico; pero, siempre en su puesto, ha contenido a la masa menos consciente, la ha dirigido, la ha entusiasmado con su ejemplo, sin dejar de castigar despiadadamente a los traidores. Es esto una experiencia grande y valiosa. Y así, cuando el ex militar vuelve al sindicato, es un magnífico organizador.

En la cuestión del sistema de comités o colegiados (burós) para la administración de la producción, los argumentos de Abrámovich son tan absurdos como en todos los demás casos. Son los argumentos de un observador extranjero que está al margen de todo.

Abrámovich nos explica que una buena dirección colectiva es preferible a una mala dirección unipersonal, y que en todo buró bien organizado debe haber un excelente especialista. Esto es admirable en todos los sentidos. ¿Por qué los mencheviques no nos ofrecen algunos cientos de burós de esta naturaleza? Presumo que el Consejo Superior de Economía Popular los aceptaría gustosamente. Nosotros no somos observadores, sino trabajadores que tenemos que construir con el material puesto a nuestra disposición. Disponemos de especialistas, un tercio de los cuales es concienzudo e instruido; otro tercio a medias, y el otro totalmente inútil. La clase obre-

ra es fecunda en hombres capaces, abnegados y enérgicos. Los unos –desgraciadamente poco numerosos– poseen ya los conocimientos y experiencia necesarios. Los otros tienen carácter y aptitudes, pero no conocimientos ni experiencia. Los terceros carecen de ambas cosas. De este material hay que sacar los directores de fábricas, talleres, etc., cosa imposible de hacer con simples frases. Ante todo, es necesario seleccionar a los obreros que, en la práctica, han demostrado ser capaces de dirigir empresas, y darles ocasión de probar sus aptitudes. Estos obreros desean una dirección unipersonal, pues las direcciones de fábricas no son escuelas para rezagados. Un obrero enérgico, al corriente de su negocio, quiere dirigir. Si ha decidido y ordenado, su decisión debe ser cumplida. Puede sustituírsele: esto es otro problema. Pero mientras sea el dueño –un dueño soviético y proletario–, dirige la empresa en su totalidad. Si se le nombra miembro de un Comité compuesto de personas más débiles que él y que se encargan también de la dirección, no se obtendrá ningún resultado positivo. Semejante obrero administrador deberá tener al lado uno o dos especialistas, según la importancia de la empresa. Si no se tiene a mano un administrador de esta naturaleza y sí, en cambio, un especialista concienzudo que conozca el negocio, le colocaremos al frente de la empresa, y en calidad de auxiliares pondremos a su lado a dos o tres obreros, con objeto de que toda decisión del especialista sea conocida por sus adjuntos, sin que éstos tengan, sin embargo, derecho a anularla. Seguirán minuciosamente su trabajo, y de este modo adquirirán conocimientos. Al cabo de unos meses, gracias a este sistema, estarán en condiciones de ocupar puestos importantes por sí mismos.

Abrámovich, recogiendo mis palabras, ha citado el ejemplo de un barbero que ha llegado a mandar una división y un ejército. Es verdad. Pero lo que no dice Abrámovich, es

que si han empezado a mandar divisiones y ejércitos algunos camaradas comunistas es porque, antes, habían sido comisarios agregados a comandantes especiales. Toda la responsabilidad incumbía al especialista, que sabía que había de responder íntegramente del menor error, sin poder disculparse por su condición de «miembro consultor» de un buró...

Hoy, la mayor parte de los puestos de mando del ejército, sobre todo los inferiores, o sea los más importantes desde el punto de vista político, están ocupados por obreros y campesinos avanzados. Hemos elevado a los oficiales a los puestos de mando, hemos hecho comisarios a los obreros, y han aprendido a vencer.

Camaradas: entramos ahora en un periodo difícil, acaso el más difícil. A las épocas penosas de la vida de los pueblos y las clases les corresponden medidas implacables. Cuanto más avancemos, más fácil será la obra, más libre se sentirá todo ciudadano, más insensible será la coerción del Estado obrero. Quizás entonces autoricemos a los mencheviques a publicar sus periódicos, admitiendo que haya todavía mencheviques. Pero ahora vivimos en una época de dictadura política y económica. Y esta dictadura es la que los mencheviques quieren destruir. Mientras luchamos en el frente de la guerra civil para proteger la revolución contra sus enemigos, su periódico escribe: «¡Abajo la guerra civil!». Esto es lo que no podemos tolerar. La dictadura es la dictadura, la guerra es la guerra. Y ahora que hemos llegado a la más alta concentración de fuerzas en el campo del renacimiento económico, los kautskistas rusos, los mencheviques, siguen fieles a su vocación contrarrevolucionaria: su voz resuena como antes, como la de la duda y la derrota; destruye y mina, siembra la desconfianza y la debilidad.

¿No es monstruoso, a la par que ridículo, oír, en este Congreso donde están reunidos 1.500 representantes de la cla-

se obrera rusa, en que los mencheviques no figuran sino en una proporción del 5 por 100, mientras los comunistas constituyen las nueve décimas partes de la asamblea; no es monstruoso, a la vez que ridículo, oír a Abrámovich aconsejarnos que «no nos dejemos apasionar por semejantes métodos, mientras una minoría aislada sustituya al pueblo»? «¡Todo por el pueblo –dice el representante de los mencheviques–, la masa laboriosa no necesita tutores! ¡Todo por las masas laboriosas, todo por su acción!» Y después: «No se convence a la masa con argumentos». ¡Pero ved a la clase en esta sala! ¡La clase obrera está aquí delante de nosotros y con nosotros, y sois vosotros, ínfimo puñado de mencheviques, los que tratáis de convencerla con argumentos de pequeñoburgués! Vosotros sois los que queréis haceros tutores de esta clase. Pero esta clase tiene su actividad propia, de la que ha dado pruebas cuando os ha rechazado, cuando ha seguido adelante su propio camino.

9
Karl Kautsky, su escuela y su libro

La escuela marxista austriaca (Bauer, Renner, Hilferding, Marx, Adler) se oponía antaño a la escuela de Kautsky, como representante de un oportunismo disfrazado frente al marxista auténtico. Esta oposición ha surgido como por un error histórico que ha turbado los espíritus más o menos tiempo, pero que, por fin, ha sido puesto en claro del modo más evidente: Kautsky es el fundador y más perfecto representante de la deformación austriaca del marxismo.

Mientras la verdadera enseñanza de Marx consiste en una fórmula teórica para la acción, de ofensiva, de desarrollo de la energía revolucionaria, de máxima intensificación de la lucha de clases, la escuela austriaca se ha transformado en una academia de pasividad y tergiversación, se ha hecho vulgarmente histórica, ha reducido sus fines a la explicación y justificación de los hechos, se ha rebajado a desempeñar el papel de proveedora del oportunismo parlamentario y sindical, ha reemplazado la dialéctica por una astuta casuística y, por último, a pesar de su fraseología ritualmente revolucionaria, se ha convertido en el sostén más firme del Estado capitalista a la vez que del trono y del altar, que dominaba a este último. Y si el trono ha caído, no ha sido, desde luego, por culpa de la escuela marxista austriaca.

Lo que caracteriza al marxismo austriaco es la aversión y el miedo a toda acción revolucionaria. Un marxista austriaco es capaz de abrir un abismo de pensamientos y explicaciones profundas sobre el pasado y de mostrar una viril audacia en el dominio de las profecías al porvenir; pero nunca tiene ideas ni principios directores para juzgar de las grandes acciones del presente. El presente se desliza siempre estérilmente para él bajo el deseo de las pequeñas preocupaciones del oportunismo, que son ulteriormente interpretadas, presentadas como el eslabón necesario entre el pasado y el porvenir. Un marxista austriaco es inagotable cuando se trata de averiguar las causas que obstaculizan la iniciación y la acción revolucionaria. El marxismo austriaco es la teoría pedante y majestuosa de la pasividad y las capitulaciones. No es accidental, claro está, que precisamente en Austria, esa Babilonia desgarrada por estériles oposiciones nacionales, ese Estado que es la encarnación misma de la imposibilidad de existir y desarrollarse, se haya engendrado y consolidado la filosofía pseudomarxista de la imposibilidad de la acción revolucionaria.

Los marxistas austriacos más en boga presentan, cada uno a su manera, una cierta «individualidad». Hay con frecuencia, entre ellos, discrepancia de ideas acerca de diferentes cuestiones. A veces han llegado hasta a desacuerdos políticos. Mas, de un modo general, puede decirse que son los dedos de una sola y misma mano.

Karl Renner es el representante más pomposo del género, el de más capacidad y más pagado de sí mismo. El talento del plagio, o con más exactitud, de la falsificación, lo ha desarrollado en un grado excepcional. Sus inflamados artículos en el Primero de Mayo han sido, desde el punto de vista del estilo, una obra maestra de reunión de las palabras más revolucionarias. Y como las palabras y sus enlaces viven en cierto

modo con vida propia, los artículos de Renner han encendido en el corazón de muchos trabajadores el fuego de la revolución que el autor, aparentemente, no ha conocido nunca.

El falso oropel de la cultura austrovienesa con miras al efectismo, a la situación, ha sido particular a Renner más que a todos sus camaradas. En realidad, no ha dejado de ser nunca un funcionario imperial y real que dominaba a fondo la fraseología marxista.

La metamorfosis del autor del artículo del jubileo de Marx, muy conocido por su grandilocuencia revolucionaria de canciller de opereta, que se deshace en sentimientos de respeto y reconocimiento para los escandinavos, ofrece uno de los ejemplos más sorprendentes de paradoja que la historia registra.

Otto Bauer es más erudito, más prosaico, más serio y más aburrido que Renner. No se le puede negar el arte de leer libros, de parangonar hechos y sacar deducciones –conforme a los fines que le señala la política práctica hecha por otros–. Bauer carece de voluntad política. Su virtud principal consiste en suscitar a propósito de lugares comunes los problemas prácticos más agudos. Su pensamiento, pensamiento político, vive una vida paralela a su voluntad, desprovista de coraje. Sus trabajos nunca son más que la compilación erudita de un alumno de buenas dotes de seminario universitario. Las artes más vergonzosas del oportunismo austriaco, la domesticidad más vil con respecto al poder de la clase capitalista que practica la socialdemocracia austroalemana han encontrado en Bauer su más profundo intérprete, que hasta ha llegado, en ocasiones, a declararse respetuosamente adversario de la forma, aceptando siempre el fondo. Si a veces ha dado pruebas de temperamento y energía políticas, ha sido exclusivamente en la lucha contra el sector revolucionario, en un maremágnum de deducciones, hechos y citas contra

la acción revolucionaria. El momento de su apogeo fue el periodo siguiente a 1907 cuando, demasiado joven aún para ser elegido diputado, desempeñó el cargo de secretario de la fracción socialdemócrata, a la que alimentaba de materiales, de cifras, de ideas adulteradas, a la que educaba, para la que escribía, a la que creía inspirar grandes acciones cuando, en realidad, no hacía más que proveerla de artificios y falsedades para uso de oportunistas parlamentarios.

Max Adler es el representante de otro matiz, bastante sutil, del tipo marxista austriaco. Es un lírico, un filósofo lírico de la pasividad, como Renner es su publicista y jurista, como Hilferding es su economista y Bauer su sociólogo. Max Adler se encuentra a disgusto en este mundo vulgar, aunque haya ocupado un puesto muy confortable dentro del socialismo burgués húngaro y del estatismo hansburguiano. La alianza de la abogadería en los pequeños negocios y de la villanía política, más las flores de papel baratas del idealismo, han dado a Max Adler ese carácter especial meloso y repugnante a la vez.

Rudolf Hilferding, una gloria también, entró en la socialdemocracia alemana casi como un rebelde, pero como un rebelde del «tipo» austriaco; es decir, presto siempre a capitular sin combate. Hilferding ha tomado la movilidad externa de la agitación política austriaca; y durante un año ha estado exigiendo, en los términos más modestos, por descontado, una política más activa en la iniciativa a los directores de la socialdemocracia alemana. Pero la agitación austrovienesa ha desaparecido rápidamente, hasta en él. No ha tardado en someterse al ritmo de Berlín y al carácter automático de la vida espiritual de la socialdemocracia alemana. Ha dado rienda suelta a su energía intelectual para concentrarla en el campo de la pura teoría donde, naturalmente, no ha dicho nada sensacional, porque ningún marxista austriaco ha dicho nunca nada sensacional en ningún campo, pero donde ha escri-

to, sin embargo, un libro serio. Cargado con este libro, como un mozo de cuerda encorvado bajo un enorme peso, ha entrado en la época revolucionaria. Mas este libro erudito no puede sustituir la falta de voluntad, de iniciativa, de sangre fría revolucionaria, de decisión política, sin las cuales la acción es inconcebible... Hilferding, médico de profesión, se inclina a la templanza y, a pesar de su preparación teórica, aparece en el campo de las cuestiones políticas como el más primitivo de los empíricos. La labor principal de la obra presente consiste para él en no salirse del plan de la víspera, y en hallar una justificación erudita de economía a esa actitud conservadora y a esa debilidad pequeñoburguesa.

Friedrich Adler es el representante peor equilibrado del tipo marxista austriaco. Ha heredado de su parte el temperamento político. En la lamentable lucha abrumadora contra el desorden del medio austriaco, Friedrich Adler ha permitido que su escepticismo irónico destruya los fundamentos mismos de sus convicciones revolucionarias. El temperamento heredado de su padre le llevó más de una vez a oponerse a la escuela creada por este último. En algunos momentos, Friedrich Adler pudo aparecer directamente como la oposición revolucionaria de la escuela austriaca. En realidad, fue y sigue siendo su coronamiento necesario. Su violencia revolucionaria no era más que la expresión de agudos accesos de desesperanza del oportunismo austriaco, asustado de tiempo en tiempo de su propia nulidad. Friedrich Adler es un escéptico hasta la médula de los huesos: no cree en las masas ni en su capacidad de acción. Cuando Karl Liebknecht, en el momento de mayor triunfo del militarismo alemán, descendía a la Potsdammer Platz para incitar a las masas oprimidas a una lucha abierta, Friedrich Adler entraba en un restaurante burgués para asesinar allí al presidente del Consejo. Con su atentado aislado, Adler, sin duda alguna,

intentó deshacer su propio escepticismo. Pero después de semejante esfuerzo histérico, ha caído en un estado de postración más grande aún.

La banda negra y amarilla de los socialpatriotas (Austerlitz, Chutner, etc.) inundó al terrorista Adler con todos los improperios de su cobardía grandilocuente. Pero cuando desapareció el periodo agudo y el niño prodigio volvió de los trabajos forzados a la casa paterna con la aureola del martirio, resultó doble, triplemente valioso para la socialdemocracia austriaca. La dorada aureola del terrorista fue transformada por los hábiles monederos falsos del partido en moneda sonante de demagogia. Friedrich Adler llegó a ser, ante las masas, la garantía valedera de los Austerlitz y de los Bauer. Por fortuna, los obreros austriacos ven cada vez menos diferencia entre la vaguedad lírico-sentimental de Friedrich Adler, la depravación grandilocuente de Renner, la impotencia talmúdica de Max Adler o la analítica autosatisfacción de Otto Bauer.

La cobardía de pensamiento de los teóricos de la escuela marxista austriaca se ha revelado completamente en su actitud frente a los grandes problemas de la época revolucionaria.

Con su inolvidable tentativa de hacer entrar en la constitución de Ebert-Noske el sistema de los sóviets, Hilferding ha dado un impulso, no sólo a su propio espíritu, sino también al de toda la escuela marxista austriaca que, a partir del advenimiento de la época revolucionaria, ha tratado de colocarse a la izquierda de Kautsky en la misma medida en que antes de la revolución se había colocado a su derecha.

A propósito de esto, el punto de vista de Max Adler sobre el sistema de los sóviets no puede ser más instructivo.

El ecléctico filósofo vienés reconoce la importancia de los sóviets; su audacia llega hasta hacerla adoptarlos. Declara francamente que son el instrumento de la revolución social. Max Adler, por supuesto, es partidario de la revolución so-

cial. Pero lo que quiere no es la revolución violenta de las barricadas, del terror, la revolución sangrienta, sino una revolución razonable, arreglada, equilibrada, canonizada jurídicamente, y aprobada por la Filosofía.

A Max Adler no le asusta la idea de que los sóviets violen el «principio» de la división constitucional de los poderes (en el seno de la socialdemocracia austriaca hay, en efecto, más de un imbécil que ve en esta violación una grave laguna del sistema soviético); al contrario, en la fusión de los poderes, Max Adler, el abogado de los sindicatos y jurisconsulto de la revolución social, advierte una superioridad que garantiza la expresión inmediata de la voluntad de los trabajadores. Max Adler defiende la expresión inmediata de la voluntad de los trabajadores, pero no por medio de la conquista directa del poder por los sóviets. Preconiza un método más seguro. En toda ciudad, en todo barrio, los consejos obreros deben «controlar» a los funcionarios de policía y restantes funcionarios, imponiéndoles la «voluntad del proletariado». ¿Cuál será, sin embargo, la situación «estatista-jurídica» de los sóviets en la República de los Seidz, Renner y consortes? A esto, nuestro filósofo responde: «Los sóviets obreros gozarán, en último resultado, de tanto poder político cuanto sepan conquistar por su actividad» (*Arbeiter-Zeitung* 197, 1 de junio de 1919).

Los sóviets proletarios deben transformarse progresivamente en poder político del proletariado, como antes, conforme a la teoría reformista, todas las organizaciones obreras debían desarrollarse hasta convertirse al socialismo –socialismo, no obstante, que ha sido algo contrarrestado por los errores imprevistos sobrevenidos durante cuatro años entre los Estados centrales y la Entente y por todo lo que ha seguido–. Ha sido necesario renunciar al programa económico de proceso metódico hacia el socialismo sin revolución so-

cial. Pero, en cambio, se ha descubierto la perspectiva de un desenvolvimiento metódico de los sóviets hasta la revolución social, sin alzamiento armado ni toma violenta del poder.

Para que los sóviets no vegeten en obras de distritos y barrios, el audaz jurisconsulto propone la propaganda de las ideas socialdemócratas. El poder político sigue, como hasta ahora, en manos de la burguesía y sus acólitos; pero, en cambia, en los distritos y barrios, los sóviets controlan a los oficiales y suboficiales de policía. Mas para calmar a la clase obrera y, al mismo tiempo, para centralizar sus pensamientos y su voluntad, Max Adler dará todos los domingos conferencias sobre la situación estatista-jurista de los sóviets, como antes daba conferencias sobre la situación estatista-jurídica de los sindicatos. «Así –promete Max Adler–, el orden en la regulación jurídico-estatista de la situación de los sóviets, su peso y su importancia estarían plenamente garantizados en el campo de la vida estatista pública, y, sin la dictadura de los sóviets, el sistema adquiriría una influencia mucho mayor de la que puede alcanzar en la misma República Soviética; además, no habría que comprar esta influencia a costa de tempestades políticas y perturbaciones económicas.» Como vemos, pues, Max Adler sigue en armonía con la tradición austriaca: hace la revolución sin necesidad de conflicto con el señor procurador.

El fundador de esta escuela y su suprema autoridad es Kautsky. Conservando celosamente, sobre todo después del Congreso del partido de Dresde y de la primera revolución rusa, su reputación de guardián de la ortodoxia marxista, Kautsky tenía de vez en cuando gestos de desaprobación para las artes más comprometedoras de su escuela austriaca. Como el difunto Victor Adler, todos los teóricos de la escuela austriaca en conjunto y cada uno particularmente –Bauer, Renner, Hilferding–, consideraban a Kautsky muy respetable,

pero demasiado pedante, demasiado inflexible, si bien, por otra parte, era tenido por el padre y maestro perfecto de la iglesia del quietismo.

Kautsky empezó a inspirar serios temores a su propia escuela en el periodo de su apogeo revolucionario, durante la primera revolución rusa, cuando reconoció la necesidad de la conquista del poder por la socialdemocracia de este país y trató de inculcar a la clase obrera alemana las deducciones teóricas que dimanaban de la experiencia de la huelga general en Rusia. El fracaso de la primera revolución rusa detuvo la evolución de Kautsky hacia el radicalismo. Cuando el curso de los acontecimientos reclamaba más imperiosamente la solución de los problemas relativos a la acción de masas en el seno de la propia Alemania y la actitud de Kautsky frente a ella se hacía más equívoca, Kautsky volvió atrás, retrocedió, perdió la confianza de antes, y los rasgos de pedantismo escolástico que se notaban en su manera de pensar pasaron a ocupar en él el primer plano. La guerra imperialista, que mató toda indecisión y planteó brutalmente todas las cuestiones fundamentales, descubrió la completa quiebra política de Kautsky. Desde el primer momento, fracasó sin remedio en la cuestión más sencilla: la del voto de los créditos de guerra. Todas sus obras posteriores no son más que variaciones sobre un mismo tema: «Yo y mi embrollo». La Revolución rusa mató definitivamente a Kautsky. Todo el curso anterior de los acontecimientos le había hecho adoptar una actitud hostil frente a la victoria de noviembre del proletariado. Esta circunstancia le llevó al campo de la contrarrevolución. Perdió los últimos vestigios de su sentido histórico. Sus escritos ulteriores se convirtieron, cada vez más, en literatura amarilla, en literatura barata para el mercado burgués.

El libro de Kautsky estudiado por nosotros posee todos los atributos externos de lo que se ha convenido en llamar

una obra objetiva y científica. Para profundizar la cuestión del terror rojo, Kautsky procede con toda la rigurosa exactitud que le es propia. Empieza por estudiar las condiciones sociales que precedieron a la gran Revolución francesa, así como las causas fisiológicas y sociales que han contribuido al desarrollo de la crueldad en el mundo durante toda la historia de la raza humana. En el libro consagrado al bolchevismo –donde se examina la cuestión en la página 154–, Kautsky refiere detalladamente cómo se alimentaba nuestro más remoto antepasado simiesco y emite la hipótesis de que, aunque comía principalmente productos vegetales, devoraba también insectos y, a veces, ciertos pájaros. En otros tiempos, nada podía hacer pensar que un antepasado tan respetable y manifiestamente inclinado al régimen vegetariano fuese a tener descendientes tan sanguinarios como los bolcheviques. He aquí la sólida base científica sobre la cual Kautsky asienta la cuestión.

Pero, como ocurre con frecuencia en las obras de este género, detrás de una fachada académico-escolástica, se oculta en realidad un libelo político. Éste es uno de los libros más miserables, más faltos de conciencia. ¿No es increíble, en efecto, de primera intención, que Kautsky recoja las más despreciables calumnias antibolcheviques de la inagotable mina de las agencias Havas, Reuter y Wolf, dejando así pasar bajo el gorro del sabio la oreja del sicofante? Pero estos groseros detalles no son más que adornos de mosaico sobre el fondo del embuste erudito dirigido contra la República Soviética y el partido que está al frente de ella.

Kautsky pinta, con los colores más sombríos, el cuadro de nuestra ferocidad para con la burguesía, que «no ha manifestado ningún asomo de resistencia».

Kautsky condena nuestra actitud implacable con respecto a los socialrevolucionarios y mencheviques, que repre-

sentan «matices» del socialismo. Kautsky describe la economía soviética como un caos catastrófico.

Kautsky presenta a los militantes soviéticos y, en general, a toda la clase obrera rusa como un conglomerado de egoístas, perezosos y cobardes.

No dice una palabra de la inmensa cobardía, sin precedente en la historia, de la conducta de la burguesía rusa, ni tampoco de sus traiciones nacionales, de la entrega de Riga a los alemanes, con fines «estratégicos»; no dice una palabra de la preparación de una entrega análoga de Petrogrado; pasa en silencio los llamamientos de esta burguesía a los ejércitos extranjeros, checoslovaco, alemán, rumano, inglés, francés, japonés, árabe y negro, contra los obreros y campesinos rusos; se calla sus complots y asesinatos perpetrados y ejecutados a costa de la Entente, su bloqueo destinado a matar de hambre a nuestros hijos y a desparramar sistemática, incansable, tenazmente por el mundo entero oleadas de mentira y calumnia.

No dice una palabra de las vejaciones y violencias indignas infligidas a nuestro partido por el Gobierno de los socialrevolucionarios y mencheviques antes de la Revolución de Octubre; permanece mudo ante las persecuciones criminales realizadas contra millares de militantes de nuestro partido en virtud del artículo sobre el espionaje en favor de la Alemania de los Hohenzollern; pasa en silencio la parte activa tomada por los mencheviques y socialrevolucionarios en todos los complots de la burguesía, así como su colaboración con los generales y almirantes del zar, Kolchak, Denikin y Yudénich; se calla los actos de terrorismo ejecutados por los socialrevolucionarios a las órdenes de la Entente, las insurrecciones organizadas por estos mismos socialrevolucionarios con el dinero de las embajadas extranjeras en nuestra ejército, que vertía mares de sangre en su lucha contra las bandas monárquicas del imperialismo; no se digna recordar siquiera que no sólo he-

mos afirmado más de una vez, sino que hemos demostrado, que estamos dispuestos, aun a costa de concesiones y sacrificios, a asegurar la paz a nuestro país, y que, a pesar de esto, nos vemos obligados a seguir una guerra implacable en todos los frentes para defender nuestra propia existencia y evitar la transformación de nuestro país en una colonia del imperialismo anglofrancés. Kautsky oculta igualmente que en el curso de esta lucha heroica, en la que combatimos por el porvenir del socialismo mundial, el proletariado ruso ha tenido que gastar lo mejor de su energía, lo mejor y más valioso de sus fuerzas, restándolo a la obra de construcción económica y de desenvolvimiento de la cultura.

En todo su libro, Kautsky no recuerda que el militarismo alemán primero, con ayuda de sus Scheidemann y la complicidad de sus Kautsky, y luego el militarismo de los países de la Entente, con la ayuda de sus Renaudel y la complicidad de sus Longuet, nos ha sitiado, haciendo efectivo un bloqueo férreo; que, después de haberse apoderado de todos los puertos, nos ha aislado del resto del mundo, ha ocupado por medio de sus bandas mercenarias de guardias blancos inmensos territorios ricos en materias primas, nos ha privado, sobre todo, por mucho tiempo, de la nafta de Bakú, del carbón del Donetz, del trigo del Don y de Siberia y del algodón del Turkestán. Kautsky no hace notar que, en estas circunstancias extraordinariamente difíciles, la clase obrera rusa ha sostenido durante tres años, y sigue sosteniendo, una lucha heroica contra sus enemigos en un frente de 8.000 *verstas;* que la clase obrera rusa ha sabido trocar el martillo por la espada y crear un ejército poderoso; que ha movilizado, para formar este ejército, su industria ruinosa, y que, a pesar del agotamiento del país, cercado por el bloqueo y asolado por la guerra civil –productos ambos de los verdugos del mundo entero–, viste, alimenta, arma y transporta hace

tres años, por sus propios medios, un ejército de un millón de hombres que ha aprendido a vencer.

Kautsky sabe permanecer mudo ante todo esto en un libro que consagra al comunismo ruso. Y este silencio suyo es su mentira fundamental, capital, probada; mentira pasiva, indudablemente, pero desde luego más criminal, más vil que la mentira activa de todos los bandidos de la prensa burguesa internacional.

Kautsky, calumniador de la política del partido comunista, no dice en ninguna parte lo que quiere ni lo que propone. Los bolcheviques no han actuado solos en la Revolución rusa. En ella hemos visto y vemos, en el poder o en la oposición, a los socialistas revolucionarios (entre los que hay cinco tendencias por lo menos), a los mencheviques (por lo menos de tres tendencias), a los discípulos de Plejánov, a los maximalistas y a los anarquistas.

Todos los «matices del socialismo» sin excepción (para hablar en los términos de Kautsky) han probado sus fuerzas y mostrado lo que querían y lo que podían. Estos «matices» son tan numerosos que es difícil introducir la hoja de un cuchillo entre los más afines. El mismo origen de estos «matices» no es accidental. Representan, en suma, las diversas variantes en la adaptación de los partidos socialistas de antes de la Revolución rusa a las condiciones de la época revolucionaria más grandiosa.

Parece, pues, que Kautsky tenía ante sí un teclado político suficientemente grande para indicar la tecla que, en la Revolución rusa, da la nota marxista exacta.

Pero Kautsky se calla. Rechaza la melodía bolchevique, que le desgarra los oídos, pero no busca otra; *el viejo pianista renuncia a tocar en el instrumento de la revolución.*

En lugar de un epílogo

Este libro aparece en el momento en que va a reunirse el II Congreso de la Internacional Comunista. El movimiento revolucionario ha dado un enorme paso hacia adelante en los meses transcurridos desde la celebración del primer Congreso. Las posiciones confesadas de los socialpatriotas oficiales van siendo en todas partes destruidas. Las ideas del comunismo adquieren una difusión cada vez mayor. El kautskismo oficial, dogmático, está cruelmente comprometido. El mismo Kautsky, en las filas del partido «independiente», creado por él, parece una figura ridícula y mezquina.

No obstante, sólo ahora empieza a encenderse la lucha de ideologías en las filas de la clase obrera internacional. Si, como acabamos de decir, el kautskismo está en trance de muerte y los jefes de los partidos intermedios se apresuran a abandonarlo, también es verdad que el kautskismo, en cuanto modalidad espiritual burguesa, en cuanto tradición de la pasividad, en cuanto pusilanimidad política, aún desempeña un papel considerable en los medios directores de las organizaciones obreras del mundo entero, incluso en los partidos que se orientan hacia la Tercera Internacional, y hasta en alguno de los que formalmente se han adherido a ella.

El Partido Independiente de Alemania, que ha inscrito en su bandera el lema de la dictadura del proletariado, to-

lera en sus filas al grupo de Kautsky, cuyos únicos esfuerzos tienden a comprometer teóricamente y a desacreditar la dictadura del proletariado en su expresión viva: el poder soviético. Las condiciones de la guerra civil no hacen posible esta suerte de cohabitación sino en tanto que la dictadura del proletariado aparece en los círculos directores de los socialdemócratas «independientes» como un piadoso deseo, como una protesta amorfa contra la franca traición de Noske, Ebert, Scheidemann, etc. –aunque no hasta el extremo–, como un instrumento de demagogia parlamentaria.

La vitalidad del kautskismo latente es visible sobre todo en los longuetistas franceses. Longuet se ha convencido y ha tratado mucho tiempo de convencer a los demás de que estaba francamente a nuestro lado, y que sólo la censura de Clemenceau y las calumnias de nuestros amigos franceses Loriot, Monatte, Rosmer y otros impedían la existencia de una perfecta fraternidad de armas entre nosotros y él. Pero la verdad es que basta conocer cualquier intervención parlamentaria de Longuet para darse cuenta de que el abismo que hoy le separa de nosotros es mucho más profundo del que nos distanciaba en el primer periodo de la guerra imperialista. Los problemas revolucionarios que surgen ahora ante el proletariado internacional son mucho más serios, inmediatos y grandiosos, más directos y precisos que hace cinco y seis años; y el reaccionarismo político de los longuetistas –representantes parlamentarios de la pasividad eterna– aparece más claro que en cualquier otro momento, aunque estén formalmente colocados en la oposición parlamentaria.

El Partido Socialista Italiano, adherido a la Tercera Internacional, tampoco está libre del kautskismo. Por lo que toca a sus jefes, muchos de ellos no enarbolan la bandera de la Internacional sino en razón de sus funciones y obligaciones, impuestas por el empujón de las masas. En 1914-1919 le fue mu-

cho más fácil al partido socialista italiano que a los demás europeos conservar una actitud de oposición en la cuestión de la guerra, puesto que Italia no intervino sino a los nueve meses de empezada y, además, porque su situación gubernamental había provocado la formación de un poderoso grupo burgués (los *giolittistas*) que fue enemigo hasta el último momento de la entrada de Italia en el conflicto mundial.

Estas circunstancias permitieron al Partido Socialista Italiano, sin que hubiera por ello profundas crisis interiores, rechazar los créditos de guerra y, de un modo general, quedar fuera del bloque intervencionista. Pero también originaron, indudablemente, un retraso en la depuración interna del partido. Y así es posible que, después de ingresar en la Tercera Internacional, el Partido Socialista Italiano tolere en sus filas a Turati y sus adeptos. Este grupo, muy considerable (por desgracia no podemos dar cifras precisas acerca de su importancia numérica en la fracción parlamentaria italiana, en la prensa, en las organizaciones del partido y en las profesionales), representa un oportunismo, sin duda, menos pedante, menos dogmático, más declamatorio y lírico, pero que no por eso deja de ser un oportunismo de los más nefastos, un kautskismo romantizado.

Para explicar la actitud conciliadora frente a los grupos kautskistas, longuetistas, turatistas, se declara por lo general que en los países en cuestión la hora de la acción revolucionaria no ha sonado todavía. Pero no es justo este modo de plantear el problema. En efecto, nadie exige de los socialistas que aspiran al comunismo que fijen para una fecha inmediata el golpe de Estado revolucionario. Pero lo que sí exige la Tercera Internacional a sus partidarios es que reconozcan, no de palabra, sino de obra, que la humanidad civilizada ha entrado en un periodo revolucionario, que todos los países capitalistas van camino de inmensas conmociones y de la guerra de

clases franca, y que la misión de los representantes revolucionarios del proletariado consiste en preparar para esta guerra inevitable, muy próxima, la provisión de ideas necesaria y las organizaciones que han de servir de puntos de apoyo. Los internacionalistas que creen posible colaborar hoy todavía con Kautsky, Longuet y Turati, dirigir con ellos las masas obreras, renuncian por eso mismo a la preparación –en el campo de las ideas y de la organización– del alzamiento armado del proletariado, lo mismo si este alzamiento ha de ser próximo o lejano, ha de ser cosa de años o de meses. Para que el alzamiento de las masas proletarias no se pierda en tardías buscas de un camino, de una dirección, es menester que la multitud de los proletarios conozca desde ahora en su totalidad las tareas que le incumben y la absoluta oposición que existe entre estas tareas y las distintas formas de kautskismo y aliancismo oportunista.

La izquierda verdaderamente revolucionaria, es decir, comunista, debe oponerse ante las masas a todos los grupos vacilantes y de doble actitud de teóricos, abogados, tenores de la pasividad, fortificando sin descanso sus posiciones, en el campo de las ideas primero, luego en el de la organización legal, semilegal o exclusivamente clandestina. La hora de la ruptura formal con los kautskistas reconocidos y disimulados, o la hora de su exclusión del partido obrero, debe estar naturalmente determinada por consideraciones de oportunidad en función de la situación; pero toda la política de los comunistas verdaderos debe tender a este fin: la ruptura final.

Por eso me parece que este libro, aunque no sale a su debido tiempo –con gran pesar mío desde luego, si no desde mi punto de vista de autor, al menos, desde mi punto de vista de comunista–, no ve la luz, con todo, demasiado tarde.

17 de junio de 1920

Índice

Prólogo de Slavoj Žižek 5
Otra bibliografía seleccionada 45
Glosario de nombres 47
Cronología 69

Terrorismo y comunismo

Prefacio de H. N. Brailsford 77
Introducción 85
1. La correlación de fuerzas 95
2. La dictadura del proletariado 105
3. La democracia 115
4. El terrorismo 139
5. La Comuna de París y la Rusia de los sóviets 165
6. Marx… y Kautsky 193
7. La clase obrera y su política soviética 203
8. Las cuestiones de organización del trabajo 241
9. Karl Kautsky, su escuela y su libro 301
En lugar de un epílogo 315